

# AMERICA



83-84

# Taller Mecánico

## DE REPARACIONES EN GENERAL

# AMABLE PAEZ

(Caucara)

TECNICOS EN MOTORES DE GASOLINA Y PETROLEO  
ESTOS TALLERES ESTAN DOTADOS CON  
MAQUINARIAS DE ALTA PRECISION:  
TORNO, SUELDA ELECTRICA Y AUTOGENA, MODERNA  
INSTALACION AUTORIZADA DE PINTURA "DUCO"

CARROCERIA, TAPICERIA, CARGA DE BATERIAS  
Y BATERIAS NUEVAS DE LA ACREDITADA MARCA:  
"SEIBERLING".

Bombedadora automática de frenos.—Remachada Gratis

### CUENTA ADEMAS:

Con equipos completos de lubricación y engrase  
Con un poderoso levantacarros para el ajuste general de  
los vehículos.

El Propietario y sus expertos colaboradores garantizan  
con su larga práctica el esmero y cumplimiento en  
en toda obra.

Dirección: Calles Santiago y Salinas

TELEFONO: 73-02 MARISCAL

*Chocar es malo, pero mucho peor es no  
llevar el carro donde su amigo CAUCARA*

**B o d e g a**  
**“SAN FRANCISCO”**

QUITO—ECUADOR

*LICORES Y CONSERVAS.*

*VINOS: CHILENOS Y ESPAÑOLES*

*GALLETAS-CONFITES-CARAMELOS*



**ALFREDO SALGADO SUBIA**

*Pichincha 72      Telefono 64 M*

PICHINCHA: 333—37

TELEFONO 64 Mg.

*VISITE USTED*

**“Bodega San Francisco”**

*La Casa de la Confianza General*

ALMACENES

## “EL MUEBLE”

LOS ALMACENES QUE LE OFRECEN  
A UD. LO MEJOR

EN MUEBLES FINOS,  
PARA SU HOGAR

*Especialidad en juegos enchapados para  
salón, dormitorio, comedor y escritorio.*

TOMAS G. ORTIZ  
PROPIETARIO

Guayaquil 1501—1505 y Oriente  
Quito - Ecuador

Teléfono 7 - 4 - 9

## BOTICA FRANCESA

Del Dr. TEODORO PUERTAS L.  
Químico—Farmacéutico

LA MEJOR ORGANIZACION FARMACEUTICA  
DE LA CAPITAL ECUATORIANA.

LA MEJOR COOPERADORA DEL CUERPO MEDICO  
Y LA MEJOR GARANTIA  
— PARA LA SALUBRIDAD DE LA CAPITAL —

Carreras Guayaquil y Oriente.—Teléfono 6—7—9

Quito — Ecuador

## SI USTED

Desea colocar sus capitales con firmas de primera clase o primeras hipotecas hágalo por intermedio de la OFICINA de

**M. M. JARAMILLO ARTEAGA**

Esta Oficina no cobra ninguna Comisión a las personas que le encargan colocar

TELEFONOS: 2-6-9 y 6-8-2

---

## BOTICA ALEMANA

TEODORO PUERTAS Hnos. & Cía.

EL ESTABLECIMIENTO MAS ANTIGUO Y ACREDITADO DE QUITO POR SU EFICIENTE ORGANIZACION, SU PERSONAL DE PROFESIONALES SELECCIONADOS ENTRE LOS MEJORES Y LA TECNICA OBSERVADA EN TODOS SUS PROCEDIMIENTOS.

LA MEJOR COOPERADORA DEL CUERPO MEDICO Y LA MEJOR GARANTIA

— PARA LA SALUBRIDAD DE LA CAPITAL —

Calle García Moreno 717 — 721 — Teléfono 8-2  
Quito — Ecuador

**HILO "AMAPOLA"**

Número cincuenta — De quinientas yardas

Cuarquier cantidad, vende:

**"La Competidora"**

CALLE CUENCA N° 35

TELEFONO 17-97

(Frente a la Iglesia de la Merced)

---

---

**Carteras Elegantes**

**PULOVERES EXTRANJEROS**

**MEDIAS DE SEDA PURA**

**GUANTES FINISIMOS**

**CALZADO PATEX**

**D A N D Y**

VENEZUELA N° 1004 Y MEJIA

**Sociedad Comercial**  
**ALGODONERA C. A.**

**ALMACENES**

**EN QUITO Y GUAYAQUIL**

**DISTRIBUCION DE LOS ARTICULOS**  
**DE LAS FABRICAS**  
**DE LA INDUSTRIAL ALGODONERA**

**BRAMANTES PARA SABANAS,**  
**ALFOMBRAS, TELAS PARA**  
**CORTINAS, COTINES PARA**  
**COLCHONES, ETC.**

**Quito**

**Calle Guayaquil 798-806      Teléfono 8-1-1**

**Guayaquil**

**Calle Pichincha — Illingworth**

## LIBRERIA "JUAN MONTALVO"

ESPECIALIDAD LIBROS ECUATORIANOS

COMPRA LIBROS Y BIBLIOTECAS

OFRECE el surtido completo de libros y revistas  
de toda clase.— Texto para escuelas y colegios.

Dirección: Montúfar 1063 y Esmeraldas

Dirección Postal:

---

---

### JUAN J. CONCHA

Librería "Juan Montalvo" — Apartado 4-6-8

Quito — Ecuador.

*¿Quiere Ud. ser bien atendido?*

**CONCURRA, CON SU FAMILIA,  
CON SUS AMIGOS AL**

***Café y Lonchería del Teatro***

*Situado en el corazón de la ciudad*

*Carrera Guayaquil N 1283.—Plaza del Teatro (Esquina)*





AMERICA

# AMERICA

PUBLICACION DEL  
GRUPO AMERICA

*Comisión directiva:*

AUGUSTO ARIAS  
JOSE ALFREDO LLERENA  
NEPTALI ZUÑIGA

AGOSTO DE 1945

AÑO XX

Nos. 83 - 84

---

Talleres Gráficos Nacionales

# C O N T E N I D O

Por los Ideales de América - NN

**JOSE RAFAEL BUSTAMANTE**  
Capítulo del libro "Filosofía de la Libertad"

**PIO JARAMILLO ALVARADO**  
Iberoamérica y la Post. Guerra

**CARLOS TOBAR ZALDUMBIDE**  
Alfredo Gangotena

**ALFREDO GANGOTENA**  
Ausencia

**JAIME BARRERA B.**  
Los Penalistas Persiguen a Hamlet

**HUMBERTO GARCIA ORTIZ**  
Los Estudios Sociológicos en el Ecuador

**JOSE ALFREDO LLERENA**  
Cita en el Parque

**ANTONIO MONTALVO**  
Elegía a la Muerte de los Combatiente Aliados

**GUILLERMO BUSTAMANTE**  
Poemas: Al Pie de la Montaña. Mi Siembra y mi Cosecha

**ALFREDO MARTINEZ**  
Poemas: Después del Alba. La Palabra

**HUMBERTO VACAS GOMEZ**  
Panorama y Síntesis de la Pintura Ecuatoriana

**HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE**  
El Centenario de Alejandro Cárdenas

**ANGEL GRISANTI**  
Repercusión del 19 de Abril de 1810 en las Provincias,  
Ciudades, Villas y Aldeas Venezolanas

**IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO**  
Montalvo en Colombia

**INES BARRERA BARRERA**  
Sendero de Retorno

**AUGUSTO ARIAS**  
Cumple veinte años la Revista "América"

**ANTONIO MONTALVO**  
Veinte años de la Revista "América"

## POR LOS IDEALES DE AMERICA

Si existe una fisonomía espiritual latinoamericana es algo que nosotros mismos no podríamos identificarla y esta tarea ha de venir de otros pueblos. Pero, de lo que tenemos certeza los latinoamericanos es de que estamos formando una conciencia política común a los países de este continente. Estamos educándonos para ser en el futuro una entidad continental con reacciones conocidas, fijas, en materia política. No podríamos afirmar que la guerra que pasó ha producido este anhelo; pues, desde tiempos bastante lejanos, ya se pensaba que América debía ser un refugio de libertades, un terreno para cultivar las semillas de los derechos del hombre. La guerra que acaba de terminar ha acelerado, simplemente, este proceso y ha dado lugar a la adopción de algunas medidas prácticas, concretas. Actualmente, todos los destacados intelectuales de América saben que son los cruzados de una fe democrática, de un ideal que no es una simple bandera de propaganda. Sería preferible no pensar en la guerra que acaba de tener su fin. No se trata de hacer una campaña que prolongue el uso del vocabulario democrático de los tiempos bélicos. Se trata, más bien, de seguir el camino que ya se había trazado América en tiempos anteriores. Si revisamos las más importantes obras literarias de nuestro Continente, de todos los tiempos, encontramos que se caracterizan por un romanticismo libertario

y por su prédica doctrinaria contra el absolutismo. Esta es la semilla efectiva que ha ido germinando en nuestras almas y por la cual el Continente Americano tiene hoy una fisonomía política propia, democrática, sincera, grande.

\* \* \*

Esta Revista, que ya tiene veinte años de vida, se fundó, para propalar los ideales americanos que ya brotaban en forma precisa en las juventudes del Continente. Tal es la razón de su nombre. Y a través de sus cuatro lustros, al igual de la labor realizada por otras publicaciones del Continente, ha hecho trabajo de unificación, de americanismo a base de afinidades artísticas, literarias, intelectuales entre los más destacados hombres de este Continente.

América ha venido luchando durante estos últimos tiempos por adoptar una política que proscriba las guerras, una política de hermandad.

Se ha llegado a formar en este Continente la conciencia de que un Estado ha de respetar a otro. Las invasiones, los actos de fuerza, las acciones de conquista están bien para otros continentes, cuya historia está llena de imperios, cuya herencia es de un brillo de imperialismos que se halla en eterno retorno. En América no existen estas raíces y todo intento imperialista ha sido, por lo menos teóricamente rechazado por las naciones americanas. Falta que llegue la época, época que no se encuentra distante, en que este rechazo sea más concreto, más efectivo. Así será posible que América viva el derecho internacional, la justicia que tiene sus bases en las decisiones de los pueblos y en el respeto de los unos a los otros.

Al entrar a un nuevo quinquenio de vida, la Revista América del Ecuador, hace presente, una vez más, su promesa de trabajar por los ideales de este Continente, ideales de la paz y de la felicidad de todos los hombres de esta parte del mundo.

# CAPITULO DEL LIBRO "FILOSOFIA DE LA LIBERTAD"

## II

### METAFISICA

#### LO UNO Y LO MULTIPLE

Por las consideraciones que en el capítulo anterior y en el exordio hemos apuntado sobre lo uno y lo múltiple, se ha podido ya apreciar la suma importancia filosófica de tal cuestión y el estrecho y hondo vínculo que ella tiene con todos los problemas, y especialmente, con el de la libertad. Pero ahora, al tratar de dicha cuestión en capítulo aparte, es menester que apuremos todo el inmenso contenido ontológico que ella encierra, tan inmenso y universal que latiente está en todas las ciencias, religiones y filosofías y al cual, en última instancia, se reducen todas las cuestiones y todos los problemas. Primer asunto de la metafísica, capital tema filosófico que no ha podido menos de dominar el interés de todos los hombres de pensamiento y animar y esclarecer sus reflexiones y discursos. Platón se complacía en repetir que el trabajo filosófico por excelencia consiste en ver la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad. "La más inmediata y primaria de todas las cuestiones filosóficas, que se presentan al espíritu humano, para no enmudecer nunca, es la de la oculta unidad del ser, que se nos muestra múlti-

ple y dividido, envuelto en la abigarrada diversidad de las experiencias", asienta Heimsoeth. Y Barke dice: "Los primitivos filósofos plantearon un problema que ha atraído desde entonces a los pensadores. ¿Existe alguna unidad permanente detrás de la diversidad y cambio del mundo?"

Pero todo lo dicho es poco para encarecer debidamente el verdadero valor y el magno alcance de este problema de los problemas, del único problema quizá que los crea a todos y que, tomando diversos aspectos y contornos, es la *x* suprema, la incógnita última cuyo despejo explicaría el mundo, cuya intuición certera derramaría luz a torrentes en los dominios del conocimiento y de la ciencia. Es verdad que no hay filósofo que no se haya preocupado hondamente de esta cuestión, pero creemos ser de los primeros en afirmar que es ella la cuestión fundamental, la única cuestión que está en el fondo de todas las que despiertan la curiosidad investigadora del sabio e inquietan el corazón de la humanidad que siente y sufre. Busquemos en ella también la clave de la libertad, que si ésta tiene raíces profundas en lo real, hundidas estarán en el hecho esencial y eterno.

Una breve ojeada histórica de la filosofía, un examen somero de las religiones y las ciencias nos convencerán de la verdad que acabamos de afirmar. Y, puesto aquello de manifiesto, veremos surgir de allí toda una metafísica que, por su tendencia y lineamientos, parecerá estar más cerca de la realidad viviente de las cosas y aprehender mejor su íntimo secreto, su última aspiración, su gran dolor. Y veremos el modo cómo emergen del seno mismo de la vida y de su inconfundible naturaleza las alas que la animan y mueven a volar y cruzar los espacios, en arranque independiente y libre, en ímpetu creador, con virtualidad multiplicadora y diversificadora.

Parménides y Heráclito representan, en el alborear de la filosofía, en toda la simplicidad infantil de ese período, con toda la energía del pensamiento que da los primeros conceptos, como si dijéramos los primeros pasos, los dos problemas o más bien dicho, las dos corrientes que domina-

rán toda la historia del pensamiento humano. Parménides, la filosofía del ser; Heráclito, la del **devenir**. Esto es, el primero, la de la unidad; el segundo, la de la pluralidad. Parménides buscó una explicación racional de este mundo cambiante y múltiple y, no encontrándola, porque lo sucesivo y vario es irreductible a la absoluta unidad a que aspira una cabal explicación, apeló al concepto de ser y creyó hallar allí la clave de la verdadera realidad. El mundo visible, no pudiendo ser reducido a la uno, era un absurdo, por lo que Parménides lo consideró una pura ilusión, una mera apariencia. Parménides se preguntó: ¿Qué puede dividir al ser? ¿Cómo puede el ser dividirse? Si todo es ser, ya que entre el ser y la nada no hay medio, ¿qué sería, ser o nada, lo que diferenciase a un ser de otro? El ser, siendo elemento común, no puede diferenciar y la nada tampoco. De donde no cabe sino aceptar el ser uno, inmutable, perfecto como la única verdadera realidad. Y no cabe asimismo distinguirlo del pensamiento porque se caería de nuevo en la dualidad incomprensible, que abre un abismo entre el pensamiento y el ser y deja sin solución el problema del conocimiento. El pensar y el ser son idénticos y el principio de identidad **A es A** es lo único que puede enunciarse del ser. La filosofía de Parménides no deja salida en el campo lógico y al tacharle de grosera o de loca se incurre en ligereza porque es una doctrina perfecta y rígida, sin fallas, una vez que se acepte el concepto estático del ser, el concepto que quiere reducirlo todo a razón, esto es, a la unidad absoluta. Otra cosa es encontrar que hay el hecho incuestionable de lo sucesivo y la vario y que ese hecho debe ser el punto de partida para toda ulterior y relativa concepción intelectual, lo que coloca al pensamiento racional en segundo término como una ayuda, un sucedáneo, que corta, divide e inmoviliza la realidad con fines prácticos como quiere Bergson o con fines especulativos para el análisis y la demostración comunicativa. Pero al situarse en el campo intelectual dando a éste el primado, la única posición entera y consecuente es la de Parménides y como tal posición con-



trasta con el hecho, que lo conocemos ante todo por la intuición de los sentidos y la conciencia, al notar que ella es insostenible, implícitamente estamos condenando el intelectualismo absoluto, el racionalismo unitario, el valor supremo de los últimos y grandes principios que en toda su pureza y rigidez no pueden representar ni regir la esencia de una realidad cambiante y múltiple que no admite explicación verdadera y absolutamente racional y respecto de la cual no vale el subterfugio de Parménides de llamarla ilusión o apariencia porque tiene tanta fuerza para imponérsenos que los hombres todos han preferido dudar de la validez de la razón antes que tomar a la existencia como mero sueño o engaño, así Descartes, y por qué de aceptarse tal cosa quedaría sin explicación la existencia misma de esta ilusión junto a la realidad esencial, algo dual que permanecería irreductible. Lo múltiple brota sin remedio ahí mismo donde se quiere asentar la unidad perfecta.

Ya los filósofos jonios, filósofos de la naturaleza, físicos, se preocuparon de investigar la sustancia permanente que debía existir como fondo en el sucederse y mudar de los fenómenos, la materia prima que nutría todos los cambios y les servía de base y sustentáculo. Buscaban lo uno en el mundo visible, la estable en el movimiento. Ante ciertos cuerpos, los sólidos por ejemplo, que parecen no cambiar o cuyas mudanzas son imperceptibles y, al mismo tiempo, observando cómo se transforman unos en otros todos los objetos de la naturaleza, se dieron a pensar en algo que se conservase cuando todo cambia y en la posibilidad de que, entre los elementos naturales, hubiese alguno, el agua, el aire, el fuego, que fuese la sustancia original, primordial, que lo constituyese todo y de la que todo se originase. Y Pitágoras precisó y sutilizó diciendo que sobre la ilimitada materia del mundo obraba otro principio, el del límite o determinación, **el número**, que generaba la multiplicidad, las cosas individuales. El equilibrio o la armonía de lo ilimitado y lo limitado fundaba el orden, la definida y articulada naturaleza de lo sano y lo normal. "Este dualismo, dice un

historiador, fundamental en su visión de conjunto de la realidad, legó el problema de lo **Uno y lo múltiple** como una herencia definitiva para la filosofía venidera." Pero fué Parménides quien depuró el concepto, lo simplificó, lo universalizó y al encontrarse con que llegando al concepto puro no había conciliación alguna, planteó la filosofía del ser en toda su grandeza, en toda su unidad, en la única forma absolutamente racional e inteligible. No fué torpe el pensamiento de Parménides; en el campo intelectual, desligado del hecho móvil y vario, es perfecto como la esfera celeste, redondeado, acabado y bello. Su error consistió tan sólo en creer que el pensamiento racional penetraba en la esencia de la realidad y que el hecho primero, el hecho de la existencia, el hecho que la conciencia y los sentidos nos imponen como lo indudable, lo inapelable, el punto de partida *sine qua non*, era cosa ilusoria y vana, un perpetuo engaño.

Zenón evidenció cómo, en un plano estricta y absolutamente racional, resultaba absurda y contradictoria la pluralidad implicada en la extensión espacial, en la continuidad temporal, en el movimiento y el cambio. Si se encontraba inaceptable el ser uno, mayormente lo era el ser vario. Y razonando probó, de manera concluyente, que un corredor, el más veloz, no puede alcanzar a una tortuga que saliese con un metro de ventaja. Y suscitó la cuestión de la divisibilidad infinita de la materia que, según un filósofo, es el secreto que atormenta la filosofía y, según otro, conduce a pensar que lo extenso, esencialmente plural, o no existe o existe en un principio simple que lo contiene. Los argumentos de Zenón hacen ver y patentizar la posibilidad de razonar en contra del hecho palpable, del hecho del que no podemos dudar y que constituye el contenido principal de nuestra conciencia, preparan el campo al sofista que sostiene el pro y el contra de todas las cuestiones y previenen contra el intelectualismo que, al analizar el ser vario, el ser compuesto, rompiendo su síntesis vital, se afana por llegar a la unidad absoluta y, no pudiendo conseguirlo, niega el valor del hecho por no poder explicar la misteriosa combi-

nación de lo uno y de lo múltiple, factores que van enlazados de manera indestructible sin que sea posible aprehender ni lo múltiple no relacionado ni lo uno simple y absoluto. Razonar está bien, ayuda y complementa, pero si el razonamiento no acepta como base y patrón intuiciones fundamentales, irá a parar a antinomias irresolubles y vanas. De ahí que para la conducta, para la acción, para obrar y vivir los razonadores aparecen como impotentes y paralizados, enredándose siempre en una maraña inextricable y contradictoria de raciocinios de donde no pueden salir. El genio, en cambio, ve, intuye, vive y obra.

Por natural reacción contra los jonios, Heráclito será el filósofo del **devenir**, y, por lo tanto, de la pluralidad. El ser no es uno, ni inmutable. El ser fluye, es fugaz, se mueve y cambia; el ser no es, se hace, se crea. Nada permanece estable sino la inestabilidad misma. Pero el cambio y el movimiento, porque llevan implícita la continuidad, son una combinación de lo uno y de lo múltiple y aún más, de lo uno y del contraste, y resultan así la unidad de los contrarios. Lo que cambia, lo que se mueve, lo que **deviene** es y no es y se asemeja al correr del agua de un río, a esa movilidad continua, a ese deslizamiento permanente en que no hay nada fijo y que, sin embargo, ofrece la persistencia de su movimiento. Es y no es, es la unidad enlazando lo contrario y cuyo símbolo, quizá más que el agua, lo constituye el fuego que abrasa y consume para de nuevo prender la vida. Cabe decir de esta filosofía que acertó a poner de manifiesto harto vivamente el fondo de la realidad, que no es, por más que la razón así lo quiera, unidad quietista e inmóvil, simple y absoluta sino movimiento incesante, evolución infinita en la que la diferencia y la multiplicidad son principios esenciales al ser como pueden serlo la unidad y la identidad. Pudo extremar su concepto, como lo extremaron el suyo asimismo los jonios, Parménides y Zenón, pero Heráclito consiguió penetrar admirablemente la palpitación inasible de la existencia y de la vida que se nos muestra y revela en fluidez constante, que la sentimos, como Bergson lo ha su-

gerido y aclarado, en la forma de una heterogeneidad cualitativa continua, que dura, no en un tiempo espaciado, polvo de inmovilidades, sino en un devenir indivisible y creador.

Las dos direcciones fundamentales de la filosofía quedan fundadas y establecidas. Todas las demás estarían incluidas en ellas o se derivarán de ellas. La filosofía del ser, de lo uno, de lo estático, de lo inmutable e inmutable, de lo perfecto y acabado, de las formas, actos, esencias, conceptos, especies y géneros, de los principios supremos y las leyes generales, por un lado; la filosofía del devenir, de lo dinámico y móvil, de lo plural y vario, del cambio y la evolución infinita, del desenvolvimiento progresivo y la creación, de las intuiciones y lo singular e individual, de la unidad de lo diverso y los contrarios y la multiplicidad de lo uno, por el otro. Toda teoría, toda doctrina, todo sistema habrá de partir, como de su principio básico, de una de ellas, y, por lo tanto, todas las cuestiones que se ofrecen al intelecto o la acción humanas las involucrarán de uno o de otro modo, como lo veremos en el curso de esta obra.

Los grandes filósofos griegos que siguieron a los ya referidos, dieron vueltas a la misma cuestión dándole diversas formas y planteándola desde diversos puntos de vista.

La teoría de las ideas de Platón, de tan poderosa y vasta repercusión en la historia de la filosofía, reproduce con mayor aparato, con pompa ostentosa, complicándolo inútilmente, el sencillo y puro pensamiento de Parménides. Lo que es y lo que aparece, la realidad eterna y la apariencia frágil y perecedera, el mundo de los sentidos y el mundo de las ideas, es el contraste que Platón pone de relieve para concluir que el verdadero ser —el mismo de Parménides— está en las ideas y que este mundo de las cosas que vemos y palpamos no es sino sombra, reflejo, remedo, participación de la realidad contenida en el otro. Nuestros conceptos nos dan el conocimiento de lo general y permanente mientras los sentidos aprehenden lo concreto y particular que es algo individual y efímero. Nuestros conceptos son remi-

niscencias de anterior intuición o visión de las ideas, realidades eternas, inmutables, perfectas, señoreadas y unificadas por la idea del bien, idea suprema, fin último que atrae y enlaza y sirve de modelo a todo lo que existe. El mundo inteligible está allá, en lo alto, en la región de las ideas, luciendo su imperturbable serenidad, su eternidad augusta, su perfección suprema, mientras acá abajo se agita vanamente el mundo sensible, el de los fantasmas y las sombras, el del cambio y el tiempo, dividido, pasajero, imperfecto y caduco. Y principia entonces a marcarse una honda división entre lo material, que es lo sensible, y lo espiritual o ideal, que es lo suprasensible, división que las religiones aprovechan para imaginar y afirmar la existencia del mundo sobrenatural, superior al presente que es un paso doloroso a que está condenada la criatura, para alcanzar, si lo merece, el acceso a aquel mundo del ser sin mudanza, sin dolor, donde la materia y el tiempo desaparecen para dar lugar a lo eterno y absoluto, a la unidad total, que excluye la sucesión y la exterioridad. El ser uno es la realidad y la verdad, el ser vario es ilusión y apariencia, apuntó Parménides, dejando esta dualidad irreductible pero patentizando el problema con nitidez y claridad suma. Platón establece el mismo contraste y concibe dos mundos, en cada uno de los cuales la dificultad se reproduce y se multiplica fantásticamente. Platón, además recurrió al concepto de **no ser** como término medio entre el ser y la nada, lo que en Aristóteles se convirtió en la **potencia**, recurso ilógico para explicar de algún modo la multiplicidad y el **devenir**.

Aristóteles, mas atento y apegado a esta realidad viva de la experiencia, no hará de lo general entidades metafísicas como Platón, no establecerá tan radical separación entre las ideas y las cosas, extraerá aquéllas de éstas y dirá que los conceptos aprehenden, mediante la iluminación que el entendimiento opera en el material que ofrecen los sentidos, las esencias mismas de los objetos sensibles, esencias cuyo análisis y síntesis pueden conducirnos al conocimiento de lo real. Los conceptos abstraen lo general, lo uno, lo

esencial, la especie y el género, la forma, que unifica la materia, principio ésta de individualización, de división, de limitación; siendo la materia lo vario, indeterminado y potencial que la forma determina, une y actualiza. Aristóteles continúa manteniendo el primado de lo general sobre lo particular, de lo uno sobre lo múltiple, pero ya no los separa en el ser mismo de las cosas, antes bien claramente establece que lo específico y lo individual se funden en cada ser real, lo que constituirá un gran paso en la apreciación metafísica de la realidad, porque, en efecto, lo uno y lo múltiple están entremezclados, fundidos, combinados en cada cosa, sin que sea dable separarlos. Y aunque persista la subordinación de lo individual a lo universal, pues para Aristóteles lo primero será el accidente y lo segundo la esencia, el pensar ya que los dos elementos están en síntesis en el corazón de los seres es acercarse a la verdad de este solo mundo de cuya existencia estamos seguros.

Es preciso no olvidar a Plotino en esta breve ojeada porque su concepción filosófico-religiosa oscila entre el descendimiento del Ser uno y perfecto a multiplicarse en la infinitud de las cosas que se desprenden o emanan de él, como degradadas y mutiladas, y el retorno de todas ellas hacia la unidad y perfección de donde, en suma, salieron y se dispersaron. En grandiosa construcción intelectual, alumbrada y encendida de inspiración mística, Plotino despliega el misterio de lo uno y de lo múltiple, situando en lo alto y en el origen, la unidad absoluta, simplísima, que sobrepasa el ser y el pensamiento, lo real y lo ideal, las formas y los atributos, que no pueden conocerse por la razón sino por el éxtasis, por la fusión en el uno, que es el valor supremo y el bien. Parménides se quedó allí, en lo uno, y negó todo lo demás; y por eso su pensamiento, en cuanto pensamiento, es puro y grande, sencillamente uno y perfecto. Pero Plotino no es pensamiento puro; es imaginación, sentido y corazón abiertos por donde entran todos los vientos, todos los colores, todas las vibraciones del mundo temporal y múltiple y su filosofía habrá de darles cabida, espacio y lugar.

La unidad suprema se desborda y este exceso crea lo demás. Lo soberanamente perfecto no puede permanecer encerrado en sí mismo, estéril e infecundo. Genera y produce, y el mundo en su variadísima floración emanará de él, vendrá de él, descenderá de él. Y la multiplicidad está allí, apareciendo en el Nus, la inteligencia, y luego en el alma o verbo, constituyendo con lo uno la trinidad divina. Y de esta trinidad irradia el mundo de las almas y las cosas disminuyendo en claridad conforme se alejan del centro y se diversifican hasta llegar a la materia que casi es el no ser y que está en los confines de la nada, determinando la división y el mal. Descenso es el ser de lo perfecto a lo imperfecto. Es la **procesión** de los seres según Plotino. Pero hay también la **conversión**. El ascenso de lo imperfecto a lo perfecto, de lo vario a lo uno, de la dispersión y el caos al orden y la armonía, movimiento mediante el cual los seres producidos en una escala descendente, de lo alto a lo bajo, de lo superior a lo inferior, retornan hacia el ser perfecto que los originó, para fundirse con él y alcanzan así la plenitud del bien, para recuperar o conquistar lo que no tienen, remediando su carencia, su bajeza entitativa, su desvanecimiento con la posesión de la riqueza de donde proceden y de la cual fueron desposeídos en la emanación, en la procesión, en esta existencia derivada donde, para que todo lo posible fuese realizado, los seres salen los unos de los otros en gradación continua e ininterrumpida. Vemos, pues, cómo esta prodigiosa concepción refleja el ritmo de las cosas y las almas, en que si por un lado ellas tienden al orden y la unidad, por otro van hacia la variedad y la dispersión sin que acertemos a descifrar el enigma de esta procesión y conversión incesantes en que alternan dos movimientos contrarios que se oponen y hacen la guerra, y que cuando encuentran el corazón del hombre lo baten espantosamente hasta destruirlo, pobre entraña que no sabe entonces hacia donde ir, si en pos de la majestad de lo estable y eterno o siguiendo la linda, juguetona, sugestiva y libre variedad de la vida.

Recogen estos problemas los padres de la Iglesia y la

escolástica lanzará la disputa de los universales, dando realce e importancia a la pregunta de Porfirio: "¿los géneros y las especies subsisten en la naturaleza o tan sólo en el pensamiento?" Universal, lo uno en lo vario, eso es lo que está diciendo la misma palabra, y eso es lo que se busca en esta célebre y famosa disputa que se puede considerar discusión bizantina si no se ahonda en su significado y no se comprende que en ella se encierra todo el problema supremo de lo uno y de lo múltiple. ¿Los universales, los géneros y las especies existen en la realidad o sólo en la mente? ¿Son realidades o puros nombres? ¿Lo uno, que enlaza lo múltiple, es una palabra o un ser? ¿Lo universal tiene valor entitativo, ontológico, objetivo, o es una voz subjetiva, un nombre que el pensamiento da a un grupo de cosas? Si a la intuición sensible corresponde un objeto, como este libro que estoy mirando en este momento, ¿qué corresponde al concepto de libro en general, al **universal** libro? La misma cuestión iniciada por Parménides: ¿qué diferencia a los seres, qué los une? La misma planteada por Platón: las ideas son realidades universales; las cosas concretas, sombras de las ideas. La misma, resuelta por Aristóteles en el sentido de que lo general-uno está fundido en cada cosa con lo individual-vario, de donde lo abstrae y aísla el pensamiento para formar los conceptos en los que se aprehende la esencia específica. Los escolásticos se dividieron y unos vieron lo real en lo universal, otros en lo individual y muchos coincidieron con el pensar aristotélico. Todos tenían una parcela de razón, pero ninguno podía resolver integralmente el problema, de suyo irresoluble, ya que penetra en el fondo irracional de la realidad, fusión inextricable de los dos elementos, de lo uno y lo múltiple.

La controversia de los universales desemboca en la cuestión sobre la univocidad o plurivocidad del término del ser, respecto de la que hubo divergencia entre Santo Tomás y Duns Scot, dando origen a la teoría de la analogía de la cual dice un filósofo contemporáneo, Aloys Müller, que es una de las más profundas de la filosofía antigua. Dicha



teoría, al sostener que el término del ser no puede predicarse de igual modo y en idéntico sentido de todas las cosas, asentó la radical variedad de la realidad y primó sobre la univocidad de Duns Scot, no obstante la copia de poderosos argumentos que el filósofo franciscano, llamado el doctor sutil, esgrimió en defensa de su tesis. Siendo el concepto de ser el más universal —¿qué no es ser?—, la discusión entre Santo Tomás y Duns Scot es máxima y se refiere al hito mismo de la más alta metafísica. Declaremos que tal vez la doctrina de la analogía se acerca más a la verdad de las cosas y que Duns Scot, difiriendo también en esto de Santo Tomás, con su parecer sobre el principio de individuación dió a aquella doctrina su más sólido fundamento. En efecto, mientras Santo Tomás afirmaba que en las formas universales, especies y géneros, se encontraba lo esencial y positivo, que era como decir que lo sustancial estaba en lo uno, asignando a la materia el origen de lo accidental y perecedero, de la multiplicidad y la división, Duns Scot enalteció el principio individual, considerándolo la culminación de la naturaleza y la coronación de la obra divina. Para él, el **principium individuationis** no es negativo sino formal —en el sentido aristotélico— y tan sustancial y positivo, por tanto, como el principio genérico. Luego, en el ser individual están fundidos dos elementos igualmente esenciales, pero distintos. Y ¿cómo predicar el ser, con igual significación, de estos dos elementos? Por tanto, Duns Scot, que sostiene con gran fuerza de razón la teoría de la univocidad, la mina y refuerza la opuesta, cuando sustenta, con mayor fuerza lógica, la esencial distinción entre el principio individual y el principio universal. ¿Cómo fundir a estos dos en la mente? ¿Cómo separarlos en la realidad? ¿Cómo predicar de ellos, en igual sentido, el término y concepto de ser? Si son distintos, esencialmente distintos, no cabe sino el recurso de la analogía para intentar unirlos en el intelecto. Y no obstante ser, Santo Tomás, tan fuertemente racionador en lo referente a la doctrina analógica, no ve el punto de apoyo que un principio de individuación, bien

intuido y comprendido, como lo intuyó y comprendió Duns Scot, podía prestar a esa doctrina tan profunda, tan de acuerdo con el principio de la multiplicidad de la realidad que, según el filósofo Aloys Müller, es una de las evidencias más esenciales a que ha llegado el estudio filosófico.

Con los Bacon, los Locke, los Hume, los Stuart Mill, esto es, con la escuela inglesa, que orientó la investigación hacia la experiencia desviándose del sesgo racionalista de los primeros tiempos de la filosofía, cobró brío la famosa controversia entre el racionalismo y el empirismo que, como vamos a ver, gira sobre la misma eterna cuestión. Y antes de precisar el punto, cabe averiguar qué ven y aprehenden los sentidos y la experiencia, si lo múltiple, si lo uno, si entrambas cosas a la vez. Y nos decidimos por ésto último. Toda percepción sensible capta lo uno y lo otro, quizá preferentemente lo múltiple, pero siempre con un principio de unión, de relación, de asociación, de enlace. ¿Qué cosa del mundo físico no se nos presenta extensa? ¿Y la extensión no es esencialmente multiplicidad y continuidad? Y en el mundo psíquico, en el del sentido interno, lo propio, pues si se ha dicho que la conciencia nos da lo simple, lo inextenso, lo inmaterial, lo espiritual, forzoso es notar que esa unidad simple enlaza la diversidad, asocia lo plural, y tanto que el concepto sustancial del alma del espiritualismo se ha tratado de sustituir, como en Wundt, con la continuidad de la función para hacer resaltar que el fenómeno psíquico extiende en el tiempo la multiplicidad como el fenómeno físico en el espacio. Los datos de los sentidos, las sensaciones, los perceptos, la intuición sensible, la conciencia, fundamentos de la experiencia, nos proporcionan, pues, impresión de lo diverso y de lo uno al propio tiempo. Y esto nos parece importante para aclarar el quid de la trascendental disputa. ¿Es la razón o la experiencia la fuente primera del conocimiento? El racionalismo señaló el conocimiento de lo uno, que abarca necesaria y universalmente la realidad, como el verdadero conocimiento. De modo que el conocimiento de lo diverso, esto es, de aquella porción de la realidad

irreductible a lo uno-general no tiene valor, ya que lo diverso se ha considerado por los racionalistas como lo accidental, lo secundario y, según Parménides, lo ilusorio e inexistente. De ahí que concluyen que la razón pura es el verdadero y, quizá, único camino para llegar al conocimiento. Sin necesidad de la experiencia y por eso mismo con rigurosa validez universal, la razón formula juicios evidentes, a priori, que unen toda la realidad, y que, extremando el raciocinio, la simplifican, la identifican, como en el pensamiento de Parménides. Lo que hace sospechar del racionalismo. Ya hemos visto que por el camino del racionalismo puro se llega a lo uno absoluto y simple, negando la realidad múltiple y considerándola mera apariencia. ¿Esta realidad cómo y cuándo se nos aparece? ¿No es en la experiencia? ¿No son los sentidos externos y el sentido interno los que nos dan la certidumbre de la existencia de algo? ¿No es el *có-gito, ergo sum* de Descartes el hecho inamovible para asentar la existencia y el ser? Luego, en la experiencia está el punto de partida incuestionable. La experiencia, como previamente lo hemos consignado, nos da lo múltiple y lo uno entreverados, fundidos, y de allí el pensamiento extrae, como sostenía Aristóteles, lo uno en los conceptos que servirán de base para todo razonamiento deductivo, a priori, independiente de la experiencia. Pero, por obrar exclusivamente sobre conceptos que son el resultado de la abstracción mental de lo uno, que queda aislado de lo vario, extraído de la síntesis vital irrompible, e idealizado, constituyendo un objeto ideal, el campo de ese razonamiento se extenderá en la región puramente intelectual que, de considerarla, no como ayuda sucedánea, sino como la esfera del conocimiento verdadero y perfecto, nos llevará al absolutismo absurdo e inaceptable de Parménides y Platón, esto es, a desechar y despreciar el mundo de la existencia, fuera del cual no se acierta a comprender qué valor tenga el concepto del ser y los principios supremos que de él se derivan. El postulado de la existencia funda toda ciencia, como lo dice Balmes, y el conocimiento de algo existente nos lo dan

nuestros sentidos, los externos y el interno, la experiencia. De ahí que un resultado como el de los representantes del racionalismo, que llega a la unidad absoluta y contradice el hecho de la existencia, que se nos presenta múltiple y una a la vez no puede ser aceptado por evidente que parezca. De ahí asimismo que en la disputa del racionalismo con el empirismo, que, en resumidas cuentas, averigua si lo uno, cuyo conocimiento debe ser el verdadero conocimiento y la ciencia verdadera, se aprehende en los conceptos y en los juicios **a priori** que ellos generan o en las leyes que se inducen de la experiencia, hay que pensar que si en la realidad existente están la uno y lo múltiple íntimamente fundidos, el conocimiento de lo uno ha de partir de allí sin que esto signifique nada que amengüe la importancia del pensamiento en su calidad de elaborador de un mundo, como el racional, como el de los objetos ideales, que tanto ayuda y contribuye a comprender y explicar el misterio de la existencia en cuanto aclara y destaca la manera cómo lo uno enlaza y vincula la diversidad, expresión y símbolo de lo cual son los principios supremos y las verdades matemáticas, por un lado, y las leyes naturales por otro, ya que el conocimiento científico busca lo uno al través de la razón o de la experiencia, mediante el método deductivo o el inductivo. El factor racional se mueve y tiene autoridad en la esfera del desarrollo y combinación de conceptos o universales, como en los juicios analíticos y en los sintéticos **a priori** de Kant —que muchos los reputan también como un análisis— mientras que la experiencia será la sola maestra en el terreno de los hechos, siempre y cuando, tomándolos en su integridad vital, se quiera establecer las leyes que los rigen. Cuando digo que los cuerpos son extensos no hago sino desarrollar, analizar, descomponer el concepto, consignar la intuición de la esencia cuerpo. Pero cuando afirmo que todos los cuerpos son pesados consigno una ley de hecho, uno de los dos elementos diversos que sólo la existencia del hecho los reúne, y es de casos particulares de que se induce. En el primer caso, parto de lo uno aprehendido en el

concepto por ideación, esto es, por intuición eidética, y veo los elementos ideales que lo forman. En el otro, parto del hecho particular donde veo asimismo los elementos reales que lo integran. Pero el concepto, si bien formado mediante la abstracción ideatoria que lo extrae del material concreto suministrado por la experiencia, es un producto mental, una síntesis mental, una estructura ideal, un universal, cuyos hilos ha tejido el pensamiento a base de lo que ve en la realidad existente pero abstrayéndolo, aislándolo, sustantivándolo idealmente, separándolo de los otros elementos —los individuales, los particulares— con quienes integraba la síntesis real de lo que existe. El concepto capta lo uno, lo aísla, lo idealiza y lo hila, dándole sustantividad independiente. En cambio, en las ciencias naturales, se razona sobre hechos, sobre casos particulares, esto es, sobre conjuntos reales, sobre conexiones de coexistencia y sucesión, como el del caso de los cuerpos pesados donde el concepto de cuerpo está unido al concepto de peso de hecho, porque así lo vemos en la realidad existente. El lazo que une el cuerpo a la propiedad del peso es una síntesis de hecho porque así existe y nada más. El vínculo que une el cuerpo a la extensión es una síntesis mental que funde diferentes conceptos, quizá palabras, en uno solo, o más bien dicho que encuentra en el concepto cuerpo, producto mental, incluido el concepto extensión, también mental y unido o incluido mentalmente en el otro. Mientras que el enlace que establece una ley natural es el reflejo de la vinculación de hecho, particular o individual, que observamos en la existencia misma y de la cual parte la generalización empírica. Leibnitz llamaba a las primeras verdades de razón y a las segundas verdades de hecho, y se ha dicho que las unas son verdades necesarias y las otras contingentes. Todo esto vendría a parar en la génesis de los conceptos y en su valor objetivo. Ya hemos anotado que el concepto es una intuitiva manera de reunir en la mente elementos comunes, esenciales dirán ciertos filósofos, a varias cosas o a todas, formando una unidad, un todo lógico, un todo ideal, y en-

contrar en este todo sus elementos es una obra de análisis mental cuya validez tiene que ser universal para el grupo de cosas o para todas de donde el concepto fué extraído. El carácter de necesidad que ostentan esta clase de verdades proviene de que se limitan a decir, de diferente modo, o con diversas palabras, qué es lo que está comprendido en ese todo. "La exactitud procede en ellas del extremo de la abstracción", dice Manuel de la Revilla. Todo es también lo que constituyen los hechos, pero en este caso la mente no hace otra cosa que consignarlos, en la composición en que los encuentra. Esto es, la experiencia une lo que no está unido en el simple concepto, en esa formación mental primitiva que quizá se apodera, intuyendo, tan sólo de lo que hay más de bulto y de saliente en las cosas, pero que no alcanza otras vinculaciones menos visibles pero también esenciales aunque ocultas a primera vista. Tan universal como la extensión es la pesadez. Y quizá tan esencial. Pero la primera constituye la propiedad visible, la que salta a la vista, la esencia, dirán ciertos filósofos, que es aprehendida primitiva e intuitivamente en el concepto. La segunda, no es una relación oculta que sólo la alcanzamos en la observación paciente y reiterada de los hechos. Es oportuno también referirnos aquí al fundamento de la inducción, a aquello que nos autoriza o nos impulsa a pasar de lo particular a lo general, de lo conocido a lo desconocido, del hecho a la ley, paso o salto que parece irracional. Para no caer en círculo vicioso se ha dicho que el fundamento de la inducción tiene que descansar en un principio *a priori* que no puede ser demostrado o probado por vía inductiva, y cuyo valor estaría en su evidencia misma, lo que daría la razón al racionalismo. Ese principio sería el de la uniformidad del curso de la naturaleza o el de causalidad o el de la unidad y relación de todas las cosas o alguno que se le parezca. A esto hay que observar que, en efecto, el paso de lo múltiple a lo uno para justificarse ha menester el conocimiento o creencia previa de lo uno, conocimiento o creencia que necesariamente surgen de la primitiva conciencia o sensibi-

lidad o comunicación con la existencia en que aprehendemos a la vez lo múltiple y lo uno que le enlaza, de modo que no puede menos de estar en nuestro espíritu a la vez la creencia y la necesidad de la unidad, lo que nos lleva a buscarla en la diversidad y a encontrarla cuando la constancia de los hechos nos hace comprender que ello proviene de eso uno que buscamos afanosamente cuando ansiamos conocer. Con todo lo dicho creemos haber patentizado que esta cuestión, como las anteriores, como todas, viene a dar en la misma dificultad de siempre, a saber, la relación de lo uno y de lo múltiple, transportada a la esfera del conocimiento, al problema de saber si lo uno, cuyo conocimiento es el objeto de la ciencia, se ha de alcanzar mediante el juego de la razón sobre conceptos o en el campo de la experiencia donde se opera sobre hechos. Sólo que el valor objetivo de los conceptos tiene que descansar, en última instancia, en hechos de experiencia aunque supongan una elaboración mental ulterior. Y así, la experiencia que destaca el hecho, donde lo uno y lo múltiple se funden, es la última fuente y la determinante básica del conocimiento, tanto más cuanto que ella, merced al sentido externo o interno, es la única vía para darnos cuenta de la existencia en su doble aspecto de pluralidad y unidad a la vez.

Bacon de Verulamio dió a la tendencia empírica notable impulso combatiendo el racionalismo aristotélico con su **Novum Organum** y dando al método inductivo mayor importancia que al silogismo. Aquello de reducir la ciencia al abstracto sistema de analizar y combinar conceptos puros conduce, pensó Bacon, a los **Idola** o fantasmas de la mente alejándola de la existencia, tendiendo un velo sobre la realidad, aislando el intelecto y entregándolo a la tarea de trabajar como la araña que extrae de sí mismo el material para su tela. Lo uno, separado mentalmente de lo vario, idealizado, no es el medio propio para intuir y ver lo existente y lleva al prejuicio, al preconcepto, a la forja de fantasmas que enturbian la visión y falsean el conocimiento. Es menester la comunicación directa con la realidad donde lo uno

está en íntima compenetración con lo vario, para aprehender allí, en lo vivo y palpitante, la verdad de los hechos e inducir entonces las leyes. El mundo de los conceptos y de los principios necesita recibir, mediante la paciente experimentación, el correctivo indispensable y la rectificación oportuna. La naturaleza, el fenómeno, el hecho, ahí están como la última fuente, de la que fluye la vida misma, multicolora y poliforme, cuyo aliento fresco debemos beber con nuestros sentidos abiertos para suministrar al intelecto material renovado y rico. Los conceptos, como alguien lo apunta, son el espectro gris, y la esfera abstracta, un mundo de cadáveres. Por eso se ha dicho que todo sabio huele a muerto. Bacon pudo aplicar esto a los filósofos tocados de un extremo **apriorismo**, quienes, encerrándose en el castillo del puro pensamiento, respiraban el ambiente saturado de sus propias ideaciones, desdeñando el aire oxigenado que podía entrarles por las ventanas abiertas del sentido en inmediato contacto con el mundo existente.

Pero es Descartes, que sustentó el racionalismo, la figura más alta de aquel período de la filosofía. Sencillamente, sin alambicar las cuestiones, en suprema actitud humana y filosófica, suscitó y renovó los más hondos y sutiles problemas que se presentan al pensamiento reflexivo. Sintió su individualidad, su personalidad frente a la opinión y autoridad ajena, ante las innumerables creencias y sistemas y se emancipó y desnudó de todas ellas para quedar, autónomo y libre, y emprender por sí solo el camino del pensar y la investigación. Buscó la certeza al través de la duda, quiso encontrar un principio cierto y primario que fundamentase el edificio del conocimiento humano. Y lo buscó en sí mismo, en la propia conciencia, liberada de prejuicios, de imposiciones, alzada a examen propio, destacando, en el pensar, la cuestión de la dualidad y pluralidad, para dar así lugar al máximo problema humano, al problema de la libertad que tiene su raíz y su fundamento en la autonomía del pensamiento individual. La libertad arranca de allí: de la conciencia de la propia individualidad, individualidad pen-



sante, y de la exigencia del pensamiento de encontrar la verdad con la propia visión, con el propio esfuerzo, con su original punto de vista; y de la exigencia de la propia voluntad para obrar conforme al propio pensamiento. A un lado la autoridad externa, el pensamiento ajeno, la razón de los otros. La última palabra, la última instancia, el fallo supremo, la decisión final habrá de ser, fuera de toda heteronomía, la que dicte la intimidad de la conciencia, en la cúspide de sí misma, en vista franca, en recogimiento profundo, fecundada por la observación y la reflexión del pensamiento original, del que nace en lo peculiar y privativo del ser consciente de cada uno. Hay la diversidad y en ella se alza y se señala, con sustantividad propia irreductible, la individualidad de cada ser y, especialmente, la individualidad de cada conciencia, de cada pensamiento, de cada espíritu. Y no es con el pensamiento de otro, con la voluntad de otro como se debe pensar y obrar. En la relación de lo interno con lo externo, aplicada al espíritu y a su dirección, ha de prevalecer el valor insustituible de lo interno como principio ético de las ideas y la conducta. Y así, el criterio de la verdad no ha de ser la autoridad de otro, sino la propia autoridad que surge de la luz que alumbra la conciencia del yo, de la evidencia que irradia tan clara y distinta como fruto de las virtualidades de la propia razón, de la mirada interior, de esta unidad individual dotada de un pensamiento que no puede confundirse con los otros, que no puede abdicar su valor, su virtud, su poder, su dignidad. Se puede y se debe dudar de todo, de lo que nos enseñan, de lo que se cree, de lo que se oye, de lo que se ve y se toca, pero cuando se queda solo con el propio pensamiento, con la conciencia de la actividad propia, que está revelada y patentizada en la propia duda, una certeza se impone y se asienta con solidez y fuerza inquebrantables. **Cógito, ergo sum**, como antes lo había dicho San Agustín: "Si yo me engaño, si yo yerro, yo soy"; "si fallor, sum" He ahí el hecho primero, el hecho supremo, el hecho de la existencia dándose y resplandeciendo en el pensamiento, en la conciencia, en el hecho de pensar

y estar presente a sí mismo. Algo es, algo existe, algo piensa, pienso, existo. La duda ha terminado. La verdad de un hecho está ahí, desafiando todas las cavilaciones y presentándose al examen y la reflexión ¿Pero ese hecho nos da el ser uno de Parménides? ¿Soy y sólo soy yo?..... Soy, pienso, y al pensar, dudo y al dudar me siento limitado, impotente, imperfecto. Y dudo porque mi pensamiento se refiere a un objeto y aprehende algo distinto, lo otro, lo múltiple. ¿Soy o son también otras cosas? ¿Cógito, ergo sumus? La independencia del individuo pensante está fundada, pero ¿es absoluta? Si no depende de nada ¿por qué no soy como quiero ser, por qué no realizo en mí todas las perfecciones que concibo? Y si la perfección que concibo viene a mí ¿por qué la dejo trunca, en simple concepción y no la llevo a la realidad y a mi ser? Y así, Descartes, tras establecer la roca de la existencia y del yo, **incontinenti** verificó el tránsito de lo subjetivo a lo objetivo, sintiendo la necesidad de establecer asimismo el hecho múltiple, el ser dual y plural, implícito en el pensamiento.

Yo existo afirmó Descartes y he ahí un centro donde viene a parar y donde encuentra enlace y punto de unión todo lo que se me representa y aparece. De ahí tengo que partir y mi individualidad y personalidad se yerguen señeras, unas, independientes. De todo puedo dudar, la multiplicidad que danza en torno de mí puede ser una fantasmagoría, pero yo quedo en pié, yo que la veo, la imagino, la sueño y la pienso. No puede darse afirmación más terminante de la sustantividad de la propia conciencia, que, al reflejar el mundo, lo llena, lo anima, lo ilumina y vivifica. Todo puede ser ilusión o apariencia, pero no quien lo siente o percibe. Y la unidad sustantiva del yo se destaca para afirmar que, en medio de todo, si existe el todo múltiple y cambiante, existe también, y primordialmente, un yo individual que, o absorbe todo en sí, o se pone como algo distinto y separado, con valor propio, que no se puede refundir en el todo ni confundir con él. ¿Cómo considerar esa conciencia, cuya certeza es lo único incommovible y absoluto, como algo

derivado, secundario, determinado por lo exterior, desvanecido en lo exterior. Unidad sustantiva que nada puede explicar, que existe porque sí y que es necesaria para el conjunto del conocimiento y el conjunto del mundo. La conciencia, epifenómeno, de los Ribot, Maudsley y Le Dantec, tachada por inútil en la ciencia de los mecanicistas y positivistas, cobra en la filosofía de Descartes un valor inconmensurable, irreductible y absoluto; y acaso, con la conciencia se revela el valor, asimismo irreductible y absoluto de la personalidad humana en medio de la variedad y no obstante el principio uno que relaciona lo vario. Pero Descartes no fué solipsista y de la conciencia del yo pasó a la conciencia del no yo, de lo otro, de Dios mismo, unidad suprema y origen de la pluralidad. El pensamiento, que estatuye la sustantividad personal, la unidad individual, pasa a lo plural y lo enlaza.

Racionalista, Descartes, si bien en la evidencia de los juicios creyó encontrar el criterio único de la verdad y no dió, como Bacon, la debida atención al método experimental, impulsó, en cambio, la ciencia matemática suministrando el instrumento portentoso que aplicado a las ciencias físicas y naturales, dobla su poder y precisa y amplifica su virtud cognoscitiva. Pero entrambos, Bacon y Descartes, emanciparon el pensamiento humano, y sus métodos, combinados, auxiliándose recíprocamente, dan en la clave de toda ciencia y cimientan en la libertad los fueros del espíritu y de la investigación.

Locke filosofó sobre el conocimiento y la política. Respecto de lo primero, fué empirista y ya hemos indicado cómo el empirismo cae, al igual que todos los problemas y las direcciones filosóficas, dentro del campo de lo uno y de lo múltiple donde está el nudo de toda cuestión. Veamos ahora el aspecto inquietante del problema político que a Locke mereció especial examen e interés. Si Descartes afirmó la libertad del propio pensamiento en relación con los otros, Locke estudió y aclaró lo relativo al gobierno civil, al principio de la autoridad, a este hecho, capital en la historia hu-

mana, del predominio de unos hombres sobre otros, que no es otra cosa que el hecho de la multiplicidad forzada a unificarse en cierto sentido por el mando, el gobierno y la fuerza. Hay grupos humanos, en quienes varios hombres, sujetos a otro u otros, forman una especie de todo, una unidad mantenida coercitivamente, impuesta por la naturaleza a la par que por la voluntad de un jefe. Los hombres, como todas las cosas, están en relación unos con otros, relación fatal, ineludible, ley indeclinable y a ella tienen de someterse quieras que no, de un modo u otro. Pero dentro de aquella relación, cumpliendo tal ley, hay diversas posibilidades de arreglo que corresponden a distintos modos de pensar, de sentir, de querer. ¿Qué hombre deberá imponer el suyo a los demás en cada grupo? Hobbes había pensado que la relación natural era la de la guerra que iba a parar en el derecho del más fuerte. Pero Locke pensó que, distinguiéndose de los demás seres, el hombre no es una fuerza brutal, brutalmente en relación con otras fuerzas brutales. El hecho de pensar y la relación de pensamiento a pensamiento abre una nueva perspectiva que supera la relación de fuerza bruta. El poder civil, el poder político, por tanto, si de hecho pudo nacer de la fuerza, debe originarse, debe fundamentarse en la voluntad de los hombres. El poder político no debe ser un principio de dominación. ¿Quién debe dominar a quién? ¿Debe aceptarse que lo sea el fuerte sobre el débil? No cabe porque esa no sería relación de pensamientos, relación de voluntades, que es la relación que corresponde a la naturaleza psíquica del individuo humano. No queda, por tanto, otra relación que la voluntaria y el origen del poder civil ha de reposar en el consentimiento común, en el mutuo acuerdo. La multiplicidad humana no puede reducirse a la unidad sino mediante el pensamiento y la voluntad de los hombres. Reducirla por medio de la fuerza es desnaturalizar su esencia. He aquí el problema, de vital importancia, de la libertad política y la autoridad, materia de este libro. Con el agudo sentido práctico inglés se cala hondo en él y se asienta, en suelo firme, el principio indivi-

dualista del hombre libre. Si los hombres son distintos los unos de los otros —principio de la libertad— y al mismo tiempo tienen una naturaleza común, naturaleza pensante y volitiva, que los tiene en relación e interdependencia —principio de autoridad— la relación verdaderamente humana ha de ser, tiene que ser de pensamiento y de voluntad y el poder unificante ha de nacer de allí, de la unidad de voluntad y pensamiento. Así como, cuando la fuerza bruta regula, la relación de equilibrio proviene de la armonía de las fuerzas, de la cohesión de las fuerzas, así también, cuando la voluntad y el pensamiento hayan de regular, el orden social y político ha de provenir del acuerdo. Si así no sucede, no se trata de relación humana, de relación psíquica y moral, sino de pura relación física. Diversidad de modos de reducir la multiplicidad a la unidad. Problema magno que se deriva, como se ve, de la eterna cuestión de la multiplicidad y la unidad, aplicada o considerada en el terreno de la política, esto es, en el campo vital de mayor urgencia y trascendencia para la historia del hombre. Y esa es la gloria de Locke, haber señalado, con la más certera de las intuiciones, el punto cardinal del vivir colectivo donde las individualidades humanas, en su elemental sustantividad, se presentan irreductibles no obstante su relación natural y su indestructible vinculación que las incorpora en grupos sociales que no las absorben ni anulan, antes bien tienen que admitir su valor fundamental y radical.

Y Berkeley, yendo al fondo del ser y no encontrando allí sino conciencia, percepción, pensamiento, se preguntará qué otra cosa puede ser el ser, qué otro modo de ser puede darse y, no hallando la respuesta, habrá de concluir que es percibir, *esse = percipi*, y que sólo existen y están en relación las conciencias y los pensamientos. ¿Qué cosa es un ser que no se siente ni siente a los otros? No podemos imaginarlo. Y así, la materia, la sustancia, eso que suponemos más allá de la representación resulta algo vacío, sin sentido, sin consistencia, pura ilusión. Y lo único real es entonces el ser espiritual, el sentir, el percibir, el pensar y el que-

rer. El *cogito, ergo sum* se convierte en *esse*  $\pm$  *percipi*; ser es ver, tener conciencia; existir es ser para sí, darse cuenta, sentirse presente, esto que llamamos ser consciente. No hay, por tanto, sino el espíritu, los espíritus y, en consecuencia, relación de conciencia a conciencia, de pensamiento a pensamiento, de voluntad a voluntad. Pero la interrogación inicial para llegar a esa conclusión consiste en averiguar si a la multiplicidad de percepciones del sujeto que siente y percibe o que integran lo que se llama conciencia y espíritu, corresponde algo que exista en sí y fuera de la percepción. Se da en ésta la multiplicidad unida, conexcionada, formando un todo. Es la conciencia subjetiva, el espíritu funcional o, si se quiere, el fenómeno espiritual. ¿Hay algo más? ¿La pluralidad va más allá? Es la interrogación de todo idealismo. El sujeto, con su representación múltiple, unida en él, concatenada en el fenómeno perceptivo y conceptual; requiere la contrafigura de un objeto en sí, con su existencia propia e independiente, fuera de toda relación? De la unidad del sujeto se quiere pasar a la dualidad de sujeto y objeto. Este tránsito es la dificultad de la cuestión. Y este tránsito lo resolvió Berkeley sosteniendo que no siendo el ser del sujeto otra cosa que percepción y conciencia, el ser del objeto no podía ser sino el ser percibido y sentido. Lo que equivale, en fin de cuentas, a pensar que, si hay algo más que el sujeto que percibe, ese algo más tiene que ser otro sujeto —Dios o los otros espíritus— igualmente capaces de percibir. O hay un solo ser o sujeto con multiplicidad de representaciones —solimpismo— o hay multiplicidad de espíritus, todos con su mundo representativo, volviéndose la objetividad material un simple instrumento de relación entre los diversos espíritus.

El análisis de Hume deshace lo que en Berkeley resta de algo que puede tomarse como sustancial, aún en el aspecto espiritual. La materia inerte y pasiva es inconcebible pensó Berkeley. La sustancia verdadera debe ser lo que obra, lo activo y, por tanto, el espíritu. Pero Hume deshace lo uno y lo otro. No encontramos en el ser nuestro, obser-

va, sino una sucesión de estados de conciencia. La idea de sustancia, el concepto de actividad causal no tiene correlato en la intuición. Se ha llegado a concebir esas ideas por exigencias de la razón que busca la mayor unidad en la multiplicidad dada. Multiplicidad en el espacio y en el tiempo, multiplicidad simultánea y sucesiva a la que el pensamiento quiere, como en Parménides, reducir, estrechar, simplificar. Todo objeto posee varias propiedades y se ha querido ver como soporte de ellas, como profundo y radical lazo de ellas, algo permanente que no cambia, un fondo inmutable que liga y sostiene la variabilidad de los accidentes. Y en lo sucesivo, la causa, el principio que no sólo enlaza sino que crea y produce. El efecto no sólo está unido a la causa que reproduce su misma naturaleza, está determinado por ella. La sustancia es el principio de identidad en el cambio, la permanencia. La causa, por cuanto el efecto no contiene nada más que ella, viene a parar también en el principio de identidad. La sustancia es el principio de identidad bajo el cambio. La causa, el principio de identidad en al través del cambio. Entrambas, un principio de unidad en la multiplicidad. Meyerson ha mostrado que la causalidad estricta es identificación del efecto con la causa. Y ha mostrado asimismo que la causalidad tiende a salvar en la realidad la permanencia, la estabilidad, la conservación, en una palabra, para afirmar la sustancia. ¿Cabría preguntarse si los conceptos de sustancia y de causa son convertibles, si no representan y significan lo mismo? Puede que sí, pero eso no interesa a nuestro punto de vista. Basta con hacer ver que ambos son esfuerzos del pensamiento para explicar la realidad en un sentido racional, esto es, de unidad. Pues bien, para Hume, son vacíos, carecen de intuición o impresión correspondiente. En los contenidos de conciencia no hay sino conjuntos de propiedades en los objetos, y sucesión de fenómenos. Que hay enlace en el curso de nuestras impresiones, es preciso admitirlo, pero que dicho enlace signifique la existencia de la sustancia permanente y de la causa reproductora, es lo que, según Hume, no se puede demos-

trar. Especialmente, su análisis del concepto de causa y del principio de causalidad no deja en pié nada más que la sucesión sintética de los contenidos psíquicos. "El espíritu, dice Hume, no puede ver el efecto en la causa supuesta, así fuese por el examen más atento y profundo, porque el efecto es totalmente diferente y, por tanto, no puede ser descubierto en ella. No hay nada, en un objeto, considerado en sí mismo que nos pueda dar una razón de sacar conclusión alguna más allá del objeto mismo. Un acontecimiento sigue al otro, pero no se puede ver entre ellos ningún lazo. Ellos están próximos, jamás encadenados". Lo que llamamos causa y efecto son sucesivas manifestaciones de la realidad entre las que cabe una síntesis —están aproximadas, contiguas, dirá Hume— pero jamás se podrá analíticamente deducir de la causa, el efecto. Es la pluralidad sucesiva que se puede unir por síntesis, es la variedad radical imposible de reducir al principio de identidad. Es lo múltiple y lo uno frente a frente, con sus fueros y sus derechos, negándose a refundirse el uno y el otro. De nuevo se patentiza el pensamiento de Parménides: lo racional es lo uno absoluto, puro, sin mezcla. Y si esto no existe, la conclusión que fluye es que la realidad no se conforma del todo a ese tipo y admite un elemento irracional que se vuelve dilatada perspectiva, hondura sin límites, escape feliz que abre el campo a la libertad y la infinitud.

Surgen dos pensadores geniales y levantan sendas arquitecturas filosóficas, de gran vuelo, en que la magnificencia, la solidez, la fuerza, la intuición profunda y el razonamiento riguroso se dan la mano para construir un sistema completo y grandioso. Representan, el uno, Spinoza, la más grande concepción unitaria, y el otro, Leibnitz, el pluralismo radical, el individualismo básico. Se ve y se comprende en ellos cómo quien ahonda en la metafísica, quien penetra en los abismos y secretos del ser, quien depura la última esencia de la realidad, se encuentra, tiene que encontrarse con los dos principios, con las dos tendencias, con los dos aspectos que invariablemente, indefectiblemente están



presentes en todo hecho, en toda cosa, en todo fenómeno, ya sea en los elementos mismos, ya en el conjunto y el todo. Y en el ahinco de explicar eso, de analizar eso, unos verán más y mejor el principio de la unidad y como Spinoza lo llevarán al mayor grado posible, y otros como Leibnitz no podrán desentenderse de la variedad infinita, de la individualidad inconfundible y allí querrán cimentar todo valor, sustancialidad y virtualidad de lo real.

El panteísmo de Spinoza es la resurrección del pensamiento de Parménides modificado, que, sin poder negar lo múltiple simultáneo y sucesivo, idea una sustancia única, con dos atributos, la extensión y el pensamiento, y una infinitud de modos, pasajeros y cambiantes, que corresponden a la variedad de accidentes concretos e individuales.

En el fondo, en la base, en la esencia de la realidad un ser permanente, que no cambia, que no ha tenido principio ni tendrá fin, que es en sí, por sí, para sí, causa de sí y de todo y en donde está y de donde proviene la naturaleza y el ser de todas las cosas. Ser eterno, infinito, perfecto y uno, tal como el ser de Parménides, constituyendo el cuerpo y el nervio y el alma del universo. Y como en Parménides y como en Plotino, la exigencia racional queda satisfecha ante la concepción de la unidad absoluta y pura. Pero esta sustancia única tiene, según Spinoza, dos atributos, dos por lo menos, que se distinguen y diferencian esencialmente, con lo que interviene ya la pluralidad. Extensión y pensamiento, que ya Descartes deslindó, son dos manifestaciones el ser uno. ¿Y por qué Spinoza no identifica el pensamiento y la extensión como lo hizo Parménides? ¿Por qué dos, por qué varios? Si en la esencia subyacente, si en la realidad única, si en el ser simplicísimo no hay distinción ni composición ni multiplicidad ¿por qué surge de allí, de esa sustancia inmanente, que lo es todo y lo determina todo, la distinción de aspectos y de manifestaciones, la variedad de atributos? Parménides, fiel al pensamiento, siguiendo el rigor del raciocinio, desechará cuanto perturbe, mancille, altere esa pureza de lo uno simple, de lo uno eterno, de lo

inmutable, solo ser admisible para satisfacer integralmente el ansia de unidad de la razón. Parménides dirá: lo múltiple es ilusión, lo uno es sólo verdad, la sola realidad. Pero como el hecho está ahí, irreductible, desafiante, imponiéndose sin réplica, Spinoza, como tantos otros filósofos, en el máximo frenesí de unidad, no podrá negar la pluralidad fáctica y habrá de contentarse con asignar a lo uno la sustancialidad y a lo múltiple la condición secundaria de atributos y modos. Extensión, pensamiento; dos maneras de manifestarse la identidad fundamental —¿manifestarse a quién?— ¿maneras en verdad incompatibles? ¿No había más lógica en Parménides al reducirlas también a la unidad? Y después, vienen los modos, esto es, la infinita pluralidad individual, por sobre la sustancia única que los genera sin cesar, sin razón y sin motivo. Y este brote de los modos destruirá, contradirá, echará a perder todo el valor unitario de la concepción, rajará el sistema, quebrantará su solidez, dejará descubiertos vacíos y huecos, **hiatus irracionalis**, que nada pueda llenar ni ocultar. ¿Una sustancia única, perfecta, eterna e inmutable sirviendo de fondo, de base, de tela para todas las mudanzas, para todos los nacimientos y las muertes, para la fantasmagoría del movimiento, el cambio y la inestabilidad! Y todo ello engendrado, determinado, con necesidad fatal, desenvolviéndose sin objeto, evolucionando sin fin, no pudiendo el intelecto humano, modo de la sustancia infinita, encontrar valor y sentido a esta danza automática e interminable. Y, sin embargo, reducida a debidas proporciones, la filosofía de Spinoza destaca con vigor una verdad suprema: la solidaridad universal. La realidad pulula a nuestro alrededor. Abrimos los ojos y vemos la diversidad. Una cosa, y otra y otra. Una forma y ésa y aquélla. Un color, y el del cielo y el del mar y el de todas las irisaciones. Y las cosas y las formas y la luz y los colores danzan, se mueven, aparecen, desaparecen, cambian, fluyen, se esfuman, se condensan, se hacen, se deshacen. Es el río de Heráclito, es el flujo de la duración, es el correr del tiempo. Para la intuición y el intelecto bullen las cosas,

el enjambre multicoloro de los seres, de los fenómenos. Y nuestro mundo interior reproduce, recrea, refleja y combina toda aquella muchedumbre de luces, fantasmas, cuerpos y vidas. Y si la intuición ve, oye y siente esa variedad, el intelecto hunde su mirada en los pequeños todos y, especie de microscopio, encuentra allí infinidad de elementos, de unidades, cada vez más limitadas y reducidas, pero nunca últimas. El intelecto analiza, descompone, disecciona lo poco que la intuición le entrega ordenado, articulado, organizado, compuesto. La pluralidad inagotable, multiplicándose ahí donde se pone la vista y se ahonda. Pero en cuanto la intuición se espacia, no bien la inteligencia discurre se echa de ver lo continuo, lo común, lo que enlaza, lo que une, lo que relaciona, lo que comunica, lo que vincula, lo que tiende a asociar y totalizar. La extensión se ofrece al sentido envuelta en aquello que llamamos continuidad. El resultado del análisis intelectual es asir aquello que es común a todo lo que aparece distinto y diverso. La relación, la continuidad, la comunidad no se explican sino suponiendo algo que sustente la diversidad y el cambio, algo permanente y eterno, base, cimiento, tela, sustentáculo primordial, materia prima, sujeto necesario o lazo, e hilo sutil que ligue misteriosamente los cuerpos y las almas, las cosas todas del universo. ¿Es esto la sustancia de Spinoza? Sí, caso de que, en vez de tomársela como el generador perfecto de atributos y modos, se lo conciba como la humilde realidad cimentadora, unificadora, que no pretende valer más que la raíz de lo diverso, ya que ésta no depende del todo de aquella, sino que una y otra van en síntesis estrecha tejiendo y labrando la esencia total, realizando lentamente, en combinación cada vez más apretada y fecunda, el ideal de perfección que habrá de ser mayor diversidad, mejor unificada y articulada. Y esto permanente, común, eterno que tiene que estar en el fondo de la realidad es aquello cuya aprehensión por el intelecto da lugar a lo general en que se fundan los principios, las teorías, las leyes, núcleo de las ciencias y aspiración de la filosofía. El intelectualismo, el

racionalismo tienen allí su apoyo porque la unidad y la necesidad, la validez universal de sus conceptos y juicios proviene de la inteligencia de este elemento común que está en todo y abraza a todo, que hace de la inmensa pluralidad un universo, de la multiplicidad de individuos una especie y un género, de la sucesión de estados anímicos una alma, de la muchedumbre de los átomos un cuerpo, de la sinergia de órganos y funciones una vida, de la compenetración plena de las cosas un espíritu, de la multitud de los hombres una comunión. El principio de unidad va construyendo, creando, fecundando, volviéndose a veces principio de la diversidad pero reduciéndola siempre a ésta al enlace, la armonía y el orden. Y un principio así ¿cómo podría no dar lugar al entendimiento para forjar sus principios supremos de absoluta y universal validez? Naturalmente, lo individual habrá de escapar a la acción de ese principio y por eso la sustancia de Spinoza si lo explica todo **more geometrico**, deja, tiene que dejar aparte la fuente de los modos que no son, que no pueden ser determinados tan sólo por el principio de unidad que esa sustancia representa. Para complementar el sistema de Spinoza, viene la construcción de Leibnitz a quien deslumbró la potente virtualidad que diversifica el mundo y lo divide y multiplica hasta la infinitud, volviéndolo conglomerado de individualidades, elementos, entequeias. Leibnitz, el clásico filósofo del individualismo, debe ser comprendido a conciencia en una obra dedicada a la libertad.

De tal manera intuyó y vio Leibnitz la diversidad que, citando el pensamiento de una gran princesa, de espíritu sublime, que dijo un día, paseando por su jardín, que no podía creer que hubiese dos hojas perfectamente iguales, establece el principio de que cada individuo es algo formalmente único e individualizado por toda su entidad, esencialmente distinto de otro, diferente numérica y cualitativamente de todos los demás, un mundo por sí. Contra el persistente primado de lo universal sobre lo individual, que arranca de Parménides, cobra resonancia en Platón, subsis-

te en Aristóteles, se afianza en el realismo de los escolásticos y en el conceptualismo de Abctardo, Alberto Magno y Santo Tomás, llega al grado máximo en Espinosa, Leibnitz, con Duns Escoto, los nominalistas, Cusano, hará triunfar, de manera decisiva y brillante, la esencia, el sentido y el valor de lo individual. Parménides proclamará el ser uno y la nadería del ser vario. Platón elevará el mundo de lo universal, el mundo de las ideas, las realidades eternas, inmutables, verdaderas; y abajo, desestimaré el mundo de las sombras, el mundo concreto y sensible, el mundo material, el mundo de los individuos, mundo cambiante y fugitivo, sin valor, remedo y simulacro; Aristóteles, no obstante el resalte que imprime a la primera sustancia, verá en ésta, como lo importante, la forma universal, la esencia específica, y como un accidente, como un no ser la materia, la potencia, lo que individualiza, lo que divide y pluraliza; el realismo, en la controversia de los universales, afirmará que los conceptos generales son seres reales, o que los universales tienen el ser originario y verdadero en los pensamientos creadores de Dios, esto es, en analogía con Platón, en las ideas, en las ideas divinas, quedando para los entes singulares el papel de criaturas de realidad y existencia inferior; y el conceptualismo y el realismo tomista encontrarán el fundamento de lo universal *in re*, de donde el entendimiento lo abstrae, lo intelectualiza luego y forma el concepto que destaca, sustantiva lo general con el que se aprehende la verdadera esencia de las cosas, cuya individualidad, accidente numérico que proviene de la cantidad y la materia, es lo secundario y lo accesorio y lo negativo. Y será Espinosa el que hipostasía definitivamente lo universal, dándole el calor de una sustancia única, realidad última y suprema, con modos accidentales e individuales, de ella dependientes, por ella determinados, que pasan en el tiempo fantasmagórico sin afectar la eternidad, la inmovilidad, la inmutabilidad de esa única realidad sustancial y verdadera.

Pero Duns Scoto señaló enérgicamente la necesidad de admitir que tan sustancial y real como lo universal es tam-

bién lo individual. "Aquello por lo que Pedro es hombre y por lo que es este hombre particular, es ambas veces una entidad positiva y real". La **quidditas** es la forma universal, pero la **haecceitas** debe ser la forma individual; y en la fusión de las dos, pero como último toque y coronación, donde culmina el ser, en la **haecceitas** ha de fundarse, **última realitas**, el supremo ser de todo. Es la misma virtud creativa y positiva lo que da la esencia específica, la diferencia específica, y lo que da la esencia individual, la diferencia individual. Los nominalistas no irán más lejos y recalcarán que los géneros y las especies no son cosas sino nombres, voces, palabras, **flatus vocis** y que tan sólo los individuos son realidades. Lo universal es una palabra; lo individual, lo concreto y particular, lo sólo real y efectivo. Y Cusano, no obstante su inclinación al panteísmo, no pretenderá, como Espinosa, deducirlo todo lógicamente de la realidad sustancial y absoluta, sino que habrá de reconocer que el mundo de la experiencia, que es un conjunto de cosas singulares, es un puro hecho, casual, irracional, incomprendible para el intelecto, por lo tanto, pero sin que esto disminuya su valor, ya que, al contrario, realza la importancia de la variedad, pues todos los seres particulares, por su misma distinción, representan algo insustituible en el mundo, algo insustituible, que no es, que no puede ser una imperfección, un quedar por debajo de lo universal, sino un don especial que da una función peculiar y necesaria a cada individuo en el conjunto, cuya armonía consiste justamente en la mayor diversidad.

A Leibnitz le cupo dar cima a esta magnífica reacción de la filosofía contra la subordinación metafísica de lo individual a lo general, de lo vario a lo uno, de lo elemental a la síntesis, de las partes al todo. No hay una sola sustancia, hay infinitas, sustentará Leibnitz. El mundo todo no es una unidad absoluta; es una serie de unidades simples, indivisibles, distintas. Si Parménides no supo qué hacer de lo múltiple encontrando lo real en lo **uno único**, Leibnitz quiso demostrar que sí cabe explicar el mundo racionalmente con-

siderando la posibilidad y efectividad de la pluralidad infinita, en que lo sustancial y uno se halle multiplicado y diferenciado. No repugna a la razón, y está más en consonancia con el espectáculo del mundo, que la unidad primaria esté en una infinidad de elementos, entelequias, **mónadas**. Mónadas que cada una es en sí, con su autarquía cualitativa, su ley funcional, su autodesarrollo, su espontaneidad evolutiva. Mónadas que no tienen ventanas, herméticas y, por lo tanto y en cierto sentido, absolutas, sin relación las unas con las otras, sin recibir ninguna influencia exterior, sin ejercer ninguna acción transeunte, verdaderas unidades indivisas e indivisibles y completamente dividida cada una de las otras, esto es, verdaderos valores individuales. Su **principium identitatis indiscernibilium** declarará que lo indiscernible, lo totalmente homogéneo, lo que no puede distinguirse por cualidades propias es idéntico y absolutamente uno. De donde se infiere que las mónadas, si han de ser distintas, lo han de ser, en el sentido de Duns Scoto, esto es, por algo positivo, y que viene de adentro, del impulso creador, y no por limitación o negación. Todo es diferente en la naturaleza, en consecuencia, y no hay ni puede haber, como pensaba aquella princesa sublime, dos hojas, o dos animales, o dos cosas cualesquiera iguales. Porque la naturaleza es una inmensa variedad, una infinita riqueza de individuos y seres, y, a la vez, un ilimitado desenvolvimiento, un incesante progreso, una infinita y magnífica evolución en cada mónada. He aquí el máximo pluralismo, la desmentida más rotunda de todo monismo, la reacción metafísica estupenda provocada por la exagerada pretensión de enaltecer lo uno y menospreciar lo vario.

Pero, aceptando el hecho irracional de la pluralidad, la exigencia racional, pues Leibnitz es racionalista a pesar de todo, le llevará a cortar todos los lazos que pueden suponerse entre los diferentes individuos, entelequias o mónadas, a instalarse en cada una de éstas y cerrarlas y clausurarlas sin remedio. La exigencia racional queda satisfecha ya que cada unidad, cada sustancia se asemeja al ser

uno de Parménides en un milagro de imaginación que casi destruye el hecho mismo de la pluralidad. Porque al imaginar en el fondo del mundo unidades absolutas, lo plural se vuelve inconcebible, si se toma en cuenta que lo absoluto no admite repetición o redundancia y que el concepto de lo plural requiere algún lazo, algún elemento común que destaque la diferencia. Leibnitz, que según el decir de un filósofo, tomó como modelo la Aritmética, la cantidad discreta, como Espinosa, la Geometría, la cantidad continua, Leibnitz no podía destruir lo que hace posible el número, a saber, alguna semejanza o comunidad entre los elementos de la colección. De ahí que, en cuanto Leibnitz se instala en las sustancias, recordando que ha aceptado la pluralidad y que aún respecto de ésta la razón exige un principio de unidad, se pone a imaginar lo que será cada una en su intimidad, en su ser interno, en su fondo esencial. Ya ha puesto de relieve la necesidad de que algo las diferencia radical, positiva y esencialmente. Ahora, habrá de encontrar lo que las asemeja, en un fondo ontológico común y universal. ¿Qué es, cómo es cada mónada? ¿Es materia, es espíritu, es algo pasivo o activo? Y entonces, reminiscencia y gran sugestión de Descartes, se dará a pensar que no hay ni puede haber otra revelación del ser o existir que la conciencia, la presencia del ser a sí mismo, **cogito, ergo sum** y este agitarse pensante es actividad, fuerza, dinamia que admite diferentes grados y que está, debe estar en lo íntimo y virtual de cada mónada. No hay dos maneras de ser, **la res extensa** y **la res cogitans**, como pensaban Descartes y Espinosa, estableciendo un dualismo irreductible, sino la **res cogitans** que en sus grados ínfimos y primarios es ya representación y apetición y siempre actividad, espontaneidad, despliegue y evolución. ¿Qué manera de ser pudiera representar la extensión? A lo sumo un orden de coexistencias; una relación de la multiplicidad cuya apariencia sensible captamos en la intuición, pero sin que ellos pueda significar ningún dato acerca del ser propio, del ser intrínseco de los elementos de esa pluralidad. Por considerar que lo extenso,



esa apariencia sensible de una relación, pueda constituir el ser independiente, se dio lugar a los argumentos sarcásticos de Zenón acerca del ser vario y al problema irresoluble de la divisibilidad de la materia. Por lo tanto, si lo extenso delata la existencia de muchos, la composición de partes, el ser de éstas no puede consistir en ser extensas, sino en la otra manera de ser que conocemos, en la conciencia. Esta es causalidad, creación, fuente de la pluralidad sucesiva. Ser substancia es propiamente ser causa. Ser es obrar, crear, crecer, desarrollarse. Y esto en infinitos grados. Porque la estructura fundamental es la misma en todas las cosas —primer reconocimiento en Leibnitz del principio de unidad— todas ellas tienen algo de común lo que establece la continuidad. Junto a la individualidad, lo continuo traido por la analogía. Todos seres psíquicos, espirituales, con un rudimento de conciencia, un vago don de representación y apetito que, desarrollado, formará las almas y los espíritus.

Pero este principio de unidad no basta para explicar la regularidad, el orden, este enlazarse y corresponderse de todos los seres que se ve en parte y se barrunta en el todo. Ya ha destacado el valor y la independencia de lo individual, en forma casi absoluta, pero no puede quedarse allí porque, no obstante lo sustancial e independiente de cada mónada, hay en el mundo relación, armonía, solidaridad, apariencia por lo menos de causalidad transitiva que no puede explicarse una vez cortados todos los lazos que unen a las entelequias. ¿Cómo hacer? Y ahí viene su curiosa hipótesis, la de la **armonía preestablecida**, según la cual de tal modo está acondicionado el universo que, no obstante la autarquía espontánea de cada elemento, de antemano la mónada primaria, la mónada divina, Dios, ha armonizado todos los actos, todos los movimientos, todas las evoluciones individuales de modo que se coordinen, se correspondan como un coro de músicos en que cada uno ejecuta su parte sin oír distintamente las otras y dejándose dirigir por un maestro común para formar un maravilloso concierto. De

esta manera Leibnitz ha rendido tributo al principio de unidad, restableciendo el determinismo —el elemento racional— después de haber erigido magníficamente la divina independencia de las mónadas. Una mónada suprema las absorbe, las determina, las constituye y el principio de unidad vuelve a reinar, acaso a prevalecer. De ahí nacerá su famoso principio de la razón suficiente, que es el reconocimiento del enlace riguroso de lo múltiple existente y sucesivo. Y también su distinción de verdades de razón y verdades de hecho, siendo las primeras las que se fundan en lo uno, estable y genérico, y las otras, en la variable y contingente diversidad de lo individual. Cabe preguntar si declarando que la substancia es causa y la verdadera y suprema causa, la mónada divina, no se da asidero al razonamiento de Spinoza abriendo de nuevo camino a la substancia única. Por vía racional se ha querido ir a la multiplicación de las substancias absolutas, pero se retorna, a exigencia racional asimismo, a la substancia única. Todo, por no querer ser sencillo como Parménides y a su principio puro y neto, "el ser es uno", oponer la verdad terminante de este otro, "el ser es uno y vario", verdad a la vez de razón y de hecho, ofrecida en la intuición y el raciocinio y que es la clave de todos los acertijos y dificultades de la ciencia y de la vida. ¿Cómo podemos dudar de que el ser es vario? ¿Cómo podemos dudar de que lo vario es a la vez uno? Digámoslo, asentémoslo con claridad y sencillez y veremos aclararse el horizonte y fosforecer el misterio y con esta luz el intríngulis de la investigación tendrá un oriente y el tormento de la vida encontrará un sentido y una guía. Pero lo uno y lo vario del ser están ahí en el hecho y en la realidad, de tal manera fundidos que la operación intelectual de separarlos —la abstracción ideatoria— si en parte puede ayudar a comprenderlos mejor, en parte puede llevar, como en Parménides, al total desconocimiento de una de la verdad. El hecho uno y vario está por encima de toda manipulación racional y se impone como lo radical, primario y absoluto.

Y aparece Kant, aquella potentísima cabeza analítica, y formula su célebre pregunta: ¿Cómo son posibles los juicios sintéticos a priori? Lo que acaso equivale a preguntar: ¿Cómo se une en la mente lo distinto y lo plural? Juzgar, ha dicho un filósofo moderno, es esencialmente declarar que dos conceptos diversos, diversos en cuanto conceptos, se identifican en la cosa. De donde puede inferirse que el juicio verifica siempre una síntesis, une lo diverso, esto es, se endereza a la función de ver la unidad en la variedad, de copular lo plural, capital problema del conocimiento al que Kant aplicó su crítica. El juicio, el acto, la operación intelectual del juicio, está probando, revelando, evidenciando que el ser es uno y vario, que no hay ser sino seres con relaciones que los unifican y totalizan. El ser es una síntesis, pero la síntesis es la composición de un todo, la reunión de elementos diversos, la fusión de lo distinto, el principio de la unidad y el principio de la variedad en función recíproca y complementaria. Juzgar es sintetizar, copular un predicado con un sujeto, admitir y reconocer que hay lo diverso y que lo diverso puede unirse, ha de unirse, debe unirse o se une actualmente.

Y conocer es juzgar. Por lo menos, conocer intelectualmente, esto es, pensar. Pensar es unir, dijo el mismo Kant. El pensamiento, en el concepto, en el juicio, en el raciocinio aprehende y destaca lo uno, lo universal, lo que enlaza, lo que es común a muchos y a todos; en el concepto, producto de la abstracción ideatoria, intuye la especie ideal, la esencia pura que abraza la multiplicidad real de las singularidades individuales; en el juicio, en los diversos conceptos, ya relacionando sus esencias, ya reflejando la unión fáctica, la unión empírica que se desprende de la existencia; en el raciocinio, infiere un juicio de otros, por medio de un término común, yendo de lo particular a lo universal en la inducción y, a la inversa, en la deducción. Y siempre, el nudo, la cuestión cardinal, el punto esencial hallándose en esta función movediza y ondulante, estática y dinámica, insta-

ble y estable, creadora y destructora que diversifica lo uno y unifica lo diverso.

Y si conocer es también sentir, según la distinción tradicional, aceptada por Kant, de conocimiento intelectual y conocimiento sensible, tenemos que los sentidos nos ofrecen invariablemente objetos extensos, esto es, múltiples y compuestos, sin que tengamos acceso a la intuición directa de lo elemental. Esto en lo externo; y en lo interno, se nos patentiza la fluencia temporal en que lo heterogéneo y lo continuo se funden y se embeben indistintamente.

Kant se encontró con que el empirismo escéptico de Hume le había despertado de su sueño dogmático. Hume pensó que el conocimiento se reducía a una sucesión de impresiones y estados anímicos (lo múltiple), que se sucedían con cierta regularidad (lo uno). El dogmatismo ingenuo había visto en ello cosas, propiedades de las cosas, yos, es decir, sustancias físicas y espirituales, soportes permanentes que se hallaban detrás de las impresiones, causándolas y sosteniéndolas. Pero esto era imaginación, suposición, hipótesis, y lo real, lo único existente, resultaban las impresiones que se sucedían con sujeción a cierta ley aparente que, por lo demás, no podía generar certeza alguna. Objetivar estas impresiones era algo gratuito, sin fundamento suficiente, arrebatado imaginativo, producto del instinto. La ley de la asociación de las representaciones se originaba en la contigüidad, en la semejanza y en la causalidad. El hábito de ver unidas ciertas representaciones engendraba la creencia de que siempre estarían unidas. La fe en lo uno nacía, pues, de una costumbre e inducción más o menos fundada y no podía referirse sino a nuestras impresiones e ideas, lo único que conocemos, y de ninguna manera a cosas o espíritus, sustancias físicas o espirituales. Esto hizo meditar a Kant. Pasar del sujeto al objeto era algo aventurado e inseguro. Y unir lo vario era tarea asimismo difícil de explicar. La dualidad de sujeto y objeto y la variedad de impresiones e ideas parecían irreductibles. Pero al mismo tiempo Kant se detuvo a considerar que había un orden de

conocimientos, el de las matemáticas, que daba el máximo de certeza y que envolvía necesidad y universalidad absolutas, jamás desmentidas por la experiencia y, por otro lado, siempre independientes de lo empírico. Y largos años de profunda reflexión y prolijo análisis llevaron a Kant a suponer que en el conocimiento había dos factores, la materia y la forma, que, combinados, constituyen el **fenómeno**. Lo que en éste corresponde a la sensación se llama **materia**; aquello en que las sensaciones se disponen y ordenan se llama **forma**. La materia es lo a **posteriori**, la forma lo a **priori**. La capacidad de ser afectado por los objetos se llama **sensibilidad**; ella nos da representaciones que se llaman **intuiciones** y que el entendimiento convierte en **conceptos** lo que constituye el **pensamiento**. Nuestro conocimiento resulta de estas dos fuentes: de la capacidad de las impresiones y de la espontaneidad de los conceptos. Sin sensibilidad ningún objeto nos sería dado, y sin entendimiento ningún objeto sería pensado. Las intuiciones sin conceptos son ciegas; los conceptos sin intuiciones son vacíos. La materia consiste en la diversidad de las impresiones; la forma, en la unidad que las ordena. La multiplicidad es dada, es un efecto del objeto; la unidad es impreso por nuestra facultad de conocer y está preparada a **priori** en el espíritu, en el sujeto. En la sensibilidad, hay dos intuiciones puras, dos formas a **priori** que son el espacio y el tiempo; en el entendimiento, las formas a **priori** son las categorías. Pero nada hay, ni en la materia ni en la forma, que pueda atribuirse al ser en sí. La diversidad de las impresiones, colores, sonidos, olores, está condicionada por los diversos sentidos y órganos y, además, por las intuiciones puras. Y las categorías, formas a **priori** del entendimiento no tienen otra función que la de enlazar y unir las intuiciones. ¿Hay o no hay objeto en sí, con independencia del sujeto? Kant lo habrá de aceptar, pero advirtiéndole que nada de él puede aprehenderse en el conocimiento sensible e intelectual en que lo a **posteriori** y lo a **priori** resultan enteramente subjetivos. La diversidad de lo a **posteriori** puede provenir del objeto, pero el contenido de

las intuiciones o representaciones corresponde al sujeto. La metafísica, que aspira al conocimiento de lo real, de la cosa en sí, de los objetos trascendentes, que están más allá de las intuiciones, no tiene posibilidad de alcanzar su fin en la especulación teórica sino en las deducciones de la conciencia moral, de la razón práctica, único dogmatismo que Kant acepta. El conocimiento sensible e intelectual se agota en el fenómeno, no avanza al **noumeno** y sólo puede alcanzar certeza, validez universal, necesidad absoluta cuando se funda en el elemento unitivo y parte de él, elemento, que está en el sujeto, en sus formas **a priori**, en las intuiciones puras de la sensibilidad, el espacio y el tiempo, y las categorías del entendimiento. Lo **a posteriori** que, por su diversidad, puede venir o viene de los objetos, no genera certeza suficiente en los juicios porque lo empírico, refiriéndose a singularidades, no abarcando la totalidad de las experiencias, tiene un valor relativo y circunstancial. En cambio, el juicio sintético, que se funda en lo **a priori**, como los juicios matemáticos, tiene validez universal, necesidad absoluta. La filosofía del conocimiento de Kant gira así sobre estos ejes, materia y forma, lo sensible y lo intelectual, lo **a priori** y lo **a posteriori**, el **fenómeno** y el **noumeno** para venir a parar en el fenomenismo y el subjetivismo poniendo en alto relieve la importancia del sujeto y borrando cuanto pudo haberse creído que se podía asignar en el conocimiento al objeto. En la ecuación pensamiento y ser, todo es absorbido por el primero, quedando el segundo en la sombra, en lo desconocido, en lo inaccesible. Parménides identificó el pensamiento y el ser, rehacio a aceptar pluralidad o dualidad alguna. Pero después de él, los filósofos del conocimiento habían llegado a establecer una cierta disyunción del ser y el pensamiento, distinguiendo ciertas condiciones propias del uno y ciertas condiciones propias del otro, distinguiendo asimismo en el pensamiento lo que es de las cosas y lo que es de la manera de conocer. "Trabajo sutil, dice un filósofo, que ha sido comenzado por Platón, cumplido, en cuanto a lo esencial, por Aristóteles, tomado y completado por los es-

colásticos." Hay el pensamiento y hay el ser como factores distintos y que, sin embargo, están en relación en el acto del conocimiento. Dualidad innegable e irreductible que el mismo Kant se vió forzado a aceptar. Pero Kant, como Copérnico en astronomía, invirtió el orden en que se colocaban los términos del conocimiento. El pensamiento, se había creído, se arreglaba sobre las cosas, se sometía a ellas, se determinaba según las leyes del ser. Kant hizo del pensamiento el legislador, el determinador, el fabricante de los objetos, pero le dejó vacío, mirándose a sí mismo, conociéndose a sí mismo, negando la dualidad después de haberla aceptado. La dualidad de pensamiento y ser implica la dualidad de sujeto y objeto que han de ser dos cosas distintas en el orden real pero en relación básica a la cual se añade, por medio del pensamiento, una nueva relación, la del conocimiento. Si se admite la dualidad y la relación, es forzoso admitir que en el conocimiento hay, como en todo, el principio de lo vario y el principio de lo uno en síntesis *sui géneris* y es forzoso investigar y discernir lo que en esa síntesis pertenece al pensamiento y lo que pertenece al objeto. No es posible identificarlos, como pretendía Parménides; pero tampoco cabe abrir un abismo entre uno y otro como lo insinuó Kant, para luego abismar el ser y dar al pensamiento tal primacía que vale lo mismo que hipostasiarlo y hacer de él el verdadero ser. Y sus sucesores, con el idealismo subjetivo, habrán de sacar esa consecuencia lógica. Si la cosa en sí no puede ser aprehendida, si nada podemos saber de su esencia y constitución, si ella no significa nada ni puede nada, si es una verdadera incógnita, una X, si sólo podemos conocer nuestro pensamiento y sus leyes, es mejor prescindir de tal fantasma, y declarar que el ser se agota en el sujeto y éste en su conciencia, en su pensamiento, en su idea. El idealismo subjetivo borrará la dualidad de sujeto y objeto, no identificando como Parménides el pensamiento y el ser, sino reduciendo éste a aquél, reabsorbiendo el segundo en el primero, y haciendo del yo, o más bien dicho, de la conciencia del yo, toda la realidad. Habrá después un idea-

lismo objetivo, que radicaré el ser en el objeto lógico, en el objeto ideal, que parecía ser creación del pensamiento y al que, hipostasiándolo, se le darán los atributos metafísicos de lo real. El sencillo y grandioso Parménides hará del ser, y luego del pensamiento y el ser, lo uno, lo absolutamente uno, en oposición perfectamente racional a la irracional dualidad o pluralidad que considerará una ilusión, ¡ay!, demasiado dolorosa para ser ilusión. Y el penetrante y preciso Berkeley, menos complicado que Kant, dirá que las palabras **existencia absoluta de las cosas sin el pensamiento** "no tienen sentido o son contradictorias, con lo que dará a comprender claramente que la fórmula clásica y exacta de todo idealismo es "ese = percipi", el ser de las cosas consiste en su ser percibidas, aboliendo toda suposición de que pueda haber algo distinto e independiente de la conciencia. Kant, desentendiéndose de su intelectualismo y racionalismo, atento a las intuiciones de la conciencia moral, querrá admitir un ser en sí, fuera del pensamiento, pero poniéndolo tan lejos, declarándolo tan inaccesible que, prácticamente, equivale a negarlo. Kant, analítico, separa los términos de la realidad abandonando por imposible la síntesis; Parménides y Berkeley, sintéticos, la unificarán aún a riesgo de forzarla, de violentarla, de falsearla. Kant llegará al mismo resultado pero dejando a salvo la dualidad irreducible. Y unos y otros, en el problema más arduo de la filosofía, en el problema metafísico el conocimiento, se estrellarán con la imposibilidad de reducir a unidad absoluta lo que es radical y esencialmente dual, lo que, para ser comprendido o intuído, requiere en primer término suponer firmemente que la pluralidad tiene un principio de unión entitativa, como decían los escolásticos, sobre cuya base se levanta el conocimiento. El ser del sujeto y el ser del objeto están entrelazados aún antes del conocer; acaso tienen una naturaleza común y, además, algo que los diferencia. La relación de conocimiento se sobreañade a la relación entitativa y la tiene a ésta como base. Propiamente, no hay seres en sí, absolutos, sino en constante relación, en corrien-



te de acciones y reacciones, fundiendo en un sentido o en otro, en mayor o menor grado, el elemento unitivo y el diversificador. Cuando se da la sensibilidad y el pensamiento, los dos factores del conocer, esta nueva relación se edifica sobre la otra, y tampoco cabe hablar de cosa en sí y hay que admitir una nueva unión, la unión **intencional** de que hablaban los escolásticos en la que se pretende que uno de los términos, el sujeto, aprehende, inmaterial o espiritualmente, el otro término, el objeto. Unión no fácil de comprender, como no es racionalmente comprensible ninguna unión o relación entre lo distinto. ¿Cómo se une lo distinto? De hecho nos lo ofrece unido la experiencia. Y de hecho, cabe aceptarlo en el conocimiento, en el cual lo que se pretende es que el sujeto se vuelva el objeto, sin ninguna mezcla de su ser propio, guardando intacta cada uno su naturaleza y, sin embargo, llegando el sujeto a poseer en cierto sentido el ser y la perfección del objeto, haciendo de esta manera posible, como dice Santo Tomás, que en una sola cosa exista la perfección de todo el universo. Es, como si dijésemos, una manera de saltar o remover el límite que la individualidad impone a cada ser y de alcanzar el infinito, manera que quizá es la esencia misma de lo espiritual y lo que lo distingue de lo material que limita demasiado a cada cosa en su ser propio. En tanto vamos siendo espirituales en cuanto la pluralidad va uniéndose más, de modo más íntimo y profundo, pero sin borrar, quizá acentuando mejor la individualidad. El misterio del conocimiento resulta así el misterio del ser vario y uno, plural y uno dual y uno a la vez. Muchos dan, en consecuencia, respuesta a la célebre pregunta de Kant ¿cómo son posibles los juicios sintéticos a priori? diciendo que nuestra conciencia íntima nos evidencia que todo conocimiento— percepción, concepto, juicio, raciocinio—, es sintético, envuelve la referencia al objeto, la dualidad de intuición y cosa intuita, pensamiento y ser, como dos elementos distintos que están en relación y que, aunque diversos, pueden unirse, están unidos, deben unirse; que, si se suprime el uno, objeto, el que queda, el

sujeto, representaría el verdadero ser y encontraríamos en él también una síntesis, la de la diversidad de representaciones unidas en el espacio, en el tiempo, en las categorías, fuera de que el idealismo epistemológico se convierte en idealismo metafísico sin alterar este fondo esencial de diversidad y unidad que constituye el problema capital y cuyas leyes son leyes del ser y leyes del pensamiento, ya se acepte la distinción entre pensamiento y ser, ya se la niegue, por cuanto al negarla lo que propiamente se hace es identificarlos. Si el fondo y la raíz del ser es una síntesis, síntesis será el pensamiento al reflejar la realidad o al constituir la, y síntesis serán los juicios, la operación principal del conocimiento intelectual. Todo juicio es una síntesis, fuera del juicio de identidad, **A es A**, que no dice nada y que es un pseudo-juicio, y lo es tanto el analítico como el sintético **a priori** según la clasificación de Kant, ya que siempre hay en ellos una diversidad de conceptos que se reúnen, que se componen, que, declarándose diversos en cuanto conceptos se identifican en la cosa u objeto a que se refieren. Y a la inversa, los juicios sintéticos **a priori** son en cierto sentido analíticos por cuanto, si el predicado no forma parte de la noción del sujeto, en cambio el sujeto se identifica con el predicado por las exigencias del objeto, bajo la influencia de la manifestación objetiva de tal identidad. De ahí que en los juicios analíticos el sujeto y el predicado no son tan idénticos ni en los juicios sintéticos **a priori** tan diferentes como Kant querría porque estando en el fondo del objeto, en el fondo del ser la multiplicidad y la relación, todas las formas del conocer estarán afectadas por esos atributos metafísicos y, fuera del principio de identidad, la síntesis, como composición de lo diverso, aparecerá ineludiblemente como ley del ser o como ley del pensamiento dejando quizá insatisfecha nuestra exigencia racional una vez que lo diverso unido oculta ese algo irracional y misterioso que parece hallarse en la esencia de la realidad. "La necesidad absoluta, dice Boutroux, (y tal vez es la necesidad absoluta lo que nuestra razón quiere alcanzar) excluye to-

da multiplicidad sintética, toda multiplicidad de cosas que dependan más o menos las unas de las otras. Desde el punto de vista analítico, la única proposición enteramente necesaria en sí misma es la que tiene por fórmula:  $A = A$ . Cualquiera proposición en que el atributo difiera del sujeto, como acontece incluso cuando uno de los dos términos resulta de la descomposición del otro, deja subsistir una relación analítica."

Se ha discutido mucho sobre si todo conocimiento humano se reduce a la simple percepción de la identidad y si, por lo tanto, su fórmula general debiera ser  $A$  es  $A$ . Creemos que esta fórmula estaría bien para el pensamiento de Parménides, pues si se piensa en el ser uno, simple, inmutable, en el ser sin complicaciones ni mudanzas, parece que lo único que cupiera decir de él es que el ser es el ser. Pero lo que busca el pensamiento humano en la realidad múltiple y cambiante es la identidad o la unidad o la relación al través de lo diverso y el cambio, bajo la infinidad de formas y aspectos, y, para mejor hallar o aprehender esa unidad, el pensamiento la abstrae, la separa, la desliga del concreto vital y luego la idealiza, la sustantiva, la destaca y crea ese orden ideal donde las ciencias racionales, como la matemática pura, encuentran su campo propio. Por eso, aunque, en fin de fines, el conocimiento nos lleve siempre a la percepción de la identidad es descubriéndola trabajosamente como lo consigue, en labor analítica y sintética, constructiva y progresiva, desde la asociación de sensaciones en un objeto lo que da el **percepto**, hasta el discurso sutil y complejo de un razonamiento, pasando por el concepto que capta espiritualmente lo universal y por el juicio, que sintetiza mentalmente lo diverso. El fundamento del juicio sintético **a priori** es, pues, la unidad de lo múltiple como ley del ser o exigencia intelectual, y la razón de la necesidad y la universalidad de tales juicios estriba en que, por versar sobre objetos ideales, sobre universales los más abstractos, la percepción de la identidad se ha facilitado, se ha **diafanizado**, se ha hecho exacta y nítida en el medio transparente.

inmenso como un horizonte, que el pensamiento crea para irradiar su luz y la luz del ser.

Pero conviene dejar constancia de que el pensamiento íntimo de Kant tendió a demostrar que por la vía racional o, más bien dicho, conceptual y discursiva, no era posible llegar al conocimiento de realidades inexperimentables, las verdaderas cosas en sí, tales como el universo, el alma, la libertad, Dios y los supuestos de sustancia y causalidad y, asimismo, tendió a abrir un nuevo camino, según él más seguro, para alcanzar o cimentar las creencias morales y religiosas. El primado de la razón práctica sobre la teórica dio lugar a creer, aunque Kant no lo pensó, que la intuición moral, el sentido moral, nacido de las necesidades y exigencias de la voluntad, en el campo de la acción, donde el debe ser sigue o se contrapone al ser, lleva a la convicción o la certeza, a la adivinación o presentimiento de ciertas verdades que el pensar especulativo no puede alcanzar, aunque las imagine, idée o suponga, y que, por tanto, el acceso al fondo último de la realidad ha menester de intuiciones fundamentales que sirvan de puntos de partida subordinante de la vía racional que, dada una dirección, puede servir de auxiliar valiosísimo para corroborar lo que la vía intuitiva ha sugerido o señalado. Y es que la realidad es un hecho que, como todo hecho, y más en su primitivo carácter de multiplicidad, requiere un contacto, una comunicación, una intuición por debajo o por encima del conocimiento intelectual, que sirva de base o raíz para todo ulterior movimiento especulativo. La tarea del pensamiento es ver mejor y totalmente la unidad de lo vario dado, pero lo vario no puede ser visto sino por la intuición sensible o moral que lo penetra, que siente también su unidad pero sin abarcarla en lo total para lo que viene la ayuda importante del pensamiento. La intuición capta inmediatamente objetos reales, existentes, fundidos en su singularidad y en sus relaciones; el pensamiento aísla idealmente la unidad para destacarla y percibirla mejor porque, envuelta ella con lo individual en la existencia concreta captada en la intuición,

sólo abstraída de ésta y sustantivada en el campo ideal puede servir para combinaciones y síntesis totalizadoras y procesos deductivos y para esa elevación y amplitud que sólo la inteligencia puede alcanzar. Pero si la inteligencia nos da lo uno, desligado, desprendido, purificado de lo vario existente, quizá sólo la intuición puede hacernos vislumbrar el secreto de lo fluente, donde lo continuo y el cambio, lo uno y lo diverso se combinan y se identifican en la existencia misma, en la vida misma. Kant llamó todavía razón a lo práctico y lo moral, pero entonces, si como se ha observado ya, toda disciplina normativa, toda ciencia práctica, todo arte descansa en una ciencia teórica, no cabía que Kant pretendiese que la razón práctica, subordinada y dependiente de la razón teórica, alcanzase la realidad en sí que esta última era incapaz de conseguirlo. Si Kant quiso contraponer la razón práctica a la teórica, si restableció la creencia en la libertad, el universo, el alma y Dios que había destruído en su análisis teórico, era natural que sugiriese la idea de que había otras formas de conocimiento, como lo que después se ha llamado la intuición emocional, la intuición volitiva, que penetraban allí donde la razón, con sus discursos, vueltas y rodeos, no acertaba a llegar. Lejos estuvo Kant de aceptar otra intuición que la sensible, pero esta primacía de la razón práctica sobre la teórica abrió el camino para que se pudiera pensar que el conocimiento racional no era el único ni el más penetrante en orden a ir al fondo de la vida y el ser. Y así se puede establecer que las nuevas y modernas direcciones antirracionales de la filosofía encuentran fundamento en el racionalismo moral de Kant. "A Kant es, dice Fouillée, aún cuando Kant se halló muy lejos de ser indeterminista y antirracionalista, a quien se tiene la pretensión de referir esa especie de cruzada de que hemos sido nosotros testigos, en favor de la fe, opuesta a la ciencia." "La moral, dice a su vez un sagaz admirador de Kant, es una creación del corazón humano; no se percibe qué es lo que ella podía tener de científica... Ni el método positivo nos ayuda a rebasar el he-

cho actual o pasado que ella hace constar, mezcla inextricable de bien y de mal, para imponernos, a título de **verdad**, la concepción de un **ideal futuro** totalmente distinto, que contradice el pasado y el presente; ni el criterio científico puede comprobar, **por poco que sea**, un deber de conciencia, y con mayor razón, el gran deber, el deber **social**." A nosotros, que hemos declarado, desde las primeras páginas de este libro, que la realidad, en sus últimos fondos, por su indiscernible combinación de lo múltiple y lo uno, es antirracional, no nos sorprende que un pensador como Kant, al tocar los últimos problemas, no obstante su racionalismo analítico o quizá gracias a él, haya llegado a vislumbrar o sugerir que allí, en esa perspectiva infinita del ser y el deber ser, no cabe ciencia ni demostración alguna, sino intuiciones fundamentales que alumbran y sostienen y vivifican, que fundamentan y coronan todo discurso racional, todo trabajo del intelecto, todo proceso conceptual y abstracto. Intuiciones fundamentales que hacen posible la síntesis tras del análisis y sin las que el mismo análisis no tendría objeto en que verificarse. Y así el problema de los juicios sintéticos a priori puede verse a una nueva luz que no sea el puro objetivismo. Y así el primado de la razón práctica se vuelve más comprensible y aceptable, haciéndonos ver cómo la exigencia y el esfuerzo y el dolor de la acción y del deber ser, la vivencia inmediata de la vida que se mueve y fluye, y aspira, por debajo y por encima de todo conceptualismo y razonamiento, nos esclarece el camino, el horizonte y el destino del hombre.

La obra de Kant fué fecunda para imprimir varias, y hasta opuestas, direcciones a la filosofía. Cabe asegurar que no hay corriente filosófica contemporánea que no tenga asidero o fundamento en alguno de los puntos de vista contenidos en la crítica de la razón pura o de la razón práctica o del juicio de Kant. El análisis filosófico de éste fué tan hondo y tan prolijo que necesariamente hubo de abarcar todos los aspectos y elementos que se ofrecían al entendimiento humano y, por lo mismo, tenía que dar alguna ba-

se sólida para diferentes modos de considerar las cuestiones de la filosofía.

El idealismo subjetivo se aprovecha del ergo sum cartesiano, del esse — percipi de Berkeley, de la crítica kantiana y resuelve el problema del conocer y el del ser a la vez. Si sólo por el pensamiento conocemos nuestra existencia, si el ser se identifica con el percibir, si sólo las formas subjetivas que el yo aplica a los objetos agotan nuestra facultad cognoscitiva, huelga toda suposición acerca de algo que trascienda del yo y de su esencial modo de ser. El yo, la conciencia, la idea, he ahí toda la realidad, el principio absoluto y supremo, la causa primera y única. Y he ahí un nuevo panteísmo, un nuevo monismo que con diversos matices florecerá en Fichte, Schelling, Hegel y el pesimismo schopenhaueriano.

Fichte pone lo absoluto en el yo y su ley en la libertad. Y como la libertad es división, el yo absoluto se divide en pluralidad infinita de **yos** particulares. El fondo del ser es la actividad, el obrar, la **dinamia**, y toda actividad crea y toda creación es libertad, esto es, multiplicación, fecundidad, el yo absoluto que se prolifera. El yo absoluto no es propiamente el yo individual, con lo que se descarta el solipismo, sino el yo supra-individual que si bien es la raíz de la conciencia y de la idea, sujeto creador, modelador, alumbrador, trasciende de los **yos** individuales, que son su producto, su varia manifestación la obra de su libertad la metafísica de la cosa de Spinoza, sustituirá Fichte la metafísica del yo, ansioso de suprimir la dualidad de sujeto y objeto, de cosa en sí y cosa en mí y, sobre todo, convencido de que la inteligencia, la inteligencia creadora, es el origen y la génesis de todo, y que ella no puede deducirse de un mundo de cosas carentes de espíritu. Tal vez se preguntó como Berkeley ¿qué es la cosa sin espíritu? ¿cómo concebir el mundo fuera del yo y la conciencia donde él se representa? Lo primordial era la inteligencia y ésta como un hacer absoluto, como un yo que se engendra a sí mismo en perfecta libertad, sin estar atado a la unidad, aprisionado en la

unidad necesaria, sino generando la diversidad infinita como un despliegue incesante que no tiene límites ni fin. En el conocer, Fichte resolvió el problema de lo uno y lo múltiple, este problema latente en toda cuestión filosófica, suprimiendo inconscientemente el no yo, considerándolo como mera representación generada por el yo para provocar su actividad moral, y erigiendo la unidad absoluta del yo. Pero queda la multiplicidad de éste, la afirmación atrevida del tránsito de lo uno a lo plural, el golpe acaso genial de que en el núcleo de la realidad está el ser libre como capacidad de generar lo vario y lo opuesto que excluye la necesidad de lo uno y que no tiene explicación estrictamente racional porque no siendo lo vario reductible a lo uno permanece como la manifestación peculiar y característica de lo libre, de modo que se puede decir que el yo es libre porque es vario y que es vario porque se libre, ya que ser vario es no estar aprisionado o estancado en la necesidad absoluta de lo uno y ser libre es poder salir, libertarse de ese límite que, por absoluto que sea, puede aún tomarse como una incapacidad de ser otro distinto, inmovilizado en la unidad estática e invariable. Fichte, al empeñarse en combatir la concepción del ser convirtiéndola en **devenir**, en hacer, en movimiento y vida absolutos, aniquila toda unidad que no suponga el fluir constante, esto es, el brote y florecimiento sin fin de lo vario y lo nuevo, intuición que Bergson aclarará y perfeccionará genialmente. La filosofía de Fichte es un panteísmo en que la sustancia única de Spinoza se vuelve el yo supra-individual, el espíritu que **deviene** y se engendra a sí mismo donde el modo de la extensión, la **res extensa** se desvanece y deja lugar tan sólo a la **res cogitans**, de la que cabría quitar el **res** por lo que puede tener de sustancia y dejar el pensamiento, que es íntimo y último principio que lo une y lo impulsa todo, lazo espiritual que abraza la pluralidad en que se revela y patentiza el vuelo y el desplegarse libre de lo absoluto, de ese yo absoluto que como la sustancia de Spinoza está en el fondo misterioso de la realidad, pero no inmóvil, inmutable y uno sino creando y multipli-



cándose en evolución y cambio continuo e infinito. La metafísica del yo, así concebida, si zanja en cierto sentido la dificultad de lo dual en el conocimiento, deja intacta la imposibilidad de explicar la pluralidad de los yos y del hacerse sin fin, destacando, eso sí, el concepto de libertad que si no es enteramente comprensible y racional, señala el antecedente o consecuencia, como se quiera, de la radical y definitiva variedad del ser y de la vida, ya sea ésta cosa o yo, materia o espíritu, sujeto u objeto. Se podrá decir con Parménides que el ser y el pensamiento son una misma cosa, pero ante la pluralidad y el **devenir** que subsisten no cabe la declaración de su apariencia ilusoria sino la aceptación lisa y llana de un hecho incuestionable. Como todo panteísmo, como todo monismo, el de Fichte hace resaltar el fondo unitario de la realidad, pero, y aquí quizá está su profunda originalidad, su preocupación por la libertad contribuirá a destacar igualmente, con fuerte relieve, el otro polo, el de la necesaria pluralidad del ser. Si por un lado Fichte busca la ciencia trascendental en la que se encuentre un principio del que puedan deducirse todos, lo que implica la mayor unidad y centralización en la estructura de la realidad y el conocimiento, por otro, el gran filósofo idealista rehuye la concepción de Spinoza y el rigor matemático de sus demostraciones porque Fichte al rechazar la cosa en sí, la cosa sin espíritu y erigir el yo en principio absoluto, libre de toda determinación, cruza de irracionalidad su sistema y hace de él algo paradójal, si se quiere, pero que justamente refleja la paradoja irresoluble del ser, la de su pluralidad y unidad combinadas, mezcladas, entreveradas, fundidas, indiscernibles. Como sistema racional, la metafísica de Fichte puede tener grandes fallas; como intuición, como esa intuición intelectual de que él habló con ahínco, su filosofía tiene atisbos y fulgores verdaderamente inquietantes. Y pensar que este mismo Fichte que tan profunda intuición tuvo del principio supremo que fundamenta la libertad y de cómo el verdadero principio unitario es de fondo espiritual, lo que excluye la fuerza, hasta el

punto de que en los "Mensajes a la Nación Alemana" decía: "No luchéis por conquistar con armas corpóreas; pero tenéos firmes y erguidos en la dignidad del espíritu ante vuestros antagonistas. Vuestro es el destino superior de fundar el imperio del espíritu y de la razón, destruyendo a los rudos poderes de la materia su dominio de regidores del mundo... Sí, en todas las naciones hay inteligencias, en las cuales no penetrará jamás la creencia de que las grandes promesas hechas a la especie humana, de un reino del Derecho, de la Razón y de la Verdad, sean ilusiones vanas. Esas inteligencias nutren la convicción de que ese régimen de hierro es apenas una transición para un estado más bien constituido. En vosotros confían esos, y, con ellos, las razas más nuevas de la humanidad, la esperanza de una regeneración futura"; ese Fichte fué el tipo, lo dice el profesor alemán Federico Guillermo Foerster, de los traidores al espíritu y escribió una defensa de Maquiavelo en la que manifiesta lo que sigue: "El sabio y profundo Maquiavelo supo comprender las necesidades políticas, el carácter y la tarea del hombre de Estado, **no partiendo de los principios de la metafísica**, sino, y con mucha mayor razón, partiendo de los hechos de la historia." Si en la metafísica no está la raíz de la vida y el ser, la esencia de los hechos, ya en lo permanente y general que funda la ciencia y los principios, ya en lo cambiante e individual que da su especial fisonomía a la historia ¿qué es, qué resulta la metafísica? Y he ahí el baldón de la filosofía alemana, filosofía abstracta y fantasmagórica, hinchada como monumentales globos de aire, que la espada de un Bismarck, de un Moltke, de un Hitler deshace y reduce a la nada. Los Fichte, los Hegel, los Nietzsche desplegando todo un mundo maravilloso de ideas y pensamientos, en arquitectónica magnificencia, que hacen creer en el valor de la conciencia y la de la psiquis, del espíritu y del yo, para terminar subordinando todo ese inútil derroche de inteligencia de imaginación al interés y empeño del poder y de la fuerza, al rudo empuje de la materia que es la negación del espíritu o una pura incógnita. ¡El Fichte

que abomina del régimen de hierro, contribuyendo a exaltar la figura del Canciller de hierro!

Schelling, sin apartarse o, más bien dicho, desviándose un poco de la filosofía del yo de Fichte, erigirá la naturaleza, no como producto inconsciente del yo, no como un no yo producido por el yo para estimular o acicatear su libertad moral, sino como una manifestación anterior de un absoluto, principio ideal, que es inteligencia activa y que obra sin conciencia en la naturaleza y con conciencia en el yo subjetivo. Principio creador y libre, que es naturaleza primero y después espíritu, pero siempre inteligencia, idea, unidad, y, consecuentemente, orden, organización, devenir infinito de lo uno a lo múltiple y de lo múltiple a lo uno, de lo absoluto originario a lo absoluto explícito, libertad creadora y totalizadora unidad. Naturaleza y espíritu son fases de manifestación inconsciente y consciente de este yo supremo, uno, que reemplaza con su esencia ideal la sustancia de Spinoza haciendo del panteísmo una gran fuerza dinámica, una voluntad creadora, un mundo de la inteligencia que se despliega y se multiplica para volver a sí mismo. Todo es inteligencia y voluntad en la naturaleza y en el espíritu, y el principio uno que los enlaza y abarca, siendo idealismo, dará al mundo todo, al universo en su intimidad, un valor supremo de que parecía carecer el panteísmo de Spinoza cuya sustancia única, con atributos y modos de pensamiento y extensión, resultaba una incógnita, un fondo neutro, inmutable, estático, produciendo y determinando, no obstante, el cambio, el movimiento, la rotación incesante y sin objeto ni fin. La de Schelling, filosofía unitaria también, monista y panteísta, concederá, sin embargo, gran cabida al principio de la variedad, o sea al de la libertad, poniendo en la base del sistema la potencia creadora, fuente de lo diverso, principio irracional que templará la tendencia unitaria y que, como en toda filosofía comprensiva, ha de hallar aceptación e importancia so pena de confirmarse en exclusivismo racionalista a la manera de Parménides, contrario a toda visión de la realidad, a toda conciencia del

espíritu, a toda intuición profunda y clara del hecho fundamental y primero. Si Schelling coloca la voluntad creadora en el fondo del yo absoluto, yéndose contra la sustancia inmutable de Spinoza, hace de Dios una viviente evolución, un devenir del yo personal, una identidad progresiva, un Dios que se hace, que se crea, que se está haciendo eternamente, es decir, una pluralización indefinida y una creciente y constante unificación de lo plural, que es en definitiva en lo que consiste la evolución y el progreso y el perfeccionamiento.

Y llegamos a un metafísico genial, que logró penetrar la profundidad del ser y abarcar la infinidad del universo en una concepción como la de Spinoza, en la grandeza, pero haciendo de la razón, del **logos**, lo absoluto, la esencia, el principio radiante de la vida y el ser. Se trata de Hegel cuya filosofía es quizá la que mejor y más agudamente pone a la vista y de resalte la inmensa, la infinita paradoja de lo uno y de lo múltiple, la irracionalidad en el espíritu mismo de la razón, la síntesis en la contrariedad, en el contraste, en la oposición, abrazando así al mundo en una unidad absoluta que no excluye su variedad, su complejidad, su riqueza, su movimiento, su evolución, la eternidad de su realización racional, desplegada en la creación indefinida de lo distinto y de lo contrario para elevarse a superior armonía, a incesante superación, a máximas conciliaciones y más vastas y comprensivas realidades. Hegel rechaza el panteísmo de Spinoza, sin duda porque lo encuentra identificando demasiado a Dios con el mundo, y Hegel aspira a superar la excesiva división y separación de Dios y el mundo que caracteriza a la trascendencia deísta y, superar a la vez la inmanencia carnal del panteísmo, poniendo en lo absoluto la Idea y el Logos, el Espíritu y la razón que en monoteísmo secreto brota la oposición. Dios-mundo y la supera y la resuelve en síntesis superior que niega del mundo lo que en éste hay de contingencia y finitud para desarrollar lo divino elevando el mundo hasta Dios, reconciliándolo

con Dios. Hegel intuyó quizá con mayor claridad que cualquier otro filósofo el fondo metafísico de lo real donde la unidad y la diversidad son igualmente necesarias la una a la otra; vió nítidamente, transparentemente, como en la vida se unen en esencia la separación y la unión la diferencia y la identidad, como la vida es "la unión de la unión y la desunión", la síntesis maravillosa que envuelve y compenetrata lo distinto y lo contrario, la unidad que solidariza lo que parece elemento aislado y parte separada en un todo que comunica un ser nuevo, total, un aliento infinito a cada una de las partes refundiéndose en la individualidad de éstas, y la variedad que es fase necesaria y obligada en que el todo habrá de singularizarse para expandirse, desplegarse, multiplicarse y de nuevo contraer y unir lo disperso en lo absoluto.

Pero Hegel fué más lejos. Lo distinto se estira, se distancia, se opone el uno al otro, y hay la antítesis, el contraste, la oposición, el choque y la guerra. Mas los contrarios se unen también, deben unirse, sintetizarse, salvar su oposición, armonizando sus esencias y lo que hay de positivo en cada uno. ¿Es esto posible? Sí, sin duda, pensó Hegel, si lo contrario no es sino lo distinto que se opone, pues la tesis, afirmación de algo, esconde en su fondo la posibilidad de la antítesis que la niega afirmando lo contrario. No hay negación propiamente dicha. Hay lo distinto que se estira y se contradice, pero que implica el principio de unidad que hace posible la síntesis. Hay lo distinto que es afirmación múltiple, diferenciación positiva, que si parece excluir o negar, es sólo para afirmar mejor el contenido único y creador de lo plural y vario. La naturaleza, en su materialidad, no es sino la pluralidad dispersa, en pura relación de exterioridad, a fin de que el principio de unidad, principio esencialmente espiritual, esencialmente racional, despliegue su poder y contraiga la expansión material en la síntesis profunda de la variedad infinita y dispersa. Así el espíritu corona la materia penetrando la dispersa totalidad de la pluralidad con el principio uno que triunfa de con-

tradiciones y contrastes enlazando, compenetrando, fundiendo la infinitud de lo múltiple en la relación íntima que abraza a todo y que corresponde a mayor multiplicación y diferenciación con mayor grado de unificación, concentración y comunión.

Y así, el mismo no ser resulta una antítesis frente al ser, o viceversa, pugna o contraste que habrá de superarse por el *devenir* en que el no ser y el ser se funden en la evolución creadora que va generando el ser al través del no ser, haciendo de éste un fondo positivo, potencial, donde halla raíz la creación infinita de lo nuevo, el milagro de la vida que crece y se multiplica y se diversifica naciendo de la unidad y retornando a ella después de enriquecerse en la diferencia, la pluralidad y la contradicción. El ser y el no ser son ya los términos antitéticos e irreductibles del principio de contradicción de la lógica abstracta e inferior. El logos, lo absoluto, que es actividad, movimiento y vida, es un infinito que franquea todos los límites, todas las distinciones, todos los encerramientos y es por eso libertad, libertad que crea y fecunda y libertad que todo lo une y todo lo abraza en lógica superior y viva donde fluye el ser, moviéndose y cambiando, pero guardando la continuidad, el contacto, la unión a través de las variaciones, las exterioridades y los contrarios, paradoja suprema que está en el fondo de la vida, en el fondo de la razón. Porque esta razón mezcla, paradoja suprema, lo racional con lo irracional, lo uno con lo múltiple, el bien con el mal, el gozo con el dolor, todo como fases necesarias para la eterna evolución de logos absoluto, como obligadas "escisiones en contrarios para los fines de una superior síntesis y reconciliación". "La universal realidad de la contradicción conviértese en principio fundamental de la ontología."

Y todo lo racional es real, pues si la razón es lo absoluto uno todo estará determinado, por el principio que ella constituye, todo tendrá su impronta, su sello, todo estará unido, vinculado en absoluta necesidad, todo lo que existe

y es real dependerá de ese absoluto que siendo razón ha de abarcar, ha de henchir, ha de constituir el todo y cada uno de sus elementos con todas sus manifestaciones y modalidades, con todos sus aspectos y procesos, con todas sus dispersiones y estiramientos, con todas sus relaciones y oposiciones. Y, a la inversa, todo lo real es racional porque nada puede sustraerse a esa alma del mundo y el ser que es la razón absoluta. Todo lo que existe, es en función del desarrollo del **logos**, del espíritu, de la razón, porque la existencia y la realidad no son sino la evolución necesaria de la idea que no es identidad absoluta sino distinción, diferencia contrariedad, desenvolvimiento y, por fin, autocomprensión y unidad de lo distinto, superación de las diferencias, unidad de los contrarios, la **coincidentia oppositorum** de Cusano, el perfeccionamiento en el crecer y el multiplicarse, la síntesis suprema que penetra y compenetra la infinitud de la riqueza en que se expande el espíritu al través del tiempo embebido en la eternidad y al través del espacio que prolifera la exterioridad física para fundirse en la conciencia que es la máxima unificación, y autocomprensión del ser que es saber absoluto y realidad absoluta.

Y aún lo que se presenta como irracional, lo distinto, lo exterior, lo finito, lo contrario, la naturaleza en cuanto ser fuera de sí no es sino el obligado estadio, el necesario desdoblamiento, la precisa condición para que el espíritu se vuelva el ser para sí, enriquecido, henchido, cargado de la pluralidad, de todo lo que de realidad contiene el infinito desarrollo, la creadora evolución, el movimiento, la actividad, la vida fecunda. He aquí cómo los dos principios, el de la variedad y el de la unidad, tienen en la metafísica de Hegel todo el vigor que les corresponde, toda la fuerza y trascendencia que les da valor fundamental en la constitución y profundidad del ser. La idea absoluta, el **logos** uno poliferándose necesariamente para perfeccionarse y mejor comprenderse. El absoluto, menesteroso de abrirse en relaciones innumerables, de diferenciarse, de contrastarse

en infinitas oposiciones; lo uno, ansioso de lo múltiple, necesitado de despliegue, de actividad y movimiento, de cambio y evolución; la razón, disolviéndose y anulándose en la sinrazón para vencer lo irracional y reducirlo a mayor racionalidad. Paradoja suprema, unidad de los contrarios, lo uno y lo múltiple fundidos, relación entre lo distinto ¿no es esto la vida, no es esto lo real, no es esto la razón en esencia y en lo alto y absoluto? Mientras Parménides aparta lo múltiple y el devenir, funde absolutamente el pensamiento y el ser para erigir la pureza de lo uno sin mancha, simple inmutable, redondo, inmóvil, en un ser sempiterno, que no admite sombra de irracionalidad, Hegel violenta esta razón puramente lógica e ideal que quiere asimilarse el ser o la realidad en su propia abstracción inmanente en lo real, múltiple y evolutivo, fundiéndolo y venciénolo tras generarlo en triunfo verdaderamente glorioso y magnífico. Lo grande, lo bello, lo divino no es lo uno estático, sin composición y sin desenvolvimiento. Es la infinitud en la maravilla de la creación, en el portento de fecundidad, en la gloria y la magnificencia del aliento y el triunfo que, a través del esfuerzo, el dolor y la lucha, llena los espacios y los tiempos que se desarrollan en el seno de una eternidad que todo lo brota y todo lo contiene. Este es el verdadero Dios, un espíritu absoluto que fluye con su acción divina en un panteísmo dinámico, pluralista, cambiante, en perpetuo ascenso y enriquecimiento, en perenne tensión, creación, multiplicación y luego en vigor unificante, compenetración de lo plural, reducción íntima de lo exterior a lo interior, de lo disperso a lo concentrado, de lo múltiple a lo uno. Y así como en Parménides el pensamiento y el ser se identifican, no es sino en contracción, asimilación, refundición del sujeto y del objeto luego de haberse planteado el uno frente al otro. La cosa en sí y el sujeto formal de Kant como absolutos irreductibles no son en Hegel sino la contradicción proyectada por el *logos* para dar paso al juicio sintético que alcanza necesariamente los dos tér-



minos y realiza la comunión perfecta de sujeto y objeto, dualidad que con todos los contrarios ha de borrarse y desaparecer en la ulterior unidad y conjunción. El acto de conocimiento, pensó Hegel, es un todo cuyos elementos, cuyas partes son la mente que conoce y el objeto conocido. Ontológicamente, lógicamente — para Hegel *Lógica* y *Ontología* son una misma cosa — no hay disyunción entre el sujeto y el objeto sino como la hay entre las partes de un todo que las une y enlaza fundamentalmente. Separarlas es abstraerlas, y plantear el problema del conocimiento como lo hizo Kant poniendo del un lado las formas a priori y del otro lo real conduce fatalmente a abrir un abismo que nada puede franquear. La posibilidad de los juicios sintéticos a priori quizá se hace sencilla admitiendo la base lógica u ontológica de Hegel según la cual sujeto y objeto son partes inseparables de un todo que les precede o determina o proyecta como son partes de un todo cuanto puede ser expresado o simbolizado por los números o por cualquiera otra clase de abstracciones. El problema de Kant se esfuma porque lo creó el análisis que fue su punto de partida y no la síntesis que parece la premisa vital por excelencia, la intuición inicial, primigenia, una con la síntesis el ser. No hay identidad absoluta entre el ser y el pensamiento, como lo quería Parménides; pero tampoco hay disyunción absoluta como lo pretendió Kant. Hay la dualidad relacionada y unida, misterio y paradoja, base supraracional de la realidad, o razón superior, el *logos* de Hegel, que une lo distinto y lo contrario. Por eso Hegel se rió de Kant cuando éste pretendía analizar el conocimiento antes de conocer. El conocimiento es asimismo síntesis que el análisis no puede destruir sin convertirse en la muela de Amiel que tritura el grano y mata su virtud germinal. “Querer conocer antes de conocer, dijo Hegel, es tan disparatado como el sabio propósito de aquel escolástico que pretendía aprender a nadar antes de tirarse al agua.”

Las grandes arquitecturas metafísicas, vuelos de la

razón con su exigencia y frenesí de unidad, van a pasar en sistemas que dan hiperbólica fuerza al principio unitario que son, en una u otra forma, panteísmo y monismo. La metafísica de Hegel, si bien se diferencia de la de Espinosa en que sustituye a la sustancia de éste, entidad oscura, abstracta, inmóvil, inmutable, indiferente, con la razón, idea o espíritu absoluto, inmanente en todas las cosas y en perenne impulso evolutivo y progresivo, no deja por eso de dar vigor y primacía exorbitantes al principio de la unidad, llegando, en sus aplicaciones a la historia, y en el campo social y político, a verdaderas monstruosidades que han contribuido a deformar la vida de un pueblo y a convertirlo en perpetua amenaza para la cultura, la civilización y la vida del espíritu. No podemos pasar por alto monstruosidades tales en un libro consagrado a la libertad y a sus fundamentos metafísicos. Detengámonos ante semejante aberración filosófica y señalemos lo que en ella hay de chocante, de hiriente, de infame para el ser libre del hombre.

Implícita va en toda conciencia, en la más elemental percepción, en todo el proceso de las operaciones cognitivas, la doble intuición de lo vario y de lo uno a la vez. Diríase que así como en la realidad lo vario y lo uno se funden en todo indiscernible, así también en el sujeto cognoscente, desde sus pasos iniciales, desde la más rudimentaria impresión o sensación hasta los más vastos conceptos y razonamientos, aquella doble intuición está presente, latente y latiente, animando y fundamentando el acto mismo del conocer. Por olvidar esto, por no darle todo su valor y toda su importancia, el problema del conocimiento y el problema del ser se tornan insolubles, verdaderos enigmas que se prestan en todas las antimonias y todos los sofismas.

Nuestra sensibilidad, por donde rompe toda conciencia y, por ende, todo conocimiento, se diversifica en varios sentidos que reciben distintas impresiones y sensaciones. Y a poco, naturalmente, objetivamos nuestras sensaciones y las asociamos para percibir y distinguir objetos. Al ob-

jetivar, se establece la dualidad sujeto-objeto, uno y el otro, el yo y el no yo, y, al mismo tiempo, creemos que el sujeto aprehende el objeto, que hay entre éste y aquél la unidad del conocimiento, y el asociar, al asociarse las sensaciones y formar el **percepto**, tendemos a creer, creemos que a esta asociación corresponde asociación en los objetos, en la multiplicidad de la realidad. Variedad de sensaciones que se unen, que se asocian, que forman un objeto. El panorama es siempre dualidad, variedad por un lado, relación y unidad por el otro. Y de ahí se pasa a la generalización, a la abstracción, al concepto. Los sentidos aprehenden cosas particulares que se parecen, que se asemejan, que si se distinguen unas de otras se confunden también por varios aspectos. El concepto persigue lo que hay de común en esa variedad, lo que la presenta unida y relacionada, lo que sirve de base para establecer clases y grupos y lo universal, lo uno en lo vario. Kant dijo que la intuición sin concepto era ciega y, a la inversa, que el concepto sin la intuición era vacío. Y es claro, pues en un mundo relacionado, la intuición aislada aprehende algo que si no se le enlaza a lo otro, a todo lo demás, la deja como ciega, sin ver el todo, confinada en un solo punto, limitada a una estrecha percepción, paralizada, incapaz de movimiento como la ceguera, pues lo universal es la luz de un mundo vario y cambiante. Y el concepto sin intuiciones es lo uno sin lo disperso que ha de unir y particular, es decir, algo vacío, sin sustancia, sin contenido, sin partes, debiendo ser justamente el elemento que supone como algo propio y esencial la existencia de lo plural y vario. Concepto e intuición, lo que corresponde en el sujeto a lo múltiple y lo uno en la realidad objetiva.

Es indudable que la filosofía ha tendido preferentemente a dar la primacía, a lo universal sobre lo individual vario. Platón hipostasio lo universal en sus ideas. El mismo Aristóteles, si bien desechó la hipóstasis platónica, dió a lo universal el valor de esencia en la composición de los seres indivi-

duales. Y en la disputa célebre de la Edad Media se quiso determinar qué correspondía a lo universal en el orden de la naturaleza. Y es lo que Hegel se plantea también y lo resuelve en sentido realista en forma monstruosa para la libertad humana. Lo universal, piensa Hegel, es la plenitud del ser, lo absoluto, lo infinito, la unidad concreta, el todo que genera las partes y las abarca y une, en donde está toda la realidad y donde nace todo lo real contenido en los elementos en que lo absoluto, la idea absoluta, el **logos** esencial, se diversifica y divide. Si en Platón lo universal son entidades metafísicas subsistentes fuera del mundo, en región superior y aparte, en abstracción completa; y si en Aristóteles resulta aún algo que el intelecto abstrae de las cosas donde lo universal está subsumido en lo particular multiplicado sin poderse determinar en que consiste su unidad de esencia común de los particulares, en Hegel lo universal cobra el valor de la realidad suprema, de una realidad concreta y suma que es el principio de todo y el fin de todo, la realidad verdadera que es sustancia, ser vigor en sí y en cada uno de los individuos o partes en que se multiplica. Lo real no son estos individuos o partes; lo real es lo uno, lo absoluto, que les da ser y vida, que los contiene, que los origina, que los dispersa para unirlos y penetrarlos, para abrazarlos y darles sentido, forma, unidad y consistencia. No hay sino la sustancia individual, dijo Aristóteles, aunque en ella lo universal sea la esencia. No hay sino individuos, dijeron los nominalistas, siendo lo universal un nombre, una voz, un sonido. No hay sino lo absoluto de la idea, dirá Hegel, lo absoluto de lo universal en que los individuos no son sino partes de un todo que las precede, las diseña, las crea, las envuelve, las vincula. En ese universal están ellas íntegras, con todo su ser concreto, con toda su realidad, como están en un ser vivo todas las células que lo componen y lo forman, pero que reciben de él su constitución y su vida, su aptitud y su función. La metafísica de las monadas de Leibnitz con sus unida-

des absolutas y cerradas que constituyen el sistema máximo del valor de lo individual, queda a infinita distancia de este absolutismo de lo universal que embebe lo múltiple en lo fundamental y totalitariamente. Las mónadas de Leibnitz, espontáneas en su acción, a cubierto de toda relación, están señeras en su individualidad soberana dentro de la cual tan sólo se abren y desarrollan, inmunes a la casualidad transeunte, a la externa actividad transitiva, constituidas en el fondo del mundo y el ser como su fundamento último, como su base y cimiento, como sus elementos absolutos y sustanciales, quedando secundariamente y en el plano subordinado lo relativo a la conexión universal que se la establece merced al recurso de la armonía preestablecida que no altera la autonomía y espontaneidad de las mónadas individuales. En Hegel, en cambio, la conexión universal es el fundamento y la substancia, lo absoluto y lo omnipotente, lo fuerte y lo dinámico, resultando lo individual mera parte de un todo concreto y personal, partícula de un Dios en cuyo seno y de cuyo seno ella vive, se mueve, se nutre y existe.

Y valiéndose de este absolutismo de lo universal, Hegel, al descender al campo de lo social y de la historia, erige una mitología política para deificar el Estado y hacer tabla rasa del individuo, de la familia y aún de los Estados débiles.

Si lo universal es todo sustancial que genera las partes y las absorbe, los todos parciales que gradúan la realidad plural, serán asimismo unidades superiores y entitativas con su idea propia y su fin propio, a los cuales subordinarán absolutamente a las partes individuales. Lo universal es el todo de los todos parciales, y éstos imperan sobre sus elementos, y así la realidad se constituye y desarrolla en varios sistemas que son otros tantos reinos de lo universal sobre lo particular. Y, aplicándolo al hombre y a su vida humana y social, sostendrá que el individuo lo es todo por la sociedad y el Estado, ya que éstos encarnan

y representan la idea superior, la idea moral, la ética objetiva, lo universal concreto, el todo sustancial que determina una especie de panteísmo político. Cuando se discutió sobre los universales en la Edad Media, se había creído que la cuestión se planteaba acerca de si existían o no existían realidades que correspondiesen al universal abstracto, abstraído y unificado o identificado por el pensamiento. Y la respuesta fue por los nominalistas que no existía más realidad que la de los individuos y que fuera de ellos lo universal no resultaba otra cosa que un sonido, una voz, una palabra que ligaba a ciertos seres individuales. Para los realistas, o bien con Platón creían en la existencia superior verdadera metafísica de los universales o ideas, o bien reconocían en las ideas divinas la suprema realidad correspondiente a nuestros conceptos y pensamientos. Terciando en la disputa, se pensó como la más prudente solución que lo universal, si bien era atribuible distributivamente y en el mismo sentido a una multiplicidad indefinida de sujetos individuales, sólo en la abstracción mental alcanzaba unidad, identidad, ese carácter de naturaleza o esencia común que abraza a los diferentes particulares. Solución, quizá insuficiente y vaga, pero que revela la imposibilidad de asignar un contenido de todo sustancial a ese principio de unidad que se entreve entre todas las cosas y entre diversas porciones y clases de ellas. Hegel, en el ansia de un sistema metafísico absoluto, vale decir, en el ansia de unificar total y racionalmente la realidad, desechó el prudente universal abstracto de Aristóteles, Abelardo, Alberto Magno, y Santo Tomás, apartó de sí el nominalismo que sólo da valor sustancial a los individuos, no quiso compartir la creencia platónica de las entidades metafísicas en región superior y suprasensible y menos la de las ideas de un Dios distinto y trascendental del mundo, y llenó los espacios y los tiempos, la variedad simultánea y la sucesiva, la individualidad que se extiende y dura diversificándose y multiplicándose, con su razón absoluta, con su logos inmenso,

con su universal concreto que es todo un Dios, pero un Dios que contiene en su seno y compenetra todos los individuos, con sus diferencias, sus oposiciones, sus contrastes, su singularidad y su unidad. Un Dios que está en lo común y en lo íntimo, en lo que asemeja y en lo que distingue, en lo que une y en lo que desune, en la tesis y en la antítesis, en lo bueno y en lo malo, en lo material y en lo espiritual, alimentándose y vigorizándose y convirtiendo en propia y rica sustancia la oposición y la contradicción, la diversidad y el cambio. Y, a semejanza de este Dios y para servirle, Hegel imaginó, no quizá como una inferencia lógica de tal principio, ni como consecuencia necesaria de esta premisa, sino más bien imbuído del deseo servil de halagar y adular al prusianismo militar, imaginó, decimos, que lo universal tenía sus encarnaciones parciales, siendo la principal de ellas, la sociedad civil y política, el Estado a quien Hegel llama "la substancia del individuo". "La filosofía de Hegel, dice Messer, fué durante dos decenios, la filosofía del Estado prusiano". Y dando al Estado el valor y la función que en su construcción metafísica da a la idea universal, a lo universal concreto, hizo del Estado un dios monstruoso que anulaba el valor substancial del individuo, su valor radical frente a todos los todos y a todas las unidades universales. Porque, justamente, la falla del sistema metafísico de Hegel, como todo panteísmo y nomismo, es asignar al todo universal, a la sustancia una, al **logos** o idea céntrica el papel determinante de todo, de modo que la fundamental variedad que la unidad no se explica, sea comprendida, absorbida, embebida en el elemento unitario. Y entonces, el otro elemento metafísico, el de lo plural desaparece o queda relegado a segundo plano, dependiente del primero. Lo cual no es aceptable, porque no nos cansaremos de decirlo, lo uno no explica ni fundamenta lo vario, por más determinismos, que imaginemos, por más que la exigencia racional de unidad quiera forzar, violentar la realidad para plegarla y subordinarla al elemento uno. Por este camino se lle-

ga el principio de Parménides, ya lo hemos visto, y se queda con la fantasmagoría de la pluralidad reducida a pura ilusión. Para no llegar allá no hay más remedio que aceptar en la base de la metafísica, la dualidad absoluta de los dos principios, el de la variedad y el de la unidad, autónomos, irreductibles, pero íntimamente combinados y fundidos en lo real concreto que se compone de individuos innumerables, infinitos, independientes y dependientes, distintos y relacionados, determinados en parte y en parte indeterminados y libres. Así se comprende que un todo artificial como el Estado, una unidad en que la fuerza material juega el principal papel, resulte un todo exterior, facticio, encaminado preferentemente a asegurar la libertad de los hombres, de los individuos humanos y a establecer la unificación por coerción, la más rudimentaria y superficial unificación, que por ser materia deja en pié la exterioridad para vencer y traspasar la cual sólo es eficiente la unificación íntima a la manera biológica, y más todavía a la manera espiritual cuando la inteligencia y la voluntad, mediante el conocimiento y el amor, triunfan sobre los límites y convierten lo finito en lo infinito, permitiendo que el todo sea poseído por las partes sin que éstas pierdan su distinción e individualidad, como ya acaece en la vida orgánica, en la vida biológica en que las células viven de la vida el todo y el todo de la vida de las células, en una comunión y armonía íntimas. Síntesis profunda y perfecta, que jamás la coerción puede generar, ha de ser el resultado de la evolución de los mundos y de la evolución que, comenzando por la elemental y rudimentaria síntesis material, inconsciente, que permite partes fuera de partes, límites aisladores, se llegue a la síntesis espiritual, que es por esencia unitiva y consciente, cuyos dos atributos, el de conocer y el de amar, nos dan a barruntar la posibilidad de este todo que Hegel quiere llenar de idea, de razón, de logos, tan extraño a la materia y por lo mismo tan superior a todos artificiales forjados para suplir coercitivamente las aún de-



ficientes fuerzas espirituales del hombre. Síntesis que puede ser un resultado, no un origen, que es un impulso, una tendencia, una aspiración y que presupone la distinción como algo fundamental. exterioridad y contrariedad en un principio, que no puede ser borrada sino cuando el valor de lo individual sea embebido por un todo sintético que conserve íntegro lo real y lo sustancial de lo distinto y lo contrario, lo que tan sólo puede hacerlo el todo espiritual que arranca de fondos espirituales, íntimos esenciales. Y qué lejos de esto una filosofía del Estado, instrumento material y facticio de convivencia, lo más diametralmente opuesto a un monismo en que la idea y el **logos** constituyan el principio, la esencia y la fuerza del ser y del mundo.

En resumen: hay en el Universo un principio de unidad elemental y rudimentaria, vale decir un principio de razón, unidad material y básica, que establece el cimiento de la solidaridad universal y da sentido al principio de que todo lo real tiene un rudimento, un germen de razón; hay asimismo un principio irracional, tan válido como el primero, tan imperativo e irreductible como el principio racional, y es el de la diversidad que mantiene sus fueros y derechos, fuente del milagro diario de la vida que no se explica por ninguna causa ni por ningún todo; y hay, por último, por medio del hombre la acentuación de entrambos principios, el de mayor individualidad y el de mayor unidad que en la conciencia — lo que les vuelve espirituales — pugnan por alcanzar mayores grados y, sobretodo, por llegar a armonía y compenetración profunda. Por lo que todo lo racional tiende a ser real. Así corregimos o moderamos el monumento metafísico de Hegel, tan grande y tan audaz, tan vasto y tan comprensivo y, sin embargo, tan propenso a desnaturalizar el mismo principio del **logos** que le sirve de eje, de nervio y alma del sistema.

J O S E   R A F A E L   B U S T A M A N T E.

## IBERO-AMERICA Y LA POST-GUERRA

Desde la guerra de la Independencia no ha experimentado Ibero-América una crisis histórica tan aguda, como la que ha estallado en esta época caracterizada por la guerra totalitaria, que se desencadenó en Europa y que incendió al mundo.

Esta no ha sido una guerra en el sentido limitado de esta palabra, sino una revolución profunda, que ha conmovido las bases mismas de la civilización y que la amenaza con su aniquilamiento. Y aunque los valores del espíritu no mueren, es evidente que se opera una transformación radical en la organización económica, social y política, que creará un nuevo ciclo de cultura sobre los despojos sangrientos del imperialismo, sistema de explotación del hombre por el hombre, que desaparecerá en esta encrucijada histórica, o habrá fracasado el sacrificio de las naciones en una guerra de exterminio sin precedentes, lo que no es posible imaginar. Es con el dolor que purifica, cómo se han realizado las superaciones humanas culturales, en su espiral infinita.

Es ajeno al propósito de este estudio el examen del imperialismo en sus causas y en sus resultados trascendentales, como principio motor de la Gran Revolución del siglo XX en marcha, pero sí es preciso detenerse a considerar los efectos de este suceso en América, y particularmente en las naciones Ibero-Americanas, cuya posición geografi-

ca determina en los acontecimientos por venir, una singular expectativa.

La participación obligada de los Estados Unidos en la guerra comprometió de hecho la situación internacional de las naciones ibero-americanas, pues, hablar de neutralidad en esta época histórica en que el mundo perdió sus dimensiones en el espacio y en el tiempo, y en que el concepto de la interdependencia económica y política se estrechó también en la vida de relación continental, es no sólo inútil, sino inconveniente, porque la neutralidad, o no es posible en determinados casos, o tiene que ser neutralidad, en pie de guerra, que equivale en definitiva a un estado de beligerancia, sin perspectivas en el momento del armisticio y en la situación creada por la post-guerra, en orden a las garantías políticas y económicas, que permitan vivir al amparo de la libertad y del progreso efectivos.

Ibero-América participó en la guerra, porque algunas naciones la declararon oficialmente o porque rompieron relaciones con el Eje, y en consecuencia subordinaron de hecho su situación a la de Norteamérica, sin más garantía que la existente en la teoría del Buen Vecino, en la Carta del Atlántico y en los principios de las Cuatro Libertades del Presidente Roosevelt. Lo que significa que el porvenir quedó fiado al amparo de la Divina Providencia, pues en la tierra no existe ningún tratado, garantía ni constancia alguna valedera con efectividad en la post-guerra. En las Conferencias Panamericanas que han funcionado durante la guerra, Ibero-América ha cooperado con los Estados Unidos en la solución de cuestiones ligadas con la defensa continental, pero en la condición subalterna de países semi-coloniales, sin autonomía efectiva, y realmente se han entregado a la liberalidad de Norteamérica.

Porque la realidad es que, si Hispano-América alcanzó su independencia política por el esfuerzo de Bolívar, San Martín y cien héroes más, no alcanza aún su independencia económica, y sin poderío económico las naciones significan

muy poca cosa, o nada, en la balanza de la justicia, siempre inclinada al peso del oro, por la fatalidad creada por la actual estructuración económica, en la que, los instrumentos de la producción creadora de la riqueza son el patrimonio de clases y Estados privilegiados. Es un consuelo reconocer, por lo menos, la verdad de la situación en que se vive.

Ibero - América se sumó de hecho a la suerte próspera o adversa de Norteamérica, en la guerra, y así tenía que ser. Cómo iba a defenderse sola sin los inmensos recursos que se necesitaban para una guerra de la magnitud mundial que alcanzó y que puso al mundo en sobresalto ante el aniquilamiento, por la guerra de exterminio y conquista que ha devastado continentes? Y contribuyó también con los recursos que tiene para la defensa colectiva, permitiendo la ocupación de las posiciones estratégicas, cooperando con las materias primas utilizadas en la guerra y en la vigilancia de la quinta columna enemiga que se filtró cautelosamente para sembrar la cizaña totalitaria. Y no hay resistencia al mal en las naciones ibero - americanas, al sobrellevar la parte que les corresponde en la post-guerra, casi indecifrable para todo el mundo. Pues la experiencia ha demostrado que se puede ganar una guerra y sin embargo perder la paz. Por una razón fundamental, por la razón o las razones que Wendell Willkie, de grata memoria, consignó en su libro "Un Mundo", de verdades insuperables.

"Dícese, como cosa sabida, observó oportunamente Wendell Willkie, que esta guerra es una revolución de ideas y en la manera de vivir de los hombres de todo el mundo. Yo he visto esa revolución en marcha en diferentes países y el espectáculo es emocionante y aterrador. Es **emocionante** por que es una nueva prueba de la enorme capacidad que poseen los seres humanos para cambiar el medio que les rodea, para luchar por la libertad con una confianza instintiva de que con ésta pueden alcanzarlo todo. Es **aterrador**

porque los diferentes pueblos de las Naciones Unidas, y mucho menos sus dirigentes, no han llegado a un acuerdo acerca de por qué luchan, ni acerca de las ideas con las que tenemos que armar a nuestros luchadores."

Qué profunda observación la que contiene estas palabras sinceras. Parece elemental decir al mundo, frente a una guerra total en marcha, por qué se lucha. Y en verdad, pocos deben saber en esta hora de angustia por qué lucharon y para qué. Analicemos las palabras de Willkie en lo que significaron para la América Española.

"Esta es una Revolución de las ideas y en la manera de vivir de los hombres en todo el mundo."

La Revolución del siglo XVIII, que conmovió a las colonias españolas de América, fué la Revolución por la conquista de los principios democráticos, por la libertad, la igualdad y la fraternidad de los pueblos, cuya independencia se consiguió en una guerra de quince años, en los cuales se estructuraron también las nacionalidades sobre la base de Constituciones Políticas libérrimas, en uso de su libre determinación.

Ha transcurrido más de un siglo desde entonces, y cuál es hoy la situación de Ibero-América?

Contemporáneos de los sucesos más asombrosos desarrollados en el campo de las ciencias, de la industria y de la economía, hemos asistido a la culminación de la máquina que venía a eliminar la esclavitud del hombre en la dura faena del trabajo asalariado. Y la creación de una nueva cultura sobre la base técnica y capitalista, hizo de Europa el centro vital de acción, desde donde irradió por el mundo la luz del progreso que hoy declina, en la contradicción que entraña ese mismo capitalismo, que al convertirse en monopolio de la producción, devino en imperialismo, que en su etapa superior conduce a la guerra inevitablemente. Ha sido un vértigo para la humanidad la sucesión de los acontecimientos de esta época incomparable.

En la América del Norte, el trasplante de esta cultu-

ra por una inmigración exuberante, fue prodigiosa en su desarrollo en un suelo fecundo, dotado de todas las riquezas minerales del subsuelo, y con una capacidad constructora y de asimilación, que le ha convertido en una gran potencia capitalista, industrial y política.

En el continente hispano-americano la suerte de las nacionalidades ha sido muy diferente.

La guerra de la Independencia, a excepción de sus más conspicuos generales, dejó el legado de un militarismo criollo, improvisado, heroico, pero rudo y ambicioso. El problema de la desmovilización del ejército combatiente en Bogotá, Pichincha, Junín y Ayacucho, fue tan complejo, como el de su organización y utilización en la guerra. En Chuquisaca, en Lima, en Quito, los batallones se sublevan y tienen que ser reducidos con violencia, a veces exterminadora, por la lanza de un Otamendi. Sin elementos preparados para la administración civil, los jefes militares ocuparon ese servicio en general; los caudillos de mayor figuración, tomaron para sí el poder; y los generales Páez, Flores, Gamarra, La Fuente y otros, captaron la Presidencia de las Repúblicas. Si la creación de las nacionalidades fue la obra magna de los grandes conductores, como Bolívar, San Martín y Sucre, la dirección política de los pueblos libertados quedó a merced del militarismo, en una constante anarquía, por obra de los cuartelazos, forma rudimentaria para llegar al poder. Los principios democráticos quedaron escritos por largo tiempo en las Cartas Políticas, sin aplicación práctica.

También es adversa para el Continente Hispano-Americano su conformación geográfica, su orografía e hidrografía, así como la riqueza exigua relativamente del suelo y del subsuelo. Inmensas cadenas de montañas se extienden desde la Sierra Madre de México hasta los Andes que se dividen en dos y tres murallas en Suramérica. La tierra seca y pobre en general, carece de los grandes canales formados por los ríos interiores para la irrigación y el transporte. Las

altas serranías, carentes de vegetación, ingrata para la vida agrícola o de simple pastoreo. Las montañas tropicales saturadas de paludismo y de humedad permanente, abarcan la mayor extensión del continente, y sólo al Sur se extienden las pampas argentinas, y en otras latitudes los valles agrícolas de relativa extensión, en las orillas del mar, o al pie de las altas montañas en constante eroción. Aparentemente la extensión territorial de las naciones indoamericanas, desde México hasta la Tierra del Fuego, es de una inmensidad majestuosa, prometedora de un campo de acción sin límites para la cultura humana, pero, realmente, las montañas tropicales, las altas serranías y la jungla amazónica que se halla aún, casi en su totalidad, en el período de la desecación del pantano infinito, y de la estratificación milenaria de la tierra apta para la agricultura, no ha permitido equiparar un éxito igual al del Continente Norteamericano, por situaciones cósmicas y humanas diferentes. Es en las grandes llanuras de tierras fértiles, surcadas de ríos navegables, con el fácil acceso del comercio del mundo, por el ancho camino de los mares, donde florecieron siempre las grandes culturas. Así Europa y Norteamérica, grandes expresiones de la civilización de esta época.

Después de la colonización española en Ibero-América, manifestación prodigiosa del esfuerzo de los conquistadores legendarios, la segunda colonización europea que siguió a la realización de la Independencia, por el hecho de la inmigración espontánea, fue relativamente escasa, y localizada en su mayor porcentaje en las naciones americanas del Atlántico, por el fácil acceso y las mayores oportunidades del agro. La nueva cruzada del capitalismo sólo encontró oportunidades para sus negocios en las ciudades de mayor importancia comercial, situadas a las orillas de los mares o en la parte más accesible de las serranías. En el ámbito lejano a estas oportunidades siguió la vida colonial, apacible, monótona, pobre, en el siglo que ha transcurrido desde la Independencia. Y en la mayor parte de las monta-

ñas del trópico amazónico, la vida salvaje mantiene un ritmo milenario inalterable.

Contrariamente a esta situación, en Norteamérica, la inmigración tuvo que ser restringida y al fin prohibida, a ciertas razas, por la afluencia descomunal de la corriente humana ávida de tierras fértiles y de garantías políticas efectivas para el desarrollo de su esfuerzo. Norteamérica atrajo para sí el trasplante fecundo de la cultura europea, y se ha constituido además como una gran potencia económica y por los apremios de la guerra actual, en una gran potencia militar. Las estaciones reguladas, como un don del cielo, la fecundidad del suelo y la riqueza minera del subsuelo le han sido propicias, así como el contingente humano selecto ha colaborado en su cultura.

Sin embargo, si en la comparación de las posibilidades de la vida entre el Continente Norteamericano y el Ibero-Americano es aquél el favorecido, no significa que éste carezca de recursos efectivos y potenciales para el desarrollo de su cultura. Quizá la diferencia circunstancial más bien consiste, en que las resistencias del ambiente austral de América, por las dificultades anotadas, exige para su desarrollo, un espacio de tiempo mayor que el que necesitó Norteamérica, para igual superación. Y la falta de este desarrollo económico le ha colocado a Hispano-América entre los grandes mercados de consumo y suministro de materias primas como Asia y Africa. Esta es su verdadera posición y su reconocimiento permitirá enfocar con acierto sus magnos problemas.

Algunos datos estadísticos pueden ayudar a fijar con mayor exactitud las apreciaciones de carácter sociológico. La América del Sur tiene una superficie de 18.000.000 kilómetros cuadrados. La densidad media de la América del Sur es de 4 habitantes por kilómetro cuadrado, en tanto que la de Inglaterra es de 180 y la de Bélgica de



259. Lo que indica la despoblación de la América del Sur. De los 120'000.000 de habitantes de la América Latina, 250.000.000 son de raza blanca. El porcentaje restante corresponde al mestizaje, al grupo mayoritario indígena y al negro. La propiedad de la tierra, el comercio y la pequeña industria, así como la administración política está en las manos de una minoría blanca y mestiza.

En el mercado de consumo y de inversiones que es Ibero - América, tienen preponderancia Norteamericana e Inglaterra, y la tuvo también Alemania antes de la guerra. La cuota de consumo de maquinarias es de cinco unidades, en relación a las 42 que caracteriza a los países supercapitalistas. Las inversiones hechas en Hispano-América en 1932 son las siguientes: Inglaterra el 22 por ciento de sus inversiones en el extranjero; Estados Unidos 36 y Alemania 16. Mientras que Norteamérica ha invertido en Asia 580 millones y 100 millones en Africa, en Hispano-América ha invertido 3.000 millones de dólares. Estas cifras demuestran la posición de Hispano-América entre los países coloniales, esto es, un mercado codiciado de consumo e inversiones.

Como mercado de materias primas ocupa también Ibero - América un puesto espectante. La producción de petróleo fue en 1934 en orden de importancia: Estados Unidos el 60 por ciento; Hispano-América el 16; Rusia el 11; Rumania el 4; Persia el 3 y las Indias Holandesas el 3. Pero Estados Unidos consume el petróleo que extrae. Venezuela y México son grandes mercados del petróleo en el mundo.

Además, Argentina produce en relación al mercado mundial el 30 por ciento de trigo y el 80 de las exportaciones de lino; Argentina y Uruguay son los primeros exportadores de carne y del 20 por ciento de la producción de lanas. Brasil y Colombia, venden el 60 por ciento del consumo del café; Brasil, Perú y Argentina, el 9 por ciento del algodón; Brasil, Ecuador y Venezuela, el 19 por ciento del cacao; Brasil, Perú y Argentina el 13 por ciento de azúcar.

Esto aparte de la producción de madera, fruta, caucho, quinina, tabaco, etc.

Hispano-América no es un país industrial en el alto concepto de esta palabra, pero sus fábricas de telas y de cerámica suplen ya la urgencia de la importación.

Y los anteriores datos demuestran que si bien la producción no está al nivel de los países capitalizados, el mercado de materias primas de Hispano-América es rico, tentador, y si no era defendido podía ser fácil presa de los Estados conquistadores, de Alemania y el Japón que conocen con exactitud su riqueza actual y potencial.

La defensa de América de la guerra de conquista, es preciso reconocerlo, la han garantizado Gran Bretaña y Norteamérica. La guerra del mundo ha demostrado que la cadena de islas pertenecientes a Inglaterra, respaldadas por su escuadra, que rodean a América, y algunas de las cuales fueron cedidas a los Estados Unidos, han sido una defensa real del Continente. En la gran guerra del mundo han sido las Escuadras Inglesa y Yanke las que han defendido al continente americano, y si hubieren sido abatidas, fatalmente Ibero-América podía caer bajo el poder de nuevos conquistadores.

Y esta afirmación respecto a la posición subalterna de las naciones indoamericanas está confirmada por opiniones respetables, americanas y extranjeras.

"La América Latina en una grande extensión, es un archipiélago de grupos humanos rodeados de selvas y desiertos, dice don Ezequiel Padilla, prominente hombre de letras mexicano, en su libro "El Hombre Libre de América". Un número considerable de esos grupos mantiene con las demás comunidades un contacto íntimo; viven en condiciones paupérrimas y en la más primitiva incultura. Para satisfacer sus exigencias, cuentan sólo con los productos de la tierra, obtenidos en la forma más rudimentaria. Son pueblos que agonizan. Otros sectores viven sin oportunidades de trabajo con ínfimas oportunidades; con salarios ruines, en condiciones inicuas; sin ninguna garantía econó-

nica y víctimas de todo género de explotaciones.”

“Todos comprendemos que la situación de esas masas es la negación y la mancha de la civilización. No es sólo el hombre quien oprime; es la naturaleza. Viven en un mundo hostil y todos los siglos de la lucha constante y de conquista del espíritu humano para redimirse, han transcurrido para ellas estérilmente.”

“Esta ignorancia y este aislamiento, significan una de las más terribles y pavorosas servidumbres que sufre el hombre. Millones de hogares que viven en América esta vida sub-humana, bajo diferentes matices, deben merecer de parte de los actuales hombres del Estado la más honda preocupación, pues es a ellos a quienes corresponde en esta ocasión histórica de la humanidad reconstruir las condiciones de la vida de las grandes poblaciones desamparadas de este Continente.”

El publicista francés Jacques de Lauwe en su libro “La América Ibérica”, en el que se revela como uno de los pocos europeos que han estudiado estas cuestiones de América, tan desfiguradas por el turismo científico, dice: “En el fondo, la América Ibérica es todavía una tierra abierta a la conquista. Ni la raza cobriza ni la blanca ejercen en ella una verdadera supremacía; y, si algún día, un invasor enérgico se presentara otra vez, no le costaría mucho renovar las hazañas de los antiguos conquistadores. Por fortuna América Ibérica suscita muchas codicias que, al oponerse, se equilibran y neutralizan. En la zona cosmopolita, el extranjero la sitia, pero no viene todavía más que ha establecer sus negocios y compañías. No ha sonado todavía la hora de una verdadera invasión del Continente. Pero, en este siglo XX, en que el Asia está superpoblada, en que la misma vieja Europa, países como Alemania revientan en sus fronteras, después de cataclismos siempre posibles, no es inverosímil imaginar nuevas inmigraciones hacia las tierras libres y fértiles, como hubo tantas otras al través de las edades. Y si la América Ibérica no se ha fortalecido, ese día desaparecerá con tanta facili-

dad ante los nuevos conquistadores como la América meridional incaica desapareció delante de Pizarro."

Estas opiniones permiten disipar cualquier objeción que supusiera pesimismo, al afirmar que Hispano-América está clasificada como simple país colonial, buen mercado de inversiones y materias primas, como Asia y Africa. Por que si es verdad que tiene ya grandes ciudades a orillas del Atlántico y el Pacífico, o en las proximidades de éstas, no se olvide las grandes urbes asiáticas y africanas, asiento del comercio colonial, inglés, singularmente. Y lo que tampoco ha de olvidarse es que, de los ciento veinte millones de habitantes de Hispano-América, sólo 25 millones constituyen la base de la cultura continental, y los millones restantes, de elemento indígena, representan un peso muerto en el desarrollo de estos países. En tanto que en Norteamérica sus 140 millones de habitantes integran totalmente su progreso.

Ibero - América ha vivido durante un siglo apegada a la teoría de los derechos del hombre y del ciudadano de la Revolución Francesa, y ha comprobado con desencanto que lo que ganó en la Guerra de la Independencia fue sólo la posibilidad del ejercicio de los derechos políticos, pero desposeído totalmente de los derechos económicos, para vivir de una manera digna, sin sujeción al sistema feudal aún existente en las costumbres y en las leyes. Pues la situación de las masas campesinas y el proletariado de levita de los pueblos y ciudades es de miseria; y la organización administrativa anárquica. El feudalismo ha acaparado las tierras fértiles accesibles para el trabajo, con la complicidad de los poderes públicos; y el desgobierno de las repúblicas en manos de oligarquías explotadoras o de dictaduras irresponsables, paralizan el progreso de los pueblos, enajenan con los empréstitos de los países capitalistas la independencia y la economía nacionales y mantienen en la servidumbre y la indigencia a las masas humanas, que debieran consti-

tuir el capital-hombre, libre, para las grandes empresas agrícolas, comerciales e industriales del Continente.

Estos antecedentes prueban que el hombre de América aún no es libre desde México hasta Magallanes, y que esta manera de vivir tiene que ser cambiada por obra de esta inmensa Revolución que está purificando al mundo de sus grandes errores, y que anuncia, no una nueva Declaración de Derechos solamente, sino también la Declaración de los Deberes Sociales del Hombre y del Estado.

Y a todas estas consideraciones le han dado prestigio singular las palabras de Wendell Willkie, al afirmar que la guerra del mundo es una revolución en las ideas y en la manera de vivir de los hombres.

Y decía también, que la revolución en marcha es apasionante y un poco aterradora. Lo primero, apasionante, por la enorme capacidad que tienen los seres humanos "para luchar por la libertad con una confianza instintiva de que con ésta pueden alcanzarlo todo". Y es aterradora, "Por que los diferentes pueblos de las Naciones Unidas, y mucho menos sus dirigentes, no han llegado a un acuerdo acerca de porqué luchan, ni acerca de las ideas con las que tenemos que armar a nuestros luchadores."

Cuál es en verdad el ideal de esta Revolución? La lucha por la democracia, se ha dicho. Pero, no fue por la democracia que se luchó en la Revolución Francesa? Es que realmente no ha triunfado la democracia en el mundo? Y si ha triunfado qué es lo que quiso derrocar el naci-facismo?

He aquí que no sabemos por qué se ha luchado. No lo supo la gran masa humana que ha muerto en las trincheras, no lo supieron quizá, ni los líderes de la guerra, ni se pusieron de acuerdo los dirigentes, "acerca de las ideas con las que tenemos que armar a nuestros luchadores". Creía Willkie que en la guerra anterior 1914-1918, después de fracasada la Sociedad de las Naciones y olvidados los catorce puntos que Wilson "nuestra generación denun-

ció esa guerra como una carnicería espantosa e inútil. Millones de hombres perdieron la vida; pero de las cenizas de su sacrificio no surgió ninguna idea nueva, ninguna meta nueva para la humanidad."

En general es exacta esta afirmación, y sería inobjetable, si de la anterior guerra mundial no hubiese surgido la Revolución Rusa, la esperanza del mundo. Y la guerra actual sería más monstruosa e inútil todavía, si Rusia triunfante se satisficiera egoístamente con haber alcanzado el puesto de gran potencia burguesa, en la mesa redonda de la deliberación de la post-guerra, para que se cumpla la predicción de Trostky:

Peró tenemos las declaraciones de Stalin, la proclamación de las Cuatro Libertades de Roosevelt y la Carta del Atlántico, se podía objetar a Willkie.

"La declaración del señor Stalin y la Carta del Atlántico, contienen, creo yo, dice Willkie, una falacia en común."

Y por qué? Porque: "Preciden la creación de una Europa Occidental con sus antiguas divisiones de pequeñas naciones, cada una con una propia soberanía política, económica y militar. Fue este sistema anticuado el que hizo que millones de europeos se sintieran cautivados por el supuesto nuevo orden de Hitler. Pues, incluso con la tiranía de Hitler, veían al menos la posibilidad de que se creara una nueva zona lo bastante grande para que en ella pudiera funcionar adecuadamente la economía del mundo moderno. La amarga experiencia les había enseñado que las restringidas áreas comerciales impuestas por las elevadas murallas de una multitud de nacionalismos individuales, con las consiguientes manipulaciones de la política de poder, hacían inevitables el embrocamiento y la guerra."

"Nueva creación de los pequeños países de Europa como unidades políticas, Si; nueva creación como unidades económicas y militares, NO, si es que realmente esperamos estabilizar la Europa Occidental en su propio beneficio y en el de la paz y la seguridad económica mundiales."

“Para ganar esta paz me parecen necesarias tres cosas, dice: Primero, tenemos que planear ahora la paz sobre bases mundiales; segundo, el mundo tiene que ser libre, política y económicamente, tanto para los hombres como para las naciones, para que la paz pueda existir en él; tercero, los Estados Unidos tienen que desempeñar un papel activo, de carácter constructivo, en la liberación del mundo y en la conservación de la paz.”

“Esto no puede realizarse con simples declaraciones de nuestros dirigentes, como las de la Carta del Atlántico. Su realización depende principalmente de su aceptación por los pueblos del mundo. Pues, si nuestro fracaso en llegar a un acuerdo internacional después de la última guerra nos enseñó algo, fue lo siguiente: aun cuando los que dirigen la guerra parezcan estar de acuerdo sobre principios de carácter general y los fines de la guerra, mientras se está luchando, cuando llegan a reunirse en la mesa en que se discuten las condiciones de paz, interpretan a su capricho sus anteriores declaraciones. Así, a menos que ahora los pueblos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, China y demás Naciones Unidas, se pongan de acuerdo fundamentalmente sobre los fines que persiguen. Las declaraciones llenas de expresiones nobles e idealistas, como las de la Carta del Atlántico no subsistirán más que para burlarse de nosotros, como ha sucedido con los catorce puntos del Presidente Wilson. Las Cuatro Libertades no se conseguirán por medio de declaraciones de los dirigentes que ocupen momentáneamente el poder. Sólo adquirirán una realidad tangible si los pueblos del mundo hacen que existan verdaderamente.”

Refiere Wendell Willkie que en su viaje alrededor del mundo fue interrogado por los primeros Ministros y por todos los Ministros de Relaciones Exteriores de los países que visitó, acerca de si la Carta del Atlántico sólo se aplicaría a la Europa Occidental, y que sintió entonces la dificultad de dar una respuesta categórica. “Me sentí descorazonado, di-

ce, cuando algún tiempo después el señor Churchill hizo la observación que tanto alarmó al mundo entero, de que **"pensamos conservar lo que es nuestro. Yo no he sido nombrado Primer Ministro de Su Majestad para presidir la liquidación del Imperio Británico"**. Sin embargo, después me he sentido alentado al escuchar opiniones de muchos ingleses que residen ahora en los Estados Unidos, leyendo la prensa británica y por las numerosas y continuas cartas que recibo de gentes que viven en Inglaterra y en diversas regiones del Imperio Británico; por todo ello veo que la opinión pública británica, en lo que respecta a esas cuestiones, va incluso más allá de la opinión en los Estados Unidos. Los ingleses no dudan—y, por lo que puedo ver, sintiéndolo muy poco—de que el antiguo liberalismo tiene que desaparecer y que los principios de la Libre Comunidad de Naciones Británicas tienen que ser extendidos a un paso muy acelerado hasta que lleguen a todos los rincones del Imperio Británico."

Y con referencia al Pacto de las Naciones, dice en su libro "Un Mundo": "Ha pasado más de un año desde que firmó el Pacto. Hoy las Naciones Unidas son un gran símbolo y un tratado de alianza. Pero tenemos que enfrentarnos al hecho de que, si no hemos de desilucionar a los miles de millones de seres humanos llenos de esperanzas, si se ha de conseguir el mundo que soñamos, aunque no sea más que en partes, entonces, hoy y mañana, las Naciones Unidas tienen que formar un Consejo Unico, no sólo para ganar la guerra sino para el bienestar futuro de la humanidad."

"Mientras luchamos, tenemos que crear un mecanismo para trabajar juntos que sobreviva a la guerra. Los instrumentos eficaces de gobierno, de orden nacional e internacional, no pueden crearse de la noche a la mañana; son el resultado de un crecimiento lento."

"Lo que necesitamos hoy es un Consejo de las Naciones Unidas, un Consejo común en el que intervengan todas



las naciones, no un Consejo de unas cuantas, que dirija y ayude a las demás, según les parezca prudente. Debemos tener un Consejo de gran estrategia militar en el que estén representadas todas las naciones que están soportando el peso de la lucha."

"Debemos tener un Consejo Común que amalgame la fuerza económica de las Naciones Unidas para unificar la producción total de la guerra y estudie conjuntamente las posibilidades de la futura cooperación económica."

Desde que empezó la guerra, el mundo Ibero-Americano, y seguramente todo el mundo, ha estado esperando que los hombres constituídos en autoridad, hablen claro por qué luchamos, contrariando los discursos oficiales meticulosos, de los que no es posible extraer sino conjeturas, y, la exposición de principios que, por repetidos e incumplidos, carecen ya de crédito en la conciencia ciudadana.

El libro de Willkie es un documento rebotante de verdades que se necesitaba que alguien las dijera, pues la sospecha creada por el eufemismo de los documentos cancillerescos, restaba confianza a la cooperación sin reservas como debe ser, en una lucha en la que se están resolviendo cuestiones definitivas, de vida o muerte para el bienestar del Mundo.

El libro de Willkie es un documento rebotante de vergüenza a la humanidad para que se dé cuenta de la falsa situación como llegó a planearse por el interés de las potencias imperialistas, el bienestar social a que tiene derecho el mundo, después de la guerra. El Plan Beveridge, propuesto por Inglaterra a sus súbditos, no resuelve el problema fundamental de la estructuración del sistema capitalista que haga imposible el imperialismo, causa de las constantes guerras; sino que consulta solamente la extensión del servicio de previsión social, obligación del Estado sin relación con los motivos de la guerra de conquista y exterminio que asoló a la humanidad y casi a ha aniquilado una cultura.

Fueron trascendentales estas interrogaciones de Willkie: porqué organismos y en qué forma ha de asegurarse la paz efectiva sin dejar esta solución a la post-guerra?; y qué limitaciones deberá tener el principio de la soberanía para que, sin atentar contra la existencia y libre organización de las naciones, exista sobre éstas, para el bien de la paz, una suprema autoridad coercitiva que impida la guerra, anulando sus motivos, justicieramente? Y como estas cuestiones rebasan los límites y propósitos de este capítulo, quedan tan sólo los apuntes, como una videncia de las trascendentales declaraciones de Wendell Willkie, a quien su partido político le negó los votos para su candidatura a la Presidencia de la República de Norteamérica, negativa explicable a un líder que tuvo el valor de decir al mundo las verdades que necesitaba saber.

Y por lo que toca a la situación internacional de Hispano-América, puede ser inferida del derrotero trazado por Bolívar.

Sin afectar a la autonomía de las naciones, vincularlas para la defensa solidaria contra el imperialismo, llámase éste democrático o totalitario, y realizar la SOCIEDAD DE NACIONES IBERO—AMERICANAS LIBRES, que estaría permanentemente representada en forma fictiónica, por una Asamblea de Plenipotenciarios residentes en Panamá, Quito u otra ciudad; y previa esta Liga, Unión y Confederación, obtener la suscripción de un Pacto Interamericano con el gobierno de los Estados Unidos del Norte, en el que se fijarían los derechos y obligaciones recíprocas. Esta organización de las naciones Ibero-americanas, así como la suscripción del Pacto Interamericano, se debieron realizar en el curso de la propia guerra, ya que este hecho habría dado a la colaboración de aquellas naciones el carácter de aliadas, salvando la modalidad entreguista, sin responsabilidades ni seguridades para perpetuar en lo futuro, realmente, la solidaridad americana.

Y será posible en la post-guerra la realización del ideal

bolivariano respecto a la organización de la Sociedad de las Naciones Unidas Ibero-Americanas, y la suscripción del Pacto Interamericano sobre solidaridad y desarrollo comercial de los dos continentes? Sólo sobre esta base sería posible una superación democrática y la independencia económica efectiva, no cohibida ni dirigida por los intereses de la explotación capitalista.

Se dirá que en los Continentes Americanos se desarrolla ya el pensamiento bolivariano de la unión intercontinental, con las conferencias panamericanas, que tienen su expresión y representación en la "Unión Panamericana", con sede en Washington, y que en algunas de las capitales de los países hispano-americanos se han celebrado reuniones significativas para discutir los grandes intereses de América; pero si esto es verdad en su aspecto formulista y espectacular, así como en la discusión de principios generales del Derecho Público Americano, aún en el proceso de su formación y definición, realmente, la "Unión Panamericana" es un "Buró de Control Colonial", como se lo ha definido con exactitud.

En la Conferencia para la Consolidación de la Paz, celebrada en 1936, en Buenos Aires, a la que concurrió personalmente el Presidente de los Estados Unidos, Franklin Roosevelt, dijo una frase que ha debido grabarse en forma inolvidable, por contener una verdad que demarca dos etapas históricas de América: "Todos hemos disfrutado de las glorias de la Independencia, afirmó. Vamos ahora en pos de lo que nos depara la Interdependencia."

Esta es, efectivamente, la cuestión esencial que tiene que alcanzar Hispano-América, si no he de estar condenada a su existencia semi-colonial y de vasallaje perpetuo.

"En los primeros años del siglo XIX las naciones latino-americanas obtuvieron su independencia política. Pero ellas fueron reconquistadas casi inmediatamente, primero por el imperialismo británico, luego por la penetración económica norteamericana, y ambas naciones tendieron a con-

siderar la soberanía política, en muchos puntos, como en Cuba, en una posición falsa. La meta exacta de los países latino-americanos debe ser la de obtener la independencia económica. La expropiación de los campos petrolíferos de México es una de las armas de importancia en la batalla, y constituirá el rasgo distintivo de las próximas décadas en todos los países meridionales", dice Carleton Beale, en su libro "La Próxima Lucha por Latino América".

Había transcurrido más de medio siglo desde la reunión del Congreso Anfictiónico de Panamá, cuando a insinuación del Secretario de Estado de Nortamérica, se invitó en 1899 a los gobiernos hispano-americanos, para que los Ministros Diplomáticos acreditados en Washington fuesen delegados para reunirse en Conferencia, y tratar de las cuestiones que afectan a la vida continental de América. El señor Blaine Secretario de Estado invitante, presidió la inauguración, y con este motivo trazó en su discurso el propósito y la significación esencial de aquella Conferencia y de las que le sucederían en el tiempo, pues, su reunión sería periódica.

"Los delegados aquí presentes, dijo, podrán trabajar con gran facilidad para el establecimiento de sus relaciones permanentes, de confianza mutua, de amistad y de respeto entre las naciones que ellos representan. Podrán ofrecer al mundo un espectáculo de una Conferencia de dieciocho naciones independientes, en la cual se encontrarán reunidas todas las condiciones y la más perfecta igualdad, donde ninguno de los representantes de dichas naciones podrá ser obligado a decir algo que vaya contra sus propios sentimientos o contra la opinión admitida por su propio país; una Conferencia donde los acuerdos secretos no encontrarán lugar y tampoco serán permitidos; donde las resoluciones adoptadas se pondrán en conocimiento del mundo entero; donde el espíritu de conquista, abolido totalmente de tal reunión, dará cabida a sentimientos de amistad y de simpatía entre los pueblos de América, sentimientos tan

grandes y extensos como sus propios territorios; una Conferencia, en fin, que no llegará a una alianza egoísta contra las naciones más antiguas, de las cuales podemos decirnos sus descendientes, y que **no intentará, no pretenderá ni aceptará nada que a criterio general de los delegados, no sea de carácter pacífico, prudente y oportuno.**"

En este discurso almibarado qué se dice en definitiva? Que los delegados tienen que limitarse a votar simples recomendaciones como resultado final de sus discursos, pues no podrán proponer sino algo que sea aceptable por "el criterio general de los delegados" y las cuestiones a discutirse serán siempre "de carácter pacífico, prudente y oportuno". Y esto es lo que se ha hecho, en general, pues si se ha modificado en parte el procedimiento reglamentario, esencialmente, lo que se ha discutido y aprobado son los principios teóricos de un Derecho Público Americano hipotético, aún en el proceso de su definición, por lo que, prácticamente, son simples "recomendaciones" las que se han votado en casi todas las conferencias panamericanas.

Fue en la Conferencia de Santiago de Chile en 1923, después de la sacudida que dió la primera guerra del mundo a la conciencia humana y la despertó para que se defiendan del imperialismo, cuando los delegados Ibero - Americanos, hicieron, los primeros, fundamentales reparos al Panamericanismo, sindicándolo por el peligro que entraña toda hegemonía capitalista o militarista, para la libertad y el imperio de la democracia.

En esta Conferencia se plantearon las siguientes cuestiones radicales en orden a las reivindicaciones hispano-americanas: reorganización de la "Unión Panamericana"; creación de una Liga de Naciones Americanas; Codificación del Derecho Americano; institución del Arbitraje como el organismo para dar término a las diferencias en América; y al margen de estas importantes cuestiones otras de carácter subalterno. Esta conferencia se distingue por la forma desenfadada como se plantearon las cues-

tiones de fondo, sin la menor preocupación por el reglamento en vigencia. La delegación de los Estados Unidos, sin embargo de reconocer el derecho establecido en las potencias hispanoamericanas, obtuvo al fin su aplazamiento en consideración a la trascendencia de las mismas, pues no tenía instrucciones para definir las inmediatamente.

"Parece" que la delegación de Estados Unidos fue a Santiago con instrucciones bien definidas, de hacer lo menos posible en la esfera política, y especialmente rechazar cualquier idea tendiente a una asociación en la cual pudieran resolverse problemas políticos-internacionales, dice don Samuel Guy Inman, en su libro "Hacia la Solidaridad Americana". Su deseo fue el de asegurar ciertas medidas prácticas hacia una cooperación comercial más íntimamente; un programa de salubridad pública más comprensible y otros arreglos útiles, que en su concepto fueren de suma importancia para el desarrollo de los países latino-americanos y al mismo tiempo para los intereses de los Estados Unidos. Los latinos, por otra parte, creían que estos detalles de comercio y salubridad podían asegurarse sólo después de un acuerdo general sobre los problemas fundamentales."

"Los norteamericanos sólo empezamos a pesar la verdadera importancia de la América Latina hace veinte años, dice Beals, en su libro citado, poco antes de que participáramos en la guerra mundial. Aun antes de esta época nuestros gobiernos propugnaron el establecimiento de la Unión Panamericana, compuesta por las Repúblicas soberanas del Hemisferio Occidental, cuyo Presidente era de hecho el Secretario de Estado norteamericano, entidad que constituía una especie de buró de control colonial, que abogaba constantemente por una mayor amistad y comprensión, pero que estaba impermeabilizada con la presumida superioridad anglo-sajona y el afán comercial."

"Esta institución todavía labora como una rama de nuestro control. Aunque ostensiblemente es una asocia-

ción libre de las veintiuna Repúblicas americanas, sus oficinas generales están ubicadas en Washington, en un edificio donado por Carnegie, su director ha sido siempre un ciudadano norteamericano, y está muy controlada por nuestro Departamento de Estado. Pese a sus numerosos y apreciables éxitos, a sus esfuerzos por el fomento de muchas excelentes relaciones de carácter cultural, continúa siendo, en su espíritu y su organización básicos, un buró de control colonial."

"Otra organización comercial constantemente interesada en la América Latina es la Cámara de Comercio, agrega Beals, la cual tiene organizaciones afiliadas en todas partes de los continentes, tiene muchas oficinas, recopila datos, distribuye informaciones comerciales y ofrece banquetes en todas partes a los dignatarios más distinguidos. La parte de león de las Cámaras de Comercio latinoamericanas está también dirigida por Merrill o por Carson, o por ambos. Ambos hacen circular duras críticas acerca del señor Roosevelt y el nuevo trato."

"El experto financiero profesor Edwin Walter Kemmerer fue uno de los grandes enviados de buena voluntad de otra época, el cual recorrió nación tras nación poniendo en orden presupuestos y su moneda corriente. Se le confirió el título de doctor honorario por las Universidades del Ecuador, Colombia y otros países. Fué a Colombia numerosas veces, la primera ocasión en calidad de presidente de una comisión norteamericana de consejeros financieros. Un diario local dijo acerca de él que "aparte de una gruesa remuneración, se la había otorgado una medalla". Volvió allí en 1930 y "fue nuevamente recompensado con toda generosidad".

Actualmente Colombia y algunos otros países lamentan sus incursiones porque creen que fueron engañados.

"Kemmerer era un ardiente defensor del patrón oro. Deseaba que la moneda circulante en la América Latina se mantuviera alta y estable, firme como las rocas de Gibraltal-

tar, sin tener en cuenta la situación del comercio internacional, el nivel de los precios o cualquier otra cosa. Esto era y es el deseo de nuestras autoridades, porque ello capacita a la América Latina para adquirir mercaderías norteamericanas y pagar nuestras deudas. Contribuye además a impedir que tales países desarrollen una economía independiente. En pocas palabras, es un hecho que las ideas financieras del profesor Kemmerer estaban en íntima conexión con los intereses comerciales de Nueva York. Fue el mago de las finanzas sudamericanas. Ayudó a los dictadores a poner en orden sus maltratadas fuentes de impuestos, a fin de que pudieran obtener más fondos para pagar más deudas, adquirir más armamentos y pagar a sus fuerzas de policía para dominar a sus pueblos y evitar la revolución. Fue aclamado como un maravilloso trabajador por los financistas del Wall Street y por los dictadores de continente y medio."

"Por 1933, concluye Beals, habíamos perdido todas las ventajas de carácter comercial que habíamos obtenido durante la Gran Guerra. Vendemos menos que en 1914, en volumen, en valor y porcentaje.

"Por el colapso de los mercados para la venta de nuestros productos, para nuestros préstamos e inversiones, y con las grandes acumulaciones de productos en los Estados Unidos, nuestra principal inquietud se convirtió en breve en un intento para revivir el intercambio comercial. Súbitamente la política de buena voluntad se convirtió en el mayor desideratum como no lo había sido jamás en treinta años de estrafalarias relaciones con la América Latina".

Este sentido utilitario norteamericano respecto a sus relaciones con Latino América, no ha variado mayormente después de la primera Guerra, como se pudo notar en las Conferencias subsiguientes a la de Santiago de Chile, y solamente ante la evidencia de la segunda Guerra, apareció la política del Buen Vecino y dió impulso el gobierno de Norteamérica a la máquina diplomática continental y se han



elaborado nuevos principios teóricos internacionales para la defensa mutua, pero siempre Ibero-América en la posición subalterna de protegida y no de aliada, aunque se emplee este término convencionalmente.

En la Conferencia de la Habana, en 1928, se discutió agriamente sobre el principio de la "No Intervención" siempre teórico, y se dió a la "Unión Panamericana" una nueva organización, accediendo al deseo de la Conferencia de Santiago de Chile, pero simplemente en la forma, pues en el fondo, alcanzó poderes que casi le elevan a la condición de un Super-Estado, sin que la hegemonía norteamericana haya sufrido detrimento.

En la Conferencia de 1933, reunida en Montevideo se llegó a la declaración de que "ningún Estado tiene derecho a intervenir en los asuntos internos ni en los externos de otros", y además fue incorporado el elemento económico, como esencial en el concepto panamericanista.

En la Conferencia de Lima, de 1938, se trató como cuestión esencial acerca del principio "Del no reconocimiento de las adquisiciones de territorios por la fuerza". Que el Perú lo aplicó en la guerra de conquista de territorios de la República del Ecuador, con la venia de la Conferencia de Cancilleres en 1942, que funcionó en Río de Janeiro, en cuyo escenario se compelió a la suscripción de un Protocolo que mutila a dicha República, a espaldas de la opinión del país perjudicado, sometido a un régimen dictatorial de fuerza. Se perfeccionó también en esta Conferencia de Lima el llamado Régimen de Consultas, y sobre todo, se suscribió la por excelencia llamada "Declaración de Lima", sobre los principios de la solidaridad americana.

Después se han reunido tres conferencias relacionadas con el Régimen de Consulta, en Panamá en 1939; en la Habana en 1940 y en Río de Janeiro en 1942. En la primera se creó un cuerpo de disposiciones para afianzar la neutralidad de América, y se formuló la "Declaración de Panamá", por la que se establece la libertad de navegación

en las aguas adyacentes al Continente Americano, hasta una distancia de trescientas millas; en la segunda se suscribió el "Acta de la Habana", que se refiere a la administración provisional de las colonias y posesiones europeas en América, y en la tercera se estableció el principio de que: "Todo acto de agresión de un Estado extracontinental contra una de ellas, es un acto de agresión contra todas". Y se declaró la completa solidaridad y determinación de cooperar juntas todas las Naciones para su protección recíproca en relación con el Eje.

Y estas informaciones comprueban que Ibero-América estará al servicio de los altos intereses panamericanos en la paz o en la guerra, ligada siempre, no por su propia personalidad constituida en una Sociedad de Naciones Libres, sino como países dispersos en el espacio y en el tiempo, en la eterna contradicción de sus egoísmos localistas, sin llegar jamás a la unificación de sus intereses y la defensa de su existencia, como entidad política organizada.

En 1923, en la Conferencia Panamericana de Santiago de Chile se discutió el proyecto que don Baltazar Brum, ex-Presidente del Uruguay, presentó a la consideración de las delegaciones, sobre la organización de una Sociedad de Naciones Americanas, y con este motivo se pudo conocer la oposición que a todo intento de este género opondría el gobierno norteamericano; sin embargo, son los apremios de la guerra del mundo los que regulan la conducta internacional, y a favor de esta eventualidad, se ha conseguido algún respeto para las naciones Hispano-Americanas. Por qué no intentar hoy, frente a los efectos de la gran Revolución del Mundo, el Plan de Bolívar en toda su integridad?

Cuál va a ser la suerte de Ibero-América, fiada en su destino histórico a las declaraciones de principios del Derecho Internacional puramente teóricos?

La ponencia del señor Brum, en su aparente sencillez, contenía la solución radical del problema interameri-

cano acerca de la solidaridad, declarando que: un común agravio inferido por naciones extracontinentales a cualquiera de las naciones americanas, se considera un agravio común a todas; y la constitución de la Sociedad de las Naciones, sobre la base de una completa igualdad de los países asociados, garantiza la solidaridad de la defensa continental por un solo organismo. Esta ponencia, que no se aceptó en 1923, está hoy considerada, su primera parte, como un principio fundamental del Derecho Público Americano. Con la proposición del señor Brum se habría continentalizado de hecho la Doctrina Monroe, desapareciendo su forma unilateral, pero respaldado este hecho por una Sociedad de Naciones Americanas, y no por simples "Declaraciones" teóricas. Y esta ponencia fue presentada y discutida sin embargo de las declaraciones repetidas de la delegación norteamericana, respecto a su oposición y al desagrado con que vería su discusión. Pero el autor, a lo que parece, no esperó su aprobación, sino, puramente, que fuese discutida ante la expectación de América. Se trataba de mantener encendida la antorcha del pensamiento bolivariano, que también tuvo en Artigas un mantenedor del principio unitario continental. La ponencia de don Baltazar Brum fue archivada con el aplazamiento de su aprobación, es verdad, pero sigue irradiando en el ámbito americano.

La Doctrina de Monroe fue el punto céntrico de las deliberaciones de la Conferencia de Santiago de Chile, ya en lo que respecta a la reforma del Reglamento de la "Unión Panamericana", a la organización de la Sociedad de las Naciones Americanas y a las bases de una perfecta solidaridad continental. Pero la Doctrina de Monroe no cedió una línea en su rigidez, como no cedió ni ante los apremios de fundamentar la paz al discutirse el Tratado de Versalles, defendiéndola del carácter regional que se le reconocía, y se amenazó con no suscribir el Tratado, por encima de los catorce puntos de Wilson. Los países ibero-americanos aceptaron el reconocimiento específico del monroís-

mo en la Liga de las Naciones, por la esperanza de encontrar su defensa en la mesa redonda de las discusiones de este nuevo organismo, en asocio de los demás Estados. Pero Estados Unidos no suscribió al fin el Pacto de Versalles, y el monroísmo mantuvo su posición inquebrantable.

Sin embargo, como queda dicho, en las Conferencias Panamericanas de Lima y Río de Janeiro, por los apremios de la segunda guerra del mundo, suscribió el Gobierno de Norteamérica la "Declaración" de los principios de la solidaridad de América y el Régimen de Consulta consiguiente, lo que demuestra que la fuerza del destino histórico va venciendo las resistencias, para llegar un día a la perfecta comprensión de la solidaridad, como hecho cumplido, ante el peligro continental que, exige una sincera coordinación de intereses regionales, previamente.

Será aventurado presumir que de esta conmoción catastrófica del mundo, que ha revelado a las grandes naciones, que no hay enemigo chico, así sea un nipón, que no pueda realizar grandes aventuras bélicas y poner en peligro a los imperialismos seculares, será absurdo suponer que no pueda surgir de esta hecatombe la realidad de la Sociedad de las Naciones Ibero-Americanas Libres y el Pacto Interamericano con los Estados Unidos del Norte?

Mas, para llegar un día a estas culminaciones es preciso decir la verdad sin reticencias, pedir justicia sin claudicaciones, plantear posibilidades sin ambigüedad, y que las grandes naciones tengan oídos para oír las marejadas de la opinión continental, que están golpeando constantemente los muros de la resistencia imperialista que ya no podrá creerse indestructible después de la experiencia de la Segunda Guerra del Mundo, que no será la última, si en esta vez no prevalece la justicia.

Que la verdad se expanda por el mundo, como el presagio del advenimiento de una nueva era, pese a la diplomacia profesional y derrotista.

**PIO JARAMILO ALVARADO**



ALFREDO GANGOTENA

# ALFREDO GANGOTENA

*"Alma, región luciente,  
prado de bienandanza.....!"*

(Fray Luis de León).

**Fedor**, — nombre que con entrañable cordialidad dábanle sus amigos, — partió un día cualquiera, hace algo más de un año, hacia aquel lugar todo ensueño y majestad, en tiempo y en espacio.

Vaya para él nuestro afectuoso saludo en un haz de recuerdos: único homenaje suficientemente puro que a los muertos podemos ofrendar; ellos tan libres ya de pasión, de terrenales inquietudes, de plebeyo trajín en lo doméstico y concreto.

Espíritu singularmente recatado y esquivo para con la vida, hizo noblemente de la soledad su compañera luminosa y triste. Le entregó en plenitud su aspiración de infinito, siempre en lucha con su cotidiano bregar. Enamorado de la solemnidad de sus encantos, mantuvo con su Amada interminables coloquios en lenguaje penetrante y traslúcido. Ella, fiel y generosa, creó en su rededor el más extraño y codiciado de los mundos al que un gran espíritu puede aspirar: el de la imperturbable, sutil, vibrante ensoñación.

Por eso Fedor, el solitario, vivió su corta vida presa de

larga e intensa fiebre. Fiebre del alma, que es fiebre de dioses: perenne inquietud en pos de la verdad estética y metafísica, que el común aunque sabio razonamiento no alcanza a columbrar:

*"Cerrados ojos de densidad oscura,*

*"Atentos siempre al brote por donde transige el alma..."*

\*  
\* \*

Heidegger dice escoger la obra de Hoelderling al proponerse mostrar la **esencia de la Poesía**, porque la de este último "mantiene constante la determinación poética de hacer poesía de la esencia de la Poesía." Bien habría podido Fedor prestar sus versos para igual menester ya que cumple ampliamente tal precepto, y aún las cinco **sentencias-guía** que desentrañan la "esencia" de ese **juego de entre todos el más inocente**. La inquietud de Hoelderling y la de Fedor tienen, en efecto, la misma raíz que es, a la vez, principio y fin, objetivo, fundamento y suprema aspiración: la trascendencia. Poesía filosófica la de entrambos, que ningún contacto tiene con la tierra, constituye, en último análisis, el instrumento horadante del misterio del ser que, a veces, en impetuoso grito, exige la eliminación de todo obstáculo, incluyendo aquel que el poeta encuentra en la propia limitación interior:

*"Encendidas aves, romped, de vuelo, mis cristales.....!"*

y, a veces, extenuado, implora con dolorosa sumisión:

*"Abrid, de juntas, de par en par las puertas.....!"*

\*  
\* \*

La soledad y la angustia conforman, pues, los dos polos en torno de los cuales gira el ilimitado mundo poético de Fedor; el cosmos y el yo, a fin de no dejarlo nada al

acaso ni exento de escrutinio. De ahí la órbita que describe su espíritu: la más etérea y transparente de cuantas recorre, de tarde en tarde, el humano ingenio. Por eso menos visible y aprehensible al entendimiento que aquellas a las que pretende elevarse, en trivial y fugaz arranque, una buena parte de nuestros emperejilados poetastros, cuya grandeza han de gritarla por sí mismos, en tres precisas dimensiones, para que unos pocos bobos o secuaces puedan bostezar, que no suspirar, en los claros de luna:

*"Los que sois de presa:*

*.....*  
*"Velad en campo ausente.*

*"Profesores y otras huestes,*

*vosotros los de la especie cotidiana,*

*"Ya no vivo de vuestra ciencia ensimismada!"*

¡Ah!, hoy más que nunca, Fedor no vive ya de esa ciencia y conciencia democráticamente ensimismadas.

Singular y alto dignatario en el universo del pensamiento, nada hería más su cristalina y acerada sensibilidad que la soez grandilocuencia de los mediocres, es decir de la mayoría. Y los confundía irremediablemente, con su imperturbable lógica, servida por una cultura no nada común.

Porque nuestro poeta era humanista a toda prueba, y meritísimo cultor de la ciencia por añadidura. Que no sabemos de ecuatoriano alguno que haya ido tan hondo y tan largo en el conocimiento de las ciencias exactas.

(Quizás justamente por eso no se hizo digno de la "comprensión" de sus parroquiales discípulos de la Universidad capitalina y hubo de abandonar una cátedra fugaz, que nunca pudo haber sido mejor servida:

—¿Queréis un sabio profesor?



—¡No! Lo que nos hace falta son políticos!)

\* \* \*

Las matemáticas se reflejan en el tono y en los conceptos de su expresión. Euclides le proporciona la noción, casi tangible, de infinito. Pitágoras y Pascal le guían en el difícil arte de la concisión y la síntesis geométricas. Descartes en el método y el análisis. Leibnitz, los campos vectoriales y la teoría de las quanta, le crean un formidable poder de abstracción.

Humanista también, Fedor conoce y ha estudiado íntimamente a los clásicos, ánfora de la que escancia una tozuda seguridad de juicio, reñida con la fatua improvisación, tan en boga en nuestros días. Sabe que no hay poetas ni poesía sin un profundo acervo de conocimientos y una tenaz disciplina del espíritu. Odia el acaso, el tanteo, el diletantismo. Por eso es tan modesto y tan humano. Ni discute, ni pugna por colocarse en el primer plano de las fotografías de nuestras provincianas francachelas "culturales". No da conferencias, ni aparece en los municipales diarios de la localidad. Su erudición está muy lejos de constituir el fin exhibicionista de su vida; es apenas el indispensable certificado de aptitud para emigrar a los dominios de lo imponderable y elevarse impelido por su tremenda fuerza interior. Su arte no se atiene a torcidas intenciones ni se empaña revistiéndose de bastardo proselitismo para corear bajas tesis de moda; es puro y pleno en demasía para sonrojarse de aparecer desnudo, a zaga únicamente de la belleza y la verdad. Y Fedor duda de sí porque sabe y siente mucho, e infinitamente más que los petulantes, tan convencidos de su propia bazofia. Se diría que los deja pasar a su vera, renovando el mito de Aretusa, sin sufrir contagio alguno, aunque a veces, suavemente, se rebelen en su recóndito, trasluciente, monólogo, que ellos nunca pueden comprender:

*"Así, pues, escuchádmme*

*"Vosotros los sabios licenciados en gramáticas y en leyes:*

"Existen verdaderos preceptos en mi destino,  
 "De los que vuestro estudioso y adusto ceño  
 "Nunca podrá descifrar los arcanos,  
 "Sopesar los rigores." (1)

\*  
\* \*

A más de la antigüedad clásica, viene a reforzar los cimientos del arte de Fedor su amorosa dedicación a todas las expresiones del espíritu latino y, por ende, universalista: Francia, España, Italia, en policroma trilogía mediterránea. Lo sajón sólo existe para él por obra y gracia de Nuestro Señor Shakespeare. Y Shakespeare existe, sobre todo, por **Hamlet**, que Fedor lee y recita diariamente en el crepúsculo: hermano legendario, atormentado y sangrante, ningún pariente ideal pudo haberle sido más afín.

Aparte del insigne dramaturgo, Fedor transige, apenas y al azar, con uno que otro; así Edgard Poe cuyo genio le atrae por la inflamada imaginación y la infantil inocencia: legadas ambas por el **gin** que, día tras día, depuró sus miserias, y por la verde y gentil Irlanda que tan cerca del corazón llevó el poeta de **El Cuervo** en el éxodo desgarrado de su vida.

\*  
\* \*

Pero, es Francia el guía esencial de Fedor y el campo de su intensa pasión. En París da sus primeros pasos:

*"Con el alma ahita, a tientas....."*

La **Balada de los Ahorcados** le inculca su primigenia sensación de angustia que, ya en la madurez, Kierkegaard

(1) Traducción del francés: "Nuit", I.

le explicará en capítulos inefables. Por lo pronto, en sueños se sorprende deambulando con Ronsard y la Pléyade en tibias mañanas de nemorosos jardines galos; y repite, con ellos, los **Sonetos a Elena**. Penetra en el siglo del Rey - Sol, ceñido por precisas normas clásicas; aprende a despreciar la vacuidad de las **Preciosas Ridículas**; simpatiza con el retraimiento del **Misántropo**; declara guerra a muerte, una vez por todas, a la hipocresía de **Tartufo**; hace acopio de grandeza y nobles pasiones en **Britannicus** y en **Cinna**, de claridad mental en el **Arte Poético** y, alborozado, recoge, de paso, la jovial y saltarina gravedad de La Fontaine.

Más tarde, Voltaire le demuestra el valor de la santa intransigencia; escucha, en su compañía, divinas músicas en el **Templo del Gusto** y va descubriendo, poco a poco, la atracción de una psicología más humana y veraz con **Cándido** y **Micromegas**; asiste, perplejo, a la solemne coronación del genio que se ha impuesto en su siglo, con exclusividad sin precedentes, mediante el triunfo de las irresistibles fuerzas del talento, a pesar de la aparición contemporánea de las **Confesiones** y el **Emilio**, que rasgan el ficticio velo de lo normativo y prejudicial dejando entrever insospechadas y terribles verdades. Al fondo de un horizonte que ha cobrado amplitud centuplicada, se presiente ya al romanticismo. Pero no sin que antes Fedor aprenda a dudar en compañía de los enciclopedistas: ujieres, aún empelucados, que invitan a penetrar en el liberal y rebelde siglo diez y nueve, echando a tierra, en arte y en política, aquello que, al parecer, había sido hasta entonces intocable y sagrado.

La primera desilusión de Fedor la constituye el revolucionario y anárquico romanticismo, que todo lo viene a trastocar. El laurel se ha cambiado en mustio arbusto de hojarasca sensiblera y verbal. Por eso guardará para con Hugo un rencor que será quizás uno de los pocos inmutables de su vida.

Pronto conviene, sin embargo, en que se va ganando en libertad y veracidad de conceptos y expresión; se echa de bruces en la segunda mitad del diez y nueve y principios

del veinte y, aladeando el decadentismo de variados nombres, viene entonces Fedor a anclar en dársena contigua a Mallarmé y Rimbaud. Aquel le fascina por su torturante y empecinado trasigar en lo remoto y lo escondido; este último por su vuelo desenfrenado en regiones hasta entonces vedadas para la palabra y el pensamiento. Y a entrambos acompaña en el entrecortado y angustioso decir, en versos más de mágico y, a veces, brutal encantamiento, que de pedestre intención literal. De allí su parentesco espiritual e íntima compenetración con Valéry, Claudel, Supervielle y Michaux.

\* \* \*

En España, los días se quedaron cortos para permitirle penetrar en totalidad incluso de tiempo y persistencia. De buen grado haremos a Fedor este suave reproche, sin atribuirle culpa alguna intencional, pues no es posible recoger y asimilar los violentos contrastes peninsulares por el mero hecho de llevar sangre hispana y hacer uso de la majestuosa lengua que se emplea "para dialogar con Dios", según la imperial anécdota que nos ha transmitido la leyenda. A más de aquellas imprescindibles condiciones, la convivencia es indispensable para valorar el titánico aliento que inspira a la más civilizadora y cellar de las culturas.

Sin embargo, Santa Teresa es su cepa española, con aquel **Castillo Interior** que Fedor convierte, para sí, en "moradas de cal viva..." Y profesa para con el culterano Don Luis de Góngora admiración y respeto profundos por su audacia en evadirse de las normas y el decir de su mensaje poético en figuras raudas como la flecha, intrincadas por lo sutiles, no menos "incomprendidas" en su época, (toda relatividad guardada), que las apretadas metáforas de Fedor en la nuestra.

Ciertamente que, de haberle conocido, el rebelde y gigante Don Miguel de Unamuno habría tendido a Fedor, cariñosa, la mano.

—¿“Nívola” no está en los diccionarios?

—Descuide usted, ya la pondrán, ¡ya la pondrán!

Fedor ubicó, pues, su espíritu, con rigor tesonero, en latitudes de la belleza y el conocimiento son inseparables y, así equipado, empezó a vivir y a sufrir sus versos, antiguos, desnudos y eternos, en nocturnas salas insondables, iluminadas por la *perenne luz* de su alma:

*¡Oh! mía de mis años*

*“Las plazas cementadas, los caminos, las edades,*

*¡Cuánto he recorrido en virtud de tu imagen  
trascendente!*

“Cultura estructurada”... ha no mucho decía un sabio amigo de Fedor, al par que él retirado y ausente...

\* \* \*

No hay amor sobrehumano que no esté con la muerte en contacto pertinaz y febril. Fedor la presiente y la encuentra en todos los recodos de su amoroso tránsito, en cada uno de los vértices de su excelsa geometría, en su *soledad* y en sus *recintos*; en el cosmos y en el yo, en todo aquello que constituye el campo sin horizontes de su activa misión, —misión de poeta,— que consiste en atestiguar, en dar fe de lo que el hombre es:

*“Tanto soy y más la brizna de saturada espina,*

*“A cuya sed perenne se acrecientan los desiertos.....”*

Bien lo sabía Supervielle al enviar a Fedor su quejumbroso y nublado mensaje de alivio:

*“Podemos hablar de dulzura, nosotros los que  
conocemos las cosas terribles,*

*“Y andamos, siempre en contacto más o menos estrecho  
con la muerte”*). (1)

(1) Traducción del francés: “Message de Jules Supervielle a Alfredo Gangotena, “Nuit”.

Decidido, con impresionante antelación, al definitivo encuentro con lo incognoscible, cuyo fascinante misterio había escudriñado con mística atención, vivió Fedor muriendo lentamente su vida, cargado de un escepticismo sin esperanzas aún en el **más allá**, pues que ni allí, en los extraordinarios feudos de aquel **príncipe de innumerables plantas y llanuras**, encontrará otra cosa, en última instancia, que un cúmulo de ruinas, a despecho de su empuje de tormenta y maremoto, tenso hasta lo inverosímil:

*"Sangre adentro y de soslayo iré por consiguiente*

*"Como van las tempestades*

*"Hacia aquel país cerrado a toda mente,*

*"País de Khana, cuando al paso, en las sales densas de  
la muerte*

*"Habré de hallarte,*

*"Toda en escombros, ciudad de Balk."*

De espíritu suficientemente profundo para ser plenamente escéptico, acompaña a Hebbel al creer firmemente que **no hay otra revelación de lo divino que el arte**. Esta máxima resume su concepción de la estética al par que de la metafísica. Y no la hay más honda, más honesta y más desinteresadamente veraz, porque elimina, en un **clímax** luminosamente tranquilo, todo estado conciencial que pudiese aherrar el espíritu y obstaculizar su libre vuelo hacia lo más puro y lo mejor: **la conciencia es improductiva; ilumina, pero no crea nada. El hombre engendra la obra de arte como la madre al hijo.** Y porque en este concepto está la génesis, está también implicada la muerte, que es un renacer a otra vida en aquel **imperio transparente** del que nos habla Fedro-Valéry.

Fedor y los pocos de su especie, son los héroes tallados en puro cristal de mil facetas, gracias a cuyos reflejos y transparencia la humanidad, de tarde en tarde, se redime del cautiverio en que la mantienen la baja mezquindad y las mediocres pasiones.

CARLOS TOBAR ZALDUMBIDE

# A U S E N C I A (1)

.....

### III

Me ha llegado ya el tiempo del retiro, del recogimiento  
muy lejos detrás de mi cuerpo, y de la oración,  
De imploraros tiernamente, cálidamente, ¡Señor!  
De orar y recogerme como un cielo de tempestad al fondo  
de sus luces.  
Ya es tiempo, Señor de hablaros claramente, de presentaros  
claramente, uno a uno, los contornos de mis razones  
y mis súplicas.  
De otorgarme misericordia, ¡Señor!  
Es ya más que tiempo de que os aclare las razones de mi  
muy grande soledad.

\*  
\* \*

Mas, ¿la véis, corazón mío, mi Dama bienamada, yacente  
y viva,  
Viviente en las maravillas de su carne?

(1) Poemas escritos por Gangotena a los 24 años de edad.— Traducción del Francés por C. T. Z.

—¡Sí, ya lo sé! la fiebre, en sus venas, chasquea con un rumor encantado de hojas en la noche.

¡Ya lo sé! la seda de las sombras viste mi cuerpo y mis haberes.

¡Y hasta mi alma se orienta hacia los más sombríos presentimientos!...

El cielo se abrasa en su más extraña llama.

Digo la verdad: los torrentes han tocado la hora de la compunción.

Las brisas del atardecer han recorrido en círculo mi espíritu —y me presagian una soledad aún mayor en la noche

Y, yo os aseguro;

Ni ángel alguno, ni potencia humana, serían capaces de medir en este mundo el campo de mi dolor.

—Y la fiebre, dulcemente, lentamente, como una flor ardiente, la fiebre, en sus venas amadas, lentamente florece...

Los tres buenos del cielo han bendecido mi noche.

El concilio abre sesión a la luz de los astros;

El concilio, melodioso y umbrío, se congrega en torno de las flores.

Estas pesadas nubes, cargadas de simientes, de hojas y de rocío,

Algún día me ahogarán!

Estas pesadas nubes que se amontonan, que ruedan a la aventura en el desolado espacio...

Y estas rígidas damas, damas acomodadas, en redor de las flores, me privan del cielo de su presencia!

¡Oh grande, muy grande crueldad!

Su madre, erguida, reza a los ángeles, de pié en el augusto valle de las estatuas, de pié, allí donde sopla este viento de audacia y maldiciones, este huracán arenoso y musical.

¡Su madre, erguida, la cabellera echada al viento, su madre me cierra el paso!



¡Ah! convengo en que no deja de ser hábil y decoroso desdeñarme,

Muy hábil, cuando llego, surgido de arenas y de noche, de muy lejos, yo, tráfuga entre estas gentes de otras playas, entre estas formas sin tacha,

Cuando mi frente, desde luego, tan sólo se ilumina con un sordo fulgor, sordo y semejante a las ondas sepulcrales de la noche....

Que os pese o no, sufrid que os ponga de lado, discretamente, fantasmas de dolor.

¡Creédme, gran urgencia me asiste de defender a mi Dama herida, de salvaguardar su gran beldad!

—¡Oh Dios! Séame permitido solamente tornar a verla y amarla,

Amarla más allá de las posibilidades presentes de hombre alguno, de ser viviente alguno....

De amarla más allá de los cielos, más allá del espíritu.

¡Ah! saberla— en este turbio día de mis veinte y cuatro años,— saberla recostada viva, por fin muy cerca de mis arterias, viviente, amorosa y bella, muy cerca de este corazón ahito de noche y de pasión.

Y embriagarme, ¡Señor! hasta el llanto, con el ardiente y sobrehumano tejido de sus párpados, con la inolvidable soledad de sus manos.

¡Acercarme tan sólo!

Porque en última instancia me bastaría, ¡Oh amigos míos!, que su alta imagen, cual una luz dominante y bella, viviese para siempre en mi carne, esta carne que sufre del vacío de su olvido.

Y creer ciegamente en todas estas brisas que se columpian en su alrededor, que le bañan deliciosamente con sus apasionados efluvios....

¡Creer y amarla!

Amarla como un amor huérfano de siglos,

—aún si la puerta que celosamente la defiende me queda vedada para siempre,—

Puerta infranqueable que me confina bajo este absurdo  
firmamento de nieves!

¡Oh puerta infranqueable, infranqueable y atravesada por  
gran diversidad de horribles calofríos,

Por extrañas corrientes, por aullidos de lobos, por mis  
insensatas quejas!

# LOS PENALISTAS PERSI- GUEN A HAMLET

Era un adolescente rubio, pálido, delgado, vestido todo de negro, elegante en su desaliño, encantador en su dolorida expresión. Una pequeña daga de brillo azulado y empuñadura negra adornaba su cintura. La mirada era triste, las manos finas.

Príncipe de saga nórdica, vástago decadente de pueblos marineros, conservaba todavía en sus pupilas ese lejano tono verde que la amistad o la lucha con el océano pusieron en los ojos de incontables generaciones pasadas. Apartado del mar, ignorante del sabor salino de sus aguas y del perfume yodado de sus brisas, no se había alejado de él sin embargo. Desde lo alto de las terrazas de su castillo, a través de pétreas y musgosas almenas, podía contemplar frecuentemente las olas golpear acantilados y oír la canción del mar en las noches de luna o escuchar sus revelaciones de medianoche.

Hamlet, príncipe de Elsinor, vaga ahora, dolorido y desconfiado, por los ámbitos celestes. Llevado por una ola o traído por una brisa, Hamlet se esconde temeroso. Fuga de las miradas. Huye de las sonrisas. Su destino está acechado por el peligro. Por la intranquilidad. No conoció el olvido tranquilo de Orestes, príncipe griego héroe de iguales tormentas. Hamlet se siente perseguido, amenazado, buscado. Y anda errante, así, sin conocer el reposo, sin cuidarse de la fatiga.

Una tremenda acusación pesaba sobre él. Los hombres, sorprendidos por los hechos, desconcertados por la violencia y rapidez de los acontecimientos, enmudecieron en el primer momento. Pero luego quisieron castigar, encontrar un culpable, tener una víctima. Y buscaron por los bosques y los ríos a Hamlet, príncipe de Dinamarca, infamándolo con la acusación de delincuente, o de anormal que casi es lo mismo.

Los hombres abrieron sus libros, estudiaron largas horas, escribieron científicamente, y clasificaron—estigma de las clasificaciones—a Hamlet dentro de un tipo cualquiera del catálogo penal. ¿Poner entonces, a Hamlet en prisión? ¿Encerrar su rubia cabellera atormentada tras las rejas de hierro de una celda, y condenar sus ojos al paisaje cercano y agobiante de un muro de negras piedras?

El proceso es largo, viejo, polvoriento y complicado. Cada día se añaden nuevos folios a la colección. Cada hombre contribuye con nuevas opiniones. Y Hamlet, aniquilado, escapa a veces de las páginas de su tragedia, y en voz baja cambia confidencias y hace revelaciones y enseña su angustia, a los hombres de buena voluntad.

Tiene en verdad interés sobrado conocer las opiniones que sobre él han vertido los hombres de ciencia, primero, y los hombres de buena voluntad después. Los penalistas y los poetas. Que han tomado a su cargo el estudio perseguidor y la defensa del personaje inmortal creado por Shakespeare.

Alimena, criminalista italiano, dice: "Shakespeare creó a Hamlet cuando la psicología criminal no existía, cuando la misma psicología general estaba en embrión, cuando no se tenía ninguna noción psiquiatría, cuando no se sospechaba la posibilidad de una locura razonante". Hamlet, según Maudsley, es un personaje colocado en la "zona intermedia". Según Lombroso, es un "matoide". Su característica temperamental es la necrofilomanía.

Enrico Ferri, campeón del positivismo penal, completa así la definición: "Tal forma de enajenación, que no ra-

ras veces se presenta en los que la escuela psiquiátrica francesa de Magnan llama "degenerados superiores"—para distinguirlos de los imbéciles e idiotas o "degenerados inferiores"—se mezcla con otra forma de delirio, que en Hamlet es un principio de locura de la duda, es decir una especie de debilidad paralítica de la voluntad que, por neurastenia y psicastenia, no tiene la suficiente impulsividad para traducir la idea en hecho. A esta abulia patológica deben atribuírse sus continuas vacilaciones en la realización de la venganza de su padre, juntamente con la repugnancia instintiva del homicidio, que yo he demostrado que existe aún en los mismos locos de sentido moral íntegro, como carácter orgánico y hereditario de su temperamento psicológico, no obstante el naufragio más o menos completo de su inteligencia; naufragio que, por otra parte, tampoco impide la finura genial del raciocinio, pues es también otro dato de la psicopatología científica, que el delirio dota en ocasiones de un estro genial aún a cerebros incultos.

"Pero Hamlet, por el contrario, salido de Universidad de Wittenberg, era, como ahora diríamos, un joven intelectual, y así Shakespeare veía profundamente que la locura no podía privarle de razonamientos, no sólo bien urdidos sino geniales, como, por ejemplo, las consideraciones sobre el cráneo de Yorik, aquellas otras de que matando al rey cuando éste oraba la venganza se frustraría porque le hubiera encaminado al cielo, y la estratagema tan bien preparada de la representación dramática, para resolver el famoso *to be or not to be* que Ernesto Rossi exclamaba con tan artística elocuencia".

He aquí el dibujo que la ciencia actual dá acerca de Hamlet. Una disección, en carne viva y sensible, que destroza la línea, borra despiadadamente cuanto elemento estético pudiera haber, y llega a hurgar entre los más profundos e íntimos resquicios del cuerpo y del espíritu, allá donde la luz no llega, y donde las reacciones químicas y los procesos cerebrales realizan metamorfosis de dimensiones microscópicas, que después se manifestarán hacia afuera, e

interesarán a la poesía o a la patología. Que toda forma de pensar y de sufrir es capítulo adecuado para el verso y para la clínica.

Mas, volvamos a Hamlet y recordemos su poema, o su "caso", como se diría entre penalistas.

La "trágica historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca", intituló Shakespeare al poema. La humanidad que pasa por esas páginas, los hombres y mujeres que viven allí, tienen vida real y comprensible. Son seres con los que se puede dialogar y a los que se puede observar, desde el punto de vista humano —no siempre el más humano ángulo de observación—, como si realmente vivieran a nuestro lado. Sin mencionar a Hamlet, ¿quién no encuentra explicable y accesible el alma de Polonio, viejo cortesano, padre calculador y ambicioso? ¿O la de Ofelia, dulce ingenua enamorada que sacrifica su vida —"cadáveres de rosas en féretros de espuma"— cuando el hombre amado se aleja para siempre? ¿O la de la reina madre, mujer ciega y satisfecha, temperamento vulgar y tranquilo, que se deja llevar por los acontecimientos y no adivina la gravedad del abismo que se abre a sus pies? ¿O al mismo Rey, viviendo a la sombra de un crimen ignorado? ¿O la de cualquiera de los personajes secundarios, Rosencrantz o Guildenstern, que llevan, en cada momento, su alma íntegra y su temperamento claramente dibujado?

La historia es la siguiente: En el austero castillo de Elsinor, en Dinamarca, vive el enlutado príncipe Hamlet. Su padre, el Rey, ha muerto antes en forma repentina, y ahora ocupa el trono un hermano del Rey difunto, tío de Hamlet, quien ha contraído matrimonio con la reina viuda a los dos meses escasos de aquella muerte. El hecho en sí hiere a Hamlet y contribuye a abatir su espíritu. Se convierte en la imagen del dolor. Y cuando la Reina procura consolarle, hablándole de la fatalidad que condena a todos los seres vivientes a morir, y reconviniéndole por ostentar su dolor tan extraordinariamente, él contesta:

*Que se ostenta!*  
*Señora, lo es; no sé de ostentaciones;*  
*que ni mi oscuro manto, madre mía,*  
*ni el vestido usual de negro luto,*  
*ni el comprimido aliento del suspiro*  
*no, ni el constante llanto de los ojos,*  
*ni del semblante el abatido espectro,*  
*ni todas las señales o expresiones*  
*o formas de dolor serán bastantes*  
*para mostrar jamás la pena mía.*  
*Esto se ostenta, si, que actos son todos*  
*que se pueden fingir: pero se oculta*  
*en mi íntimo ser lo que no es dable*  
*manifestar. Es lo que veis el manto*  
*y no más que atavíos del quebranto.*

En estas palabras está condensada ya la naturaleza y situación de Hamlet. Su espíritu torturado y su secreto rencor contra la madre que, sin sentir al padre muerto, ha vuelto a contraer matrimonio con un hombre extraño.

Hamlet ama a Ofelia, hija de Polonio y hermana de Laertes. Y es amado por ella. Pero más fuerte que el amor es el pensamiento. Hamlet piensa demasiado y el mundo exterior casi no existe. Habla consigo mismo y en todos sus soliloquios está presente siempre la idea de la muerte, atormentándolo y enflaqueciéndolo:

*Oh! que esta carne densa en demasía*  
*pudiera derretirse, disolverse,*  
*convertirse en vapor! O que el Eterno*  
*su ley contra el suicidio no fijara!*  
*Oh! Dios! Oh Dios! Cuán vanas y marchitas,*  
*insípidas e inútiles se ostentan*  
*a mi vista las prácticas del mundo!*  
*Cuánta miseria! Es huerto sin cultivo*  
*y agostado! Lo fétido y grosero*  
*imperera en él!.....*

Este pesimismo desolado de Hamlet es terreno propicio para una profunda reacción afectiva de signo negativo. Que llega cuando recibe la visita fantasmal de su padre. La intensa meditación de Hamlet, la búsqueda de causas y efectos, la comparación de situaciones presentes y pasadas, le han hecho presentir la verdad, una verdad que llega a su alma enfermiza por medio de la revelación de ultratumba:

*Escucha, Hamlet:*

*han dicho que dormido en mis jardines  
me hirió un áspid, y toda Dinamarca  
con el falso relato de mi muerte  
fué engañada: más sabe ¡oh noble joven!  
que la serpiente que mató a tu padre  
hoy lleva su corona.*

.....  
*No lo tolere tú, si tienes brío;  
no el tálamo real de Dinamarca  
de incesto y de lujuria lecho seco.*

Esta voz que trae a sus oídos la verdad presentida, tiene un efecto decisivo sobre la sensitiva psicología del príncipe danés. Desde ese momento urde su plan de venganza. Los culpables serán castigados, pero nadie sospechará que él conoce la verdad. Esconderá lo que sabe para que no se conozca lo que proyecta. Nadie lo sabrá, ni siquiera la dulce y delicada Ofelia, que ama y es amada. Hamlet ya no tiene derecho al amor. No debe vivir sino para su venganza. Y entonces esconde su personalidad tras una fingida locura, que le permitirá vivir al margen.

La locura de Hamlet es noticia que camina rápida. Y su errante figura desaliñada, peatón solitario de terrazas almenadas, despierta la piedad. Para los otros, Hamlet ha enloquecido de amor. Mientras tanto, él piensa incesantemente, tortura su cerebro, escudriña el fondo de su alma. Tiene tiempo sobrado delante de sí, y analiza entonces su situación y la de los demás con implacable dureza.



Unos actores han llegado al castillo. El carro de la farándula se dispone a exhibir ante la corte su repertorio de joyas escénicas. Hamlet, vacilante hasta ahora, aprovechará la ocasión. Se servirá de los cómicos, y confirmará de manera indiscutible sus presentimientos revelados.

Mientras tanto, la familia real intenta devolverle la razón. Tal vez la presencia de Ofelia pueda curarle. Y le dejan solo en una sala, a donde concurrirá ella; él, en tanto, continúa pensando:

*Ser o no ser, la alternativa es esa!  
Si es a la luz de la razón más digno  
sufrir los golpes y punzantes dardos  
de suerte horrenda, o terminar la lucha  
en guerra contra un piélago de males.  
Morir; dormir. No más, y con un sueño  
pensar que concluyeron las congojas,  
los mil tormentos de la carne herencia,  
debe término ser apetecido.  
Morir; dormir. ¿Dormir? Soñar acaso!*

Hamlet no tiene tiempo para amar. No tiene derecho al amor. Y rechaza a Ofelia. Tiene una misión que cumplir. Ha escrito el libreto de una tragedia, y llega el día de la representación. Anuncia ante la Corte reunida el título: "La Ratonera". Extraño título que explica así:

"¿Por qué, me diréis? Es título metafórico. Esta obra representa un asesinato cometido en Viena: el duque se llamaba Gonzago; su mujer Batista. Ya veréis, es un argumento horrible; pero qué importa. A vuestra majestad y a nosotros todos, que tenemos puras las almas, no nos puede herir".

Es el primer dardo que lanza. Temperamento cultivado, juventud cerebralizada y decadente, sus armas son sutiles e insinuadoras. No es el tajo violento, que destroza y abate. Es el estilete agudo que deja heridas invisibles.

La obra reproduce exactamente una escena sucedida, y el Rey, sorprendido, se levanta y suspende la fiesta.

“¿Qué? ¿Le asusta el fuego fatuo?”, dice Hamlet en medio de una carcajada, mientras se aleja su tío.

Ya es hora de hablar, y va primero a dondè está su madre. Confiesa ante ella lo que sabe, y excitado por la estocada con que involuntariamente mata a Polonio, el padre de Ofelia, vuelca en los oídos de la reina todo su rencor de hijo. El amor se ha convertido en odio, y el hijo ha ocupado el puesto del padre, en una reversión lógica y comprensible. Mientras habla, aparece el fantasma del padre, y ante los ojos atónitos de la reina, Hamlet habla al vacío, hacia las sombras. La reina comprende entonces la locura del hijo, y perdona sus palabras. Pero Hamlet ya no quiere que se le tenga por loco. No está loco:

*Mi pulso, como el vuestro,  
acompañado late: no es locura  
lo que acabo de hablar; ponedme a prueba,  
que yo os repetiré cada palabra,  
imposible tarea para un loco.*

La muerte de Polonio demuestra que la locura de Hamlet es peligrosa. Y el Rey lo envía a Inglaterra. Atrás queda, buena y cándida, la amorosa Ofelia, que termina su vida entre canciones, agua y flores.

Hamlet, en viaje hacia Inglaterra, sorprende un mensaje del Rey en que ordena que se le dé muerte a su llegada a playas inglesas. El príncipe escapa a sus vigilantes, y regresa a Dinamarca. Con su buen amigo Horacio se encuentra en un cementerio cercano a Elsinor, y mientras hablan, el sepulturero descubre el cráneo que perteneció a Yorik, antiguo bufón del padre de Hamlet. El monólogo que pronuncia ese momento, con el cráneo entre sus manos, es macabro, pues sus palabras juegan con la muerte. A poco rato, cruza el cementerio el cortejo fúnebre de Ofelia, y Hamlet quiere hablar a Laertes, hermano de la muerta. Laertes le rechaza y Hamlet se aleja más solo y triste que nunca.

El Rey concierta una manera de eliminar a Hamlet. Le hará batirse a duelo con Laertes, cuya espada estará envenenada, y si quisiera refrescarse durante la lucha, tendrá a su alcance una copa con líquido igualmente envenenado.

Se verifica el duelo. Cruzan sus espadas los dos adversarios. Hamlet demuestra mayor habilidad. Los espectadores están excitados. La Reina quiere beber y apura la copa envenenada destinada a su hijo. Laertes hiere a Hamlet y éste, en esfuerzo supremo, arrebata a su contendor su acero y le hiere. La Reina cae en ese momento, envenenada. Hamlet comprende el complot y obliga al Rey a beber del veneno y lo hiere con el arma fatal. Mueren en la misma escena la Reina, el Rey, Hamlet y Laertes. La tragedia termina.

Hay un ritmo lento, desesperante, a lo largo de esta tragedia. Ritmo opuesto enteramente al torbellino de "Macbeth". Hamlet conduce la acción de acuerdo con su propio temperamento. El equilibrio entre el mundo real y el mundo imaginario está alterado, pues Hamlet está demasiado atento a su interior, a su pensamiento y meditaciones, a su tortura espiritual. Hamlet habla consigo mismo o con los fantasmas, que es una forma de dialogar para adentro, y no ve, ni quiere ver lo que sucede a su alrededor.

Y a través de los años y de los siglos, la figura doliente, pálida y tenebrosa, hecha de monólogo y reflexión, del brumoso príncipe, ha seducido a los poetas, quienes, la han estudiado, desde un punto de vista diferente del adoptado por los penalistas.

Y así dicen los poetas: **Coleridge**: "Obsérvese que la locura de Hamlet es fingida a medias: emplea el ardid sutil de pretender que finge cuando está muy cerca de ser lo que simula." **Goethe**: "En Hamlet, el héroe no tiene en rigor más que sentimientos. Los sucesos lo guían y arrastran, y por eso la obra presenta un desarrollo, hasta cierto punto propio de la novela; pero como la fatalidad es la que dibuja el plan, como la obra nace de un acto terrible, y como el héroe se ve constantemente arrastrado hacia otro acto terrible,

resulta un drama eminentemente trágico, y no admite más desenlace que el trágico." Mallarmé: "La obra de Shakespeare está tan bien construída de acuerdo con el solo teatro de nuestro espíritu, prototipo de los demás, que tolera la escenificación de ahora o prescinde de ella con indiferencia."

Estos, pues, los hechos capitales de aquella "trágica historia de Hamlet, príncipe de Dinamarca", que Shakespeare escribió hace muchos años. Todavía la sombra del protagonista vaga por los mundos, inquietando a los hombres, y haciéndoles rogar que no se dé una prisión a su alma.

¿Por qué prisión para Hamlet? ¿Por qué clasificaciones penales y distinciones criminológicas? Con ello solamente se agravaría su desesperación de gran atormentado. Se añadiría angustia a su angustia. Y se le haría confirmarse en sus juicios acerca de la maldad humana. Evitad, por todos los medios, que los hombres encierren, tras rejas y entre muros sombríos, la locura de este soñador que ha inspirado a tantos poetas y que es un poeta él mismo. Evitad e impedid que lleven a Hamlet a una prisión...

## LOS ESTUDIOS SOCIOLOGICOS EN EL ECUADOR

Valdría la pena comenzar preguntándose si efectivamente se han hecho estudios sociológicos, precisos y técnicos, en nuestro país, o si sólo se trata de aproximaciones, más o menos felices, sobre temas lindantes con la Sociología.

De todos modos, un examen de esta clase requiere una investigación previa del tipo humano que ha realizado tales trabajos y del medio sobre el cual los ha efectuado.

Un principio genérico puede ser enunciado desde ya y es el de que, no obstante constituir nosotros un admirable campo de estudio y experimentación, dentro de los problemas de la Sociología, no han podido verificarse, por la sencilla razón de que nosotros no hemos dispuesto de los recursos y conocimientos técnicos, ni de los hombres capacitados para emprender en aquellos estudios y experimentación.

Esta falta, naturalmente, tiene su explicación y hasta diríamos su justificación, si se tiene en cuenta que se trata de un pueblo joven, desde el punto de vista de la Historia de la Cultura, que después de todo sirve de índice catalogador para la clasificación de pueblos, naciones y grupos humanos en general.

Porque, si bien es cierto que en nuestro territorio existieron civilizaciones aborígenes pre-coloniales, hay que convenir en que ellas tuvieron caracteres rudimentarios, por

un lado; y por otro, que, al fin y al cabo, la Historia de la Cultura ha llegado a identificarse, para nosotros,—no sabemos si con justicia o no— con la historia de la cultura occidental, vale decir europea.

Y entonces, claro está, todos nuestros países americanos resultan jóvenes, pueblos que apenas comienzan su desarrollo como gestores de elementos culturales, o sea, como creadores de cultura.

Y como el desarrollo científico, con todas sus capacidades, sus métodos y sus experimentaciones es una de las más altas expresiones de cultura, dedúcese, pues, que mal podía darse, ni puede todavía, toda una escala de ciencias en pueblos que apenas habían traspuesto el linde de un período, diríamos **teológico**, usando la terminología del mismo iniciador de la Sociología, Augusto Comte.

Un hecho es evidente, con respecto a nuestros países americanos: que quienes más nos han estudiado, desde diversos ángulos de observación científica, entre ellos, el social, han sido los europeos, siguiendo la ruta y la trayectoria abiertas por los conquistadores Españoles, Ingleses y Franceses.

Sentado este antecedente, cabe también establecer una verdadera clasificación de todos los estudiosos e investigadores de nuestros países y sus problemas, de acuerdo con un criterio técnico científico, en la siguiente forma:

- a) Aquellos que, como los primeros descubridores y conquistadores de nuestro Continente, movidos por la **curiosidad**, se dedicaron a observar, nada más, todo cuanto ocurría en el recién descubierto suelo, contentándose con relatar, en forma más o menos amena, pero también exagerada y fantástica, la vida, costumbres, maneras de organización social, etc., predominantes en los grupos humanos aborígenes. Estos comentaristas pueden ser considerados como meros curiosos, desprovistos de todo afán científico y preocupados úni-

camente de construir leyendas o fábulas dotadas de gracia y atractivo.

- b) El segundo grupo está constituido por aquellos que posteriormente han emprendido con espíritu analítico el estudio de las condiciones generales dentro de las cuales se ha desenvuelto y se desenvuelve la vida de estos pueblos. No se trata aún de la verdadera investigación científica, pero se aproxima a ella; y sin que quepa todavía hablarse de estudios sociológicos propiamente dichos, pueden ser ya tomadas las conclusiones de tales estudios como fórmulas valederas de aplicación inmediata y general. Son los aficionados, los **dilettantes** del estudio y de la política, a veces hasta los poetas, quienes forman este grupo, cuya denominación técnica sería la de **expositores**.

Porque estos ya no se satisfacen con el mero relato, anecdótico y festivo, sino que analizan los hechos y los pueblos, valiéndose de algunos principios generales, sean filosóficos, literarios, políticos, etc., culminando este grupo con los aficionados a la psicología social, muy en boga en cierto tiempo, entre nosotros.

- c) Finalmente debemos situar en el tercer grupo a quienes, provistos ya de un equipo científico y técnico, al menos teórico, han estudiado la vida social de nuestro pueblo, sea desde un punto de vista estrictamente sociológico, sea desde otra posición similar o aproximada. Son los **críticos**, es decir, individuos que penetran críticamente en la vida social para deducir conclusiones de carácter general, válidas para toda realidad social de condiciones semejantes.

Es necesario hacer una observación. Esta clasificación ni agota todos los posibles investigadores de los hechos, fenómenos y cosas americanos, ni sigue un orden rigurosamente cronológico, aunque lo supone. Responde, más bien, a una división de formas y métodos de investigación, de

tal manera que, hasta en un mismo caso individual, a veces, puede suceder que anden entremezclados criterios metódicos correspondientes a dos o más de los grupos señalados.

Desde luego, un conquistador del año 1500, por ejemplo, es natural que estará lógicamente encasillado en el primer grupo, que no en el tercero; y, a la inversa, un sociólogo de nuestro tiempo casi nada tendría de común con un **cronista de Indias** del siglo XVI.

\*  
\* \*

No es ninguna novedad afirmar que nuestro pueblo se halla encerrado entre las moles andinas, como si se tratase de un verdadero círculo de piedra, para envolver las almas y los cuerpos de los pobrecitos hombres que el destino colocó entre sus escarpadas rocas, a los pies de sus temibles volcanes. Somos, pues, en última esencia, y como caracterización general, un país montañoso, un reducto volcánico, por mucho que ostentemos el contraste de un litoral ancho y tendido al Mar Pacífico y un pedazo de Oriente Amazónico, también de naturaleza dilatada y selvática.

Dígase lo que se quiera, **lo que ha hecho, hace y hará** al Ecuador es la Sierra, la meseta andina, los nudos y las hoyas, la red montañosa de los Andes; pues cuando entre estos montes existió ya un Reino de Quito, próspero y floreciente para su tiempo, no había rastro de civilización en el Oriente, entregado a la inmisericordia de la selva y de la barbarie, y apenas cuatro tipos de civilizaciones diferentes, aisladas, epígonos de grandes movimientos civilizatorios centroamericanos, pasados ya a la historia, habían florecido en la región litoral, no sin experimentar la tendencia, llevada a la práctica más de una vez, de dirigirse, a través de ciertas vías naturales de comunicación, al centro de gravedad de la región interandina.



No en vano esta región vio al primer habitante ecuatoriano surgir en su seno, en la tenebrosa noche de los tiempos prehistóricos.

Ahora bien, existe una poderosa corriente en el campo sociológico que enseña cuan grande es la influencia de todo aquello que se resume en la frase "ambiente geográfico" sobre los caracteres, conducta, tipo de civilización, en una palabra, del pueblo sujeto a determinado medio y en determinado ciclo de la evolución humana".

Esta dirección sociológica, que un tiempo constituyó por sí sola toda posible Sociología, ha decaído notablemente en los últimos años, sin que haya perdido del todo, sin embargo su validez. Parécenos que un tal punto de vista es inexcusable en cualquier construcción sociológica que se precise de científica, a condición por cierto de que se lo reduzca a sus justos y verdaderos límites.

Así entendidas las cosas, cabe establecer un juego de influencias entre nuestro círculo geográfico y la población ecuatoriana, desde sus más antiguos tiempos. Y todo el mecanismo de ese juego puede reducirse a una sola palabra: dependencia, **subordinación**, del hombre al medio, hecho que se hace patente desde cuando nuestros abuelos rindieron culto a los volcanes, convertidos en divinidades seculares, terroríficas y amenazantes, hasta el moderno intento del habitante ecuatoriano de traspasar la montaña, de superarla, de aplanarla, diremos así, proclamando una especie de independencia, radical y orgánica, sin conseguirlo por desgracia y viéndose obligado, antes bien, a contemplar su intento casi materialmente estrellado contra las rocas, frase que, en este caso, expresa una verdad sin metáfora alguna.

Luego y como consecuencia de esto, viene, tiene que venir, la resignación, la pasividad, el doblegarse místicamente ante estas fuerzas superiores, con aire de vencimiento en algunos casos, de rebeldía en otros, pero siempre con calma, como quien está convencido de la inutilidad del esfuer-

zo y de la necesidad de aceptar el **imperativo categórico** de las fuerzas telúricas con la inexorabilidad de un destino.

Demostrándonos está la verdad de estas afirmaciones la diversidad del índice vital y cultural de pueblos como la Argentina, Brasil, Chile, hasta la misma Colombia, respecto de nosotros, de Bolivia y aun del Perú, triple manifestación nacional de un solo impulso geológico y humano: los Andes y el indio, hecho de barro de los Andes también, en último término.

Pero la **raza**, tomada como elemento sociológico, no entraña, acaso, ciertas virtualidades esenciales que le permiten dominar el medio ambiente geográfico, subordinándolo, hasta trocarlo en un campo de influencias y experimentaciones típicas, producidas por la fuerza creadora del o de los grupos humanos?

La raza, en definitiva, es una formación histórica y si bien llega un día en que sujeta a su propio designio los elementos componentes de su escenario histórico-geográfico, ese día sólo adviene cuando ya la raza está en forma, es decir, cuando ya se halla configurado su estilo cultural, y no hay el peligro de equivocarse de camino.

Por desgracia, entre nosotros, aún no podemos hablar de raza **ecuatoriana**, ni siquiera americana, en este sentido; pues sus diversos factores integrantes andan todavía desperdigados y sueltos, sin que el **mestizo**, que indudablemente será el exponente típico de esta nueva raza, sea hasta ahora otra cosa que el común denominador teórico del futuro etnológico del Ecuador. Es evidente que algún día estos pueblos estarán adecuados y listos para crear cultura, para formar sus cuadros científicos y trazar las nuevas rutas de los conocimientos humanos; pero es forzoso permanecer bajo la dependencia de los módulos culturales occidentales hasta que el propio signo de la cultura americana sea realidad tangible y manifiesta prueba de que toda agrupación humana específica puede desenvolverse con vuelo característico y singular.

Por otra parte, la raza obra, piensa y actúa en función del medio y a la larga sus mejores cualidades y posibilida-

des arrancan de la misma matriz telúrica, que crece, se expande y se convierte en espíritu, a través de los hombres y de los grupos humanos.

Este tipo humano nuevo no es, en la actualidad impreciso, borroso y desdibujado; débil, melancólico, desorientado y sufrido; con vagas reminiscencias indígenas y con la tragedia espiritual del español sublimada y llevada al terreno de las luchas políticas y religiosas. No ha creado nada todavía, pero ya existen gérmenes en su interior; y si no sobreviene algo así como una segunda catástrofe histórico-social (la primera fué la conquista española), hay fundadas esperanzas para estimar que, más pronto o más tarde, florecerá un estilo nuevo de la cultura en suelo americano.

Este hombre ecuatoriano o americano, salvo raras excepciones, no había encontrado hasta el presente siglo otra forma de expresión de sus anhelos espirituales que la literatura, la religión o la política, generalmente entremezcladas en la vida real de nuestras grandes personalidades. La ciencia como tal no ejercía gran atracción para nuestros medios intelectuales, y únicamente desde comienzos del siglo las inquietudes científicas empezaron a plasmarse en realidades y a sugerir demandas cada vez más apremiantes.

Era también, por cierto, que hasta entonces habíamos vivido casi incomunicados con el mundo exterior, descansando plácidamente a la sombra de nuestros nevados, creyendo ingenuamente que vivíamos en el **"mejor de los mundos posible"**.

Es con este medio y con este tipo humano con los que tenemos que contar para recorrer brevemente el panorama de nuestras investigaciones sociológicas.

Los conquistadores no vieron las cosas de América sino con un solo ojo. Esto quiere decir que, en su afán de aprovechar de sus recursos y por distribuirse las ganancias, no

tuvieron tiempo para estudiar detenidamente, concienzudamente, las profundidades de la realidad espiritual, psicológica y cultural del Continente.

Les bastaba el examen rápido, esquemático, superficial y apasionado de los individuos, hechos y pueblos que encontraron en su camino. ¿Para qué detenerse en interpretaciones de la cultura autóctona, ni en dilucidaciones de mitos y creencias especiales del alma colectiva americana, en días en que la vida se jugaba a cada paso y cuando todo se había relegado al olvido en poniendo los pies en playas extranjeras?

Y con mayor razón, cuando esos conquistadores no alcanzaban a medir intelectualmente otra estatura que la que llegaba hasta la adquisición de los metales y la captación de las indias, satisfaciendo así los dos instintos más elementales del hombre: la **nutrición**, que aquéllos falsamente la creían asegurada con el oro y la plata (después se vió cuan equiocados estuvieron, pues hubo casos en que, con el oro en los bolsillos, perecieron de hambre), y la **reproducción**.

Pero algunos escaparon de esta regla general, y por ello, les fué dado conocer más de cerca los elementos culturales de los pueblos conquistados. Los Cronistas de Indias, que, a veces, eran también soldados o clérigos y manejaban por igual la espada y la pluma, nos dejaron curiosos relatos, demasiado ingenuos unos, poco veraces otros, pero, en fin de cuentas, testimonios objetivos de cómo veían los hombres de esa época las cosas y los hombres que descubrían a su paso.

Por lo que se refiere a nuestro pueblo, hemos de mencionar entre estos cronistas, a Garcilaso de la Vega, Fernández de Oviedo, López de Gomara, Herrera con sus *Décadas*, Cabello Balboa, Pedro Pizarro, Cieza de León y otros más que estamparon en sus crónicas la visión unilateral y casi siempre sub-realista de los hechos y cosas de nuestros aborígenes. Estos son precisamente, quienes componen el primer grupo de investigadores de las realidades ecuatoria-

nas, si así pueden ser llamados. Son los fotógrafos sin perspectiva, los copistas de una naturaleza deformada, incapaces de penetrar en el sentido más profundo de los fenómenos y que, por tanto, apenas si nos entregan un cuadro opaco, carente de vitalidad y recubierto de sombras, no sólo en cuanto al fondo sino también en cuanto a los contornos y dintornos del bosquejo.

Si estableciéramos, en cuanto a las investigaciones sociológicas, una clasificación semejante a la que existe y se adopta en las investigaciones históricas, podríamos decir que todos los primeros cronistas y sus continuadores pertenecen a un sector que lo calificaríamos de presociológico, en contraposición a los subsiguientes períodos proto-sociológico y sociológico propiamente tal. Pero no solo los cronistas padecieron del mal de la falta de perspectivas y horizontes históricos, para su análisis y examen de la fenomenología americana. Iguales defectos, propios del tiempo, estos sí, y no de España, se observan también en algunos otros relatistas que aparecen durante la época colonial, ya sean éstos americanos o europeos.

Solamente quedan excluidos de esta catalogación, a través del mencionado período, los nombres de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, del alemán Humboldt y del neo-granadino Francisco José de Caldas, quienes en sus apreciaciones sobre materia social, deslizadas en sus páginas científicas, proceden ya a establecer juicios de valor que responden a un criterio mucho más maduro y acertado que el de los cronistas, sus predecesores.

Este período de la mera **curiosidad** literaria termina por darnos una descripción novelada de nuestra historia y una visión descriptiva de la vida social y sus problemas. No hay, mejor dicho, investigación, ahondamiento, penetración en el espíritu, de la cultura americana y, entonces, el verdadero **sustractum** cultural de nuestros pueblos se les va de las manos a aquellos que sólo logran aprisionar el momificado cuerpo de todo un Continente.

Según tales descripciones, por ejemplo, la raza autóctona era, por lo general, baja y despreciable, llena de vicios, castigada por la Divinidad y, desde luego, destinada a sufrir la opresión de los conquistadores, ya por ser naturalmente inferior a las otras razas, ya como expiación de su gentilidad e idolatría. Este criterio, clásico en la literatura de la conquista española, es el que informó todas las construcciones y toda la vida del pueblo americano, en las etapas de la dominación y el coloniaje, sin que a nadie se le haya ocurrido por entonces, juzgar de distinto modo, salvo los casos, realmente excepcionales de un Las Casas, de un Francisco de Vitoria o de un La Gasca.

Pero la verdad es que nuestra historia, antes bien, recorre en sus diversas etapas una trayectoria decadente inexplicable. Este conglomerado que se denomina pueblo ecuatoriano, ha tenido, a no dudarlo, mejores disposiciones y más altos valores en el pasado, habiendo existido una época histórica en que llegó a constituir el centro de la civilización Sudamericana, justamente cuando Atahualpa logró sellar con sangre su triunfo total sobre el Cuzco, reduciendo a unidad el Imperio, bajo el predominio de Quito, entonces en la plenitud de su apogeo.

Vino luego la sombra negra de la conquista española y empieza el descenso de nuestro pueblo, que convertido en una simple audiencia o presidencia, es colocado siempre a la cola de uno u otro Virreinato. Esta demarcación censual, que destrozó a su antojo las creaciones de los últimos tiempos de la civilización indígena, fué meramente convencional, ya que no disponía de ninguna base que le permitiera distribuir equitativamente los conglomerados humanos y su territorio, de acuerdo con el statu-quo alcanzado en los días inmediatamente anteriores a la conquista.

Los llamados colonizadores hispanos, guiados tan sólo por criterios supersticiosos e ignorantes, cuando no prejuicios infantiles o por simples casualidades, procedieron a repartir las tierras de América, primero en organizaciones políticas arbitrarias y caprichosas y luego, ya dentro de

ellas, a repartirse también las mismas tierras entre unos pocos privilegiados, generalmente sacerdotes o guerreros.

Durante el período colonial nada hay digno de pasar a la historia como obra creadora, nada que tenga valor cultural trascendental, y que haya sido producido por nuestro pueblo, reduciéndose la historia de tal época a ser la historia de las rencillas entre los frailes y los mandones civiles (remedo de la otra lucha, medioeval, entre el Papado y el Imperio), cuando no la regocijada de los libertinajes y aventuras de unos y otros. Por eso creemos que el mejor relato de aquellos tiempos no lo constituye la historia de González Suárez, ni de ningún otro historiador, sino el divertido tomo de don C. de Gangotena y Jijón, que se titula "Al Margen de la Historia", y que es justamente la historia del Reino de Quito, durante la Colonia.

Lo único digno de pasar a la verdadera historia es la trágica opresión de cuatro siglos, que como una ola de muerte se extendió sobre los aborígenes en todo el territorio conquistado. Pero sucede que precisamente es esto lo que no toman en cuenta los historiadores académicos, que prefieren callarlo, sea porque no descubren su sentido, sea porque les ata la lengua el cúmulo de prejuicios que se ha dado en llamar Criterio histórico Criterio mixtificado e indigno, que solo sirve para encubrir la verdad y para transmitir a las generaciones venideras el engaño documentado que se denomina ciencia histórica.

Por eso es que la "verdad verdadera", como diría Capdevila, se halla tan lejos generalmente de la verdad histórica, erigida sobre cimientos de mentira y de calculado error.

Aparte toda exageración, nuestro régimen colonial puede compararse a un sueño colectivo o a una pesadilla, de cuando en cuando interrumpida por el extraño clamor del fanatismo religioso. De allí que al salir de la pesadilla —¿y habremos salido ya realmente?— nuestro pueblo empezó a restregarse los ojos, para poder de nuevo ver la luz, que acaso ya le parecía un mal.

\*  
\* \*

Aunque parezca paradójico, hay que decir que la colonia no terminó con la emancipación de las repúblicas americanas del Poder Español. El espíritu y la trama de los tiempos coloniales siguieron viviendo extensa e intensamente durante el primer siglo de vida republicana, y aún ahora apenas podemos decir que empieza a desentumecerse el organismo social de estos países.

La transformación política de la independencia entregó estos pueblos a la hegemonía absolutista de los grupos privilegiados entre los cuales se han destacado constantemente la Iglesia, el Ejército y los terratenientes. En una república con semejante organización, de estilo feudalizante, no era posible que surgiesen investigadores acuciosos de la realidad social, tanto más cuanto que en los mismos medios científicos europeos la Sociología como ciencia solo se formalizó hacia fines del siglo XIX.

El segundo grupo de estudiosos de nuestra realidad tiene, pues, su cabida temporal en el primer siglo de la vida republicana, notándose una mayor aptitud para el análisis después de que nuestro país hubo sufrido las consecuencias inevitables de la transformación política del 95.

Como en el período colonial, durante el siglo pasado fueron algunos extranjeros quienes trazaron un cuadro más o menos fiel de la realidad ecuatoriana, carentes todavía de una dirección metódica especial, pero sujetos más que sus predecesores, a la observación justa y racional de los fenómenos producidos. Estos expositores reflejan en sus libros el punto de vista **descriptivo**, predominante entonces en este género de investigaciones, y de este modo, reproducen los cuadros de la vida social del pueblo ecuatoriano, con la tendencia a despertar curiosidad e interés en los lectores de ultramar, atraídos en aquella época por los temas exóticos, tanto en literatura como en sociología.



Por lo que refiere a esta última disciplina, concordando con un criterio histórico-comparado, los aficionados de aquel tiempo creían encontrar la verdad científica, mediante investigaciones retrospectivas sobre los pueblos llamados **naturales**, en todo caso sobre los pueblos de nivel cultural más bajo, conceptuados como vestigios o ruinas del pasado, que permitían descubrir el punto de partida de la evolución humana.

Entre tales extranjeros, es interesante referirnos de paso a Wiener, Crevaux, y otros que en un volumen, cuyo título "América Pintoresca" nos revela la índole del trabajo, afirman, entre otras cosas, verdades como estas: —"El cincuenta por ciento de los jornaleros, criados y artesanos, que han nacido y crecido en tiempo de las dictaduras de García Moreno, saben leer y escribir, a pesar de los cual ni son más inteligentes, ni más hábiles, ni más dichosos que sus congéneres ignorantes". Esto se escribía en 1880.

Asimismo, hablando acerca de la juventud de Guayaquil, dicen: "Tiene el espíritu mercantil bastante desarrollado y lucido; pero la imaginación poco activa (esto quizá era un error de los observadores extranjeros); los **dandys** se reúnen en horas determinadas en una peluquería. Allí se perora con mucha formalidad, se embriagan con discursos, y el clásico Figaro, sin dejar de afeitarse o cortar el pelo, imprime un giro especial a aquellas discusiones sin objeto, emitiendo su dictamen sobre los acontecimientos del día y sobre la política general."

En algunos pueblos alejados de las grandes ciudades, todavía se conserva esta costumbre, como puede atestiguarlo cualquier ecuatoriano.

Finalmente, en una como previsión del futuro de nuestro pueblo, llegan a estampar estas frases que expresan un anhelo y que condensan la trágica realidad del Ecuador: —"Y cuando las sociedades hayan establecido vías de comunicación en esta inmensa red de ríos, cuando multitud de obreros ampliamente retribuidos hayan roturado los terrenos; cuando maduren en este suelo generoso la caña, el ca-

fé, el cacao y las demás plantas de la flora tropical; cuando las compañías hayan alojado en viviendas cómodas y sanas a los explotadores de caucho y zarzaparrilla, de las castañas, de marfil y cera vegetal; cuando las sierras corten los troncos de los gigantes del reino vegetal para el uso de nuestros carpinteros y ebanistas; entonces se verán surgir del suelo riquezas más sólidas y duraderas que los millones de metal precioso que ha tres siglos salieron de las entrañas de la cordillera”...

Sin duda, los autores de estos juicios no eran sociólogos propiamente tales, pero no cabe negar que en sus apreciaciones se aproximaban a la verdad y que intuían cual era o debía ser el porvenir del Ecuador.

Por otro lado, el estilo y la tendencia predominantes en este volumen predominan en todos los demás extranjeros, que sea por turismo o por intereses comerciales, hubieron de transitar por senderos ecuatorianos.

Influyó también este modo de percibir las cosas y hasta el lenguaje empleado para expresarlas en casi todos los ecuatorianos que, posteriormente, se dedicaron a examinar las condiciones de la vida social de su país, como sucedió con Alfredo Espinosa Tamayo, el mismo Luis Martínez y Belisario Quevedo.

Quiere, pues, decir que el ojo extranjero, al descubrirnos, nos ayuda a conocernos íntimamente, a desengañarnos de ciertas quiméricas creencias y a ponernos el desnudo ante nosotros mismos, labor para la cual siempre hace falta un severo enjuiciamiento que, a veces, solo la imparcialidad de un forastero es capaz de formularlo. ¿Quién, por ejemplo, no está de acuerdo en que la siguiente trascripción, que ha cemos del mismo libro ya citado, no expresa toda la profunda verdad en que se resume un siglo entero de vida de nuestra república? “Las altas mesetas, donde no hay rastro de trabajo humano, son de una belleza fría y triste. La naturaleza parece allí tan inerte como el habitante, y al escuchar el zumbido del viento en las espesuras, parecíame oír el in-

menso ronquido de ese pueblo cuya principal manifestación vital es su profundo sueño."

Verdaderas, más que verdaderas, hermosas palabras que tienen la virtud de expresar en un solo pensamiento la síntesis de toda una realidad social inmutable durante todo un siglo de vida independiente.

\*

\* \*

El siglo diecinueve se caracterizó por ser el siglo de las investigaciones históricas en la misma Europa, y también entre nosotros. A falta de investigaciones trascendentales en el campo social, florecieron dos magníficos historiadores, cuyas obras dejan entrever el espíritu hondamente filosófico de sus autores, un criterio sereno e imparcial y una recta disposición de ánimo que les permite sentar conclusiones valiosas, llenas de atisbos felices de lo que podríamos llamar una ciencia social. Son éstos Pedro Fermín Cevallos y Federico González Suárez, destacándose este último por una imparcialidad ejemplar que le valió la constante diatriba de algunos sectores de los clérigos.

No es extraño que citemos estos dos nombres, porque sus obras, de carácter eminentemente histórico, encierran también preciosas enseñanzas desde el punto de vista social, y sirven, sobre todo, de necesario antecedente para toda posterior investigación de la realidad social ecuatoriana.

Aunque con mayor relieve, desde este punto de vista, cabe también citar entre este grupo a Pedro Moncayo, el periodista y político más austero de la república, luchador incansable y dueño de una rectitud moral a toda prueba. Su esbozo histórico, a pesar de haber sido él mismo actor en una larga temporada de nuestra historia, se distingue por la serenidad y altura moral de sus juicios y por la fecundidad de sus conclusiones.

Dos cuencanos, Fray Vicente Solano y Antonio Borrero, merecen también citarse entre los nombres de estas per-

sonas estudiosas, con tendencia social, que aparecieron en el pasado siglo. Sin duda, las observaciones hechas acerca de nuestra realidad política, por el Padre Solano especialmente son enteramente verdaderas y muchas de ellas pueden aplicarse aun en nuestros mismos días; pero, en vista de la ausencia de una intención científico-social en los mencionados autores, no pueden ser catalogados sino dentro de este grupo que, acaso, pueden ser considerados con justicia como **precursores** de las investigaciones sociológicas.

Dentro de este párrafo merece consideración especial Juan Montalvo, no tanto porque sus estudios hayan tenido características sociales propiamente dichas, sino por la influencia ejercida por sus obras en las generaciones posteriores del Ecuador, al extremo que más de una de ellas ha lactado espíritu de libertad y gérmenes de rebeldía en el autor de los Siete Tratados, de las Catilinarias, y de la Mercurial Eclesiástica.

Montalvo es un curioso caso de intelectual romántico del siglo XIX, incrustado entre los riscos de los Andes. Clásico por educación, por lecturas y hasta por temperamento, individualista por la raza y por el medio ambiente, reúne en sí las cualidades y los defectos del filósofo solitario que, encasillado en su torre de marfil, lanza truenos e imprecaciones contra las miserias de los hombres y las injusticias de su tiempo. Es una mezcla de Quijote y de caballero cristiano, no sin ciertos ribetes de caudillo bárbaro y sublime; y como fracasó en su intento, siempre disimulado, de gobernar al país, compensa su fracaso con la energía puesta en la diatriba y con el flagelo de su palabra, con el que castiga a este pueblo que no le quiso o no lo supo comprender y que tampoco lo supo oír.

Pero es imperdonable, como ya alguien anotó que nuestro insigne literato, no obstante que en su tiempo ya estaban en boga, por un lado la Sociología fundada por Augusto Comte, y por otro el materialismo histórico elevado a la categoría de doctrina por Carlos Marx, haya desconocido totalmente las corrientes emanadas de una y otra direcciones,

contentándose con vivir de los recuerdos poéticos y líricos de las historias de Grecia y Roma. Y por eso, a pesar de toda su grandeza, Juan Montalvo tampoco comprendió a su pueblo, en el sentido de penetrar en él, en su más profunda naturaleza social, para extraer conclusiones de aplicación a corto o largo plazo.

Dijo que si escribiera un libro sobre el indio ecuatoriano haría llorar a la humanidad; desgraciadamente, no lo escribió, y por esto lo mejor que, sin duda, nos pudo ofrecer Juan Montalvo quedó en bella intención.

\*  
\* \*

Existe un notable paralelismo entre las corrientes filosóficas, literarias, etc., importadas de Europa y las nuevas tendencias que, como respuesta, van surgiendo en América; y existe también, desde otro punto de vista, una marcha sincrónica entre los hechos sociales y políticos que se producen en estos países y las inquietudes, aspiraciones, esfuerzos, que, a continuación, se producen en los grupos humanos de este Continente.

El Ecuador sigue la regla general; y, de acuerdo con este principio, se observa cómo la Revolución Liberal del 95 que, por otra parte, viene a coincidir con el fin del siglo, opera en nuestro medio social, político e intelectual un cambio apreciable, trayendo como consecuencia el florecimiento de un nuevo método de investigación en tratándose de examinar las realidades de la Nación Ecuatoriana.

Por esta época, los investigadores y estudiosos de la realidad social son también, a la vez, políticos actuantes o literatos fecundos; y así, los unos mezclan la acción con el estudio, y los otros el estudio con la ensoñación. Luis Martínez, Abelardo Moncayo y, más luego Agustín Cueva, vienen a ser los tipos representativos de esta época, de un es-

tilo cultural y de una visión aproximada, certera de la realidad de los hechos y de las relaciones sociales.

Agustín Cueva, jurisconsulto y político, hombre dotado de un claro talento, tiene el mérito de haber sido, al mismo tiempo, uno de los liberales más conspicuos de su tiempo y el verdadero iniciador del estudio de Sociología en la Universidad Central del Ecuador. Su cátedra, desempeñada por largos años, se consideró siempre como una fuente de donde emanaba saber y como un centro en el cual se despertaban las inquietudes y aficiones vocacionales hacia los estudios sociológicos. Su influencia abarca, pues, un largo período de tiempo y puede decirse con justicia que a él se debe, directa o indirectamente, todo el florecimiento posterior de cuantos han seguido por la vereda de las investigaciones sociales, introducidos en ella por esta especie de virgiliano guía que, para la ciencia social, fué durante su vida de maestro el doctor Agustín Cueva.

La obra de Cueva no se la puede medir por los libros que dejara —pues que no escribió ninguno—, sino por su labor constante y diaria en la cátedra, por sus lecciones hondas, tranquilas y meditadas que siempre dictó en sus largos años de enseñanza sociológica; y por sus artículos henchidos siempre de saber y de emoción social, que andan desperdigados en periódicos nacionales y extranjeros, especialmente en la revista de la Sociedad Jurídico-Literaria. Como es lógico, en todos los trabajos del maestro Agustín Cueva aparece una especial capacidad para enfocar los problemas del ambiente ecuatoriano, con criterio sociológico, notándose una marcada influencia de la sociología *spenceriana* y de la francesa de Durkheim.

Y valga este recuerdo de la Sociedad Jurídico-Literaria, para mencionar otro grupo de individuos estudiosos de nuestros problemas nacionales con el suficiente equipo de conocimientos en ciencia social —el único equipo que por entonces era posible adquirir en estas latitudes— siendo los más destacados representantes de esta generación, Julio

Moreno, Carlos Tobar y Borgoño y Belisario Quevedo en Quito, y Alfredo Espinoza Tamayo en Guayaquil.

Los dos últimamente citados contribuyeron especialmente al esclarecimiento del verdadero punto de vista sociológico, observándose una marcada tendencia en ellos a los estudios de psicología social, aplicada al Ecuador, como base indispensable para toda construcción sociológica eficaz y valedera.

No hay que olvidar que, para tales años, en el mismo ambiente científico europeo los estudios de psicología colectiva habían alcanzado gran boga, y las producciones de Le Bon, Tarde, y los psicólogos ingleses y americanos eran, por así decirlo, la última palabra de la sociología, sin que tampoco hubiese perdido todavía Herbert Spencer toda su magnífica influencia.

Desaparecidos del escenario vital los tres últimos, no queda sino Julio Moreno como el representante de ese momento histórico de la evolución de los conocimientos psicológicos en el Ecuador, quien, retirado ya de la política activa, nos entregó últimamente su voluminosa obra "El Sentido Histórico y la Cultura" en la que campea su espíritu de observación, un minucioso razonar y una notable predisposición para el pensamiento meditado, imbuído de alcances filosóficos, pacientemente laborado. Influencias culturalistas de los sociólogos de la cultura como O. Spann y Max Weber, y quizá de algunos otros fluyen a través de las páginas de Julio Moreno.

Independientemente de la Jurídico Literaria, aunque pertenecientes al mismo ciclo - histórico - cultural, debemos mencionar dentro del gran grupo de estudiosos y analizadores de los problemas nacionales a Julio Tobar Donoso, J. Roberto Páez y de modo especial a Jesús Baquero Dávila, cuya "GENESIS DE LA NACIONALIDAD ECUATORIANA", tiene el valor de obra fundamental, para todo investigador de la realidad nacional, habiendo contribuido a hacer luz en muchos puntos oscuros de nuestra historia y a sentar con-

clusiones valiosas en el campo de la psicología del pueblo ecuatoriano.

Tobar Donoso y Páez son los representantes típicos de lo que podemos llamar Sociología Cristiana o más propiamente, Catolicismo Social, siendo notablemente influenciados en sus escritos y discursos por las doctrinas católicas y sociales a la vez, de León XIII y sus continuadores.

Y para terminar este período, no tanto histórico, cuanto de tendencias y direcciones y, sobre todo, de calificación científica, es preciso ubicarlo en este punto a José María Velasco Ibarra actual Presidente del Ecuador, quien, antes de serlo la primera vez, ya se había distinguido por sus estudios analíticos de los problemas políticos y sociales del Ecuador, con cierta tendencia a localizarse en el centro de las direcciones ideológicas, dentro del campo de las investigaciones científicas.



La primera guerra mundial, la irrupción de las corrientes socialistas en el medio conventual del Ecuador, el desbarajuste de la política y de la economía internas produjeron en el país una conversión hacia la izquierda, por lo menos en el campo de la especulación científica y concomitantemente, los hombres de pensamiento adoptaron una nueva posición, para el enjuiciamiento de los problemas nacionales, procediendo a efectuar un examen crítico, con intención constructiva y sistemática, de la vida social y política de la nación ecuatoriana.

Por el mismo tiempo nuevas tendencias sociológicas y más ajustadas al criterio metódico que deben inspirar todas las ciencias, aparecieron en el pensamiento científico europeo, y de este modo, los nombres de Simmel, Tonnies, Worms, Giddings, y últimamente Wiese, han sido ampliamente conocidos en nuestros medios intelectuales.



Pío Jaramillo Alvarado puede ser considerado como el adelantado de este gran grupo, que constituye la tercera clasificación de aquellas en las que hemos dividido o catalogado a los estudiosos de la realidad nacional.

Sus obras han sido de gran aliento, y especialmente el *Indio Ecuatoriano* puede decirse que sigue siendo la más alta expresión de su cultura y uno de los libros fundamentales para el conocimiento del Ecuador.

Angel Modesto Paredes, verdadero tipo de hombre de ciencia, posterior a Jaramillo Alvarado, ha contribuido decisivamente al enrumbamiento de las investigaciones, por un sendero de pureza científica, despojando de lirismos y de especulaciones ociosas los trabajos de esta índole. Tanto en su "*SOCIOLOGIA GENERAL APLICADA A LAS CONDICIONES DE AMERICA*", como en su "*NATURALEZA DEL PODER PUBLICO*", y finalmente, en "*LOS NUEVOS SIGNOS DE LA CULTURA EN EL MUNDO DE LA POST - GUERRA*", se nos revela el hombre de pensamiento de rígida contextura, analítica, capacitado para dilucidar los grandes problemas de la Sociología en general y los pequeños "*GRANDES PROBLEMAS*" de la Sociología Ecuatoriana. Sin duda, todavía podemos esperar alguna nueva y quizá más importante contribución del expresado profesor al campo de las investigaciones sociológicas.

Benjamín Carrión y Aurelio García, el primero lindante con la literatura, y el segundo con la filosofía, deben también ser consignados en este grupo, como elementos de gran valor, no obstante que sus publicaciones no alcanzan un estricto carácter de trabajos sociológicos.

Más ceñidos a un criterio de índole sociológica, Víctor Gabriel Garcés y Luis Bossano, antiguo y actual profesores de Sociología en la Universidad Central, respectivamente, han publicado trabajos disciplinados y metódicos, que pueden considerarse sin vacilación como aportes irremplazables en el terreno de la investigación nacional.

Aunque más experto en materias políticas y constitucionales Jácome Moscoso, nos han dado, sin embargo, esbozos

de carácter sociológico en los que palpitan un espíritu fuertemente investigador, una precisa manera de enfocar los problemas y conclusiones de carácter general que no admiten discusión.

Luis Monsalve Pozo, en Cuenca y Rigoberto Ortiz en Guayaquil, han enriquecido también la bibliografía sociológica nacional, con trabajos de verdadero mérito, como la "VIDA Y PASION DEL INDIO ECUATORIANO", del primero de los nombrados, obra que mereció el honor de ser seleccionada para un concurso internacional, y que revela la facultad penetrante y analítica de su autor.

Finalmente, entre este grupo, se incluye también el autor de estas líneas, quien ha volcado sus inquietudes en su libro "LA FORMA NACIONAL", tratando de hacer en él una especie de examen de la realidad histórico-social del Ecuador.

\*  
\* \*

La tendencia predominante, en la actualidad, en las investigaciones sociológicas ecuatorianas, es la **indigenista**, acaso porque la realidad empírica de nuestro país nos conduce lógicamente a ello. Y es natural que, si queremos esbozar un boceto fiel de la nación ecuatoriana, con todas sus complejidades, urdimbres y problemas, debemos comenzar por obtener datos científicamente valederos y ciertos acerca de esa gran masa de población ecuatoriana, base y sustanto de la nacionalidad, que es la raza indígena.

Otra tendencia que se observa, fatalmente, en las investigaciones —y sin duda se irá acentuando posteriormente— es la de enfocar el estudio de los problemas desde una posición, que, sin rubor alguno, debemos llamar **socialista**, en el sentido más liberal del vocablo, y sin atribuirle ningún alcance de carácter político, ni siquiera doctrinario.

Tengo para mí que toda sociología nacional debe tener ciertas tendencias, ser, en suma, **tendenciosa**, asimismo en

el sentido más estricto del término; esto es, que tienda a descubrir o crear algo, a forjar una obra de proyecciones en el tiempo, y acaso también en el espacio. Y si esto es una verdad en tratándose de otros países que ya han alcanzado, por así decirlo una configuración orgánica de sus fuerzas sociales, mayormente lo es, en tratándose de países como el nuestro, que aún se debaten, desde el punto de vista social, en la nebulosa primaria de sus fuerzas orgánicas.

Por eso, creo yo que está muy bien que la Sociología Ecuatoriana sea **indigenista** y **socialista**; pero a estas dos tendencias, debe añadirse, superándolas, una tercera, que, sobre todo, después del desastre internacional sufrido por el país hace un lustro, viene a ser un imperativo categórico y es la clave de la verdadera **reconstrucción nacional** del Ecuador. Me refiero, con estas palabras, a la tendencia **revisio-**  
**nista** y **retrospectiva** que debe alentar nuestras investigaciones sociológicas, no porque vayamos a resucitar un pasado, ni porque queramos revisar tratados internacionales; sino porque, en el sentido más profundo de aquellos vocablos, debemos intentar obligadamente, la búsqueda de la fórmula o fórmulas que nos permitan, por un lado recuperar la antigua grandeza del Reino de Quito, y por otro, reparar las tremendas injusticias históricas que hemos sufrido como pueblo.

¡Qué contraste entre el Imperio de Quito de Atahualpa, epicentro cultural de Suramérica, grandioso y fuerte, y el Ecuador de hoy, pobre, mutilado y vencido, que parece agarrarse duramente de un pedazo de suelo para no ser borrado de América!

Es de todo punto imposible concebir un Ecuador geográfico, desprovisto de sus elementos naturales complementarios; y entraña un verdadero contrasentido de antropogeografía el pretender dejar a nuestro país reducido a una faja de territorio embotellada entre dos inmensas extensiones como son el Perú y Colombia.

Un pueblo no puede ni por el más solemne de los tratados renunciar a su futuro y al derecho de las generaciones

venideras para realizar su misión. Creo firmemente que este pueblo asentado en suelo ecuatoriano tiene que realizar una misión, en el concierto cultural Americano. Lo prueban su pasado y su grandiosa capacidad de creación, hoy por desgracia apagada, pero no extinta. Por tanto, cuando llegue esa hora en que el espíritu de Quito (por antonomasia) vuelva a vibrar con esa maravillosa flexibilidad que le es inherente, no habrá ligadura externa, ni siquiera la del suelo, que sea capaz de contenerlo. Y el reflujo vendrá, y entonces las cosas ocuparán sus verdaderos límites, haciendo posible la vida armoniosa de los pueblos en América. Y hacia este fin debe tender toda Sociología Ecuatoriana.

## CITA EN EL PARQUE

En las primeras horas de la mañana. Antonio, hacia largo rato, paseaba— iba y venía— por el sendero, entre la grama de un verde tierno, junto a una alta hilera de pinos. Reptando por entre la grama como una serpiente. Metáfora vulgar: Tal vez: reptando entre. Ocre. Extendiendo el brazo delante del busto, con aire elegante, formó un ángulo de noventa grados con el antebrazo. Miró de soslayo. Treinta minutos. Es demasiado. Mujer caprichosa. Vagamente extendió la vista sobre el césped. Ayer, he visto lágrimas en sus ojos. No había razón para ello. Con el dedo índice se tocó la mejilla, debajo del ojo derecho: mi lunar crece día a día. No estoy muy seguro de haber echado llave a la pieza. Siempre igual. Solamente entonces advirtió Antonio que sobre la grama del prado titilaban gotas de rocío: “a través del rocío de una lágrima”. Ternura fácil.

Le ayudaré a descender del bus. Los pasajeros mirando, sospechosos. Bajaré la vista, para que ellos presuman que somos amantes. Reptando entre la grama como una serpiente ocre. De mal gusto. Ocre: demasiado real. No se trata de encontrar belleza en la naturaleza. Picasso, Andre Lhote, Einsestein: “La mecánica de la formación de una imagen en la vida real”. Eso es: la naturaleza debe imitar los mecanismos de creación del arte. Paradoja. El arte debe imitar los mecanismos de la naturaleza. Lenguaje directo. Caramba; este tremedal. Humedad. Segunda vez. Atisbó la esfera del reloj. Treinta y cuatro minutos. Al fondo de la

mirada distinguió una mancha de barro en el zapato. Alzó el pie izquierdo y frotó la puntera en la pantorrilla de la pierna derecha. En la balaustrada de la azotea esa hermosa azucena. Un poco pálida. Blanca piel suave. Son costosas las camisas de dormir de raso piel de ángel.

Se detuvo. Con las manos en los bolsillos, recorrió la mirada sobre el paisaje. La Naturaleza hace prodigios. No sabe pintar. La composición, la cromática. Leyes plásticas. Ese amarillo del cielo: chocante. Arte: **lo poético** debe sustituir. Me voy a atrasar a clase. Todos sentados en los pupitres. Buenos días, doctor. Murmullos. Un grito: se ha quedado haciendo versos. Poeta. Pelo crecido. No se corta el cabello porque ha de perder la fuerza. Como Sansón. Estúpidos. Arte puro: la noción de **lo poético** debe sustituir a la noción de lo bello. Conceptos caducos. Antonio estaba a punto de alejarse del parque. Esperaba ya 35 minutos. Humedeciéndose el calzado cruzar, diagonalmente, el campo de grama. El bus se detiene junto al encintado de la acera. Dignamente Lola descende los peldaños de la escalera del bus. Antonio le extiende la mano. El cutis blanco: pétalos de las azucenas. Pistilos. Polen dorado. El florero, roto en el borde. Buenos días. Presentí que venías en este bus y salí a la parada. Perfume exquisito. El brazo en torno al talle. Blancos como las azucenas: los senos.

A aquel banco, en el claro de bosque de pinos. Decoración rigurosamente académica. Claro de bosque. Sol filtrándose entre las hojas de los árboles. Valery: EL BOSQUE AMISTOSO: "Ambos hemos pen.... "Ella y El aparecen en la escena. Comienza el diálogo. En contrapunto: ella romántica; él hombre de mundo. Cursi, irónico. Definitivamete no iré a clase. "No pudo asistir mi hijo porque se halla indispuesto. (f) Amable Jiménez". Aparecerá el escenario desierto como un día ordinario de ensayo. Maquinistas, delirantes, arreglan la **misce-en-escene** Pirandello. Influencia, sí; pero no plagio. Montada la decoración, un maquinista se acercará a primer término y ex-

clamará, dirigiéndose al electricista:— ;Señor Electricista, la luz no está de acuerdo con la hora del libreto! Las escenas . . . Qué frío. Levantó la vista al cielo que, entre tanto, se había encapotado. Va a llover. Claudel, no; mas bien, Cocteau. El segundo acto.

Al dar una vuelta más sobre el sendero, pardo por efecto de la tenue garúa, Antonio vió encaminarse hacia sí una hermosa mujer, vestida de azul. Azul en la playa, verde mar adentro.

Cómo asciende el nivel de agua salobre

Cómo asciende

—Buenos días. Era Lola que llegaba retrasada a la cita.

## PERFIL DE LA AUSENTE

*ESPECIAL PARA LA REVISTA AMERICA DE QUITO*

“Ese caballo morado tiene la manía de darse las vueltas”— dijo mi hermana, señalando la ventana cerrada, detrás de cuyos opacos vidrios se adivinaba la triste claridad del domingo.

—¿Qué caballo?— replicó mi madre.

Y de pronto cayó en la cuenta del trágico significado de la frase. Miró a la enferma, cuyas ojeras estaban teñidas de un firme violeta. Y se entregó a un llanto interior. Mi hermana tenía una dulce sonrisa; el dolor se había esfumado ya de su rostro y los médicos afirmaron que su salud había reaccionado. Pero, conservaba una intensa palidez y los colores fríos de sus ojeras. Comprendí, que a pesar de todo, la enferma deliraba. Se entabló en mí una secreta lucha de ideas. “Es posible que se muera”, me dijo una voz. “Imposible”, repuso otra, ahogando a la primera. He oído decir que los enfermos entran en delirio antes de sanarse definitivamente, pensé. “O antes de morir”, interrumpió aquella, la primera voz, encarnándose en un fantasma semejante a una serpiente. Y la serpiente habló así: “ese caballo morado es el de la muerte; cuando llega, ya es difícil deshacerse de él; es un caballo etéreo que se filtra por las ranuras de las ventanas, por los huecos de las cerraduras, por las gargantas de las chimeneas”.



Me aterró ante esta voz. Y miré a mi hermana. Su rostro seguía siendo intensamente blanco y su mirada verde vagaba en varias direcciones. Mi madre estaba como petrificada; el mármol de su cabeza tenía un perfil de líneas rectas; seguramente lloraba en su interior; las madres, cuando están pensando, en realidad están anegándose en un llanto que no alcanzamos a ver.

Vino a mi mente una filosofía sobre la muerte. Hice esfuerzos por desechar toda idea. Me parecían las ideas algo así como mariposas fatales. Pero, no se dejaron expulsar de la mente.

La muerte. La muerte! ¿Qué será? Lo evidente, lo inexorable es que se muere. Se deja de caminar. Se pierde el movimiento. La materia se torna pesada. Se hace inerte. Todo brillo desaparece. Se destruyen los ojos. Se desmoronan los perfiles de los rostros. Toda luz se apaga".

El reloj de la torre dió las horas.

—Quería verte— dijo la enferma.

No supe qué contestar.

—Y cómo está nuestro perrito Tomás— añadió mi hermana.

—Está bien.

Había lucidez en su mente. Y, sin verdadero fundamento, había dejado yo que ciertas ideas sombrías se debatieran en mi conciencia. La esperanza humedeció mi corazón.

Me fui.

Eran las once de la noche.

Hallábame solo en la casa. Mi madre quedó en la clínica con la enferma. De la torre cayeron campanadas roncacas y fúnebres. Estuve dándome vueltas en el dormitorio. Salí a la terraza, por unos momentos y encontréme con los

olores nocturnos que emanaban de los geranios de los maceteros. La torre alzaba su cuerpo vigilante, entre las sombras. Ningún rumor, en la casa. Hallábame ante uno de esos silenciosos que parecen superestimular los sentidos, que son algo así como drogas heroicas. Estaba ante uno de esos silencios que encantan. Que bañan. Que cambian la estructura de la materia. No había luz en el patio.

De pronto, oí abrirse la puerta de la calle. Y luego, unos pasos por la escalera oscura. No eran los pasos de mi madre.

—Señor Alberto— me dijo.

—No me diga una palabra más— repliqué, pero para mí, en forma que no se me oyera— las desgracias no se avisan; vienen ellas mismas, navegando con sus propias alas.

—Sabe la sucedido?— me dijo.

—Ya lo sé.

—Aconteció hace un cuarto de hora. Pobrecita! Cuanto lo siento!— informó una joven del piso vecino que había estado junto con mi madre, haciendo compañía a la enferma. Mi hermana había muerto. Lo sabía desde mucho antes. De modo que cuando recibí el golpe no tuve reacción alguna.

Una psicología especial se apoderó de mí. Me sentía como recién llegado de un país distante. De suerte que empecé a tratar a todos como si fueran extranjeros.

Fuí a la agencia funeraria. Los empleados de esa antesala de los cementerios, trajeron las cortinas, el ataúd, los grandes cirios. Mi hermana fué colocada en el ataúd en nuestra presencia. Ví como la colocaron en el féretro; sus manos estuvieron cruzadas en el pecho, formando un lazo ebúrneo. Su cabellera tenía un ligero resplandor dorado. Sus ojos verdes estaban cerrados, sustituidos por dos líneas negras, como dibujadas suavemente al carbón por el dios del sueño. Sus pestañas largas parecían los estambres de una adormidera. Estuve sereno, sin llanto, al momento en que cerraron el féretro, guardando en su seno, para

siempre, a mi hermana. Mi madre se limitó a decir, escuchando el último golpe: "nació a esta misma hora".

Ardian los enormes cirios. Y por los cristales entraba una luz azul, espesa; una luz mezclada de sustancias violáceas. Era el alba. Mi hermana dormía allí, en la caja de madera. Para encerrarla, vistiéronla con su traje más nuevo. En su cuello llevaba una pequeña medalla, la de su primera comunión.

Me pareció que todo lo que estaba pasando era transitorio. Estábamos algo así como ensayando una maniobra con el destino. Por un estado semejante al mío deben pasar los marinos cuando se desata la tormenta; posiblemente no tienen tiempo sino para ver lo real, lo material, lo instantáneo, sin buscar en los hechos algún significado profundo.

Cuando se llevaron el féretro, entonces, por primera vez, pasó por mi espíritu un relámpago de soledad. Aquello que yo había dado en llamar soledad, antes de experimentar el rudo golpe de la muerte de mi hermana, había sido solo aburrimiento, quizá torpeza, quizá incertidumbre. La soledad, propiamente, es otra cosa. Es una marea.

La enterramos!

Y únicamente después, mucho más tarde, he empezado a comprender que, en efecto, mi hermana está muerta. Este convencimiento me llega cuando me interno en las oscuras sendas del recuerdo; cuando viene la noche con el perfume de los geranios, con ese mismo perfume de aquella vez, en que se me dió la noticia de que se había apagado la vida de un ser amado.

A la muerte no se le entiende pronto. Se la va comprendiendo, poco a poco, a medida que pasan los años.

Quito.

J O S E   A L F R E D O   L L E R E N A

# ELEGIA A LA MUERTE DE LOS COMBATIENTES ALIADOS

*I chant this chant of my silent soul  
in the name of all the dead soldiers  
Ashes of Soldiers—Leaves of Grass*

Walt Whitman

*Cementerios del mar y de la tierra  
os dan cabida a los que fuisteis  
héroes, no de la guerra  
solamente;  
de ese ideal humano más noble y más grandioso  
a inaprehensible que es  
la sacra libertad!*

*En los desperdigados panteones cardinales,  
hechos cárdenos lirios de ceniza  
estáis.  
Flores de fuego errante, vuestros lunados huesos  
dan la ilusión del cielo  
en la noche florida de estrellas pensativas.*

*Sois y no sois, hijos del hombre!  
Sacrificádos, mártires:  
yo vi aquellos relámpagos de vuestra valentía  
iluminando, claros, los épicos caminos  
de vuestro dolor y vuestra lucha.*

*Vi cómo un torrentoso océano de sangre  
se iba formando, espeso y largo y deslumbrante  
con el manantial de vuestras vidas.*

*Vi cómo el huracán homérico y bravo  
de vuestro coraje,  
escoba de luz bélica, potente y bienhechora,  
fue limpiando tenaz, palmo a palmo, la tierra  
de esa cruz de ignominia que la hidra sanguinaria  
como mala simiente arrojara en su seno.  
Vi cómo a torrentadas de bomba y de metralla,  
de mortero y granada,  
ibais echando al suelo las altas fortalezas  
que erigió la locura  
en una hora de oprobio y de inconsciencia humanos.*

*Bebiendo sed y comiendo hambre y dolor y sufrimiento,  
de trinchera en trinchera,  
domando al tiempo, encabritado,  
bajo el sol y la nieve y la noche impasible,  
fuisteis  
sembrando los caminos del triunfo con la cara  
semilla de vuestras vidas en holocausto.  
Día y noche, noche y día, minuto por minuto,  
en un tiempo sin tiempo,  
fuisteis arrolladores,  
derribando, soberbios, los negros horizontes,  
hasta dar con la fiera  
y hundirla, para siempre, en su propia guarida!*

*Os vi caer, segados, como espigas.  
Os vi bajar de lo alto, bólicos encendidos,  
amortajados ya en vuestras propias alas.  
Y vi surgir un sol de vuestros cuerpos.  
Y escuché los ayes de vuestras agonías.  
Y oí un llanto estremecido  
brotar de las entrañas profundas de la tierra!*

*Sois la siembra miliaria regada en los eriales  
de la eternidad y de la muerte,  
que da frutos de luz para la humana vida.  
El plinto de oro sois, la columna y la llama  
y el fulgor siempre vivo  
del taro que a los hombres ha de guiarles  
a las costas tranquilas de la paz y el amor.*

*Muertos estáis, mas vuestro espíritu  
hablando está en lengua multiforme  
la palabra divina que ha de dar a la especie  
la clave y la ruta del nuevo camino.  
Dioses todos, vosotros, sacrificados, mártires  
de esta epopeya trágica, sin letra ni armonía,  
magna e intraducible,  
mas de la que, de nuevo, otra vez para el mundo  
ha renacido el fénix  
eterno  
de la Libertad!*

*Sois y no sois, hijos del hombre!  
Vencidos vencedores!  
Solos estáis ya,  
sin paisajes y sin estaciones,  
sin lunas ni crepúsculos;  
pero una llama eterna  
de amor  
vigila vuestro sueño,  
y un rocío de llanto, que viene de lo eterno,  
—donde las olas del dolor se aquietan  
y nace la esperanza—  
y hacia lo eterno va,  
cae cada alborada regando vuestra cruz.*

Quito, Mayo de 1945

# P O E M A S

Del próximo libro "Mi siembra y mi Cosecha"

## AL PIE DE LA MONTAÑA

*Al pie de una montaña de nieve y de granito,  
con las faldas cubiertas de espinos y de cantos,  
en medio del silencio, de cara al infinito,  
me encontré, siendo niño, un día de entre tantos.*

*Golpeada por la furia de tormentas y alisios,  
gigantesca y adusta se erguía la montaña;  
sin rutas que la crucen y hendida en precipicios,  
llegar hasta su cumbre no era fácil hazaña.*

*Su mole remataba en un abrupto cono,  
mis ojos la medían con ánimo perplejo,  
bañaban mis mejillas lágrimas de abandono  
y sólo de mirarla me iba sintiendo viejo.*

*La luz del sol brillaba ardiente y sin recato,  
por el azul profundo no vagaba una nube  
y mi alma solitaria de pronto oyó el mandato  
de una voz interior que le decía: sube.*

*Por débil y por tierna ignoraba mi planta  
las sorpresas que ofrece la senda al que camina:  
la sed abrasadora que quema la garganta  
y el dolor que en sí guardan el quijarro y la espina.*

No obstante, un miedo incierto detenía mi paso.  
Mis fuerzas no eran tales para escalar la altura:  
privado desde mi alba del maternal regazo,  
mis fuerzas eran sólo la pena y la pavora.

Pero la voz urgía con tono imperativo,  
ajena a la honda angustia de mi ser indefenso;  
y, antes de que pudiera pensar, ya pensativo,  
a pasos vacilantes di principio al ascenso.

La maraña, primero, hostil, impenetrada,  
como una valla espesa de tallos punzadores,  
desgarraba mis carnes, cerrándome la entrada,  
y, a mi dolor perenne, sumando otros dolores.

Más allá, el impetuoso caudal de los deshielos  
que, abriéndose en la tierra el cauce que lo lleve  
a mezclarse a otras aguas, bajo diversos cielos,  
cual lírico mensaje del llanto de la nieve,

se interponía al fondo de las quiebras violentas,  
paralizando en seco mi pie desatinado,  
que, del espanto y ante las ondas turbulentas,  
quería, de regreso, volver a andar lo andado.

Durante el mediodía, el calor inclemente . . .  
hoguera que caldeaba la atmósfera y el suelo  
y el ascua de la fiebre encendía en mi frente,  
pesada de congoja y enferma de desvelo.

Después . . . la noche negra, de misterio inetable,  
en la que, única estrella, moría mi esperanza,  
mientras en mi conciencia sonaba, inexorable,  
la voz, la voz de siempre, que me gritaba: avanza . . .

---



*Son hoy ya cincuenta años que sueño y que camino . . .  
y el jugo de mis vides se ha rezumado en ellos;  
del largo andar me sangran mis pies de peregrino  
y a nevar el invierno comienza en mis cabellos.*

*¿Qué le aguarda en la cima a mi postrer anhelo?  
La gloria, que es mentira; la muerte, que es reposo?  
A mi pregunta opone su indiferencia el cielo  
y en sus alas, el viento, se lleva mi sollozo.*

*Pero, por fin, la cumbre, más próxima se ofrece . . .  
Que he de llegar yo intuyo, aunque no sepa el día.  
La paz de las alturas ya es paz que en mí florece,  
y fuerzas de flaqueza sacará el alma mía . . . ! !*

## MI SIEMBRA Y MI COSECHA

*Este año va a ser año de abundancia . . .  
La tierra ya se muestra agradecida,  
y en la oración de amor, de su fragancia,  
canta su gratitud para la vida.*

*Al abrigo de espesos matorrales,  
que, con la algarabía de los nidos,  
se han vuelto musicales,  
colmada  
de sustanciosos pastos bien floridos,  
en paz rumia y se duerme la vacada.  
Y, haciendo honor a la bondad del año  
con un crecer continuo de balidos,  
desde el enhiesto monte a la hondonada,  
nevando va las rutas el rebaño.  
Su lana, garantía del buen paño,  
madura se halla ya para esquilada.*

*Qué exuberancia tienen los sembrados,  
áureos y verdes bajo el claro cielo!  
Cómo su propio peso a las espigas  
las doblega hasta el suelo!  
Y en los gruesos maíces esmaltados,  
que susurran al viento, empenachados,  
cómo hinchan las mazorcas sus barrigas!  
Hoy, sí, que van a ser galardonados  
mi esfuerzo y mis fatigas!*

*El campo rie porque está de fiesta . . . .  
se renuevan las flores en los tallos . . . .  
alas y trinos pueblan la floresta . . . .  
y es más sonoro el canto de los gallos . . . .  
Hasta el labriego de encorvada espalda  
y cabello empolvado de ceniza,  
que junto al manso buey duerme la siesta,  
encerrado en un marco de esmeralda,  
tiene en su rostro una feliz sonrisa.*

*Se diría que va por los senderos,  
suelta, ella sola, la alegría humana  
con el anuncio de tener mañana  
bien llenos, hasta el tope, los graneros.*

\* \* \*

*Ven a mis puertas pálido mendigo:  
no ha de faltarte este año el pan que imploras:  
también fué para ti que sembré el trigo,  
pensando en la miseria de tus horas.*

*Ya obtuvé el fruto de mi afán prolijo:  
la troje, para el grano, vino estrecha.  
Bandito sea Dios que, así, bendijo  
mi siembra y mi cosecha!*

# P O E M A S

—Del libro "CLEPSIDRA"—

## DESPUES DEL ALBA

*Se contrae la lengua del viento.  
Y al extenderla súbito,  
un silbido rompe el cristal empañado del aire.*

*El campo, envolviendo la cobija  
agujereada de luceros de la noche,  
se lava el rostro terso en el chorro del alba.*

*El cornetín del gallo empuja con la cresta  
el almohadón mullido del espacio.  
Y cuenta con su canto de pluma  
que el día guarda sus cascabeles de oro  
en su pico de alfanje.*

*Un niño, corderillo de niebla,  
ilumina la estancia con la llama del grito.  
La madre, fulgor de madrugada, jugo de frutas frescas,  
ofrece en las toronjas ardientes de los senos  
su leche constelada de estrellas.*

*El sol, empinado en las nubes,  
suelta en la tierra temblorosa de júbilo  
sus madejas de lumbre.*

*Y el hombre, sonido de hueso,  
dirige a la esperanza  
el bñido preclaro de su cuerpo,  
mientras la matraca de su gran corazón  
aturde el oído del mundo.*

Mayo de 1945.

## LA PALABRA

*Entrega tu palabra a los surcos del tiempo,  
tu palabra encendida en el sol de la sangre.  
Madurada en la mente irá a cualquier oído  
repleta de armonía, de color y fragancia.  
La palabra sin tacha tiene el privilegio  
de cambiar toda sombra en horizonte diáfano.*

*Que tenga tu palabra transparencia de espacio,  
inmensidad de cumbre, poder de ascua perenne.  
La palabra pulquérrima es la voz del espíritu  
Es bueno ennoblecerse y dialogar con Cristo.*

*Que huelga tu palabra a violeta y retama,  
a floripondio agreste, a canela reseca.  
La palabra nacida de abolengo preclaro  
tiene la vestidura fulgurante del alba.*

*Que sea tu palabra la lámpara que buscas.  
El secreto del hombre está en saber hallarse  
con el mismo lucero encendido en la lengua.  
Repara con luz propia la herrumbre de tu mancha.*

*¡Oh palabra perfume, palabra sinfonia!  
¡Oh palabra lucero, palabra luminaria!  
Quien te encubre en el cieno no puede llamarse hombre.  
Quien denigra tu estirpe es un monstruo de sombra.*

Mayo de 1945.

A L F R E D O M A R T I N E Z

## PANORAMA Y SINTESIS DE LA PINTURA ECUATORIANA

Es una verdad que no admite discusión que Quito, capital de la República del Ecuador, antiguamente sede del Reyno de los Shiris y cuna de Atahualpa el último y más grande de los Reyes de Tahuantinsuyo o Reino de los Cuatro Horizontes, a la llegada de los conquistadores españoles, fué la ciudad de más gloriosa tradición artística del Continente Americano en los tiempos de la Colonia.

Los choques de una vieja y brillante cultura que estaba en el cenit de su ascensión, con un ambiente de primitivismo lleno de color y plasticidad, fueron los ingredientes lejanos pero esenciales de esa alquimia maravillosa que fué nuestro arte colonial. Dos raíces étnicas dieron su savia a esa flor extraña: la una de afirmación conquistadora; la otra, de extensos ademanes de silencio bajo el muro de los vencimientos. La primera con los sutiles y alquitarados jugos de la civilización y la experiencia. La segunda con la frescura vegetal e instintiva del aborigen. Paciente y de siglos fué el progreso. Ya las fogatas indígenas que relumbraban en los cerros se habían apagado como las estrellas al declinar la noche. Una nueva cultura se enseñoreaba desde hace tres siglos a lo largo de las breñas andinas, e imponía cruelmente, como vencedora, sus denominaciones y conceptos, e incluso su religión y su arte. Transplantáronse, como por milagro, los grandes monumentos europeos de piedra y piedad cristiana rematados

con agujas góticas. Multiplicáronse, casi por arte de magia, donde el español ponía su planta, las iglesias, los conventos, los oratorios, bajo estos cielos todavía paganos. Toda la sombría y trágica imaginería española con sus conflictos se trasladó a estos lares indios sufridos y nostálgicos. El surco estuvo apto y ávido. El barro aborigen fecundo con lágrimas y sangre, se encandiló con el tenebrario de los cirios, se pobló de la angustiada soledad de las capillas y se adaptó, paramentalmente, al espíritu español obstinado en la búsqueda de claraboyas en el cielo como compensación al fuego sensual y terreno que consumía su carne.

Es por eso que en el arte colonial de América Latina, sin embargo que predomina de manera acusada y visible la influencia europea, puede también observarse la sobrevivencia de formas elementales y la barbarie decorativa de nuestros aborígenes. En las obras de los más grandes artistas de la colonia siempre encontraremos alguna huella encarnizada e incisiva que nos recuerda, remotamente, el ara del sacrificio o la sangrienta liturgia de las tribus primitivas.

Por un fenómeno que sociológicamente no puede explicarse de una manera satisfactoria, a no ser que el polvo de los siglos haya sepultado definitivamente una valiosa tradición artística del Reyno de los Quitus, que posiblemente rivalizó o superó a la de los Mayas o de los Incas, la ciudad de Quito fué la sede indiscutible del más alto florecimiento del arte de la Colonia. Sabemos que bastante y muy valioso en arte se produjo por ese tiempo en México, Lima, Bogotá, La Paz, etc. Pero Quito sobrepujó en mucho en todas ellas. Basta serían unas pocas citas de personas imparciales y entendidas para que no quede sombra de duda, en el más escéptico, respecto a ese acerto. El europeo Giulio Aristide Sartorio, después de larga peregrinación por todo el Continente Americano, entre otras cosas, dice: "Quito es la Atenas Americana y el corazón de la Amé-



rica Latina. Se puede afirmar sin temor, que Quito será el centro de formación espiritual del arte americano autóctono." El Argentino Martín Noel expresa: "Quito—en arquitectura— se nos presenta como el centro básico de la expansión artística en la parte Norte de nuestro continente sudamericano." El español Ricardo Cappa, manifiesta: "Tomando en la mano, y sin preocupación alguna, el peso de la justicia, veo que el fiel se inclina, sin oscilar una vez siquiera, del lado del Ecuador. Sólo Miguel de Santiago, en la pintura, contrabalancea y supera a todos los pintores del resto de la América del Sur." Así por el estilo podríamos citar infinidad de valiosas opiniones.

¿Es acaso este hecho evidentemente constatado y universalmente reconocido una simple casualidad o un capricho histórico? La historia se desenvuelve bajo un proceso de rigurosa causalidad que fatalmente condiciona el fenómeno del devenir humano. No puede ser casualidad y capricho histórico que el lugar geográfico donde crepitaran los primeros chispazos de la emoción revolucionaria y donde sonara la primera campanada de la Independencia de América, tuviera, también, los más altos representantes del arte de su tiempo. No hay que olvidar que el arte es siempre la prodigiosa síntesis de una época, y el artista, algo así como el foco central de un fermento de expansión heroica. De Quito partieron las expediciones que culminaron en el descubrimiento del más grande de los ríos de la tierra: el Amazonas, arteria continental de vitales significados. Por primera vez se navegó en el Amazonas cruzando el continente virgen y se desembocó en el Atlántico en viaje iniciado en Quito, y que rivalizó a las más difíciles azañas de la Historia e inclusive de la leyenda humanas. Se descubrió y exploró los valles del Cauca y del Alto Magdalena en asombrosas jornadas de aventuras y demás ha-

zañas que revelaban muy a las claras la tensa energía que galvanizaba el ambiente de la urbe representada en sus conquistadores y su complejo y tormentoso destino espiritual floreciendo en sus innumerables solemnidades religiosas, en sus claustros renacentistas bajo las gárgolas cenobiales, en los oscuros ambientes crepusculares de sus iglesias y en las obras de sus innumerables artistas.

Precisamente a mediados del siglo XVII, vísperas de la Revolución Emancipadora, florecen los genios de nuestro arte colonial. Son los fulgurantes meteoros anunciadores de la lucha y liberación: Miguel de Santiago considerado como el máximo exponente de la pintura colonial americana y Nicolás Javier de Gorívar, su discípulo y amigo. El Padre Carlos, el indígena José Olmos, conocido generalmente con el sobrenombre de Pampite, revelarán en sus obras escultóricas las energías trágicas de que estaba sobrecargada la Colonia. Sobre todo Francisco Javier de Santa Cruz y Espejo, prodigioso inciclopedista que, como Prometeo, intentó iluminar y dar libertad al hombre de la Colonia. Su espíritu logró encender las más altas llamaradas revolucionarias y clarividentes de la época, las que hicieron posible la Independencia.

Quito, ciudad señorial y de grandes monumentos de piedra enclavada en las sinuosidades de los Andes, fué el escenario de este drama. Drama doloroso de creación y libertad. Espíritus extraordinarios en todos los órdenes del saber humano han dado celebridad a la ciudad, además de sus grandes monumentos arquitectónicos, de sus templos y claustros que guardan las colecciones de arte colonial más completa y perfecta de esos tiempos.

Quito a 2.840 m. sobre el nivel del mar es posiblemente una de las más típicas ciudades del mundo. Está situada en una hondonada, digamos mejor, en una rugosidad de la meseta andina. Las quebradas antiguas la dividían en verdaderas ciudadelas limitadas por fosos profundos. Las obras de relleno y urbanización al colmar los despeña-

deros han unido los diferentes sectores de la ciudad por calles fácilmente accesibles, pero angostas y sinuosas, que se elevan y descienden irregularmente como "montañas rusas". Su visión panorámica de la impresión de fatigoso escalonamiento. La atmósfera soleada y brillante está clavelada por las torres de sus muchos templos. Hay también sectores planos a la salida de la garganta de la ciudad, por el lado Norte, donde se extienden los barrios nuevos, que llegarán a constituir la ciudad del futuro. Los bordes desiguales de la urbe limitada por cerco de montañas semeja, por las muchas salientes, algo así como una irregular y gigantesca estrella cuando se la mira de las alturas que la circundan. Esa impresión es más acusada en la noche al resplandor de los innumerables bombillos eléctricos. Hay que aclarar que en las noches coloniales la ciudad debía naufragar entre las sombras.

Lo que podríamos, hoy, llamar la ciudad antigua, sigue constituyendo el alma de la Capital del Ecuador. Ahí está el Gobierno, Instituciones Bancarias y Comerciales y en general todo lo que tiene alguna importancia. La Plaza Grande es el corazón de la ciudad del cual parten y al que convergen todas las perspectivas.

Esta, en grandes rasgos la ciudad donde alcanzó su más alta expresión el arte de la Colonia, que en términos estéticos constituyó un verdadero renacimiento del arte europeo de la época en América y sociológicamente dió la medida de la capacidad de asimilación cultural de nuestro país y de las profundas y elevadas preocupaciones del alma de sus hombres.

El 6 de Diciembre de 1534 el conquistador Sebastián de Benalcázar fundaba la Villa Española de Quito sobre las ruinas todavía humeantes de las chozas indias prendidas fuego por la indómita diestra del General aborigen Rumiñahui. Junto con la espada sentó, también, sus reales la cruz. Fray Jodoco Ricke, religioso franciscano de origen flamenco, trajo en sus pupilas el resplandor renacentista y en su

alma el misticismo gótico de la Edad Media. Muy pronto esos atributos se expresarán para la eternidad en uno de los monumentos de piedra y piedad más célebres de esos tiempos: la iglesia y convento de San Francisco de Quito. Fué tan grandiosa, severa y deslumbrante la obra para los ojos asombrados y el pobre espíritu de la época, que el pueblo ha envuelto en la leyenda sus orígenes. Es tradición popular que el magnífico y enorme atrio de piedra de San Francisco fué terminado en una sola noche por el diablo. El indio Cantuña, contratista de la obra, había calculado mal el plazo de su entrega. Vendió su alma a Satanás para que le ayudara a terminarla y cumplir su compromiso. Toda una noche interminable se oyó en la ciudad el afanar apresurado de legiones infernales que trabajaban febrilmente antes de que apuntara el alba. Pero la verdad es que esta maravilla de arquitectura en piedra pulida principió a edificarse en 1537, bajo los auspicios generosos de Carlos V. Posiblemente 38 años antes del Escorial de Felipe II. Se cuenta que el Monarca español, en cuyos dominios el sol no se ponía, acostumbraba frecuentemente fijar su mirada en lontananza. Preguntado por el motivo de su preocupación, respondió: "Veo si aparecen ya las torres de la Iglesia de San Francisco de Quito. Se ha gastado tanto en construirla, que ya deben llegar al cielo." Sólo al mediar el siglo XVII, en el año de 1650, se termina ese hermoso templo de la cristiandad, y desde esa fecha, San Francisco de Quito, levanta sobre América sus soberbios penachos de piedra, la magnífica y barroca fachada de su templo de estilo renacentista, la iglesia con artesonados mudéjares, su decoración en oro y colores, las columnas de variados estilos, las pilas de piedra, las escaleras pétreas, las bóvedas suntuosas, los arcos elegantes, mil maravillas de orfebrería y decoración, sus claustros inmensos sostenidos por columnas dóricas, en donde el hombre es, apenas, reflejo de una mística abstracción y donde parece que el tiempo no transcurre, porque en esa impresionante quietud

agrandada irrealmente por los fuertes contrastes de las sombras, casi sinistestras, de las arcadas, con la perspectiva solitaria y deslumbrante de los enormes patios, se tiene la sensación de estar en un mundo mágico, extraño, inasible, azotado, ya, por los primeros fríos de la eternidad.

Esta fué la mística del conquistador que hizo levantar sobre esta tierra, deleznable y volcánica, soberbios monumentos de piedra, cuyo orgullo, en muchas ocasiones, fué abatido por los continuos estremecimientos de los Andes, que, en especie de revancha totémica, trataban de reivindicar los profundos y esenciales valores de nuestra América India. Pero América había sido vencida. Todo le fué impuesto con violencia. El cristianismo aportaba el espíritu medioeval en su trágica pasión por la eternidad. Felizmente el destino universal de los valores de la cultura volvía a encenderse en las llamaradas del renacimiento. El Barroco, profunda raíz artística originada en el Renacimiento, se aclimató con facilidad porque ya tenía raíces adventicias en esta tierra todavía pagana y en la plástica y primitiva fantasía de sus hombres. Sobre todo en el estilo monumental, fastuoso y execivo del barroco podían trepar, sigilosamente como enredaderas, el genio decorativo y frondoso del aborígen. Esto significó una suerte de liberación y es lo único que explica la fácil asimilación e identificación por parte del aborígen de módulos artísticos extraños y que distaban mucho de estar en relación con el medio geográfico y social. Es cosa comprobada que los grandes artistas de la Colonia fueron indios puros o mestizos.

No es nuestra intención, además de que ya lo han hecho antes escrupulosos investigadores, el tratar de describir en forma pedagógica las excelencias artísticas de nuestros templos. Caeríamos en la redundancia o en la simple repetición y carecerían de oportunidad en un estudio sumario como el presente. En estas ocasiones es pre-

ferible pasar por alto lo rutinario, dejar a un lado los tratados de arte y los cómplicados y eruditos arabescos de las citas, para estisbar, con sobriedad, ese algo misterioso y mesianico que hay en todo arte. Ese algo que precisamente no logra captar, ni entender, el crítico, sino el creador. Nuestra actitud pretende buscar las formas como los símbolos permanentes del arte. Las ideas cambian, las formas quedan como documentos imperecederos. Es por eso que el arte colonial que es ajeno a nuestras concepciones en su contenido ideológico, nos interesa tanto como podría interesarnos la estatua de la Venus de Milo, las esculturas de Rodín, o los cuadros de Cezanne.

Bástanos saber, por vía documental, que los templos y conventos de la ciudad de Quito conservan extraordinarios tesoros artísticos. Usando un tropo demasiado vulgar, pero de todas maneras preciso, diríamos como muchos, que son los relicarios artísticos más ricos de América. Tienen en sus claustros cenobiales, en sus iglesias, series de las mejores obras de los pintores de la Colonia. Las dramáticas esculturas de la rica imaginería religiosa: las obras del genial y fecundo Padre Carlos, de José Olmos o Pampite, de Bernardo Legarda, del grande y trágico Manuel Chili o Caspicara. Maravillas de orfebrería y decoración. Prodigios de tallado, difícilmente igualado, en sagrarios, púlpitos, retablos, confesionarios, sillerías, mamparas, etc. Además como significativo símbolo de imposición y enlace se conservan famosos cuadros y esculturas de artistas europeos, en especial españoles. Se han identificado varios Murillos (está fuera de duda que Murillo dejó influencias más perdurables y visibles entre los pintores coloniales de Hispanoamérica. San Francisco tiene un Zurbarán. Los Jesuitas un cuadro de Rafael. En escultura existen varias obras del tenebroso y formidable Montañés, de Pedro Mena, etc.

En síntesis, algo que nos da una prestancia desproporcionada y una hosca arrogancia de grandioso abolengo

en el arte, a un pueblo que sociológicamente apenas ha salido de la infancia y que por siglos sólo manejó el barro como elemento de su ingenio creador y la piedra como el ara litúrgica y bárbara de sangrientos sacrificios. Por eso no podemos hablar de una verdadera tradición artística que haya logrado crear una manera peculiar e inconfundible en nuestro arte, manteniendo su línea de unidad múltiple dentro del tiempo. Que tremenda diferencia se observa, sobretodo en la pintura, entre las producciones de la época colonial, de la moderna y la contemporánea. En nada se parecen, no existen nexo de continuidad. Inclusive los artistas de un mismo país podrían ser situados en diferentes y contrapuestos lugares geográficos sin que pueda apreciarse la desubicación. Hasta lo que podamos llamar la época moderna del arte hispanoamericano todo se redujo a grandiosas reproducciones del arte europeo o a simples imitaciones de ese mismo arte. La vida nuestra, la naturaleza que nos circunda, la sensibilidad indígena, fueron abandonadas y sustituidas por el engañoso y brillante maquillaje de la civilización occidental. Como todo lo postizo y superficial caerá, resbalará entre surcos grotescos para dejar transparente la auténtica fisonomía morena de nuestra América. Ya nuestros artistas contemporáneos están realizando esa alta misión. Buscan afanosos los horizontes saturados de nuestra vida y los temas de nuestra tierra.

Si queremos situar los orígenes de la pintura quiteña tenemos que remontarnos al siglo XVI. En toda la América colonial los primeros pintores de significación residieron en Quito: Fray Pedro Gosseal que el pueblo le llamaba Fray Pedro Pintor, Juan de Illescas, Luis de Rivera, el Padre Pedro Bedón. Algunos de ellos quiteños de nacimiento como el Padre Bedón y otros a vecinados en la ciudad en donde trabajaron y murieron. En el Continente nada igual había aparecido. Tal vez México, por esos tiempos, era el único rival del Ecuador en el arte. Naturalmente, era una pintura con innegables influencias del renacimiento italia-

no o copia de la pintura realista española o de la flamenca. Además de los pocos nombres que como crónica nos ha dejado la historia, hay una enorme producción pictórica anónima de copias de imitaciones de muchos cuadros de famosos pintores europeos. Lo que daba la medida de una avidez, habilidad y predisposición pictórica y en general artísticas poco comunes, si se toma en cuenta que el arte en la colonia si en verdad, era aceptado socialmente por su completa subordinación a la Iglesia, en cambio, se menospreciaba a los artistas. Esa la razón por la que no se puede establecer de manera definitiva la paternidad de muchas de las obras **artísticas** coloniales, incluso de las más famosas. Sus autores fueron gentes humildes que consideraban lógico y sufrían con resignación el orgullo de casta feudal de los conquistadores españoles. Además, todos los datos nos hacen suponer que no deban mucha importancia a sus propias creaciones y la gran mayoría de ellos fueron ingenuamente incapaces de sentir fascinación por el gran espejismo de la inmortalidad.

El siglo XVII advino con un meridiano resplandeciente para el arte quiteño. Las más altas constelaciones apuntarán su zodiaco tormentoso en ese siglo o al iniciar el XVIII, hasta extenderlo definitivamente a la inmortalidad. Recién desde ahí, puede hablarse de lo que se conoce, con afán clasificador, como la célebre Escuela Quiteña, que se caracterizaba, sobre todo, por su técnica perfecta y por el dominio de sus artistas en los secretos de la composición, del dibujo, del colorido, en el mágico empleo de los contrastes de luz y sombra. Hombres de temperamento ardiente y pasional, nacidos en el límite difuso de dos mundos y dos concepciones de la vida que convergieron dramáticamente en la formación de sus destinos, son los creadores de ese arte. Nada raro es que sus más grandes exponentes hayan tenido una existencia agitada y se hallen envueltos en las brumas de las leyendas. El Hermano Hernando de la Cruz a quién se atribuye la prodigiosa obra pictórica de los cuadros de la Com-



pañía de Jesús, fué un arrogante aventurero en la juventud. Se vió envuelto en frecuentes lances de honor, en uno de los cuales hirió gravemente a su adversario. Su temperamento pasional le llevó todavía joven a sumirse en los claustros de la Compañía de Jesús, en donde la paleta y la oración sosegaron su alma. Llegó a ser el director espiritual de la célebre Santa Quiteña, Mariana de Jesús Paredes y Flores, Azucena de Quito.

Después de algunos de menor magnitud, pero también de innegable significación, aparece Miguel de Santiago, que dejó obras magníficas en los templos y claustros de San Agustín, de la Compañía, San Francisco. Su fecundidad fué asombrosa. Su técnica perfecta. Según los más versados críticos que han estudiado su obra, ésta puede rivalizar a los más grandes maestros europeos, como Refael, Ticiano, Murillo, Ribera, etc. Sus pinceladas y su técnica característica son fácilmente reconocibles por los peritos de arte.

Pero en Miguel de Santiago, hay un pero apocador que deslustra su gloria, y quebranta terriblemente su fuerza creadora que en el artista es lo esencial. La mayoría de sus cuadros son copias más o menos fieles de cuadros de autores extranjeros. Es el caso de la serie de cuadros que representan la vida de San Agustín y que reposan en el agustiniano claustro quiteño. Todos ellos son serviles copias de los grabados del artista holandés Shelte de Bolswert. Es realmente inexplicable que Miguel de Santiago, artista de indiscutible y extraordinaria capacidad técnica, haya empleado sus admirables cualidades en la fatigosa y aburrida mezquindad de la copia, aunque ésta, a veces, haya superado y mejorado la interpretación original. En otro trabajo de mayor aliento intentaremos buscar las explicaciones sociales y psicológicas de tan tremenda anomalía. Hay que reconocer que en el fondo Santiago fué un gran mixtificador.

Por otra parte la leyenda, que envuelve a todo personaje cuyos contornos históricos están difundidos y bru-

mosos por la falta de documentos, lo presenta como hombre autoritario, de carácter turbulento y orgulloso, cualidades que, a nuestro entender, no concuerdan con su origen humilde y sobretodo con su acostumbrada forma de producción artística.

Sea de esto lo que fuere, el quiteño Miguel de Santiago figura y figurará en lugar preponderante en la pintura americana colonial y su celebridad ya no podrá ser abatida totalmente por los hoscos vientos de las discusiones. La sensibilidad del pueblo que es, a la larga, la única que da perdurabilidad a todas las consagraciones, hizo de él un ser mítico y lo envolvió en las más inverosímiles leyendas. Se cuenta que cuando pintaba su famoso, hipotético y perdido cuadro del "Cristo de la Agonia", en un raptó frenético de aprisionar la trágica expresión dolorosa y humana de los estertores de la muerte alanceó a su modelo—un joven discípulo de su taller — que se encontraba amarrado imitando al Cristo, en los brazos de una cruz.

Después vienen una pléyade de continuadores ilustres: Nicolás Javier de Gorivar, discípulo y pariente de Miguel de Santiago, Bernabé Lovato y Simón de Valenzuela, Antonio Egas, Magdalena Dávalos, amiga del sabio La Condamine quén la admiraba por su vasta cultura, agudo ingenio y por su extraordinaria habilidad para las miniaturas, y otros nombres más de indiscutible mérito.

En el siglo XVIII, donde podemos decir que termina la Colonia, cobran altura Isabel de Santiago, el cuencano Vela el ibarreño Oviedo, el quiteño Albán entre muchos otros que, según el Padre Velasco expresa, lograron realizar obras tan valiosas que "parece increíble que puedan hacerse en América cosas tan perfectas y delicadas". Deliberadamente hemos querido citar aparte al quiteño Manuel Samaniego y Jaramillo el más grande pintor del siglo XVIII. Sus cuadros son inconfundibles por la frescura y claridad de sus colores. Junto a Samaniego tenemos que destacar a Bernabé Rodríguez, su imitador. Sinembargo Rodríguez

está considerado como el restaurador de la pintura quiteña después de la decadencia que ésta sufriera al finalizar el siglo XVIII, con la desaparición de Gorívar y Samaniego.

La escultura tiene una marcha paralela a la pintura, aventajándola por la intensidad trágica, muy de acuerdo con el ambiente, que supieron comunicar los artistas a las obras religiosas que estaban en contacto con la fe del pueblo. En especial, el fuego creador que pusieron en sus obras superó mucho, en originalidad, a la de los pintores. La escultura y sus artes derivadas y afines constituyen, seguramente, el más valioso capítulo de nuestro arte colonial. En próxima ocasión nos ocuparemos, exclusivamente, del desarrollo de la escultura en el Ecuador. Realmente son innumerables las obras que nuestros geniales escultores han dejado en nuestros templos. Muchas de ellas son superiores a la de los grandes trágicos españoles, como Montañés por ejemplo. Citaremos a los más destacados por orden cronológico de aparición: Diego de Robles, Antonio Fernández, el formidable Padre Carlos que con Caspicara y Pampite, ambos indios auténticos, constituyen la trinidad genial, tonante y más valioso de la escultura americana. Y los demás, Salas, Carrillo, Gaspar Sangurima y muchos otros.

Las hogueras revolucionarias y el fragor de las luchas de la independencia dejan poco sosiego para el arte. La pintura heroica nacida del clima de las batallas emancipadoras no tienen valentía, ni originalidad. El siglo XIX, a excepción de dos o tres nombres de indiscutible valor, consume la raíz poco profunda, por exótica, de nuestro arte colonial. Las condiciones sociales habían cambiado. La Independencia forja una estructura semicolonial con una clase dominante que, si bien derrotó al español, adora a Europa y desprecia y odia terriblemente a lo indígena. El arte fué reflejo de esa actitud espiritual. Inconsientemente los artistas se sometieron a ese criterio a pesar de su pretendida libertad estética y produjeron un arte anodino sin

afirmación humana, ni social. Era fatal, se siguió imitando lo más paramental de Europa. Sería injusto dejar de mentar a algunos de ellos, como Antonio Salas, tronco de una larga y reconocida familia de artistas, y a Joaquín Pinto, el mejor de todos, y que, además fué un gran miniaturista. Es célebre el centavo de Pinto. En ese pequeño espacio pintó 18 figuras perfectas, representando el pasaje bíblico de la Redención. En él la crucifixión palpita en tonos vivos, sombríos, con impresionante realismo. De este artista se cuentan sucedidos valientes. Al entregar un retrato que le había encargado un noble quiteño, éste puso reparos a la obra. Ofendido el pintor, retiró el cuadro, borró la ropa a la usanza española y le cubrió de ropaje indígena, conservando la cara del personaje irreverente.

A comienzos de este siglo se opera la verdadera revolución en el arte pictórico ecuatoriano. El artista empieza a descubrir nuestra propia tierra, nuestro paisaje, nuestras cosas, es decir lo que nos rodea y da fisonomía. Las nuevas corrientes artísticas europeas — impresionismo, cubismo, expresionismo, etc. — liman lo barroco de nuestra naturaleza y dan levedad universal al arte. Sociológicamente estamos viviendo en un período histórico que se convulsiona y estalla por el hervor, llegado al elima, de sus propias contradicciones e injusticias. Hay un grande y múltiple fervor, a la vez, realista y lírico, para interpretar al mundo en su esencia y su verdad y hacer más esclarecido el vivir del hombre. Es decir, una corriente de auténtica sinceridad refresca la mente y afirma el corazón de los humanos. Nuestro arte participa de este drama. Apenas estamos dando los primeos pasos de un verdadero movimiento revolucionario pictórico nacional con características propias. Nos encontramos en el período pintoresco o folklórico que da preferencia a lo llamativo o a lo inmediato. Por eso el indio es el tema absorbente de la pintura ecuatoriana de última hora. El indio es color, plasticidad y además lacinante dolor humano. Creo que nuestros pintores están librando

sus batallas decisivas por encontrar una firme dirección estética y humana en su arte.

Entre los más destacados pioneros que inician vagamente esta revolución pictórica, citaremos cronológicamente y sin afán clasificador a los siguientes: Victor Mideros, Luis Veloz, Alberto Coloma Silva, Nicolás Delgado, Abraham Moscoso, Pedro León, Sergio Guarderas, etc. Con Camilo Egas, que reside desde hace mucho tiempo en los Estados Unidos, se inaugura la pintura indígena al que siguen una brigada de vigorosos continuadores.

Por fin tenemos a Oswaldo Guayasamín, Eduardo Kingman, Diógenes Paredes, César Valencia, Carlos Rodríguez, Leonardo y Vicente Tejada, Enrique Guerrero, Jorge Garrido, Luis Moscoso, Bolívar Mena, César Bravo Malo, Manuel Rendón, Jaime Andrade y otros. Son los últimos. Fluctúan entre los 25 y 35 años. Constituyen una extraordinaria y valiosa promoción de artistas cuyas ejecutorias y talento, estamos seguros, volverán a colocar al arte ecuatoriano entre las más valiosas de América — así como nuestros antepasados de la Colonia lo hicieron — pero con la grandeza de aprisionar en el drama de su arte la esencia de estos procelosos tiempos y la bravía verdad Americana, como símbolo perenne de afirmación vernácula y de firme orientación hacia una cultura propia, auténtica, cuyos signos ya demasiados visibles se agitan profusamente por todos nuestros horizontes.

Quito.

H U M B E R T O      V A C A S      G O M E Z

# EL CENTENARIO DE ALEJANDRO CARDENAS

## DATOS BIOGRAFICOS

En el siglo XVIII aparecen los Cárdenas en Quito. Se encuentra en la Catedral Metropolitana un magnífico frontal de plata repujada, con el escudo de armas de los Cárdenas al centro y la leyenda siguiente: (Textual) "EL MA<sup>o</sup> dn. Fran. de Cárdenas dió este frontal a mi S<sup>a</sup> S<sup>a</sup> Ana de limosna año de 1700 en 1<sup>o</sup> de enero y la iso el Maestro Mayor Jacinto del Pino y Olmedo HS. María y José Amén." A la entrada de la Iglesia de la Concepción, al lado izquierdo, en el suelo también se encuentra el mismo escudo tallado en piedra.

Los Cárdenas fueron realistas. Defendieron con valor y lealtad a su patria de España y a su rey. No podían traicionar, siendo nobles de abolengo y escudo, su tradición española. Vencidos, pasaron a la pobreza y con ella a la oscuridad. Pero tenía un día que florecer de este rico tronco quien diera luz y nombre a la República un gran liberal, un demócrata convencido, un espíritu abierto a las más nobles aspiraciones humanas y a las renovadoras corrientes del siglo XIX.

Debo los datos siguientes al señor don Cristóbal de Gangotena y Jijón, quien me obsequió con rico y precioso libro dedicado a la memoria de mi padre.

Dn. Antonio Cárdenas y su mujer, Doña Josefa Baraona fueron padres de Dn. José Cárdenas y Baraona. Este se casó el año de 1794 con Doña Clara Ponce de León y Múñiz, nacida en Quito en 1774. Fué hijo de este matrimonio Dn. José María Cárdenas y Ponce de León, nacido en 1814, quien casó, en 1841 con Doña Antonia Proaño y Proaño. Y de este matrimonio, entre otros hijos, nació Alejandro Cárdenas cuya partida de nacimiento es la que sigue:

“En el día veintisiete del mes de Octubre del año del Señor de mil ochocientos cuarenta y cinco, en la capilla del Robo, perteneciente a la parroquia de San Roque de Quito, el presbítero Dor. Manuel Martínez (con mi licencia) bautizó solemnemente y le puso el Santo Oleo y Crisma (según lo previene nuestra Santa Madre Iglesia) a Alejandro Rafael María hijo legítimo del señor José María Cárdenas y la señora Antonia Proaño, siendo su madrina la señora María Luisa Santisteban a quien le avisó la obligación y parentesco espiritual que contrajo de que doy fe. José Antonio Alarcón.”

La infancia de Alejandro Cárdenas fué feliz y tranquila como de todos los hogares de mediana fortuna en donde el amor suple otras necesidades. En la esquina de las calles Imbabura y Rocafuerte, llamada de las Almas, está la casa en que nació, paraíso para el desarrollo de su espíritu alegre y travieso. Llegado a la edad de escuela, en ese tiempo muy niños, entró a aprender a leer en la escuela de los Padres Franciscanos y en esos duros bancos hizo amistad con un niño pobre, serio y triste, Federico González Suárez, amistad que duró hasta la muerte. Conservo la tarjeta de pésame por la muerte de la madre del doctor Cárdenas en que González Suárez le dice “su condiscípulo y amigo”. Fueron dos paralelas, dos talentos que corrieron hacia su destino sin estorbarse.

Hizo el doctor Cárdenas los estudios de humanidades en el Colegio de los Padres Jesuitas y optó el título de bachiller brillantemente. Su carácter despierto y sutil daría mucho que hacer a los Padres. Un día enojó malamente a González Suárez cuyo genio severo y altivo no aguantaba bromas: como había que confesarse y comulgar para sacar buenas notas, Cárdenas propuso a González Suárez que comulgase por él. . . .

Entró a la Universidad de Santo Tomás, hoy Central, a estudiar leyes y entonces sí empezó, pudiéramos decir, su vida política, pues si en todas partes se entra y se filtra ese fermento de agitación y de pasión, en la cabeza alborotada y el corazón ardoroso y rebelde de los estudiantes es principalmente donde hace estragos y, a veces, cobra virtualidades creadoras aún a riesgo de perturbar y alterar los estudios y la serena y reflexiva investigación científica.

El talento enorme y chispeante y su habilidad para usar de la ironía, como arma fácil de manejar, le granjearon pronto, en la Universidad, amigos y enemigos. La juventud de ese tiempo estaba todavía en el fervor de la Revolución Francesa, los derechos del hombre y mil lindezas tenidas como cosas de Satanás por la mayoría ecuatoriana aunque Juan Montalvo esgrimía ya el relámpago de su pluma de luz en la conciencia de los jóvenes. Cárdenas que según él, "había nacido liberal" abrazó esta doctrina con todo el fuego de su carácter. Quisiera que González Suárez y otros furibundos enemigos del liberalismo estuviesen vivos para ver la cara que pondrían ante el socialismo y comunismo ecuatorianos! . . .

En el Ecuador, las doctrinas políticas, por ser trópico tienen virulencia espantosa y los partidos políticos se atacan con ferocidad salvaje. Alejandro Cárdenas vivió poco tiempo en su querida Universidad; de manera violenta, "por estar propagando doctrinas perniciosas", después de unos días de cárcel, salió confinado para Guayaquil el año de 1864 por orden de Don Gabriel García Moreno, gran es-



tadista, que para confinar, desterrar y matar era una potencia, aunque nadie ni sus peores enemigos, le pueden llamar ladrón; pues no inventaban las sanciones económicas.

A los 19 años, caballero en su mula, bello de rostro, gallardo de figura y de simpatía irresistible, va camino del puerto, en medio de pequeña escolta, como un príncipe entre vasallos. Llega a Guayaquil, ahí vivía su padre, también perseguido por don Gabriel; entra a la Universidad y ahí si encuentra ambiente para su pensamiento libre, para su talento volador, para su estupenda y ática oratoria. Su amor a Guayaquil es tan grande que no sabe si es un poquito mayor que el que siente por Quito, pero indudablemente sus amigos guayaquileños son más numerosos, sinceros y leales, tanto que después de su muerte, un guayaquileño connotado había de hacerle justicia. Dn. Ismael Pérez Pazmiño, fundador y director de "El Universo", pidió en el Congreso de 1932 que se perpetuara en el bronce esta cabeza patricia.

El 26 de Octubre de 1870 obtiene el título de abogado de la República. El 28 de Marzo de 1871 es nombrado Secretario-Relator en la Corte Suprema de Guayaquil, su primer puesto público. Deja éste puerto y parte a México por asuntos de su profesión; pasa a Costa Rica a visitar a su primo hermano, Federico Proaño y vuelve a su patria. De 1872 hasta 1877 la vida de Alejandro Cárdenas está dividida entre trabajos profesionales, prisiones, confinios y su primer viaje a Europa. En Enero de 1872 es nombrado Ministro Fiscal de la Corte Superior de Quito: ahí está pocos meses, pues, su profesión de abogado que la abrazó con ardor, especializándose en Criminología, lo empuja al Foro. Famosos son los alegatos y defensas del doctor Cárdenas, y cuando se anunciaba un Jurado en que tomaba parte, faltaba espacio para el gentío. Pocos hombres en el Ecuador le han superado en oratoria, no sólo fogosa, sino elegante y persuasiva, desconcertante a veces en la réplica por sus agudísimas ironías, espada de doble filo. En su vida profe-

sional no buscó el lucro sino como única meta la justicia.

En 1833 asiste a la Convención Nacional, diputado por Manabí. El Dr. Cárdenas y el Dr. Francisco Andrade M. salieron suplentes pero por ausencia de los principales, fueron llamados por la Junta electoral respectiva. Valientemente el Dr. Cárdenas se enfrenta, en minoría exigua, a la plana mayor conservadora, cuyos dignatarios y los de la Convención eran el General Francisco Javier Salazar, Presidente, doctor Ramón Borrero y doctor Antonio Flores, Vicepresidentes y Secretarios, doctor Aparicio Rivadeneira, doctor Vicente Paz y doctor Honorato Vázquez. Tenían el mérito los conservadores de permitir que fueran a los Congresos minorías liberales selectas tenidas en esos tiempos, como hoy las izquierdas, por monstruos de la naturaleza. En este año, en el mes de Julio, el 24 nacimiento de Bolívar, el doctor Cárdenas da un escándalo mayúsculo que pudo costarle la vida. En los balcones de su estudio, calle Pichincha esquina Sucre, coloca varios metros de raso rojo que en letras doradas de gran tamaño dicen: A Bolívar, la conciencia libre, el pensamiento libre, la imprenta libre!!!

Este cartel, digamos, no pudo ostentarse sino dos o tres horas, pues el primero que pasó por ahí y lo vio fue un clérigo joven, que llegó a mucho. El doctor Cárdenas estaba detrás de los vidrios para observar el efecto y al echar de ver los ojos del clérigo voló a la dueña de casa (Doña Josefina Alvarez de Gangotena) y le dijo: señora retire los candelabros, que viene una poblada. Por supuesto, la señora no sabía lo del letrado y le prestó los candelabros para que adornara los balcones en honor de Bolívar. En realidad, el clérigo volvió con una poblada fanática que no dejó vidrio sano y el letrado quedó en jirones. Al doctor Cárdenas le salvó un rasgo de valor y audacia. Se presentó en la puerta de calle, resuelto, y para su dicha, entre los atacantes se hallaba en primera fila un carpintero Naranjo, hombre fornido y temible, a quien el doctor Cárde-

nas le sacó del Panóptico. Como este hombre se volviera a decir a los cabecillas que él no le tocaba el pelo al doctorcito Cárdenas, hubo un corto cese de hostilidades y el doctor Cárdenas, lo aprovechó y fuése a paso más que ligero a la esquina Bolivia donde ya estaban algunos amigos y el cuartel de la artillería Bolívar. También don Juan León Mera se refiere a este episodio en sus memorias íntimas, diciendo que le insultaron terriblemente al doctor Cárdenas. Naturalmente, en esta clase de **agasajos**, ayer, hoy y mañana el insulto es para el manifestante estímulo y acicate.

En 1884 parte a Guayaquil el Presidente Caamaño; el Dr. Cárdenas se encuentra con un amigo conservador, quien le da la noticia y por molestarlo el doctor Cárdenas le dice: ojalá llegue a su destino. Frase fatal. Atacan al Presidente en Yaguachi, matan a su edecán, como es natural, toman prisioneros liberales; se acuerdan de la frase del doctor Cárdenas y, sin más, sale para el destierro.

En Guayaquil, se casa Alejandro Cárdenas con doña Ana Navarro y Nájera, bisnieta de don Juan Romualdo Navarro, Oidor de la Real Audiencia, "mujer de talento y singular belleza" según el decir de un escritor ecuatoriano. Van rumbo al Perú, lugar del destierro. Cuando dan amnistía es para todos no para él, y en el mismo barco sigue a New York. A mediados de 1885 regresan al Ecuador y en 1886 asiste el doctor Cárdenas al Congreso como Senador por el Guayas, siendo dignatarios del Senado don Juan León Mera, Presidente, doctor Antonio Gómez de la Torre, Vicepresidente, y el Secretario, doctor Manuel María Pólit.

En 1890, el Dr. Cárdenas es Senador por Tungurahua, siendo Presidente del Senado Dn. Pedro Lizaraburo, Vicepresidente Dn. Juan Bautista Vásquez y Dn. Alberto Aguirre, Secretario.

En 1892 sigue el Dr. Cárdenas representando al Tungurahua como Senador y ese año los dignatarios son Vicente Lucio Salazar y Federico González Suárez (canóni-

go). Presidente y Vicepresidente y dos Secretarios, Leonidas Pallares Arteta y Francisco Salazar G.

En todos estos Congresos no pasan de cuatro los liberales y es de anotar que son los representantes del Guayas, Manabí y Tungurahua, en donde ya había prendido la llama del liberalismo. Fácil es imaginarse la labor de Alejandro Cárdenas en esos concilios. Con talento e ironía llena de gracia y agudeza, con elocuencia estupenda provocaba lágrimas infantiles como el caso del Obispo León, representante del Azuay, réplicas airadas de Matovelle y también soberanas palizas en las barras y fuera de ellas. Yo guardo veneración a la memoria del General Julio Andrade, pues, muy jovencito, no faltaba a las barras, era Cardenista o sea liberal y con sus escasísimos compañeros hacia la parada con valor inaudito a la gavilla de esbirros y monaguillos que querían matar a los liberales.

Dice Manuel J. Calle al hablar de la deficiente oratoria parlamentaria de González Suárez: "Y eran días en que Alejandro Cárdenas, Julio Matovelle, Rafael María Arizaga, Adolfo Páez se lucían en las Cámaras con la sal de su ingenio la fuerza de su dialéctica y la retumbancia de sus períodos."

En este año de 1892 asume el poder el Sr. Dr. Dn. Luis Cordero, caballero a carta cabal, inteligentísimo, poeta y orador, un hombre a quien se le podía calificar de perfecto sin errar. Desgraciadamente su triunfo se debió, como casi siempre, a la imposición y fraude electoral. El candidato que debía reemplazar a Flores Jijón en la Presidencia murió en Guayaquil y el del pueblo era el Dr. Camilo Ponce, con la ventaja de contar con el apoyo de los liberales y de llegar a obtener la mayoría en el puerto. Pero el Gobierno, como siempre, lo hizo triunfar, en el resto de la República al candidato oficial.

Las revoluciones históricas que ha habido en el Ecuador, la del 95, la del 44, entre otras, han tenido magníficos fines, la libertad política, la libertad electoral, pero también empleando armas vedadas como la calumnia atroz. "Tienen las revoluciones generalmente, dice el Dr. Cárdenas, demás de una causa grande, a veces justa, alguna otra que se les agrega por exageración auxiliar más eficaz, ora también necia, echada al cúmulo de agravios en que buscan disculpa momentos tan rara vez disculpables."

Veamos la del 95 que interesa para esta biografía. En tanto que el pueblo estaba indignado y furioso por la derrota del candidato de oposición, los liberales seguían incansables en su labor revolucionaria teniendo como caudillo al General Eloy Alfaro. Había llegado al máximo el odio del partido conservador y del liberal, no obstante el "anhelo de concordia" del Presidente, "y cada uno de los bandos en lucha trataba de eliminarse por todos los medios". En uno de los Congresos, la mayoría conservadora logró promover y emitir un voto de censura para el honorable Ministro de Hacienda que era liberal, para borrar todo asomo de liberalismo en el Gobierno. El Pdte. Cordero propuso en seguida, con el fin de mantener su propósito conciliador, al Dr. Cárdenas para la Cartera de Hacienda, y éste con el permiso del partido liberal al que pertenecía, aceptó el cargo en hora harto difícil ya para el Gobierno. Todo esto en el curso de 1894.

En 1895 estalla un escándalo formidable que toma proporciones gigantescas: la venta de la bandera nacional. Y como siempre, todos gritaban, insultaban, calumniaban a porfía; los clérigos libelistas brotaban como por generación espontánea y hasta nuestro gran González Suárez llegó a decir algo espantoso: "Que el Ecuador debiera suicidarse". Se olvidó que era un ministro de paz y amor: y es que la pasión política es mucho más fuerte que todo en la vida!...

La República de Chile, autora de la catástrofe, había pedido que "el Ecuador adquiriese, a lo menos en aparien-

cia, la propiedad de una nave, para trasmitirla por cuenta de él a otra nación en el puerto de Honolulu". Cónsules del Ecuador, sin autorización del Gobierno, hicieron la compra y la reventa del crucero de guerra "Esmeraldas", el que fue al Japón con bandera ecuatoriana. Es estúpido pensar que el Gobierno, presidido por el Dr. Luis Cordero, tan bueno y honrado, hubiera negociado con la bandera. Leamos la historia del Ecuador: "Hubo, por cierto, explicaciones e investigaciones oficiales. Hubo actitudes enérgicas del ejecutivo contra funcionarios más o menos sospechosos, que podían haber intervenido, aunque fuese indeliberadamente en aquél préstamo o autorización: A José María Plácido Caamaño, Gobernador por entonces de la provincia del Guayas y ex-presidente de la República, se le señaló como uno de los principales complicados en el hecho, Caamaño renunció el cargo y abandonó para siempre el país". De los Cónsules Noguera en Valparaíso y Solórzano en Nueva York no sé qué fin tendrían, lo cierto es que se clamó por la necesidad de "vengar el honor nacional", se pidió la destitución del Gobierno "débil y corrompido", concretando la acusación al Presidente Luis Cordero y los Ministros Cárdenas, liberal, y Sarasti conservador.

No creo que haya un solo ecuatoriano inteligente, honrado y justo que crea en la venta de la bandera. Además, la Corte Suprema absolvió plenamente a los acusados. Puede verse el folleto del Dr. Alejandro Cárdenas "El Contrabando del Esmeralda".

Estalló por fin la revolución liberal y cayó el Gobierno, pero los liberales no habrían triunfado sin el apoyo del partido conservador que atacó a Cordero con saña. Así, pues, al partido conservador se le deba el triunfo del liberalismo y todas sus consecuencias buenas o malas.

El Dr. Cárdenas partió a Europa a fines del 96 o principios del 97 con sus clientes Sr. Rafael Germán y Nicolás Checa. El Sr. Germán le costeaba el viaje por cuenta de honorarios de un pleito ganado. Se instalaron en París

pasó a España y en Madrid, el periódico "El Sol" le hizo un reportaje que conservó y es digno de leerse; fue reproducido en la Universidad de Quito. También estuvo en Londres y cuando en esta ciudad había tomado pasaje para Rusia, un amigo guayaquileño le comunicó que la Convención convocada por el General Alfaro iba a juzgarle; canceló pues, su viaje a Rusia y retornó a la patria.

El Dr. Cárdenas es sin lugar a duda una de las figuras más puras e ilustres del liberalismo; cayó con el partido conservador, pues, lógicamente, al caer el último presidente de este partido arrastró en su caída a todos los del bando que lo traicionó uniéndose al liberal. Cosas de la política que es campo turbio y ambiguo donde es difícil discriminar lo noble y lícito de lo torcido y bárbaro.

El Dr. Cárdenas se retiró a su vida austera y silenciosa; jamás volvió a tomar parte en política, y, cosa extraordinaria, ni a sus hijos les dijo una palabra de odio o venganza contra sus enemigos.

### EL MAESTRO

En 1898 el Dr. Cárdenas es nombrado profesor interino de la Cátedra de Ciencias Constitucionales y Derecho Administrativo en la Universidad Central; en 1899 es miembro de la Junta Administrativa en representación de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales; en 1889 es Subdecano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales; en 1902 es Rector; en 1903 profesor de Derecho Administrativo y Ciencias Constitucional y en 1906 sigue en la misma cátedra. En 1901 es nombrado Ministro de la Corte Suprema y en 1902 le vemos pasar de la Corte al Rectorado, pero por pocos meses, pues le mandan de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario a Chile donde pasó un año y en 1903 vuelve a la Universidad para ser nombrado de nuevo Ministro de la Suprema.

En la Universidad el Dr. Cárdenas no sólo fue respetado sino muy querido; sus discípulos lo oían con devoción pero él también tenía predilección por la "esperanza de la Patria". Oigamos a uno de ellos: "Espíritu de selección, dilecto maestro del buen decir, amable cultor de benevolente filosofía".

Como Sócrates desdeñoso de la gloria, nada, o casi nada dejó escrito: faltóle un Platon, que recogiera la doctrina de sus diálogos".

Otro de sus discípulos me decía: las clases del Dr. Cárdenas eran las horas más felices para nosotros; sus lecciones no podían olvidarse; no se ceñía rígidamente a la materia sino que, en el afán de relacionarla con puntos de vista universales o de concretarla y aplicarla a la vida nos hablaba de moral, de patriotismo, de lenguaje educándonos a la vez que nos instruía. Atraían tanto sus clases que sus oyentes no éramos sólo los estudiantes sino un buen número de extraños que acudían a oírle para deleitarse con sus disertaciones tan llenas de sustancia como animadas de persuasiva elocuencia.

En 1898 fue rector del Colegio Mejía y en este plantel puso también su empeño de maestro fervoroso e incansable.

### EL JUEZ

Desde 1877 en que fue Ministro Fiscal de la Corte Superior de Quito, con las interrupciones de la política y la diplomacia, en 1902 como Ministro en Chile y en 1910 que fue al Centenario Argentino como Enviado Especial y Plenipotenciario y para asistir también a la cuarta Conferencia Panamericana, el Dr. Cárdenas fue ante todo y sobre todo Juez. La justicia era para él santa y sagrada y cumplía su ministerio con fe, consagración y abnegación completas. La Corte Suprema, que era para el Dr. Cárdenas el poder más importante, aquel cuyo objeto es el fin capital de la asociación civil ya que en el poder judicial buscan los hombres



amparo de sus derechos, tuvo en el Dr. Cárdenas un sostenedor y defensor altivo, a la altura de la valía y dignidad de tan alto Tribunal. Y así le vemos en 1906, en la revolución del General Alfaro cuando quisieron reorganizar la Corte, plantarse con el Gobierno revolucionario y defender al Poder Judicial, ya que la Corte dijo, puede juzgarle a Ud. General, a la Corte nadie puede tocarle. Cedió a sus intentos el General, pero castigó a los Ministros no pagándoles el sueldo y ellos trabajaron gratis algunos meses, pero manteniendo firme el baluarte del derecho y la justicia.

Hombres como Alejandro Cárdenas sí son espejo y luz para las juventudes; su liberalismo no consistía en gritos y palabras, era idea noble y grande y a la vez regla de vida, actitud, conducta, sentimiento profundo. Quería igualar al pueblo, no sólo ante la ley, sino social y económicamente, prácticamente. Si él, como abogado no cobró jamás a los pobres por sus servicios, los recibía en su estudio como a los grandes y ricos. Su trato exquisito y ameno le daba ambiente de simpatía; hablaba el castellano con soltura, pureza y elegancia y muy merecido fue el nombramiento de académico de la Lengua con que le honró la Real Academia Española. En Buenos Aires, al tratarle la Infante Isabel de España, le dijo: Ministro, me enorgullece el ver como en América se conserva tan bien mi raza y mi idioma. Su figura era patricia, su talento de gran señor, signos de la superioridad de su espíritu pero sin desvirtuar en lo más mínimo su fondo democrático. La vida fue para el Dr. Cárdenas dura y a veces triste, pero su consagración al estudio filosófico le hizo estoico para el dolor y dió a su pensamiento tintes escépticos que acendrarón, no envenenaron su natural bondadoso y tolerante. Republicano convencido vivía la verdadera democracia sin alardes, con sinceridad de apóstol.

Jamás se le oyó hablar de la alta cuna de que descendía y nunca hizo gala de sus merecimientos. En el hogar era también un maestro y rodeado de sus hijos, les instruía y

educaba y aún temas áridos los convertía en amenos e interesantes con la magia de su palabra e ingenio.

Sus hábitos y costumbres eran frugales y muy pulcros; detestaba al basto y grosero y creía que aún el metal de voz era susceptible de corregirse; al Dr. Cárdenas se le veía sonreír, jamás se le veía reír, hablaba correctamente el inglés y el francés y quizá a esto se debió el que fuera el primer abogado de la Compañía del Ferrocarril del Sur. Conocía a fondo el latín y mucho el griego. Era un gramático y humanista. Hasta altas horas de la noche escribía y guardaba bajo llave sus escritos; pero un buen día, ya enfermo, esperando la noche, cuando todos dormían, redujo a cenizas el trabajo de tantos años. No quiso dejar nada tras sí de su trabajo intelectual para que nada turbase su descanso eterno.

Tres meses antes de morir solicitó a la Corte Suprema su jubilación empezando así: "Viejo, enfermo y pobre extendiendo mi mano a la munificencia de la ley".

Este hombre de extraordinaria valía, de méritos indiscutibles no exigía su jubilación, "extendía la mano a la munificencia de la ley"....

Su muerte acaeció el 3 de Octubre de 1922 al cumplir 77 años. "El Ecuador entero lamentó la desaparición de este grande e ilustre ciudadano. El Congreso Nacional a la sazón reunido, expidió el día siguiente un honroso acuerdo, para lamentar la muerte del esclarecido varón".

Los universitarios se apoderaron del cadáver del querido maestro, envuelto en la bandera de la Universidad; en hombros se lo llevaron a la Casona y fue el primero que tuvo la capilla Ardiente en el salón máximo. La muchachada universitaria, plena de juventud, quiso honrar y hacer justicia a su maestro, su amigo, su guía.

En Quito, su ciudad nativa, en donde representó al pueblo en la Ilustre Municipalidad como concejal y Presidente, en la Avenida del Ejército está el busto del Dr. Alejandro Cárdenas, busto erigido, a petición de un guayaquileño, por resolución del Congreso de 1935:

El 28 de Mayo de 1944, esta cabeza bronceína de uno de los hombres de más valía en la República fue apedreada e insultada. ¿Por qué? ¿Por quién?.... A este respecto oigamos al ex-Presidente Dr. Alfredo Baquerizo Moreno: "El negro y anónimo ultraje no podía suponerlo, por eso mi carta sorprendida del enigma que sus Bronces contenían. El desagravio esculpido queda en Bronce perenne de sus Bronces. El Bronce de la ofensa, del ultraje habrá sonreído con sutil sonrisa de su noble y fina ironía, y el nombre y la venerable memoria del padre de Ud. seguirán anunciando bajo el alto y luminoso cielo de la Patria que el concepto y el sentimiento de la libertad no morirán jamás."

Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de mi padre, he querido rendirle mi homenaje porque le debo mi amor a la Patria y mi aporte a la democracia y las letras.

Estos datos biográficos servirán algún día para la biografía completa del Dr. Alejandro Cárdenas.

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

## REPERCUSION DEL 19 DE ABRIL DE 1810 EN LAS PROVINCIAS, CIUDADES VILLAS Y ALDEAS VENEZOLANAS

El movimiento revolucionario del 19 de abril de 1810, que partiendo de Venezuela culminó esplendorosamente en la gloriosa batalla de Ayacucho, donde paladines de toda la América se dieron cita para asegurar la independencia del continente, ha sido estudiada prolijamente en cuanto a los sucesos acaecidos en Caracas.

Su repercusión en las Provincias, Ciudades, Villas y Aldeas venezolanas, permanece hasta hoy poco menos que ignorada, y una completa anarquía reina o ha reinado entre los historiadores venezolanos que, precisamente, han tratado de esclarecerlos.

No podemos nosotros en un artículo periodístico exponer las consecuencias revolucionarias, políticas, sociales y económicas surgidas de esa fecha gloriosa, ni mucho menos exponer el resultado siquiera aproximado de nuestras arduas investigaciones en el archivo Nacional de Caracas. Por fuerza hemos de limitarnos a una escueta enumeración de fechas, en uno como resumen estadístico, desprovisto de galas literarias. Tenemos plena conciencia de que por tal imposición del espacio periodístico este resumen resultará menos bello y menos evocador para el patriotismo venezolano, pero estamos también seguros de que será más

útil, con el carácter de utilidad que reclamaba el Libertador.

Sobre la guerra de independencia en Oriente dijo el más alto tribunal de la materia, la Academia de la Historia de Venezuela, en 1934, Boletín N° 65, al comentar unas "Memorias escritas por un Testigo Presencial" de aquellos sucesos:

"El interés que despertó su lectura por la serie de datos que contienen sobre la guerra de independencia en la antigua Provincia de Cumaná, y la precisión y movimiento del relato, determinaron a la Academia a solisitar autorización para ser publicados en el Boletín. Los historiadores y en general los amantes de nuestro glorioso pasado, encontrarán en estos apuntes un material de la mayor importancia para el estudio de la guerra en Oriente, todavía no esclarecida suficientemente a pesar de las magníficas páginas que les consagró Baralt."

No son tan exactas las Memorias antedichas, ni tan fidedignas las brillantes páginas de Baralt. Este siguió al pie de la letra al Comisinado del Gobierno de Madrid, Urquinaona y Pardo, y de entonces acá los errores de los académicos, justamente, se han ido acumulando con una pertinacia sorprendente.

Pero ya hemos dicho que, contra nuestra voluntad hemos de privarnos de entrar en consideraciones críticas, y adoptar aquel estilo de Juez y Código que preconizaba Stendal.

En su magnífica Biografía de Vargas, el Dr. Laureano Villanueva, fundador de la Academia de Historia, señala el 30 de abril como el día en que Cumaná adhirió al movimiento revolucionario de Caracas.

En 1923 el incansable investigador y recordado amigo Tavera Acosta, publica en folleto un trabajo titulado: "Las Provincias Orientales de Venezuela en la Primera República. Estudio histórico que obtuvo el premio en el certamen de los Juegos Florales celebrados en Ciudad

Bolívar, con ocasión del primer centenario del natalicio de Dalla - Acosta, el 16 de febrero de 1923."

El Jurado lo formaron los académicos de la Historia, Dr. Eloy G. González, Dr. Vicente Dávila, y el Dr. Vicente Ecuna, el formidable adversario de Colombres Mármol y de Carbia.

Pocas veces se han acumulado en trabajos históricos, tantos errores como en el premiado por los anteriores académicos. Pero no podemos, repetimos, alargarnos en consideraciones, y seguimos por el estrecho carril de los datos estadísticos:

Para Tavera Cumaná se pronunció el 27 de abril, y el vecino Partido Capitular de Barcelona, el 30. Carúpano, Villa de la misma Provincia Cumanesa, a principios de mayo.

En 1926 el difunto patriarca de las letras nacionales, don Tulio Febres Cordero, a quien se le concedió el primer galardón del periodismo venezolano, publicó un estudio titulado: "Las Siete Estrellas de la Bandera Nacional", en el cual, hablando de la precedencia en que las provincias venezolanas alhirieron al movimiento emancipador de Caracas, expresa lo que sigue:

"Estas siete provincias habían dado el grito revolucionario desde 1810, en este orden:

- 1ª.— Caracas el 19 de abril.
- 2ª.— Barcelona, el 27 de abril.
- 3ª.—Cumaná, el 30 de abril.
- 4ª.—Margarita, el 1º de mayo.
- 5ª.— Barinas, el 5 de mayo.
- 6ª.— Mérida, el 16 de setiembre.
- 7ª.— Trujillo, el 19 de octubre.

La Provincia de Guayana se pronunció el 1º de mayo, pero contrarrevolucionó el 3 de julio".

Al pie de este trabajo rectificativo de don Tulio, su paisano, el Dr. Vicente Dávila, en sus "Investigaciones Históricas, Tomo II, página 96, hace la siguiente advertencia.

"Se advierte quel Acta de Cumaná fue el 30 de abril de 1810, como la tras Febres Cordero, y no como la traen otros historiadores venezolanos. Documentos para la Vida Pública del Libertador, Blanco y Azpúrua, tomo II, página 411; y Miguel José Romero, "La Primera Patria en Barcelona," "quien reproduce el acta textual".

Aquí hacemos un breve paréntesis, porque la importancia del asunto lo requiera. En la obra del Dr. Romero no existe el acta textual mencionada por el Dr. Dávila; ni en 1810 había siete provincias como dice don Tulio. Constitucionalmente formaban la Antigua Capitanía General de Caracas y Venezuela, solo 6 provincias. Barcelona era solo un Partido Particular de la Provincia de Cumaná

En 1930, en su excelente Historia Constitucional de Venezuela, reeditada en ese año, anota el maestro Gil Fortoul, ya desaparecido, lo que sigue:

"Desde abril hasta setiembre las demás ciudades principales de la Capitanía General, a excepción de Coro y Maracaibo, imitaron el ejemplo de Caracas, formando Juntas Gubernativas; bien que en algunas de ellas, como en las de Guayana, no tardaron en reaccionar los españoles".

En su magnífica Historia de la Primera República de Venezuela, (Caracas 1939, tomo I. páginas 289 y 290), escogida como la mejor obra del año, escribe el Dr. Parra Pérez, Ex-Canciller venezolano:

"Las ciudades y provincias (sic) adhirieron a la revolución en el orden siguiente: Barcelona el 27 de abril; Cumaná el 30; Margarita el 4 de mayo; Barinas, el 5; Guayana, el 11; Mérida, el 16 de setiembre; Trujillo, el 9 de octubre".

En 1935, el Director de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, en 1941, el eminente Dr. Cristóbal L. Mendoza, en documentado estudio titulado: "La Junta de Gobierno en 1810", expresa:

"A pesar de las distancias y de la falta de vías de comunicación, la Junta de Barcelona se constituyó cinco días

después (que la de Caracas), ocho la de Cumaná, nueve la de Margarita y catorce la de la remota ciudad de Barinas". (En buen romance esto quiere decir que la Junta de Barcelona se constituyó el 24 de abril; la de Cumaná el 27; la de Margarita el 28 y la Barinas el 2 de mayo).

Como se ve, una verdadera anarquía reina entre los más plectaros y eruditos historiadores venezolanos en cuanto a las fechas históricas en que las Provincias, Ciudades, Villas y Aldeas venezolanas adhirieron al movimiento iniciado en Caracas el 19 de abril de 1810.

Y la importancia del asunto, el nacimiento de la patria venezolana, la historia de la independencia de América; requieren e imponen rectificar los hechos y precisar las fechas genéricas de nuestra emancipación.

A tal fin nos servirán algunos documentos inéditos rastreados por nosotros en el Archivo Nacional de Caracas.

Comenzaremos por el sapientísimo don Tulio Febres Cordero. En un estudio rectificativo como el de este grande escritor, no están mal las rectificaciones de terceros.

Barcelona, ya lo hemos dicho, no era en 1810 una provincia, sino un Partido Capitular de la Provincia de Cumaná. Esta no se pronunció el 30, sino el 27 de abril; Margarita inició su movimiento el 4 de mayo, y no el primero; Guayana el 11 y no el primero, y contrarrevolucionó el 3 de junio, y no el mismo día del siguiente julio.

Quien se fije en las anteriores rectificaciones, observará que, el Dr. Mendoza, de cuatro fechas citadas, se equivoca en tres.

Los movimientos de adhesión en 1810, no terminaron en setiembre como dice el ilustre Dr. Gil Fortoul, sino a fines de octubre, el 28.

Y ahora, para sintetizar, vamos a dar la lista más completa de las fechas en que las Provincias, Ciudades, Villas y Aldeas venezolanas, adhirieron al movimiento revolucionario del 19 de abril de 1810, que aseguró la independencia del continente en la memorable jornada de Ayacucho, celebra-



da como cosa propia y solemnemente en Buenos Aires: (Los datos relativos a Cariaco, Carúpano, Río-Caribe y Güiría, son inéditos, y los halló el suscrito en el Archivo Nacional de Caracas:)

Caracas se pronunció el .....	19	de	abril	de	1810
Hastillo el .....	19	de	abril		
La Guaira el .....	19	de	abril		
Maiquetia y Macuto el .....	20	de	abril		
Valencia el .....	21	de	abril		
Cumaná el .....	27	de	abril		
Barcelona el .....	27	de	abril		
Cariaco el .....	30	de	abril		
Carúpano el .....	2	de	mayo		
Río-Caribe el .....	4	de	mayo		
Margarita el .....	4	de	mayo		
Barinas el .....	5	de	mayo		
Punta de Piedra (Güiría), el	7	de	mayo		
Guayana el .....	11	de	mayo		
Mérida el .....	16	de	setiembre		
Trujillo el .....	9	de	octubre		
La Grita el .....	11	de	octubre		
Bailadores el .....	14	de	octubre		
San Antonio (actual Estado Tá-					
chira), el .....	21	de	octubre		
San Cristóbal (Tachira), el ...	28	de	octubre		

día onomástico del Libertador Simón Bolívar, y coincidencia gloriosa que predeterminaba la independencia de la América del Sur y una aurora de libertad para el mundo.

# MONTALVO EN COLOMBIA

por

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

## A ANTONIO MONTALVO.

Cuando se evoca el nombre de Juan Montalvo, surge también en la mente, por lógica asociación de ideas, el nombre de Ipiiales. Porque a esta ciudad nariñense ligó el Cosmopolita, por modo indestructible, su raro destino. Porque en ella sufrió y amó intensamente. Porque en ella produjo lo mejor, lo más vario y perdurable de su obra de literato y de sociólogo. Porque en ella se guarda todavía, con religiosa veneración, la memoria del proscrito. Allí, en sus largos días de exilio, teniendo a la vista los dulces campos del Carchi, columbrando las eternamente nevadas cimas de las montañas natales, oyendo el río rumoroso que nace en el suelo de la patria y, en su correr, va señalando sus lindes geográficos, aprendió a acendrar en su corazón el culto a la tierra de sus mayores. Fué Ipiiales uno como centro de equilibrio en el vaivén de su vida de proscrito, y quizá a la influencia que la modalidad de esa villa provinciana reflejó en el espíritu del Maestro, hay que atribuir no pocas de las características más señaladas de la obra del escritor: la expresión cabal del ímpetu desbordado de sus arranques pasionales, de la indómita tenacidad de su orgullo, de la honda y grave nostalgia que ensombreció siempre su espíritu de altísimo poeta.

¡Quién sabe si las recónditas afinidades ancestrales de Montalvo con la Nueva Granada, determinaron en él esa como predilección suya por la fronteriza ciudad nariñense que eligió, en más de una oportunidad, como sede de sus

amargos exilios! Montalvo en Ipiiales, en Tumaco, en Barba-coas, en Pasto, tenía de sentirse, ciertamente, menos extranjero que en otro lugar cualquiera del mundo. El no olvidaría nunca, no podía olvidar en modo alguno, al traspasar las lindes de su tierra ecuatoriana, que sus antepasados por la línea paterna vinieron de Nueva Granada al Ecuador, que José Santos Montalvo, su abuelo, fué quizá oriundo de las comarcas meridionales de la actual Colombia, como que los vecinos de Guano, donde aquél se avencindó, llamábanlo con el gentilicio de pastuso, aceptado por aquél de buena gana, a título de cariñoso recuerdo de un hombre leal a la tierra de su nacimiento.

Fué en febrero de 1.869, a raíz del golpe de estado que elevó a García Moreno al poder, cuando Montalvo fué por la primera vez a su destierro de Ipiiales, saliendo por cierto de la Legación colombiana, en cuyo recinto buscó y obtuvo franco asilo. Tenía entonces treinta y siete años el genial ambateño, y es evidente que para esa época estaba formada su multiforme y proteica personalidad literaria. Había leído ya cuanto es posible leer a su edad: conocía a cabalidad los clásicos antiguos y modernos, no le eran extraños los más señalados autores de la Europa contemporánea suya, y ninguno como él se había compenetrado tan profundamente con los clásicos castellanos de la época áurea del idioma.

Era a la sazón Ipiiales una villa de muy modestas proporciones, pero tanto cuanto lo sería para ese tiempo Ambato, la patria del Cosmopolita. Ambos pueblos provincianos, muy a la zaga entonces del progreso que daba la vuelta al mundo a promedios de la pasada centuria, y como estacionados y bien quistos con el ambiente colonial, de insignificantes o escasas inquietudes intelectuales, en el que habían vivido, desde la época de los remotos fundadores hispánicos. Hombres de letras allí, muy contados; humanistas, ni por pienso; bibliotecas, las de los conventos, copiosas solamente en libros teológicos y en tratados de filosofía escolástica. Rara avis una gaceta impresa, foránea, en esos ambientes. Y cosa prohibida y prohibitiva, pecaminosa y vitanda, todo

linaje de literatura heterodoxa y de tendencias más o menos liberalizantes.

El admirable Rodó, para encarecer el infortunio de Montalvo en el destierro de Ipiales, recordando alguna amarga alusión del propio Maestro, habla de "la soledad del villorrio, ruin y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sino el palurdo: donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más a cubierto..."

¿Pero fué acaso exclusiva y privativa de Ipiales esa soledad ruin y menguada, de que habla el estilista uruguayo? —En manera alguna, porque es menester aplicar idénticas características a todas las ciudades provincianas del mundo, aún a aquéllas europeas sobre las cuales, en una o en otra forma, gravita la salvadora influencia de seculares civilizaciones. ¿Acaso no recordáis la honda evocación, la pintura real y vívida que Jorge Rodenbach hace de la vida provinciana, tétrica, desolada, hostil, vida de sorda murmuración y de gazmoña suspicacia, de Brujas, la muerta? ¿Y esas páginas de poeta y de sociólogo en las cuales el delicioso Azorín traslada, en estilo inmortal, toda la pesadumbre de sus aldeas castellanas? ¿Y esas otras de Jean Lorrain que pintan, por modo tan patético, la vida de las aldeas normandas, lluviosas y tristonas? ¿Y esas en las cuales Eduardo Rod nos hace sentir el peso, como la lápida de plomo, del medio ambiente de otras villas galas provincianas? ¿Y aquéllas de Huysmans y de Samain, de Tolstoy y de Tourgueneff, de Miró y de Pío Baroja, de Rusiñol y de Andrés González, de Sarmiento y de Blanco-Fombona, en las cuales siéntese y pálpase la soledad ruin y menguada de los poblachos provincianos, esa soledad de que habló Rodó para referirse al Ipiales de 1.870?

¿Pero será de veras nefasta la influencia provinciana en el desarrollo cultural del hombre? ¿Acaso les está reservada a los populosos centros la prerrogativa de producir y propiciar los mayores escritores, artistas y poetas? —No es posible aceptarlo. Y pienso, para contestar así a ese in-

terrogante, que en Alemania, por ejemplo, no fueron las grandes metrópolis las sedes de sus mejores pensadores: que Goethe y Schiller no vivieron en Berlín, sino en Weimar; Taylor en Heidelberg; Richter en Bayreuth; y otros, así por el estilo. Que no es Londres el centro de la cultura inglesa, porque lo son Oxford y Cambridge; como no lo fué Madrid el de la española, porque estuvo en Salamanca; ni Roma el de la italiana, que él no fué ótro que Bolonia; como no lo fué Lisboa en Portugal, sino Coimbra; ni Bogotá en Colombia, sino Popayán; ni quizá Quito en el Ecuador, sino Cuenca... ¿Pero para qué seguir aduciendo otros ejemplos, si Montalvo, el hijo de la pequeña Ambato, de la provinciana Ambato es el ejemplo más cabal y elocuente para propiciar esta tesis?

Montalvo conservó siempre de Ipiales, de sus paisajes y sus gentes, el más grato recuerdo y se refirió a esa ciudad colombiana, como también a Pasto y a los pastusos, en los términos más cariñosos, respetuosos y enaltecedores. "Ipiales mereció las simpatías del proscrito", dice el doctor Yerovi en su "Ensayo Biográfico de Montalvo", y lo confirma el erudito y ponderado Oscar Efrén Reyes en su magnífica "Vida" del Cosmopolita, y lo ratifica en las brillantes y admirables páginas de "Pluma de Acero" ese grande escritor que es Gustavo Vásquez Hurtado, y lo sienten así, en acuerdo con tan evidente verdad, cuantos en una o en otra forma han ahondado en la vida apasionante del autor de los "Siete Tratados", de Augusto Arias a Juan Pablo Muñoz Sanz, de Blanco-Fombona a Gonzalo Zaldumbide, de Juan de D. Uribe a Isaac J. Barrera, de Roberto Andrade a Pío Jaramillo Alvarado, de Alejandro Andrade Coello a Manuel Elicio Flor, de Celiano Monge a Manuel J. Calle, de Carlos Bolívar Sevilla a César León Hidalgo, en lo que se me alcanza de cuantos han llegado a mi noticia.

A través del epistolario montalvino, de las copiosas referencias que del lugar de su destierro aparecen aquí y allá en sus obras, sólo se escucha un vasto y sentido canto de gratitud al Sur de Colombia. Los nombres del doctor Ra-

món Rosero, de quien fué Montalvo huésped en Ipiiales, de Ramón Cerón, de Pedro Eraso y de otros colombianos amigos y discretos favorecedores suyos, son pronunciados por el Cosmopolita con cariñosa complacencia. A Rafael Portilla, en 1.876, desde Ipiiales, decíale Montalvo a propósito de Evangelista Burgos: "Es de mis mejores amigos de Ipiiales, y espero le trate Ud. como a tal y aún le preste los servicios que le pudieren ocurrir como comerciante. Yo aprecio a este amigo, y Ud. verá que mis recomendaciones son fundadas..." Y al propio corresponsal, en otra carta del mismo año, con referencia al doctor Rosero decíale: "... el doctor Rosero, portador de esta, que es uno de mis buenos amigos de Ipiiales, a quien Ud. debe tratar como un recomendado, y muy especialmente, por mí..."

No sólo virilmente resignado, mas contento y bien avenido habría de estar Montalvo en Ipiiales, a juzgar por sus propias manifestaciones confidenciales, como esas que hizo a Portilla, en 29 de octubre de 1879, cuando invitándolo a visitar su retiro, decíale: "...No teman estar mal aquí: tengo una linda casa, cómoda y alegre, y dispongo de toda ella; estarán ustedes aquí como príncipes, y si son enamorados, no les ha de faltar pastusas de buen rejo..."

En el número 6º de "El Regenerador", hay referencias conmovedoras de Montalvo para el Ipiiales de su destierro. En "Las niñas del examen", dice de esta guisa: "...Acuérdome que en una de mis vueltas al lugar de mi destierro, no sabía yo dónde poner los regalos de los pobrecitos que iban viniendo unos tras otros, a cual más gordiflón, a cual mas rubicundo..."

¿Hubiese estado acaso Montalvo más a su sabor, como desterrado, en una metrópoli europea, antes que en la provinciana paz de Ipiiales? —No hay que pensarlo, por cuanto el propio y buen natural del Maestro, antes inclinábalo a la soledad que al bullicio y hallábase bien avenido lejos del tumulto de las grandes urbes y no en medio del tráfigo de las modernas capitales. "Cuando estuve en París, —dice en "El Cosmopolita"— siempre anhelé por algo que no fue-

se París: busqué la soledad, si soledad puede hallarse en medio de ese concurso inmenso, y al dar con algo que no fuese bullicio y alegría me sentí feliz y alegre..."

Pero quizá habrá que buscar en la raigambre indestructible de los amores que Montalvo cultivó en Ipiiales, el secreto de la perpetua y obsesionante predilección de aquél por esta comarca colombiana. Amores por cierto mal vistos y peor comentados por la estulticia hipócrita de los filisteos y tadeos de su tiempo, de allende y aquende el Carchi. Así parece intuirlo la perspicaz comprensión de Vásconez Hurtado, cuando en el capítulo V de su libro, dice: "Ipiiales le atrae y añora la tranquilidad de los días allí pasados, el prestigio de que goza y quizás las caricias de su amante..." Y en el capítulo VII: "Sin duda alguna Ipiiales tiene recuerdos impercederos para él. Acaso allí transcurrieron los días más tranquilos de su vida y allí gozó de la estimación y afecto que le negaron en otros lugares..."

"Sus días de proscrito en Ipiiales —escribe muy a conciencia Oscar Efrén Reyes— llevábalos Montalvo en el alma, pues hasta ellos le parecían felices..."

¿Son estas, por dicha, conclusiones más o menos aventuradas y novelescas de los biógrafos y comentaristas del escritor ambateño? —Nadie será osado a suponerlo así, porque más de una indestructible y vehemente afirmación del Cosmopolita está allí, en su epistolario y en sus libros, para ratificar, por forma incontestable, el cariño de Montalvo por la comarca colombiana que fué teatro de su exilio y también de sus amores: donde imaginó, esbozó y compuso lo más fundamental, trascendental y hermoso de su obra de literato, de artista y de apóstol de la libertad; donde hoy como ayer, la memoria del grande hombre se conserva con profunda veneración, no sólo como cordial reciprocidad de su afecto, sino como reconocimiento de lo que representa, dentro de los eternos valores del espíritu, cuanto dió de sí, para gloria de América, el hijo de Ambato.

En 1.880, Montalvo abandonó, esta vez para siempre, a Ipiiales. Iba en pos de los vastos horizontes de gloria que

irían a abrirse para él en la que siempre fué cerebro del mundo, la capital de Francia. Bibliotecas inmensas, museos, viejas universidades, la amistad con los más grandes hombres de la época, cuanto la civilización había logrado realizar en el planeta hasta el siglo décimo nono, tuvieron de ponerse y se pusieron al alcance de su mano. ¡Qué fortuna para un intelectual de los arrestos de Montalvo, para un americano como él ansioso de gloria universal, de nombradía perdurable! Seductores rincones de placer, perspectivas de deleites no soñados, refinamientos exquisitos de la ciudad más alegre de Europa, y el dulce, el extraño, el indescible encanto de las mujeres francesas... ¡Qué realidad más cabal para el apasionado don Juan, que tan a conciencia sabía llevar su nombre simbólico!

¿Pero creéis vosotros que con todo esto Montalvo, el desterrado de Ipiales, estuvo a sus anchas en París? —Vosotros lo sabéis que no, de ninguna manera. ¡Quién lo creyera! A poco de haber vuelto, por la tercera y última vez, a la capital francesa, ya con holgura económica, cumplidos sus sueños de gloria y nombradía, este don Juan de Flor, este amante afortunado de Teodosia y de Lucrecia, de Lajda y de Flora, de Beatriz y de María Kluber, de Clara, de Aifosa, de Obdulia, este don Juan, cuyo corazón "no es el compendio sino la obra magna de la Geometría moral", torna a pensar más que nunca en Ipiales, a añorar con amargura infinita la perdida felicidad de que gozó en esa olvidada comarca del Sur de Colombia.

El 4 de diciembre de 1881, a su hermano Francisco Javier Montalvo, le escribía don Juan desde París: "Ya estoy suspirando por el cielo y el clima de Ipiales. Son las tres de la tarde y necesito de luz artificial. Las calles están llenas de niebla espesa y fría: el cielo se ha caído en los infiernos..."

Pasan los años, cinco años largos, y en octubre de 1886, cuando el encanto de París hubiese borrado en otro espíritu distinto del suyo la huella de viejos recuerdos provincianos, Montalvo torna a decirle a su hermano: "... Me acuerdo con



amor de los Andes, y te se decir que los días menos amargos y más tranquilos de mi vida han sido los de mi destierro a orillas del Carchi..."

Los días menos amargos y más tranquilos de su vida... ¿Advertís ahora el por qué del afecto de Montalvo por esas comarcas colombianas de su exilio, donde encontró la felicidad que bajo otros cielos le fué siempre negada?

Perdidas en las páginas de esa tremenda requisitoria que es "la Dictadura Perpetua", publicada en Panamá en 1.874, están estas palabras de Montalvo, a propósito de su primer exilio en Ipiiales: "Cinco años de destierro son para cualquiera cinco muertes: cinco años vividos en un destierro hermoso donde la mano de Dios está extendida sobre la Naturaleza y los pocos hombres que le habitan, me enseñaron a quererla a esta Colombia, heroica por sus hechos, libre por su querer, clara por sus luces, cuando al pié del Chiles y el Cumbal pasaba yo mis días tristes en esa felicidad misteriosa de que sólo son capaces ciertos corazones..."

No. Montalvo en Ipiiales no vió solamente palurdos en torno suyo, como lo quiere Rodó: vió también hombres cabales, sobre quienes Dios había extendido su mano, como lo dice con su acostumbrada gallardía. A través de estos hombres y esos paisajes aprendió a querer a Colombia, y unos y otros estuvieron en su mente cuando desde París añoraba, con tan grande nostalgia, sus días de exilio a orillas del Carchi.

En Ipiiales, en Barbacoas, en Tumaco, en Pasto, Montalvo encontró admiradores, prosélitos, nobles adversarios y amigos, sobre todo amigos, porque aquél sabía escogerlos y conquistárselos entre los mejores, y ellos por él lo arriesgaban todo de buen grado, hasta la vida.

La tradición familiar que escuché de niño de boca de mis antepasados, refiere las escapadas de don Juan desde su refugio de Ipiiales hasta la ciudad de Pasto, donde los liberales de mi patria admirábanlo sobre manera. Manuel Santiago, José Pablo y José María Guerrero, Alejandro,

Modesto y Adolfo Santander, los Eraso, los Hinestrosa, los López, los Caicedo, fueron, entre otros, sus mejores amigos y confidentes. Allí, tomando pié de cierto incidente político, compuso Montalvo una página cervantina, que podría figurar entre sus "Capítulos" admirables, y que publicó sin su nombre, en una hoja volante, cuyo texto —que deploro no tener a la mano, para transcribirlo aquí— puede leerse en la erudita obra de Sergio Elías Ortiz: "Historia de la Imprenta y el Periodismo en el Sur de Colombia", donde completa y cabalmente se contiene.

En sus años de ostracismo en el mediodía de Colombia, Montalvo llegó a comprender y a querer como muy pocas esas comarcas incomparables, contra cuyos habitantes más de una vez la estulticia irresponsable ha dejado caer, entre chascarrillos y consejas de la peor estofa, ciertos conceptos peyorativos que suelen encontrar eco en el bronco espíritu de algunos menguados, ligeros de cascos. El gentilicio "pastuso" o "pasteño", llegó a tener, en boca de los palurdos, un significado poco menos que oprobioso. Porque no hubo tontería ni sandez, poquedad ni extravagancia, que a sus gentes no se atribuyesen. Indignado Montalvo de semejantes patrañas, de esos decires mentecatos que así calumniaban la tierra de su abuelo, escribió en Ambato, en enero de 1.879, una de las páginas más cabales que jamás salió de la áurea pluma del Cosmopolita: "El Sur de Colombia", impresa en Quito, en la imprenta del doctor Roberto Arias, y reproducida en el tomo I de las "Páginas desconocidas" de Montalvo, que dió a publicidad la "Revista de la Universidad de la Habana", con introducción de Roberto Agramonte, en 1.936.

Rara vez el honor de tierra alguna fué más bellamente reivindicado y encarecido, como lo fué el de Pasto y el del sur colombiano por el estilista de "Las Catilinarías":

"Entre el Juanambú y el Guátara —dice— se dilata una altiplanicie elevadísima, donde la Naturaleza en alegría perpetua está enseñando sus galas al mundo y sonriendo de su propia hermosura... El calor deletéreo es descono-

cido, el frío entumecedor no tiene allí cabida... En este país vive un pueblo que, por la rareza de su carácter, por sus virtudes y sus defectos se ha vuelto notable para sus vecinos: este es Pasto, nombrado ya como singular en la historia de Colombia. Si algún pueblo en Suramérica pudiera recordarnos a la antigua Esparta, éste sería, sin duda; rasgos hay en sus costumbres, su complexión, que en verdad nos recuerdan a Lacedemonia... Pueblo eminente guerrero, en siglo de conquistas, hubiera sido conquistador. Pasto es el Norte, fragua de hombres fuertes; sobrio el pastuso, vigoroso, no le rinde la fatiga, ni le retrae el miedo... El pastuso es lo que llamamos todo un hombre... El tiempo y el sabor de la libertad les han vuelto republicanos de convicción a los pastusos; en cuanto a su firmeza, no la han desmentido; los conservadores se irían a los infiernos antes que pelear contra los suyos; los liberales dejarían de irse al cielo, como no les obligasen a hacer armas contra su bandera. La tenacidad y el valor no han flaqueado tampoco en ellos; hechos hay en las gueras civiles de Colombia que sólo grandes historiadores necesitan para que se vuelva célebre este pueblo. Pedro Marcos de la Rosa haciendo cara en Silvia con 300 hombres al famoso caudillo Julio Arboleda que le embiste con 800 tigres, es un héroe: juicio recto, disposición militar, serenidad, valor inaudito, tesón, nada le falta. Se rehusa a las proposiciones del enemigo, se apareja al asalto, le mata cuatrocientos hombres, le saca en derrota, le sigue el alcance, le destruye. Si estas, en pequeño, no son acciones grandes, no hay cuales valgan... Las mujeres por su parte son dechados de mil virtudes. He oído en Colombia que para esposa, la pastusa: leal, constante, su adhesión no se detiene ni ante el sacrificio. En cuanto a las labores propias de su sexo, para la pastusa no hay punto de tiempo perdido;... a todo atiende, todo lo hace, sin descuidar la crianza de sus hijos, y los cría de tal modo que forma varones fuertes..." De este modo ponderaba Montalvo lo que encontró digno de encomio en pueblo tan calumniado como el de Pasto.

Sus páginas a propósito de Túquerres, de Barbacoas, de Ipiales, son páginas de antología, si por la hondura de su concepción sociológica, si por la justeza de sus observaciones, si — sobre todo — por el estilo de oro en que están compuestas.

Nunca rehusó prodigar Montalvo francos elogios a cuanto tuviese que ver, en una o en otra forma, con la Colombia por él tan admirada. Allí están sus conceptos sobre la ilustración de las gentes neogranadinas, en la octava de "Las Catilinarías"; allí el reconocimiento de la gallardía con que combatir acostumbraban liberales y conservadores colombianos en las guerras civiles, en el número sexto de "El Regenerador"; allí sus laudes a la Bogotá letrada y culta del pasado siglo en "El Cosmopolita"; allí sus homenajes de caballero, de gentil hombre que rinde parias a la mujer colombiana, encarnada en la bellísima Estela Pombo, en las páginas del tomo I de "El Espectador"; sus entusiasmos por la poesía de mi patria, en su espléndido estudio acerca de los poetas de *La Lira Nueva*, en el tomo II de la misma obra; allí sus remembranzas sentimentales, que destilan gratitud profunda por la comarca que lo acogió en sus exilios, en alguno de los más cumplidos episodios de la "Geometría Moral"; allí nuevamente su recuerdo a Colombia, como ejemplo de repúblicas ilustradas y libres, en las páginas liminares de la "Mercurial Eclesiástica"; allí la justiciera apología de los héroes y guerreros colombianos en los "Siete Tratados"; allí, en suma, la colombianista elación de su espíritu, dispersa sin tasa en su copioso "Epistolario".

Hasta el último día de su existencia se interesó Montalvo, ¡y cuán de veras!, por los personajes y los asuntos colombianos. El doctor Yerovi, en su "Ensayo Biográfico", da testimonio de un detalle elocuentísimo: el Cosmopolita murió con un libro colombiano, "El Semanario", de Caldas, abierto sobre su mesa de trabajo...

Pero si Montalvo fué de tal manera y con tanta vehemencia amigo y panegirista de Colombia, los colombianos

eminentes de su tiempo tuvieron también para el genial ambateño aplausos sin restricciones y estímulos sin reservas. Así lo reconoce el estilista insigne en la cuarta de las "Catilinarías", cuando consigna lo siguiente: "Lo digo con dolor: hasta cuando empezaron a llegar a Quito las opiniones de Caro, Cuervo, Páez, yo estaba pasando por loco en mi Patria: si tarda ese socorro, amigos y enemigos me meten en la casa de orates..."

Comentarios, notas bibliográficas, glosas eruditas, espléndidos estudios consagratorios sobre la vida y la obra de Montalvo, aparecieron con notoria frecuencia en los periódicos de Colombia, suscritos por los más autorizados polígrafos de mi patria. Los malquerientes y envidiosos del escritor ecuatoriano, sin embargo, contrarrestaban su despecho con murmurar, a sus espaldas y a hurtacordel, que esos artículos eran escritos por el propio Montalvo. "Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, Adriano Páez, han recibido los **disparates** escritos de mi puño y letra, y hánlos autorizado con sus ilustres nombres!", comenta en la cuarta de las "Catilinarías", y añade: "¿Hasta donde no llega la insensatez del aborrecimiento fundado en afección tan baja como la de la envidia?..."

Montalvo se enorgulleció y glorió del patrocinio literario que, en su iniciación, le dispensaron las más destacadas figuras de las letras de mi patria, y le placía recordarlo a menudo. En el Libro V de "El Cosmopolita", hay un artículo "Egotismo", en el que hace ostensible, sin disimulos, el valor imponderable que para él tuvieron esos estímulos, ciertamente definitivos en su carrera de escritor. Y en su panfleto, "Prosa de la Prosa", no vacila en atribuir a las voces de aliento de un famoso letrado granadino el origen de su libro póstumo, los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", cuando expresa: "... "Don José María Samper, el tan conocido literato, me endulzó los oídos con esta amable cláusula: "Cervantes hubiera querido tener mil plumas

para firmar **ese capítulo!** Estas palabras de Samper han originado un libro; si es un acierto, a él la honra; si una caída, a él la pena. . . .”

Por donde quiera que se abran las obras del Maestro, allí se encuentra algo que se refiera, con cariño, a la Colombia de sus afectos.

Si Montalvo en Colombia tuvo maestros, por él mismo reconocidos, no podrá negarse, antes lo he de proclamar con orgullo, que dejó allí los mejores de sus discípulos. Juan de Dios Uribe, César Conto, Antonio José Restrepo, Vargas Vila, en las postrimerías del pasado siglo y en los albores del presente, y Bernardo Arias Trujillo en nuestros días, están allí para atestiguar, por modo elocuentísimo, la influencia del escritor ambateño. No fueron aquellos, en modo alguno, simples imitadores de éste, mas aprendieron en él, sin duda, el secreto del pulcro lenguaje castellano y la seducción del estilo; el arranque incontenible de la furiosa acometida; el arte de hacer del idioma una como catapulta prodigiosa para abatir la fortaleza de los tiranos y los enemigos de la libertad.

Esa es la gloria de Montalvo: haber dejado a lo largo y a lo ancho de América, continuadores estupendos de su obra múltiple, de lo que ella es como código de libertades, de lo que ella tiene como arte puro imponderable, de lo que ella posee de contenido civilizador, de lo que ella representa como dechado de estilo, como cantera inagotable de la egregia habla de nuestros padres.

Los hombres superiores son a manera de microcosmos en los cuales se diría que están compendiadas las características esenciales de su patria y de su raza. En esta simple observación se funda, me parece, en último término, la teoría de los hombres providenciales de San Agustín y de Bossuet, la de los hombres representativos de Emerson, la de los héroes de Carlyle, la del superhombre de Nietzsche, la de los genios literarios, de Jorge Brandes, tan verdaderas, todas, en su esencia.

Montalvo encarna, como ninguno quizá en su patria, la grandeza del Ecuador, con todas sus tragedias, con todas sus vicisitudes, con la épica magnitud de su heroísmo, con la extraña tristeza también de sus pobladores aborígenes. Tierra de volcanes gigantescos, el alma tempestuosa de Montalvo los refleja en su fondo y los emula en la expresión tremenda de sus iras incontenibles. En ella está como cristalizada la expresión de sus mártires, los del 10 de agosto; y la de sus héroes, los del 24 de mayo y de tantas jornadas de la libertad ecuatoriana; y la de sus pensadores y artistas y apóstoles de generosos idealismos. El encanto de la tierra natal, la maravilla de los paisajes eglógicos de su provincia incomparable, la paz de sus campos, —de su Ficoa tan bellamente cantada por Antonio Montalvo— la poesía recóndita de sus montañas y de los ríos patrios allí campean, dispersas en sus obras. A través de ellas discurre, serena y altiva, la sombra de la patria: su aliento cordial las vivifica, su jugo nutricio cuotidianamente las remoja, el hálito de sus entrañas munificas les da consistencia de eternidad.

Señores: Si alguna vez el pensamiento bolivariano de la unión grancolombiana tomase realidad, como lo proclamó el Libertador y como lo quisieron los legisladores de mi patria, en 1863, nada mejor que la memoria de Montalvo para propiciar empeño tan grandioso. Porque fué aquél uno de los apóstoles más decididos de esa doctrina, porque propugló como ningún otro por la civilización de nuestros países y el buen nombre de nuestros pueblos, y porque la gloria del Cosmopolita, que irradia por todos los confines intelectuales del mundo, fulge con resplandores más vivos y más propios en el Ecuador de sus sueños y en la Colombia de sus predilecciones.

Quito, mayo de 1946.

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

# SENDERO DE RETORNO

*NOTA DE LA DIRECCION.—La literatura femenina ha sido poco cultivada en el Ecuador. Cuando las mujeres se pusieron a escribir quisieron emular con los literatos, y en eso estaba la desventaja, y en eso estriba la altura a que se han colocado dos mujeres ecuatorianas admirables: Dolores Veintimilla y Aurelia Cordero, que pusieron en sus manos sus corazones, para decir de sus recónditos sentimientos. Lo que escribieron esas mujeres, son mensajes para ecuatorianas, que tardarán todavía en ser descifrados.*

*Hoy publicamos las páginas, llenas de sinceridad ingenua y bella, de una niña que no pretende de literata. Ha recordado antiguas escenas, embellecidas por la distancia de los años y por el afecto que guardaba como un tesoro. Escenas sencillas, tranquilas, que pudieron suceder a muchos y que, sin embargo, acopian una cantidad de poesía que llega al alma.*

*Hoy que leer las páginas que siguen en el significado que tienen: remembranzas, esparcimiento íntimo, retazos de tiempo disputados al olvido, páginas que no se destinaron a la publicación, pero que, publicadas, encontrarán muchas almas afines y simpatizantes.*

*Estamos seguros de ello.*



Cuando pequeña, tenía el placer de tomar una delgada rama, de aquellas que por secas y débiles se desprenden fácilmente de los árboles de eucalipto: y con ella iba trazando figuritas, que caprichosamente y al azar, se formaban mientras yo corría. Cuidaba solamente de conservar la rama sobre la arena para que no se interrumpiera la huella. Huella que volvía a seguir en camino de retorno, cuando ya cansada de las correrías y sintiendo la hora del regreso, me volvía a casa.

Muchos momentos me detuve a contemplar las figuras que quedaban en la arena y que parecían de una hermosura incomparable.

Han pasado algunos años y, con el mismo placer he vuelto a seguir con intenso cuidado la huella dejada por mi varita en la arena; y, como si fuera avivada por el conjuro mágico de una hada buena, se ha aclarado la huella y he vuelto a pasar por mi "Sendero de Retorno."

He mirado insistentemente el retrato de mi madre con sus galas nupciales. Es una hermosa fotografía ésta de mi madre con su ajuar de novia. Su figura tomada con todo acierto compone un cuadro lleno de belleza, en el que mi madre es una muchachita joven y bonita.

Mis ojos en esta ocasión, miran sin ver la fotografía que mis manos acarician, con el mismo cariño de siempre, pleno de intensidad. Es que esta fotografía, tiene para sus hijos, el valor de una joya preciada en los recuerdos familiares queridos.

El blanco velo es cascada que envuelve todo su cuerpo, que está de pié, puesto de perfil, gallardo y altivo. Delicadamente sus manos aprisionan unas flores sobre una mesa, y después de acariciar su cuerpo, el fino tul se desborda en amplios y abundantes pliegues de blancura vaporosa sobre el suelo...

Mientras mis manos acarician la fotografía, mi mente hace un recorrido a través de los años.

Mi madre es la compañera perfecta que mi padre ne-

cesitaba. Sus gustos afines, hicieron un complemento sin desacuerdos.

Creo que el comienzo debe haber sido igual al trozo de camino que yo he acompañado: suave, hasta en las pequeñas sinuosidades, sin hacer jamás un alto para detenerse en el caminar por la vida. El carácter de mi padre: firme, franco, enérgico y rebelde, perfectamente llevado por la suave dulzura oportuna e inteligente de mi madre, hicieron un hogar de felicidad.

Mi padre siempre en la lucha fuerte e intensa para sostener su casa. Y mi madre ayudando en la tarea, desde el otro plano de la lucha, el del trabajo doméstico. Para juntos también, en las horas bien ganadas del descanso, leer y gozar con los libros. Juntos siempre. Así se han acostumbrado mis ojos a verlos. Siendo él para ella y ella colaboradora en todo para él.

Así crecimos los hijos al amparo de estas dulzuras.

Mi padre tiene para mí la expresión de su vida en los ojos. Sus ojos pequeños y vivaces de enérgico mirar y de cambiantes tonos. En los momentos apacibles, tienen el color de una uva empezando a ser bermeja, y en los momentos violentos tienen reflejos de un intenso dorado. He aprendido a leer en ellos, me basta mirarlos para saber lo que dicen, y me produce placer besarlos suavemente.

Los ojos de mi madre son tranquilos, de una tranquilidad que encanta. Tienen el mismo ritmo de su voz suavemente dulce, conservando siempre su uniformidad de párpados oscuros.

Mujer, hijos y libros, son el mundo de ambiciones logrado con el precio de sus constantes afanes.

Mis ojos siempre abiertos, estarán eternamente deslumbrados ante mi padre. Intimamente sus afanes son rectamente conducidos, y jamás sus situaciones han alterado normas sencillas y llevadas con toda limpidez. Sus manos acarician nuestras frentes, con la mejor de las dulzuras y nuestro respeto no es el que produce el miedo, sino el que da el cariño bien sentido.

Vida bien rimada siempre con la dulzura de mi madre que es toda bondad, toda inteligencia, toda amor.  
Son para ellos estas páginas.

## I

Desde el 23 de octubre de 1914, fecha de mi nacimiento, hasta el año de 1918, mi memoria no ha captado casi nada. Es, en este año, cuando creo empezar a recordar.

Mis cuatro años habían pasado ligeros, y desprovistos de brillantez. Había sido una niña sana, vivaracha, voluntariosa y rebelde, pero nada más. Pues, en cada oportunidad, mamá recuerda: desde niña eras rebelde, aun no habías cumplido un año y ya tenías rabietas cuando en la bañera te faltaban los brillantes pétalos de las flores que servían de diversión para tus manitas y alegraban tu cara, haciendo del momento del baño un agradable entretenimiento.

Era un pequeño animalito que iba siempre junto a mi madre, molestándola aún en aquello que quería ayudarla. Insistía en cuidar con ella, las macetas de geranios. Y, mis manos que aún no sabían distinguir la mala hierba, recibían el reproche de mi madre que dulcemente iba guiándolas y enseñándolas a conocer lo bueno y a quererlo.

Dos episodios tengo fuertemente grabados, pero sin precisar si es a causa de mis recuerdos, o de tanto oírlos contar desde niña. Este es el primero.

Tenía un poco más de tres años cuando nació mi hermanita. No he conservado ni la más pequeña noción de su rostro. Hay momentos en que gozando en repasar estos lejanos recuerdos, cierro los ojos y hago una fuerte llamada a mi memoria, para ver si es posible reproducir la cara de mi hermanita cuando nació, pero solamente acude a mi llamamiento en confusión deliciosa, una multitud de encajes y batistas, que es todo lo que mi imaginación

conserva. Me es molesto no haber podido conservar la cara fresca, plena de felicidad, de mamá, junto con la carita rosadamente bella de la niña, pero me disculpo pensando que solamente tenía unos escasos cuatro años...

Mi vida rodeada de una encantadora tranquilidad, acentuaba aún más mi carácter pronto al disgusto.

Hasta la llegada de mi nueva hermanita disfrutaba de la supremacía de ser única hija mujer; y aprendí a servirme de las lágrimas para imponerme y conseguir lo que me proponía. Frecuentes eran las quejas que en el regazo de mamá, y desbordante de lágrimas, iba dejando; no me dejan ver las láminas de los libros, no me dejan jugar con ellos, y lloraba hasta conseguir que mamá intercediera y convenciera a mis hermanos para que me dejaran jugar con ellos. La paz era momentánea, pues el final otra vez se resolvía con lágrimas; el rubio hermanito que me seguía en edad, con su cara rosada y alegre, el espíritu varonil y enérgico, quería imponerse y someterme a sus caprichos, pero, mi rebeldía se negaba a aceptarlo y era yo la que siempre terminaba llorando.

Pero insistente y fuertemente se iba grabando en mi espíritu la cara de mis compañeros, y en mi memoria conservo la imagen intacta de la carita de EL.

Entre brumosos y lejanísimos recuerdos, sobresale con asomo de pequeñas claridades, este episodio frecuentemente recordado en charlas íntimas; a tal punto de hacerse realidad por la frecuencia en oírlo; ahora dudo, si lo que conservo como primera imagen en mi vida, el nacimiento de mi hermanita, es en verdad un recuerdo de hechos o es un recuerdo de palabras contadas al calor de gratas reminiscencias.

Mi padre, mi madre, mi hermano mayor, mi hermano menor y la niña, hacen el conjunto único de este primer episodio de mi vida a los cuatro años.

## II

El segundo episodio, sucedió apenas seis meses después.

Fuimos a pasar el verano en una modesta casita de campo, que mi padre había hecho trabajar mientras mamá estuvo enferma.

Esta casita, trabajada con afán oculto para dar una sorpresa de felicidad, tuvo el sortilegio de curar todos los males de mamá, y de dejar satisfecho a mi padre, quien aumentando horas de fatiga a su trabajo diario, llegó a terminar la casita que pomposamente tomó el nombre de "la quinta". Y así la llamamos todavía con todo cariño.

Apenas comprado el terreno, el espíritu refinado de mi padre cuidó sobre todo de delinear jardines, que llenó de plantas de flores, de manera que al terminar la casita, el **parque** ya estaba florido. Y, cuando fuimos a vivir allí mamá mejoró inmediatamente de un fuerte reumatismo que la hacía sufrir. Es que debe haber sentido que gozaba del paraíso, hecho para ella y para nosotros, con todos los afa-nes del amor en busca de felicidad.

Y cuando ahora me siento cansada al recortar las ramas secas de los viejos rosales, pienso, ¿cómo hizo mi padre para darse tiempo: despachar en la oficina, hacer trabajar la casita, sembrar las plantas y cuidar de mamá y de los niños?

Tenía tiempo, se daba tiempo aumentándose trabajo. En la casa le ayudaba abuelita quien, con toda solicitud, verificaba, inmediatamente de ser requerida por papá, el viaje a Quito para atender a mamá, cada vez que tenía un niño. Hizo siete viajes, ya que otras tantas veces se alegraron mis padres con el nacimiento de sus hijos.

Siempre llegaba abuelita, gustosa y alegre. Pues adoraba a papá, su hijo, y aprendió a querer a mamá que, con su dulce carácter, hizo gustosa el papel de buena hija.

Nosotros hemos aprendido a querer a abuelita, porque papá adoraba a su madre, porque mamá nos hablaba de ella con mucho cariño, pero sobre todo, porque era la madre de papá.

Es una figura sumamente interesante la figura querida de abuelita. Hay detalles en su vida, que hacen comprender muchos aspectos de la de papá.

Este año de 1918 fué el de su último viaje a Quito, para estar con papá, con mamá, y cuidar amorosamente a sus nietos; para regocijarse con la construcción de "la quinta"; estuvo allí y gozó también con nuestra alegría. Sembró con sus manos un rosal de rosas de color raro: lila-azul; un rosal que se le conoció siempre con el nombre de "la rosa de la abuelita", y al decirlo, poníamos mucho cariño en las palabras como si quisiéramos acariciarla a ella.

Pero un día besó a mi hermano Jaime, el nieto adorado, me besó a mí aconsejándome ser buena, besó a Gonzalito, el muchachito lindo y fuerte, se acercó a la cuna para besar a Eulalia, la pequeñita. Pues entonces éramos ya solamente cuatro los hijos que quedábamos junto a mamá. Los otros se habían ido silenciosamente, calladamente. Desde sus cunas abrieron sus pequeñas alitas y volaron, dejando un suave rumor de vacío. Fueron mariposas que apenas se abrieron, para marcharse quedamente....

Y después de la despedida se marchó abuelita, a su ciudad fragante a azahares de naranja.

Era el único abuelo que vivía cuando nosotros nacimos. Vivió todavía unos años más, hasta el año de 1933. Pero como el viaje a Quito, por entonces, era penoso y cansado, no volvió más.

Nuestras frecuentes cartas, la llevaron, insistentes y ardorosos, los cariños de los nietos y las pocas y raras visitas, que después de este año de 1918 la hicimos, nos unió a ella para siempre, con un cariño casi de devoción.

Estábamos ya instalados en "la quinta", y gozando de las delicias del clima y de la pureza del aire. Los chicos corríamos y jugábamos en plena libertad.

Un día mamá me llamó a cuidar a la niña, mi hermana menor. Yo, era ya grandecita, tenía cuatro años, y el traba-

jo que mamá me encomendaba sólo era el de mirar a mi hermanita que, abierta como un capullo de rosa, entre sus pañales, balanceaba sus piernitas, recostada al pie en la cama de mamá.

Seguramente eran muy raras las oportunidades de quedarme a solas con mi hermanita, y no tenía experiencia. Pues que, con gran deseo de atenderla y cuidarla mejor, le dí como juguete lo que tenía en ese momento, y era una medallita de cobre, terrible juguete y terrible tontería que aun ahora no me he perdonado más. La niña, como todos los niños, se llevó prestamente a la boca el juguete; —horror!— se tragó la medallita. . .

No tuve ninguna conciencia de lo que podía ocurrir, debo haber sido una niña muy simple, ya que no intenté quitar a mi hermanita la medalla en el momento en que se la llevaba a la boca. Solamente me dí cuenta de ello cuando observé que no la tenía ni en sus manitas, ni en la boca; salí entonces a buscar a mamá para darle la noticia.

Ella llegó asustadísima, tomó a su hijita y trató de hacerla arrojar la medalla, pero todo fué inútil.

Buscar un médico era sumamente difícil, pues que la casa situada a casi un kilómetro de distancia de la línea de los tranvías eléctricos, o de un teléfono que pudiera ponernos en contacto directo con la ciudad, hacía imposible la consulta urgente que precisaba el caso.

Felizmente la criatura siguió bien. Y, cuando se consultó al médico, encontró que era mejor que la medalla hiciera el recorrido normal por los intestinos, ayudada solamente por frecuentes laxantes. Siempre vigilada desde este día con muchísima más atención, mamá pudo estar ya tranquila sólo cuando al fin después de un largo, larguísimo, tiempo de celos y temores constantes, la medallita salió. Había cambiado de forma, ya no era redonda, se había gastado quedando casi como un triángulo.

Cuántas veces he tenido inquietudes dolorosas por este acontecimiento desgraciado en el que tuve toda la culpa. Ni

siquiera ahora me perdono; no hay disculpa, ni cuando digo que solamente tenía yo cuatro años de edad.

Cuantas veces se ha vuelto a contar el doloroso episodio, me he sentido avergonzada. Quería abrazar a mi hermanita y decirle muchas cosas; pero creo que jamás acerté a encontrar las palabras precisas que pudieran servir.

Pero desde entonces y para siempre, ella tiene para mí y para todos ese gesto amable y generoso, la expresión adorada de mamá, de no dar ninguna importancia, ni a sus cosas buenas ni a las cosas malas de los otros. Es feliz con la tranquilidad de los demás.

### III

Hacia muy poco tiempo que estaba en el **Jardín de Infantes**. A él fui desde la edad de cuatro años. Mi hermano mayor fué primero, luego yo y después el hermanito que me seguía en edad, quien valientemente conquistó un puesto con sus triunfos desde entonces. Apenas contaba tres años, y ya tenía una personalidad definida.

También fué la hermanita cuando apenas tenía dos años. Se acostumbró a la alegre disciplina del **Jardín** y con la compañía y amparo de la hermana grande, que era yo, se dejó guiar fácilmente por ese mundo bonito que las maestras, con suavidades maternas, enseñaban a sus pupilas.

Yo no hacía ningún esfuerzo mientras iba aprendiendo. Concurría con placer diariamente a la escuelita, tomaba mi delantal blanco de manos de la que llamábamos "la señorita María de los delantales" y cumplía con todo placer juegos con que nos enseñaban.

De todas las maestras guardo los mejores recuerdos. Sus enseñanzas han sido tesoros que conservo con cariño.

Hasta el episodio desagradable, de una maestra que me pegó, revive ahora en mí con claridades de cariño. Era



una clase de matemáticas. (Terribles matemáticas, toda la vida me han parecido difíciles y aburridas. Seguramente debo haber fastidiado tanto a la "señorita Victoria", que cansada ya, me ordenó levantarme e ir donde ella, llevando una regla en mis manos, y con ella me castigó dándome en la palma. Debí haber reaccionado con llanto, que es la manera más fácil para conmover y también para rebelarse. Aun ahora reacciono de la misma manera; tengo las lágrimas fáciles y el espíritu absolutamente delicado. No hago nada para contrarrestar esta sensibilidad que en muchos casos y situaciones resulta ridícula, pues que cuando se necesita actuar con energía yo estoy resolviendo la situación con lágrimas.

En aquel entonces debo haber llorado mucho, hasta inquietar a mis profesoras, pues se empeñaron en conseguir que desaparezcán de mis ojos las huellas del llanto y de mi espíritu las de ese mal momento.

Pero yo apenas llegué a mi casa, y segura ya en los brazos de mi madre, volqué todo el río de mis ojos, mientras iba entrecortadamente, relatando lo ocurrido con la maestra.

Gran disgusto debe haber producido a mis padres esta pena mía. Y, aclarada ya la situación con las maestras, el resultado fué un arrepentimiento delicado y cariñoso con que ellas borraron el desagrado y el enojo de mi padre, para quien guardaban consideraciones respetuosas.

Es el único episodio desagradable de esa apacible y dulce vida del **Jardín de Infantes**. Niñas mimadas, aprendíamos a bailar, a recitar y, suavemente, a leer y a contar. A todas las maestras de ese dulce paraíso las veo todavía. Muy poco han variado a pesar de los años transcurridos. Solamente "la señorita María de los delantales" se hizo monja, después de haber acariciado muchas generaciones de niños. Todavía me parece verla, arreglando en nuestros cuerpos los blancos delantales con que nuestras manos simples no atinaban; siempre con el mismo gesto amable y siempre con una pa-

labra tierna para cada niña, y con su cara encendida y agradable.

Preparábamos una fiesta en el **Jardín** como final de los cursos. Ya teníamos seis años las que habíamos concluido.

Mi padre me ensayaba para que pudiera recitar un poema en esta última fiesta. La composición escogida era el lindo cuento en verso de Rubén Darío: "A Margarita Debayle".

Mi memoria conservó fácilmente el hermoso cuento y con sôltura podía ir diciendo las muchas estrofas de que se compone, a pesar de mis escasos seis años.

Todos los días repasaba cuidadosamente con mi padre y trataba de poner armonía en los movimientos de mis manos que, dirigidas con naturalidad, completaban la expresión, aún en una pequeña recitadora.

Ya tenía listo mi bonito vestido para la fiesta. Ya mi padre hizo el último repaso y quedó satisfecho. Mi memoria no claudicaba y graciosamente decía con claridad los lindos versos. Era un acontecimiento para mi la fiesta en el teatro, y cuando ya me pusieron en el escenario y se levantó el telón, mi voz un poco temblorosa por la emoción empezó. Y en la parte en que el poeta dice:

Pues se fué la niña bella  
bajo el cielo y sobre el mar  
a buscar la blanca estrella  
que la hacía suspirar.  
Y siguió camino arriba  
por la luna y más allá  
más lo malo es que ella iba  
sin permiso del papá...

Justo mientras mi vocecita decía "papá", dí una vuelta sin cuidarme de la cortesía que estaba obligada a conservar para con el público. Dí una vuelta, digo, en busca de mi padre a quien suponía en el fondo del escenario, hice una gen-

til venia o busqué un gesto de aquiescencia; torné a mi sitio y a mi postura y continué el cuento...

Papá reía cuando me reprochaba esta vuelta que por poco destruye el efecto de placer con que los padres y maestros siguen los cuentos que dicen sus niños. La vuelta fué grotesca, pero el público benigno hizo como que no se apercibía, y no rió. Yo sin turbarme, llegué al final:

Viste el Rey ropas brillantes  
y luego hace desfilar  
cuatrocientos elefantes  
a la orilla de la mar.  
La princesita está bella  
pues ya tiene el prendedor  
en que luce con la estrella  
verso, perla, pluma y flor...

#### IV

El episodio que voy a contar sucedió cuando tenía seis años.

En los primeros días del año de 1921 murió mi hermanito.

Una terrible enfermedad no conocida por el médico que lo atendía, hizo presa de su robusto cuerpo, y lo destruyó en ocho días. No enflaqueció, no perdió el valor; hasta el último día insistió en cobrar las monedas que por tomar cada medicina se hacía pagar, y que, religiosamente, iba guardando en la alcancía que tranquilo entregaba al cuidado de mamá. Dos días antes del octavo en que murió, una junta de médicos aclaró el terrible error inicial: no era angina, era difteria y, desgraciadamente, ya era tarde. El suero anti-diférico no hizo efecto, y su cuerpecito fuerte y rosado, ya inerte, fué colocado en su blanca caja. Tenía cinco años plenos de vigor; en ocho días se acabaron.

Mis padres sintieron intensamente esta terrible puñalada. Mi madre lloraba incesantemente el agudo dolor.

Mi hermano grande tenía once años, yo seis, y la pequeña tres.

Inmediatamente de la muerte, y ya alejadas las flores y cerrada la tumba, vinieron los detalles molestosos de la desinfección de la casa, que debía permanecer cerrada un cierto tiempo.

Todavía se comentaban insistentemente los méritos del fallecido. La intensidad del afecto había aumentado, si así puede decirse, con la muerte. Se veía con ojos abiertamente claros de esperanza, el brillante porvenir que, como un camino libre de sinuosidades y perfectamente florido, le tenía destinado la vida.

Se conversaba tratando de consolar a mamá.

Era un terrible desconcierto el que había traído la muerte del hermanito. Nuestra vida apacible y tranquila, había sido dolorosamente arrancada de su pasividad.

Siento ahora al recordar estos cuadros, como si solamente entonces hubiera yo empezado a vivir. Este sí, es capítulo que recuerdo plenamente, por la intensidad de emoción con que se quedó grabado en mi sensibilidad de niña. Fuertemente quedaron impresos, y con claridad, detalles de aquellos que solamente anotan los niños: flores, luces, vestidos, palabras, lloros, todo esto a través de las lágrimas de mamá, y del dolor de mi padre, que sentía irsele un hijo varón.

Pero desgraciadamente a los cuatro días la pequeña se quejó de dolor de garganta. Tenía fiebre, los síntomas no dejaban lugar a duda, seguramente estaba contagiada. Había que darse prisa por curarla. Era preciso luchar otra vez con la muerte, y no dejarla triunfar. Difícil tarea después de la dura prueba cuya huella aún estaba fresca. Papá trajo a un médico joven, aun no graduado todavía, pero en quien tenía mucha confianza por su valor intelectual, para que curara a su hijita.

Clara visión la de mi padre. Este médico, amigo de la

casa, había sido cariñosamente estimulado por él; encontraba méritos múltiples en su joven amigo, y cultivó su amistad, con cariño de maestro. Hoy día es una de las celebridades de nuestra medicina.

Cuidó él a la enfermita, con acierto, cariño y ciencia. Combatió fuertemente la terrible enfermedad con las ampollas dolorosas del suero antidiftérico. Muchas unidades inyectaron hasta conseguir triunfar.

Después había que prevenir. Tenían que inyectarnos suero a mi hermano y a mí.

Consciente del bien que le hacían, mi hermano se dejó hacer. Yo miraba curiosa, pero cuando se terminó con mi hermano y comprendí que me tocaba el turno, emprendí la fuga. Rápidamente fui a esconderme. Mi padre, fastidiado, ordenó que me trajeran. Estaban todavía dolorosamente impresionados con la muerte reciente y con el contagio de la pequeña y no podían tolerar rebeldías tontas de niña simple. Sorprendida en mi escondite corrí por los amplios corredores de la casa, burlando a mis perseguidores, pero comprendiendo que me capturarían fácilmente intenté fugar a la huerta de la casa, sitio amplísimo, en donde podía correr y correr... Pero ya mi padre había calculado esta posibilidad y cerró a tiempo el paso, colocándose en esta puerta de escape. Fui tomada y después de una severa reprensión, me inyectaron el suero preventivo.

Así termina este cuarto capítulo de mi vida, en que el pesar de una muerte, dejó huella fuerte e intensa en mi espíritu de niña. Era la primera prueba del **dolor**, mirado frente a frente.

## V

Estábamos en la "quinta" pasando vacaciones.

Era un día pleno de sol. Medio día. Todos los de familia estaban en el comedor, pues era la hora del almuerzo.

Yo me paseaba por el jardín, tranquila, como chica que era, no participaba de la deliciosa hora de la sobremesa.

Salí hasta la calle. Y en un lote de terreno contiguo a nuestra casita, encontré que un borrego sacaba la cabeza por un agujero de la tapia y **lloraba**, según imaginaba yo. Me interesé maternalmente por él, al acercarme vi que estaba fuertemente amarrado a una estaca, y notaba que cada vez que **lloraba**, sus ojos demostraban profunda tristeza. Me enternecí y decidí darle la libertad, para que pudiera correr por el amplio y solitario campo que le servía de cárcel. Le acaricié por la ventana de la tapia y le recomendé calmarse, pues que inmediatamente iría yo a soltarle, para que no estuviera triste.

Aprovechando la ausencia de mamá, saqué del guardarropa muchas prendas suyas, suponiendo que así vestida y ataviada, tendría más autoridad para la empresa que me proponía.

Lista ya en mi disfraz, y con la firme conciencia de estar muy bien para representar mi papel de libertadora, me dirigí seriamente a soltar al borrego.

Cuidé de hacer el menor ruido posible para que no se dieran cuenta mis padres, ya que quería emprender sola en esta aventura; ya vestida con las ropas de mamá, sentía deseos de proteger y compadecer a los pequeños y a los débiles. Cuidaba de no hacer sonar los tacones de unos zapatos que me venían grandes, me preocupaba de que el abrigo y el vestido no se extendieran mucho, pues de lo contrario interrumpirían el paso, y trataba por fin de impedir que el grande sombrero alón me tapara los ojos.

Llegué así trabajosamente hasta donde estaba el borrego, después de dar una larga vuelta ya que la entrada al cuadrante de terreno no quedaba junto a la casa, sino por la calle inmediata. Logré desatar la amarra que le sujetaba y luego de acariciarle le expliqué que estaba libre...

Me proponía regresar orgullosa de mi hazaña, cuando ¡oh sorpresa!, sucedió algo repentinamente: el animalito libertado se propuso maltratarme con mucha ingratitud y se dió a la tarea de propinarme furiosos topetazos, que me hicieron rodar por el suelo; impedida de correr por los ves-

tidos largos, lloraba desesperada caída en el suelo y atacada fuertemente por el borrego que no se cansaba de darme golpes y más golpes.

Seguramente hubiera sido grave aquello, pues que mis gritos y mis llamadas a mamá no producían efecto por la distancia del sitio en que me encontraba.

Felizmente frente a ese terreno se construía entonces una casa, y los obreros estaban ya en su tarea. Un carpintero que trabajaba sobre la cubierta, alcanzó a ver a tiempo la escena del borrego ingrato y dándose cabal cuenta del peligro en que me encontraba, vino con mucha presteza y agilidad, a **libertarme** del terrible borrego. Amarró al animal y me tomó en sus brazos, tratando de hacerme callar, ya que dolorida y muy asustada, lloraba a gritos.

Quería el carpintero castigar al animal, en gesto destinado a obtener que me calmara, pero yo, en una última concesión de bondad exenta de todo rencor, pedí que no lo hiciera y rogué al carpintero que me llevara a casa.

Triste y doloroso fué mi regreso de **libertadora liberada**.

No recuerdo como fué la escena del recibimiento, que desde luego no puede haber sido triunfal. Mucho susto debe haber producido a mi madre el verme entrar en brazos extraños y vestida de tan grotesca manera. Entonces, ya bajo la protección maternal, debo haber reaccionado como siempre, llorando, con este llanto mío que está siempre tan a flor de ojos, hasta ahora y creo que hasta siempre. Estas lágrimas mías, llegan en los momentos de mayor dolor y son apenas sensibilidad que se desborda fácilmente, porque sabe que tiene la protección sempiterna de mis padres, que tanto cuando consuelan como cuando reprimen, tienen suavidades de caricia.

En el epílogo del borrego ingrato, al sentir mis lágrimas en las mejillas de mi madre y al sentirme fuertemente apretada a su regazo, sus palabras y sus caricias, habrían aplacado mi asustado llanto.

## VI

Mi entrada al Colegio. Tenía ocho años; era en 1922. Mamá estaba nerviosa, comprendía en todo su valor esta aventura de su hija: el primer paso dentro de la vida; y sufría al pensar en el choque que esto en mí produciría.

Ya habíamos terminado los cursos en el "Jardín de Infantes". Ya llegaron los adioses y las promesas de recuerdo eterno. Cada jornada terminada aprisiona promesas, que el tiempo se complace en esfumar, creyendo echarlas al olvido, pero que se conservan en este maravilloso cofre cerrado de los recuerdos, para entregarnos en el momento oportuno generosamente y libre ya de desilusiones.

Terminarían las vacaciones y entraría ya al Colegio. Mi madre había pasado los últimos días del verano atareada preparando las ropas para mi entrada al nuevo Colegio.

Qué agradable recuerdo conservo de dos de los vestiditos nuevos que mi madre confeccionaba con todo amor. Yo le acompañaba mientras cosía. En cuanto estuvieron terminadas las batas, las puse nombre; a la una llamé "la bata de los conejos", por unos raros dibujos de la tela que mi fantasía de niña comparó inmediatamente con conejos. Y a la otra, "la bata de las tripitas", por un adorno de unas cintas colgadas que, muy a mi gusto, puso mi madre en el vestido.

Tenía locura por ir al Colegio, sobre todo para poder ponerme los nuevos trajes preparados.

Mi madre me había cuidado durante las vacaciones, para que los soles quemantes y fuertes de agosto, no tostaran más mi piel morena.

Una gola rizada y con encajes cubría mi cuello. Las mangas de mis vestidos de vacaciones eran largas para cuidar los brazos, las medias se alargaban para proteger mis piernas, y durante los meses de vacaciones el cabello no era recortado, para que sirviera de guardián de mi cuello, y no faltaba para complemento el sombrero de anchas y ten-



didias alas que mamá nos obligaba a poner a mi hermana y a mí, y que ella misma anudaba bajo el mentón, con un bonito lazo, para que el viento no nos lo quitara en nuestras correrías de libertad.

Mamá tenía miedo a estos soles y a estos vientos de vacaciones que despiadados tostaban y partían la piel, oscureciendo más nuestras caras trigueñas. Sufría sobre todo por mí, la más morena, pero la de piel excesivamente delicada. Por lo cual regresaba de las vacaciones tan tostada, que parecía un trozo de canela.

Buen trabajo tenía mi madre después preparándome para el año escolar. Diariamente me refrescaba con una agua ligeramente blanca y agradablemente olorosa, que ponía tersa y suave mi pobre cara y mis pobres manos, que hubieran permanecido abandonadas si mi madre no hubiera tenido esa constante atención cuidadosa.

Mi cabello, ahora sí recortado, era sometido a una difícil operación: era enrollado dentro de unos papeles suaves que lo aprisionaban hasta conseguir hacer de mi cabeza una piña revuelta.

Todo esto no me desagradaba: solamente protestaba cuando se trataba de cuidarme del sol. Todo lo demás que mamá hacía para alindarme, me gustaba. Era vanidosa. Y fácilmente cedía a cualquier pedido ante la sola promesa de quedar bonita. Pacientemente ante el espejo, soportaba las roscas hechas en mi pelo, la diaria fricción del agua olorosa a pétalos de flores, con la lejana esperanza de, cuando sea grande, ser bonita...

Y así cuidada, arreglada y vestida con mis lindas ropas, fui llevada al Colegio por mis padres.

El choque de que mi madre tenía miedo no se produjo. Casi todas las niñas del **Jardín**, fueron mis compañeras en este nuevo Colegio, recientemente fundado bajo los mejores auspicios, y con todo el prestigio de un selecto profesorado y una acertada dirección.

A pesar de que siempre fueron mis compañeras estas niñas, ellas y otras nuevas que entraron a formar un her-

moso grupo de chicas bonitas y distinguidas, todas eran mayores que yo en edad. Uno, dos y hasta tres años son suficientes entonces para dar mayor conciencia y hacer comprender que los estudios son serios. Yo apenas si me preocupé de eso. Seguí con interés pero sin mucha aplicación el curso. Y al final del año, la libreta con las notas dió por resultado un muy deficiente aprovechamiento.

No me inquieté, pues pensé que el próximo año volvería a hacer el mismo trabajo y haría mis estudios ya con toda aplicación.

Si mi maestra, atenta a esta deficiencia por descuido, no hubiera permitido mi pase de año al tercer grado, estoy segura de que los estudios en lo porvenir hubieran sido brillantes y muy aprovechados. Pero, desgraciadamente, puesta ya en el tercer grado y con compañeras inteligentes y mayores en edad, mis estudios fueron mediocres y conquistados con esfuerzo.

Mi padre sufría en las pruebas finales. En más de una vez se sentía envidioso de aquel padre tonto que, durante el examen de su hija viva y desenvuelta, que se lucía con primor, podía, como decía el mío, "darse un baño de rosas".

No obstante los reproches paternos, mis maestras me encontraban inteligente y me elogiaban.

Casi siempre escogida para representante cuando había alguna solicitud que hacer o algún cumplido protocolario que presentar, ante el Ministro o ante profesores y alumnos de otros establecimientos de educación, cumplía a satisfacción el encargo.

Tampoco me faltó habilidad para explotar oportunamente las situaciones de mi padre. Y buen cuidado tuve de quedar brillantemente y deslumbrar con anotaciones o préstamos de libros que tomaba de la muy valiosa biblioteca de mi casa, pues que viviendo en contacto con los libros y oyendo a mi padre captaba todo aquello que podía servir para mis triunfos de colegiala. Tenía mucha afición por la literatura. Y eran frecuentes los cambios que hacía de una composición literaria, dada como tarea en clase, con la com-

pañera lista en matemáticas, para que ella me entregara resueltos mis problemas, de los que yo no quería preocuparme, sin advertir el enorme daño que me hacía, y con el riesgo frecuente de que el trozo cambiado fuera el premiado, y no el mío.

Así llegué a conquistar un puesto en el colegio, no por mi excelente aprovechamiento, sino por mi inteligencia alerta para aprovechar y explotar las circunstancias que me rodeaban.

El hermoso grupo de mis compañeras, del que guardo los mejores recuerdos, ha sido dispersado por la vida; cuando ahora las veo, una a una, por casualidad, tengo la impresión dolorosa, de que se han ido alejando, más y más, de mí.

Gran placer tenía cuando mis amigas, agrupadas en mi casa, en las tardes de vacación, después de jugar y saltar, y estar entretenidas con mis lindos juguetes y mis muñecas, que durante doce años de mi vida, cuidé con ternuras de pequeña madrecita, eran por mí llevadas a ver libros, casi a hurtadillas y asegurándome de la ausencia de mi padre, celoso defensor de su biblioteca, por temor de que las niñas destruyeran lo que era su más preciado tesoro, sus libros.

Y sobre el suelo de la biblioteca nos tendíamos, y yo abría y enseñaba las láminas de una lujosa edición de *El Quijote*, reproducción de ilustraciones de Gustavo Doré, y explicaba claramente lo que representaba cada una. Largas horas pasaba así, sola o con mis amigas, viendo las láminas de las lindas ediciones, con agrandados ojos. Después, cuando ya supe leer y pude gustar del contenido, el corazón y el espíritu crecieron más que los ojos que miraban láminas.

## VII

El circo, que había hecho las delicias de los niños de Quito, se había marchado ya. Dejó una fuerte y duradera impresión.

La casa en que entonces vivíamos, era hermosa y amplia; en ella nacimos seis hermanos, pues solamente tenían mis padres su primer hijo cuando pasaron a ocuparla, y ahí se quedaron hasta que, transcurridos veinte y tres años plenos de vida sana, alegre e intensa en recuerdos, dejaron el departamento para ir a vivir en nuestra linda casa actual.

La casa, digo, hermosa y amplia, era habitada por muchos niños de diversa condición que vivían en los múltiples departamentos; en los momentos de los juegos esa población infantil se confundía y mezclaba en la misma ronda y cantando la misma canción. Con qué placer impaciente esperaba el turno en el que yo, complacida, aceptaría el **oficio de reina mora**, en el juego del "Matan-tirum-tirum-lan"; tenía esta ronda, para mí, un secreto encanto, influenciada seguramente por la lectura de cuentos.

Nunca se nos prohibió reunirnos con los niños pobres. Mamá justificaba nuestras escapadas al "patio de atrás", y castigaba siempre cualquier gesto o palabra dura con que quisiéramos imponernos como superiores sobre ellos.

Suavemente y sin sentirlo, cada uno ocupó el lugar que le correspondía en esa pequeña sociedad, y desde entonces, los muchachos que con nosotros cantaban las rondas en las noches clarísimas de luna, hasta la hora de ir a dormir, aprendieron a tratarnos con confianza respetuosa.

Entonces fué cuando mi hermano decidió continuar con las funciones del circo en la casa.

Reunió a los chicos y escogió a los que tenían alguna habilidad y organizó el circo bajo su dirección.

Largamente preparada y ejercitada la función, esperábamos los que íbamos a ser espectadores, el día del debut, en que el éxito pleno tendría que ser aplaudido por nuestras manos impacientes y quedar colmada nuestra loca alegría. Fueron reunidos tapetes y adornos, que sin el permiso de mamá servirían para dar brillo a la función.

No faltó el detalle de programas y boletos de entrada que, previo el pago de monedas en efectivo, nos eran entregados.

Boletos de entrada en los que mi hermano había puesto especialísimo cuidado, yendo a buscar a la biblioteca de mi padre, y encontrando para su satisfacción, un hermoso ejemplar miniatura cuyas hojas de cantos dorados y letras miniadas, servían maravillosamente para el efecto.

Nosotros, los que habíamos pagado nuestra moneda por esa hojita de papel, la guardábamos cuidadosamente hasta el día de la función.

No recuerdo el placer que debo haber tenido con los mil disparates hechos y dichos en ese circo de juguete, pero sí recuerdo que ya terminado este placer, echábamos a volar las hojitas de los cantos dorados sin preocuparnos más de ellas; pero alguna imprudente e indiscreta cayó en manos de papá y él reconoció que eran las páginas de una edición miniatura de "La vida es sueño" de Calderón de la Barca; la buscó inútilmente en su biblioteca y sospechando lo sucedido, reclamó con esperanza de recuperar algo; todos, sintiéndonos culpables, nos pusimos a temblar. De nada sirvieron súplicas ni amenazas; teníamos consigna de no delatar al único culpable so pena de no intervenir más, en juegos ni en canciones con los niños de la casa. Terrible sentencia que selló todos los labios. El librito, espantosamente mutilado, fue escondido en uno de esos cajones que rara vez se abren; sintiendo no poder servirnos de las hojas restantes para las demás funciones.

Pasados muchos años, cuando se abrió el cajón y se sacaron muchas cosas de él, apareció el librito y mi hermano contó entonces a mi padre, cómo se sirvió de las lindas hojas para su circo de juguete; ese circo que, en nuestra vida, era solamente un bello sueño hecho recuerdo.

### VIII

Es, sin lugar a duda, el recuerdo que encierra para mí las mayores dulzuras este que es como uno de los sueños de mi vida hecho realidad. Una extraña realidad, misteriosa, fan-

tástica, legendaria, pero que la sentía plenamente y gozaba con sus delicias.

La noche de cada 24 de Diciembre, con novedosa unción, todos los años, poníamos a la ventana nuestros zapatitos viejos; tenían que ser viejos, por especial recomendación de mi madre, pues cuando el niño Jesús veía zapatitos nuevos, no se detenía a dejar juguetes.

Nueve días de rezos, ante la linda urna del nacimiento de Jesús, que adornábamos con **zagalitas**, con musgo, con bugías y con todos los juguetes que prestábamos los niños, con el interés de que el Niño Dios nos diera, al final de la novena, los juguetes nuevos que esperábamos delirantes de ilusiones.

No faltaba en nuestro nacimiento, ni el volcán nevado con blanco algodón ni el espejo que hacía la fuente. Nuestras manos confeccionaban una imitación del portal de Belén, sometidas a las autorizadas instrucciones de las sirvientas de la casa, muchachas de pueblo sencillas y buenas, que sabían la composición de un nacimiento por tradición religiosa, pero sin ningún concepto artístico.

Mi madre nos dejaba hacer, satisfecha del placer que esto nos causaba. Los rezos se hacían con puntualidad todas las noches y nuestras voces entonaban complacidas las populares estrofas de los cantos. Viejos y dulciosos villancicos al "dulce Jesús mío". Rezos en que participábamos, nosotros los niños, la servidumbre y los niños de la servidumbre.

Mi madre siempre guiando. Mi padre reía, complacido también por el placer que nuestras caritas ingenuas tenían, como nunca, en estos días. El, mi padre, llegaba de sus faenas diarias, después de nuestro rezo de cada día, y en cuanto llegaba íbamos, también cada día, a contarle un nuevo proyecto de pedido de juguetes al niño Dios.

Teníamos que redactar las cartas de petición, cuando ya nuestras manos podían escribir, y poner bien claros y bien escritos nuestros deseos, que eran sabiamente guía-

dos y transformados por las sugerencias de nuestros padres, según las posibilidades económicas, de las que no nos dábamos cuenta. Pues ellos habrían escogido y comprado con anticipación los juguetes y regalos; se complacían en seleccionarlos cuidadosamente para llenar los gustos de cada uno, por lo que los regalos de Navidad, traídos por el niño Jesús, llenaban hasta colmar con exceso y lujo, nuestras ilusiones infantiles.

En los paseos de estos días nuestras caritas se pegaban al frío cristal de los escaparates de las tiendas de juguetes, y mentalmente hacíamos la elección de aquello que más nos gustaba, para incluirlo en la larga, inacabable y siempre renovada carta de peticiones.

Y por fin, después de nueve largos días, llegaba el ansiado momento. El rezo, la comida y luego la colocación de los zapatitos en el amplio balcón; cada par llevaba a cuestas la carta secretamente escrita y doblada con pulcritudes y afares interesados. Y luego, a dormir. Pues si insistíamos en esperar despiertos la llegada del niño Jesús, podría resentirse y no hacer ninguna atención a nuestra ventana. Ya en la cama, cada uno a solas hacía esfuerzos para no dormirse y sentir la llegada. Pero al fin, el sueño, más poderoso que la ilusión, cerraba traicionero nuestros ojos, que ya no volvían a abrirse hasta la mañana siguiente.

Nunca sentimos un ruido sospechoso, nada que pudiera hacernos dudar de la llegada del niño Dios. Nuestros padres velaban, hasta que, vencidos todos por el sueño, nuestras cabecitas no sentían ya nada más. . . .

A la mañana siguiente, el primero en despertarse daba la voz de alarma; y nuestros nervios en tensión nos hacían saltar pronto de la cama y correr a la ventana, a encontrar los juguetes y los dulces y llenar el espíritu de placer, de un infinito placer. . . .

Las cartas habían desaparecido, pero ya no importaba que no se hubiera cumplido con el pedido íntegramente. Estábamos felices con la parte que nos había tocado.

Y corríamos a enseñar a papá y a mamá y ellos se sorprendían también de nuestros lindos juguetes.

Qué bien hecha y bien llevada esta deliciosa farsa.

No encuentro palabras para agradecer a mis padres por esta delicadísima farsa y deliciosa expresión de su amor por nosotros.

Nos daban el mejor de los sueños hecho una suave, dulce y feliz realidad.

## IX

Es un capítulo que se conserva en mis recuerdos, con claridades intensas, con aromas de flores y de una blancura brillante por todos los lados.

Todas las compañeras estábamos preparándonos, para la primera comunión. Seguíamos los cursos escolares en un colegio laico, que estaba en mejores condiciones educacionales; el **Colegio de Niñas 24 de Mayo**. Todas las madres reunidas, consiguieron del párroco vecino de la iglesia del Belén, que nos diera clases suplementarias de catecismo, después de las horas de colegio, para prepararnos a la Primera Comunión.

Ibamos con emoción a nuestras lecciones de catecismo y el buen párroco nos entusiasmaba aún más premiando a la más estudiosa y a la más buena, con medallitas, libros y estampas.

Algunos meses llevábamos de preparación con las lecciones sagradas y ya estaba señalada la fecha para el día de recibir a Jesús.

Mi madre trabajaba afanosamente y con sus propias manos, mi vestido de lujo sencillo, pero con detalles de esmero y buen gusto. Lleno estaba todo el costurero de tulles, encajes, y cintas que las manos de mi madre iban transformando en galas para mí.

Cuán atareada pasó ella en esos días. No descuidaba los repasos que me hacía de las lecciones de catecismo, para



asegurarse y tranquilizarse acerca de mi conocimiento del significado del gran día que se acercaba.

Qué gran día en efecto. Cómo se conserva siempre la huella de esta fiesta, que es como un baño de bondad, de bienestar y de dulzura, con el que se hace un alto en el camino, para afirmarse en la vida.

La bondad desbordante y plena nos rodea. Los rencores se olvidan y se detestan. Cuánta paz y tranquilidad tienen estos días en los que queremos seguir las huellas de Jesús.

Se va afirmando y comprendiendo desde entonces que la bondad en todos los aspectos, no debe existir por temor de castigo, sino por la tranquilidad espiritual de seguir un camino recto. No por temor sino por convicción.

Son las ternuras de la madre las que van guiando paso a paso, en todas las dudas.

Las lecciones se aprenden de memoria, sin tomar el verdadero sentido. Pero se conservan y después se va analizando y adentrándose con unción en esta hermosa doctrina del amor.

El altar con flores blancas, con cirios blancos y al pie, muchas niñitas vestidas de blanco. Yo tenía en mis manos el libro blanco de oraciones que me dió mi madre, y al abrir lo hice en la primera hoja, en la que ella, junto con sus cuidados, sus besos y sus afanes, escribió la dedicatoria para mí. Fué lo primero que leí en la iglesia en el día blanco de la Primera Comunión. Y, aun ahora, cuando el libro está en mis manos, al ir a rezar, abro inconscientemente en la primera página escrita por mi madre. Y a pesar de que me sé de memoria esas palabras, mis ojos releen con placer la dedicatoria.

Es la primera oración que leo, y cerrando los ojos veo este día claro, brillante y aromado de las flores que mi madre regó por toda la casa, para mi día blanco de Primera Comunión...

## X

Había insistido yo en que papá me diera permiso para ir a hacer una visita a abuelita, a quien hacía algunos años que no veíamos, desde aquel día que se fué a su ciudad pequeña, alegre y llena de naranjos.

Tenía yo nueve años. El viaje era penoso pues había que hacerlo a caballo. Casi no tenía ninguna práctica en equitación, pues que a pesar de que mi hermano tenía su caballo, yo no había montado sino en muy raras ocasiones.

Era tan ardiente mi deseo de ir a ver a la abuelita, que papá aceptó la idea, sobre todo porque complacía íntimamente su cariño de hijo, mandando besos a la madre por medio de la nieta...

Mamá me preparó la ropa para el viaje, los vestidos que debía lucir en la ciudad de abuelita y el traje de montar.

Llegó el anhelado día del viaje. Iba a hacerlo en compañía de una primita que había pasado el año escolar en la capital, y de su papá y un paje que habían venido a llevarla para que pasara las vacaciones en el hogar.

Mi madre dió los últimos toques a mi arreglo, me besó mucho; yo besé a los míos y... por poco me quedo, pues ya empecé a llorar y a arrepentirme del viaje. Mi padre se fastidió y ordenó la partida; todo eso se me había prevenido y reflexionado con anticipación, y no era hora de arrepentimientos. Marchamos. Todavía oía las voces de mi madre que me recomendaba: sé buena, dócil y cariñosa con la abuelita; sé educada y gentil con todos, mi hijita linda, escríbenos largo y con frecuencia...

Teníamos una larga jornada hasta llegar al tambo en que debíamos pasar la noche para seguir al otro día en la segunda jornada.

Larga y penosa fué la primera parte del viaje. La novelaría de la aventura se iba marchitando con el cansancio. Las piernas, puestas a horcajadas sobre el caballo se amortiguaban adoloridas, y con insistentes molestias de niña mi-

mada, hacía detener la caravana fingiendo y creando necesidades para bajarme, detenerme, pedir que comer, y muchos pretextos más.

Al fin, a la caída de la tarde y después de haber terminado una recta prolongadísima del camino, llamada la **Bodoquera**, que parecía no terminarse nunca, llegamos al **tambo**.

Mis piernas se negaban a sostenerme. Tuvieron que bajarme en brazos y en brazos también subirme al corredor de la posada, en donde apenas podía quedarme de pie.

Cuando, ya repuesta algo, de la fatiga y el cansancio, salí a gustar del panorama, me entristeció hasta hacerme llorar un sol con fulgores rojos e intensos que estaba ya ocultándose. Comprendí la impotencia en que me encontraba: llorando y sin poder refugiarme en los brazos de mi madre. Lloré, lloré intensamente, hasta que cansada de llorar y reflexionando en que por mi gusto había hecho el paseo, y en lo tonto y absurdo que era transformar en dolor para mí y en molestia para los que me acompañaban lo que debía ser un placer, empecé a calmarme. Era la primera vez que me alejaba de mis padres, de mis hermanos. Y deseaba con arder llegar pronto a los brazos de abuelita para sentir besos y caricias que reemplazarían a los de mi madre.

Al otro día seguimos el viaje. Fué la llegada emocionante para mí. Tengo una excesiva sensibilidad, y me emocio con detalles que para los demás pasan desapercibidos.

La familia había salido a encontrarnos hasta un sitio más o menos cercano a la población; en cuanto llegamos abuelita emocionada insistía en que me bajaran del caballo, para besarme y cubrirme de caricias. Mis piernas, nuevamente doloridas, no me permitían desmontar rápidamente. Y cuando ya me bajaron y estuve en los brazos de abuelita, me sentí segura y protegida; se compensaba así mi desamparo de niña, que quería ser valiente, pero que lloraba en la intimidad de sus nueve años tímidos y mimados.

El recuerdo de esta llegada y los besos de abuelita, no se borrarán nunca. Y es por este recuerdo cariñoso por lo que ahora, ya muerta ella, cuando voy de paseo a la ciudad de abuelita, mi primera preocupación, que no es fórmula, sino convencimiento afectivo, es, visitar el cementerio, en donde con unción y con todo cariño pongo sobre su tumba el ramo de fragantes rosas que las amigas de allá me proporcionan y que yo acompaño de besos, de los mismos besos que le daba cuando ella vivía...

Dos largos meses pasé con abuelita. Mimada, querida y adulada en extremo, no consentía que a su hijita dijeran o hicieran nada que pudiera disgustarla. Mis primas eran buenas y me atendían con cariño. Los muchos y buenos amigos de papá, se desvivían por agasajarme, pero yo añoraba el cariño de mis padres.

Papá, en sus cartas, me pedía quedarme hasta el final de las vacaciones, que coincidían con las cosechas, a las que quería que asistiera. Las cosechas llegaron y abuelita cuidó de conducirme al campo bien protegida para que los soles y los mosquitos no me molestaran. Todo cuidado fué inútil, el sol me quemó despiadadamente. Yo burlaba los cuidados, y corría y jugaba a pleno aire, y a pleno sol, gozando de las pequeñas parcelas de terreno que, en herencia de cariño, nos atan a la tierra con afectos de tradición.

Abuelita me presentaba a los indios, y ellos me besaban las manos, pues era "la hija del patrón".

Estos meses que pasé con abuelita, intensos de intimidad y afecto, acentuaron más mi devoción hacia ella y grabaron fuertemente la certeza del cariño que ella tenía por sus nietos, nosotros, y el amor para su hijo, mi padre.

Con qué placer me estaba las horas muertas sentada a su vera. Juntas en el estrado de madera cubierto de alfombras que tenía para descansar. Era un asiento rústico, duro e incómodo, pero yo tenía la sensación de que abuelita estaba en un trono cuando se sentaba allí. Y ella hizo en efecto un trono de ese asiento humilde. A mí me sentaba también en

su trono, me abrigaba bien y me contaba a manera de cuento y en forma sencilla aspectos y pasajes de su vida y de la de abuelito, para terminar siempre con una apoteosis gloriosa: la vida de mi padre.

Cuánto lamento no haber tenido unos años más, para captar mejor todo aquello que abuelita me contaba: la historia de mi familia y de mi sangre.

Así termina este capítulo en el que mi espíritu se ligó, fuerte y decididamente, con íntimo afecto, a un pasado que es también presente.

## XI

A los doce años cumplidos, no había sentido aún el cambio de la niña que empieza a ser mujer.

Mis manos mueven afanosas los bolillos y prenden sobre viejos pergaminos, que sirven de patrones, las hojas y las flores de un encaje que voy tejiendo también con el espíritu.

Las navetas reemplazan a los juguetes y van enseñándome todos aquellos adornos que son el complemento de la feminidad en la mujer. Y, como adorno agradable, el estudio del piano con un poco de música clásica; un estudio de placer, en cuyas horas de trabajo hay la satisfacción de adentrarse y conocer la vida de los grandes compositores como Beethoven, por ejemplo: cuya vida en el Juan Cristóbal, de Romain Rolland, es de aquellas lecturas deliciosas, que van completando una cultura y acentuando el amor por los libros.

Las muñecas van quedando relegadas al olvido y ya mis manos no tienen la prisa de antes para hacer sus encajes. Me importa más tejer y hacer adornos, para lucirlos yo.

El cambio va operándose lenta pero firmemente. Los perfiles de carácter y temperamento van acentuándose. Es la época de las grandes generosidades que, fuertemente res-

paldadas por la dignidad y el orgullo, no llegarán jamás a ser claudicaciones.

Con qué placer guardo los consejos de mi madre como enseñanza para la vida.

Para, finalmente y con sorpresa, despertar en medio de este cambio, con las primeras palabras que acarician. ¿Fue en verdad una declaración de amor?

Un muchacho que había crecido casi junto a mí. Apenas dos o tres años mayor que yo, que no hacían diferencia en nuestra buena amistad afianzada por la de nuestros padres y que llegó a convertirse en una confianza respetuosa y sincera.

Fue en una clara, azul y dulce mañana de julio. Estábamos sentados gozando de ella, en un vasto campo, cuando me dijo, a manera de íntima confidencia, que amaba. La describió con lujo de detalles, y en ellos creí reconocirme. Él reaccionó y habló de lo absurdo de las declaraciones de amor. Era voluntarioso, guapo y ambicioso. Había trazado ya el programa de su vida y se sentía ya en la meta. Yo también soy altiva y orgullosa. Creo que la mujer, por el hecho de serlo, tiene ya un alto puesto en la vida. Regresamos después, calladamente, y nunca más volvimos a hablar sobre el asunto. Muchas deferencias tuvo para mí. Era un hombre a quien rodeaban las mujeres. Junto a mí, no quería desmentir lo que afirmó en esa mañana de julio. En realidad, estábamos muy alejados; él con su orgullo, yo con el mío. A pesar de todo, conservamos una valiosa amistad. Esta amistad que para mí tiene el valor de ser al mismo tiempo un recuerdo, el de la niña que empieza a ser mujer y se siente, a los doce años, heroína de una historia de amor...

## CUMPLE VEINTE AÑOS LA REVISTA "AMERICA"

Cuando la revista argentina NOSOTROS llegó a su vigésimo aniversario, mantenida por el pulso fraterno de Bianchi y Giusti, hubo de producirse un justo jubileo de admiración y celebraciones. Veinte años de una publicación que dura al margen de políticas zozobradas y de lucrativos empeños, revelando y difundiendo el culto de las letras y del pensamiento, es, de cierto, una gloriosa efémerides del espíritu. La revista ecuatoriana AMERICA, continentalmente conocida y apreciada, llega, en agosto de 1945, a los veinte años de su existencia. Aparte de boletines de larga historia, como los anales de la Universidad Central o de revistas de significación como la docta de la Sociedad Jurídico Literaria, apenas hay otra que la supere en la perseverancia y en el valor. La Revista Ecuatoriana de Pallares Peñafiel y J. Trajano Mera, marca una época. En ella se dan a conocer los mejores costumbristas ecuatorianos, y en sus entregas se conservan esbozos de novelas del terruño, en capítulos de Juan León Mera, el autor de "Cumandá" y de Alfredo Baquerizo Moreno. Letras representa la alborada modernista que ha de continuarse en Renacimiento. La Unión Literaria de Cuenca afianza la poesía y el ensayo morlacos. La Idea despeja el horizonte de las nuevas tendencias. Pero en AMERICA han de hallarse veinte años de literatura ecuatoriana, sin duda los más interesantes, porque en han surgido la generación de los

relatistas nuevos; la biografía moderna que ha cumplido con su misión de resurectora; la poesía entrañada de sentido ecuatorial; el ensayo con proyecciones americanas.

La fundaron, en agosto de 1925, los poetas y escritores ambateños Alfredo Martínez y Antonio Montalvo. Llegados a la capital desde la tierra tungurahuesa, traían un fervor mozo, no destinado, por excepción, a consumirse en lumbres precoces. En Ambato, formando trilogía directiva con Nicolás Rubio Vásquez, publicaron "El Cosmopolita", reviviendo el nombre del primer cuaderno de Montalvo, si bien en un plano de benevolencia lírica; y dentro del tributo inicial del verso, habían reunido, en su volumen fraterno las hojas poéticas a las que ellos mismos dieron vida publicitaria, como aprendices de cajistas, al tiempo que abandonaban la escuela para luchar por la vida, y se iban por los caminales de Atocha, para darse un banquete frugal de reinas claudias y de peras, a las orillas de su río músico.

La Revista AMERICA, por su saludable ecumenismo, logró imponerse en breve. Sus primeras jornadas señalaban, de acuerdo con la intención de su bautizo, un viaje de americanismo constante y revelador. Abiertas estaban sus páginas para los escritores andinos de todos los tiempos y la exaltación de los nuevos se hacía en una crítica nutrida y generosa. El Correo de América y el Correo de Ultramar, iban ligando simpatías y diferencias. Nombres de las patrias sureñas o del norte de América se afirmaban o amanecían en sus entregas, y a poco de la existencia truncada de una Sociedad de los Amigos de Montalvo, a la cual Martínez y Montalvo cedieron su revista, el Grupo AMERICA la tomó para conservarla ya por largo tiempo, si hemos de considerar la muerte adolescente de la mayor parte de las revistas de nuestro medio. Casi todos sus propósitos se han cumplido. Fomentó la solidaridad y las relaciones entre los pueblos de América. Estableció intercambio intelectual. Impulsó el desarrollo de la cultura patria, difundiéndola en



los centros internacionales. Cuenta con filiales en varios países del Continente. Han organizado concursos. Ha editado un cincuentenar de libros. Tiene en marcha el proyecto de la "Casa de América" que sea el hogar de los escritores de nuestros pueblos afines.

El viajero que llega a la capital ecuatoriana, si no lo supo antes, puede sentir la sorpresa de hallar una de las más completas bibliotecas de Autores Americanos. ¿Cómo se ha formado? Con los canjes de la Revista AMERICA y con la convocatoria a la primera exposición del Libro Hispanoamericano, a la cual concurrieron todas las naciones del Continente y España, en virtud del nombre que había ganado la publicación fundada hace veinte años, por dos muchachos que se vinieron desde la ciudad en donde se erigió la primera imprenta, para levantar su empresa con doscientos sures obtenidos trabajosamente de un Banco.

(De TELAM, Telenoticiosa Americana de Buenos Aires).

A U G U S T O A R I A S

## VEINTE AÑOS DE LA REVISTA "AMÉRICA"

Ha cumplido la revista "América" sus veinte años de existencia. En el panorama contemporáneo de la vida literaria ecuatoriana, esto constituye un acontecimiento que sólo reconoce antecedentes en muy pocas publicaciones de su índole, entre las que podrían contarse "La Ilustración Ecuatoriana", "Letras" y la Revista de la Sociedad Jurídica Literaria

Para quienes la fundamos, para el Grupo que tomó su nombre, este hecho es motivo de la más alta congratulación. "América" a través de sus veinte años de vida ha sabido responder al simbolismo de su título y a los altos propósitos que inspiraron e inspiran su publicación. Es, a la fecha, una obra lograda, que habla por sí misma. Habla en voz historiada y actual, por medio de sus veinte tomos en los que perdurará, pese al tiempo y a los deseos adversos, una larga trayectoria literaria de cuatro lustros. En ellos están guardados el pensamiento y las inquietudes de los escritores ecuatorianos. De aquellos que quisieron honrarla con la expresión de sus ideas, pues que ha sido y seguirá siendo tribuna abierta para los escritores nacionales y extranjeros que se hallen animados por contribuir al desarrollo de nuestra cultura.

Pensamos, desde este alto del camino, que tal vez, sin la existencia de nuestra revista, todo lo que ella ha acumulado a través de veinte años, o por lo menos la mayor

parte, hubiera podido perderse en el vacío. Por contraste, "América" es hoy día una obra documental para la historia de la literatura ecuatoriana. Así nos lo ha probado, al menos, el requerimiento de sus colecciones hecho por escritores y centros literarios extranjeros y del país, su consulta permanente y el concepto de estudiosos que llegan a nuestros lares.

Y no es que pensemos que "América" haya monopolizado o haya gozado de la exclusiva del pensamiento ecuatoriano. No. Muchas otras revistas, muchos otros órganos de publicidad, por desgracia de efímera existencia, han hecho su parte. No quiero sino destacar la significación de un hecho que pesa indudablemente en la vida de la cultura nacional, y señalar uno que, en nuestro medio y en las circunstancias en que se origina, pudiera considerarse como un caso de perseverancia y longevidad literarias.

Por lo demás, "América" ha cumplido ampliamente una gran etapa de su misión. En la medida de sus posibilidades ha sido uno de los nexos de mayor eficacia para el estrechamiento de relaciones espirituales con los demás países del continente. En este sentido, hondas raíces tiene echadas en suelo americano. Con su presencia, "América" ha llevado el nombre de nuestro país al exterior, en función de divulgar el conocimiento de nuestras letras y de realizar, por el intercambio intelectual, la obra inmensa y tan deseada de la unión y solidaridad continentales. Ha sido y es, respondiendo a su nombre, un paladín del americanismo.

Quiso ser esta Revista y fué portavoz del pensamiento patrio, en todas sus manifestaciones. Quiso ser la expositora de nuestra cultura literaria, y, propiciando naturalmente su desarrollo, en sus páginas recogió, sin restricción ni cálculo, sin distinción ni preferencias ideológicas, las diversas manifestaciones de la inteligencia que han conformado el movimiento literario de nuestro país. Consecuente con esta finalidad, "América" ha tenido francas

sus puertas a todos los que han querido acercarse y pasar por ellas.

Quiso, asimismo, por otro lado, ser un vínculo de conocimiento y comprensión espiritual internacionales; quiso servir de lazo de unión, de acercamiento entre los pueblos del continente; y fue, año tras año, llevando a todas y cada una de las naciones de América, la expresión cultural ecuatoriana, en confirmación de un ideal americanista que, felizmente encontró eco y aceptación en todo el hemisferio.

A la sombra de la revista "América" creció la Institución que lleva su nombre. Ha sido directamente la engendradora de hechos que gravitarán más tarde en la revaloración de una época cultural, y es por este motivo que cumple reseñarlos, siguiendo más o menos, las huellas de su proyección cronológica.

En los años iniciales de su publicación, "América" promueve concursos literarios que estimulan la producción ecuatoriana y que serán más tarde retribuidos económicamente, abriendo con esto una nueva época de estimación y aprecio para el trabajo intelectual, y cambiando una rutina formalista y una concepción estéril sobre todo lo que era producto de la inteligencia; pues se creía que el científico, el escritor, el artista, todos los obreros de la cultura, eran solamente unos seres, unos dioses quizá, mortales por supuesto, que vivían, a veces, para gloria de un pueblo, pero alimentados apenas con las fugaces brisas terrenales.

En 1931 fúndase el Grupo América. La Entidad concreta entonces en su Carta estatutaria los propósitos fundamentales que alentaba la revista, la misma que pasa a su dirección. Lo hace en claras y sencillas disposiciones:

Fomentar la solidaridad y las relaciones entre los pueblos de América;

Establecer intercambio intelectual con cada una de las naciones americanas y con los centros culturales y científicos del mundo;

Impulsar el desarrollo de la cultura nacional y difundirlo en los centros de cultura internacional.

Laborar por la desaparición de las diferencias o motivos de carácter internacional que mantuvieren o pudieren mantener desunidos a algunos países americanos;

Excitar la conciencia de los pueblos de América para la defensa, afianzamiento y evolución de la libertad y la democracia.

Esta Institución, como su Revista, y a través de ella, ha cumplido en el máximo grado de sus posibilidades la labor impuesta. No ha sido un cenáculo de determinada escuela literaria, ni de particular ideología política. En su seno han hallado cabida escritores de distinto credo doctrinario. Aquellos que han sabido conquistarse, a través de una vida de consagración y esfuerzo, justos títulos de nombradía intelectual, y, quienes, en la pujanza de su juventud se han iniciado en el camino de las letras con obra de promesas evidentes, mas, todos animados del común propósito de trabajar por el engrandecimiento cultural.

Lo que el Grupo América ha hecho y conquistado en el campo de sus actividades, está en la conciencia nacional. La prueba del reconocimiento de su labor puede sintetizarse en hechos como la organización de Entidades similares en la mayoría de las naciones americanas; en el interés demostrado por cuánto personaje de significación intelectual, que en misión de estudio, en función de acercamiento espiritual ha llegado a su casa.

El eco favorable, comprensivo y amplio con que los países americanos han respondido a la proclamación y vigencia de los ideales postulados por nuestra Entidad, no se traduce sino en la certidumbre de que unos mismos anhelos, de que comunes propósitos alienta en los pueblos del Continente, como alienta también decisión y esfuerzo para arrimar el hombro a la realización de una obra que interesa a la civilización americana. Satisfacción y muy grande ha sido para esta Corporación el haberse creado filiales cuyas

en casi todas las Capitales de América y sus ciudades importantes. Es de presumirse que tal cohesión de voluntades, tal solidaridad de ideales y acción han de cristalizarse, no ya en jubilosa exaltación lírica, sino en evidentes comprobaciones de trabajo sobre la realidad de nuestros problemas, en principio y preferentemente sobre aquellos que echan sombras y muy densas en el mutuo conocimiento y las relaciones internacionales.

No ha escatimado, por otra parte esta Entidad, su voz de aliento y su cooperación para quienes se han interesado por la obra de la cultura. Justamente en su Salón de Conferencias, el año pasado, hubo de desarrollarse un ciclo de discusiones de mesa redonda, promovido por el Centro de Egresados de las Universidades de Estados Unidos en el que se trataron cuestiones de palpitante interés internacional.

Le fue grato asimismo al Grupo cumplir por dos ocasiones el honroso encargo que le encomendara la Casa Editora Farrar and Rinehart de Nueva York, para organizar los Concursos nacionales por medio de los cuales debía participar nuestro país en el Internacional de Novela Americana. Esta misión cumplida con la más estricta severidad y enjuiciamiento críticos, y que en tal justa internacional ha de verse justificada con la premiación de una novela ecuatoriana, deriva la creación de los premios literarios que estableciera desde entonces el Ministerio de Educación Nacional, pedido por el Grupo, en su origen, para la mejor novela ecuatoriana, y extendidos más tarde por tal Departamento de Estado a los demás géneros literarios.

Deriva también de la existencia de la revista "América", la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, llevado a cabo en el año de 1935. Constituyó éste un acontecimiento sobresaliente en la vida de nuestra cultura, que, por ser en realidad la primera, en América, alcanzó resonancia continental, acompañada de una serie de conferencias. Fue un orí-

ginal concurso en el que, por primera vez en el país americano, se daban cita, afirmando un común ideal de hermandad intercontinental, España y todos los países de su origen y su lengua, representados en la riqueza de su producción literaria, como estuvo también la hermana República del Brasil, en cordial y generosa prueba de solidaridad espiritual.

De tal Exposición nació la Biblioteca de Autores Americanos, obra en la que culminaron satisfactoriamente los anhelos del Grupo y la Revista América, pues que en su recinto se halla latente el espíritu de América y España, que en estos mismos momentos ultima su lucha a las puertas de la libertad.

Todas y cada una de las naciones del Continente están allí representadas. La Biblioteca cristaliza los mejores anhelos de la Entidad. La concitación espiritual está lograda y sirviendo, en forma ininterrumpida al conocimiento de una realidad cultural de vastas proporciones.

Allí está atesorándose, merced al intercambio bibliográfico, la rica y múltiple producción literaria americana, que abarca todas las ramas del saber humano, que reúne todas las palpitaciones del pensamiento contemporáneo. Su Sección de revistas, especialmente, puede vanagloriarse de ser una de las más nutridas de esta Capital.

Constituye, en suma, esta biblioteca, una confirmación del sentido y conciencia continentales para contribuir a una obra efectiva de unidad americana; pues, ya en la actualidad puede considerársela como la más rica fuente de Bibliografía americana, al menos en nuestro país.

Otro de los esfuerzos del Grupo ha estado dirigido a la actividad editorial. Se han publicado alrededor de una cincuentena de obras correspondientes a sus miembros, las mismas que han enriquecido el acervo bibliográfico para el canje con el exterior.

En 1937, en el afán de cumplir lo más ampliamente posible con su cometido el Grupo América tomó la iniciati-

va de extender su labor cultural hacia un campo de difusión no muy traficado entonces, el de las conferencias, las mismas que han venido realizándose en ciclos anuales hasta la presente fecha. La perduración de esta modalidad sólo encuentra justificación en el interés demostrado por los círculos intelectuales del país y en el requerimiento hecho por estudiosos del exterior, pues que, reunidas tales conferencias en volúmenes publicados oportunamente, han viajado también en misión de intercambio hacia los escritores y entidades culturales y publicaciones del exterior.

Con el objeto de concretar en un trabajo fructífero y práctico los principios de solidaridad y estrechamiento espiritual, mantenidos por nuestra Corporación y con la comprensiva ayuda de los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en el país, principió a fundarse aquí los organismos de confraternidad internacional que terabajarán por la realización de tales fines. Cúpole al Grupo América ser el primero en fundar el Centro Cultural Ecuatoriano-Argentino, que funcionó estatuariamente bajo su dependencia, hasta cuando, con emancipada actitud, y a la respetable sombra de la Universidad Central, fueron organizándose, el impulso de una necesidad imperiosa, los demás centros de vinculación internacional.

La Casa de América. Ha sido iniciativa de la Entidad este proyecto de la fundación de la Casa de América, que no entraña otra finalidad que la de levantar aquí, en esta ciudad, el hogar para los escritores del continente. Una Institución a la que puedan llegar en su tránsito y hospedarse sin más credenciales que la de su labor, quienes quieran trabajar por el engrandecimiento de América, quienes quieran contribuir con su aporte al esclarecimiento de sus problemas vitales, al afianzamiento de los principios que han de conformar su existencia.

La Casa de América está llamada, por los alcances culturales de su actividad, a ser una fuerza motriz del desarrollo de la cultura americana.



Estos son los hechos, en breve síntesis, que se han originado en torno a la revista "América" que llega a sus veinte años de existencia. Se cierra aquí un ciclo de actividad cultural, y otro comienza para una nueva comprobación de esfuerzos y lucha, en la nueva también etapa de vida que se inicia en estos momentos para nuestros pueblos y para los demás del mundo.

# Calzado "ARTIGAS"

Ofrecen el mayor surtido en calzado para  
señoras, señoritas, caballeros y niños



VEA USTED



LOS ULTIMOS MODELOS  
EXPUESTOS EN NUESTROS

ALMACENES :

Calle Venezuela y Sucre.

Calle Espejo, bajos del Banco de Préstamos

Portal Municipal.

LA MARCA QUE SE HA IMPUESTO  
EN EL PAIS POR SU GRAN UTILIDAD  
Y PRECIOS LIMITADOS

Visite Ud. nuestros Almacenes  
y podrá apreciar la calidad  
de NUESTRO CALZADO

Sastrería

A. T. CEVALLOS

Importación Directa

CASA ESTABLECIDA EN 1908

TELEFONO 2-53

APARTADO 686

CALLE GARCIA MORENO PASAJE "ROYAL" Nº 22

---

P I S C O D E U V A

"EL OBRAJE"

*Elaborado por los señores Carlos y*

*Luis Samaniego Alvarez.*

*en sus propiedades de PATATE*

DEPOSITO GENERAL:

GUAYAQUIL Y OLMEDO 665 — 669

AGENTE GENERAL

GUSTAVO LASSO F.

# BANCO DE ABASTO

Sociedad Anónima.

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 3'585.000,00

Al servicio del Comercio, la Agricultura,  
la Industria y el Público en General.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS  
A LARGO PLAZO

Negociación de Cédulas Hipotecarias  
del 7% y 9%

Préstamos sobre firmas y con prenda  
de mercaderías y otros valores

Depósitos en Cuenta corriente,  
y a plazo

Cartas de Garantía  
sobre el Exterior e Interior

Operaciones Bancarias en General

LOCAL: Venezuela N° 872 y Chile (Portal Municipal)

QUITO — ECUADOR

GASOLINA Y KEROSENE

M A R C A

“Chimborazo”

INSECTICIDA

“Chimba”

ACEITES LUBRICANTES

“Chimbol” y

“Anconoil”

PRODUCTOS NACIONALES

DE ALTA CALIDAD

Agentes:

Soc. Com. Anglo - Ecuatoriana Ltda.

GUAYAQUIL

QUITO

# Compañía Anónima

Agrícola, Industrial y Comercial

Ecuatoriana

C. A. I. C. E.

Quito — Ecuador. — Casilla 355

Dirección Cablegráfica: CAICE. — Telefónica 12 — 29

**CASA MATRIZ: QUITO**

**SUCURSAL MAYOR: GUAYAQUIL**

**SUCURSALES MENORES:**

MANTA, BAHIA DE CARAQUEZ, RIOBAMBA.

CUENCA, ESMERALDAS, TULCAN.

**Distribución Exclusiva de las**

**Fábricas Textiles:**

"LA INDUSTRIAL". — Quito. — Tejidos de Algodón

"SAN JUAN". — Los Chillos. — Tejidos de Algodón y Lana

"LA JOYA". — Otavalo. — Tejidos de Algodón

"SAN PEDRO". — Otavalo. — Tejidos de Algodón


IMPORTACION — EXPORTACION EN GENERAL

# LA IMBABUREÑA

DE

## Jorge Enrique Terán

Artículos de Cuero Manufacturado

 GARANTIZADOS

B A R A T O S 

PARA EL TURISTA:

MALETEROS EN TODO TAMAÑO PARA AVION.

PORTAFOLIOS, CARTERAS, CHOMPAS DE CUERO.

MALETINES PARA EL BAÑO.

ARTISTICOS TRABAJOS  
EN CUERO PRENSADO  
VENTAS POR MAYOR Y MENOR

Para dentro y fuera del País diríjase a  
ALMACENES GUAYAQUIL FRENTE PASAJE TOBAR.

SUCURSAL GUAYAQUIL 641

*Alfredo Pérez Chiriboga*

Agencias y Representaciones

**Armor Productos**

(CASAS PRECONSTRUIDAS Y  
MATERIALES DE CONSTRUCCION)



**Remington Arms**

(ARMAS DEPORTIVAS)



**Thise Wilbur & Williams**

(PINTURAS EN TODAS LAS LINEAS)

CALLE VENEZUELA N° 616

TELEF. 17-22 y 23-82

APARTADO N° 36

QUITO-ECUADOR



LUCINDO ALMEIDA & CIA, S. A.

BANQUEROS

ASOCIADOS AL BANCO  
CENTRAL DEL ECUADOR

Dirección Telegráfica: ALGAS

Dirección Postal Casilla N° 186  
Quito Ecuador, S. A.

TODA CLASE DE OPERACIONES

BANCARIAS

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO